



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera Época (1942-1985). México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>*

Datos de la revista:

Año VI, Vol. XXXIII, Núm. 3 (mayo-junio de 1947).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C. P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

3

CUADERNOS
AMERICANOS
(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Ave. Rep. de Guatemala N° 43
Apartado Postal 968
Teléfono 12-31-68

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

SECRETARIO
JUAN LARREA

AÑO VI

3

MAYO - JUNIO

1947

INDICE
Pág. IX

**FE EN
MEXICO**

**LA PATRIA
NECESITA
TU ESFUERZO**



CAMPAÑA DE RECUPERACION ECONOMICA DE MEXICO



NACIONAL FINANCIERA. S. A.

Por medio de sus

CERTIFICADOS DE PARTICIPACION

le brinda la oportunidad de fomentar la expansión industrial del país que redundará en una mejoría económica en todos los órdenes, ofreciéndole a la vez rendimientos adecuados y seguros.



V. CARRANZA ORIENTE 4 N° 853
MEXICO, D. F.

Tel. Ericsson: 18-11-60 ó
Servicio por nombre.

Tel. Mexicana: J-49-07.



El estado de Oaxaca es una de las entidades de la República Mexicana que cuenta con lugares de más colorido típico, ya sea por lo original de las indumentarias y la riqueza del color, como también por los objetos que en los días de tianguis exhiben los vendedores y que tiene fuerte originalidad.

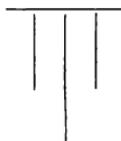
TLACOLULA es uno de los pueblos que más se destacan por la amplitud de su mercado que tiene verificativo los lunes y en el cual el visitante puede encontrar asuntos de gran tipicidad y saborear originales y ricas viandas.

FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO

A sus órdenes

Acostumbre usted

beber cerveza después del trabajo o del deporte. Precisa renovar las energías gastadas con un vaso de cerveza; bebida que, además de ser siempre agradable y refrescante es esencialmente nutritiva.



**ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA**



Compare Calidad y Precio



Belmont
PARA LOS FUMADORES DIFICILES!



Lo único igual a "Coca-Cola" es

Coca-Cola
TRADE MARK



REG. N.º 4598 "A" D. S. P. PROP. N.º 8-16 S. S. A.

Embotellada bajo contrato con "Coca-Cola de México", por:

INDUSTRIA EMBOTELLADORA DE MEXICO, S. A.

Calle del Cedro 387

Tel. Mex. Q-06-74 Q-21-47 Eric. 16-18-08 16-28-33

MEXICO, D. F.

Propiedad Intelectual y Artística Reservada

Copyright 1943, The Coca-Cola Company



MARCANDO EL PASO EN EL PROGRESO INDUSTRIAL DE MEXICO

- | | |
|--------------------|---|
| Octubre de 1942 | Iniciación de la Construcción de la Planta Siderúrgica en Monclova, Coah. |
| Junio de 1944 | Encendido del ALTO HORNO: Producción de Fierro en LINGOTE por primera vez en Coahuila. |
| Septiembre de 1944 | Producción por primera vez en Latino América de TUBO de FIERRO VACIADO CENTRIFUGADO AHMSA-SUPERDELAUDAUD. |
| Octubre de 1944 | AHMSA produce ACERO en TOCHOS por vaciado inferior y por primera vez en la América Latina PLANCHAS DE ACERO. |
| Febrero de 1946 | AHMSA produce por primera vez en México y Sud-América LAMINA NEGRA rolada en FRIO en BOBINAS con cinta de acero importada. |
| JUNIO DE 1946 | AHMSA produce por primera vez LAMINA NEGRA obtenida con CINTA AHMSA hecha en México con materiales mexicanos y personal mexicano asesorado por técnicos americanos. |
| Septiembre de 1946 | AHMSA produce HOJALATA, y con esto soluciona uno de los problemas más grandes de la industria Mexicana. |

Con la confianza del público mexicano y la estrecha cooperación de todos los integrantes de AHMSA continuaremos contribuyendo al efectivo desarrollo industrial de México.

ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.

MONCLOVA, COAHUILA.

V. CARRANZA No. 25, desp. 405 TELS. 12-86-90 L-50-78

BIBLIOTECA AMERICANA

UNA NUEVA AVENTURA EDITORIAL
DE
FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Todas las grandes obras de los mejores escritores hispanoamericanos de todos los tiempos, de todos los países y de todos los géneros.

1. LITERATURA INDIGENA
2. CRONISTAS DE INDIAS
3. LITERATURA COLONIAL
 - a) Poesía y Teatro
 - b) Prosa
4. LITERATURA MODERNA
 - a) Historia y Biografía
 - b) Vida y Ficción
 - c) Pensamiento y Acción
 - d) Poesía
 - e) Teatro
5. VIAJEROS

—————
Pida usted catálogo especial

Fondo de Cultura Económica

PÁNUCO 63

MÉXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 3

Mayo-Junio

Vol. XXXIII

I N D I C E

	<i>Págs.</i>
NUESTRO TIEMPO	
DOMINGO ALBERTO RANGEL. Explicación histórica de la Revolución venezolana	7
JOSÉ E. ITURRIAGA. México y su crisis histórica	21
JORGE L. TAMAYO. México y su política rural	38
DOMINGO VILLAMIL. Los peligros actuales del totalitarismo religioso	52
<i>El auto-rey pierde los frenos</i> , por MARIANO RUIZ-FUNES	69
AVENTURA DEL PENSAMIENTO	
EDUARDO NICOL. La vocación humana	77
JUAN CUATRECASAS. Significación del filipismo	101
JUAN HERNÁNDEZ LUNA. Antonio Caso y el porvenir de América Latina	123
<i>El Diltbey de Imaz</i> , por JOSÉ GAOS	131
PRESENCIA DEL PASADO	
ARTURO USLAR PIETRI. Andrés Bello, el desterrado	153
JESÚS SILVA HERZOG. Las ideas económicas en México de 1821 a 1855	166

	Págs.
<i>La Historia Tolteca-Chichimeca</i> , por PAUL KIRCHHOFF	191
<i>Economía colonial de Venezuela</i> , por JAVIER MALAGÓN BARCELÓ	193
<i>Martínez Estrada, un renovador de la exégesis sarmentina</i> , por JOSÉ LUIS ROMERO	197

DIMENSION IMAGINARIA

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ. Vilano al viento	207
JOSÉ MORENO VILLA. Música colgada	215
XAVIER VILLAUURUTIA. Teatro y cinematógrafo: convergencias y divergencias	221
ANTONIO LUNA ARROYO. El Dr. Atl paisajista puro	237
LUIZ HEITOR CORREA DE AZEVEDO. La música en el Brasil	250
<i>Luces y sombras</i> , por MAX AUB	274

Todos los artículos de CUADERNOS AMERICANOS son rigurosamente inéditos en todos los idiomas.

Se prohíbe su reproducción sin indicar su procedencia.

NOVEDADES

WALDO FRANK: Ya viene el amado	\$ 12.00
Pocos libros ofrecen como éste tan rica materia novelesca por el fuerte trazo de sus personajes y los problemas capitales que en él se debaten. Esta obra recuerda a los lectores de habla hispana que Waldo Frank, además de ensayista eminente, es un gran novelista de pujante personalidad.	
JULES ROMAINS: Los soberbios	6.00
Tomo V de la gran serie <i>Los Hombres de buena voluntad</i> , obra maestra de la novela contemporánea.	
ARTHUR SCHNITZLER: La señorita Elsa. Huida a las tinieblas	6.00
Dos pequeñas obras maestras del gran novelista vienés. Traducción de D. J. Vogelmann. Prólogo de Guillermo de Torre. Ilustración de S. Ontañón. La señorita Elsa ha sido llevada al cinematógrafo con el título de <i>El ángel desnudo</i> .	
SIR SAMUEL HOARE: Vizconde Templewood: Misión en España. Testimonio del embajador británico	8.00
Los entretelones de la política española durante la guerra. Un relato tan objetivo y verídico como apasionante de la conducta seguida por el régimen de Franco respecto a los aliados. Un documento revelador de gran trascendencia.	
BERTRAND RUSSELL: Nuestro conocimiento del mundo externo	7.00
Otra obra genial del pensador contemporáneo Bertrand Russell, en cuidada versión española con una introducción del Prof. Florencio D. Jaime.	
RAYMOND ARON: Introducción a la Filosofía de la Historia	12.00
Un examen al día de los problemas filosóficos de la Historia. El más reciente y cabal planteo del conocimiento histórico.	
JUAN RAMON JIMENEZ: La estación total con las Canciones de la nueva luz	5.00
Un libro rigurosamente inédito que contará entre los más representativos del gran poeta español.	
GABRIELA MISTRAL: Tala	2.00
Agoñado hace años, este gran libro, lo publicamos hoy con cambios y correcciones sustanciales hechos por la propia autora, que ha obtenido el Premio Nobel de Literatura 1945.	
JULIO NAVARRO MONZO: El destino de América	4.00
Los mejores y más representativos ensayos de Julio Navarro Monzó, uno de los mejores escritores americanos dotados de más amplio conocimiento y con más agudo sentido de los problemas espirituales del continente.	
JOHN DEWEY: Democracia y educación	8.00
La obra fundamental del más eminente representante de la pedagogía de nuestro tiempo.	
MARIA TERESA LEON: El gran amor de Gustavo Adolfo Bécquer	8.00
Coincidiendo con el estreno de la película "El gran amor de Gustavo Adolfo Bécquer", aparece esta gran biografía del inmortal autor de las Rimas, ilustrada con grabados de la época, retratos de Bécquer y fotografías del film. Se incluyen también completas las Rimas de Bécquer.	
EDUARDO BARRIOS: El hermano nuno	2.00
El hermano nuno es la mejor novela de este gran escritor chileno, laureado con el Premio Nacional de Literatura en su país.	
EMILIO BALLAGAS: Mapa de la poesía negra americana ..	12.00
Un libro revelador y maravilloso, en el que canta, ríe o llora el alma de la poesía negra de todo un continente. Con ilustraciones de Ravenet.	

EDITORIAL LOSADA, S. A.

Alsina 1131, Buenos Aires

MONTEVIDEO

SANTIAGO DE CHILE

LIMA

CORTESIA

DE

CERVECERIA TECATE, S. A,
(FABRICA DE CERVEZA Y MALTA)

▪

ACEITES VEGETALES DE
TECATE,
S. A.

▪

ALBERTO V. ALDRETE E HIJOS
S. DE R. L.

▪

EMBOTELLADORA TECATE,
S. A.

▪

Tecate,
Baja California, México

NO, NO SON IMPORTADOS...



DM
Nacional

SON MUEBLES DE ACERO *Nacional*. HECHOS EN MEXICO. Y EN ELLOS SE FUNDA NUESTRO LEGITIMO ORGULLO COMO FABRICANTES MEXICANOS

AL ADQUIRIR MUEBLES *Nacional* USTÉD SABE QUE COMPRO ARTICULOS DE LA MEJOR CALIDAD. QUE VENTAJOSAMENTE PUEDEN COMPARARSE CON LOS

MEJORES SIMILARES DE IMPORTACION. Y QUE ADEMÁS SON ARTICULOS MEXICANOS

NUESTRA FABRICA SOSTIENE 1200 FAMILIAS MEXICANAS DE PRODUCTORES DE BUENOS ARTICULOS NACIONALES. E IGUALMENTE DE BUENOS CONSUMIDORES DE ARTICULOS NACIONALES

¡TENGA FE COMO MEXICANO EN SU PROPIA OBRA!

Apoye la industrialización de México, adquiriendo artículos de producción nacional.

COOPERAMOS A LA CAMPAÑA DE RECUPERACION ECONOMICA DE MEXICO.

DISTRIBUIDORA



MEXICANA, S. A.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS DE LOS PRESTIGIADOS EQUIPOS DE ACERO

AMERICA CENTRAL, NOROCCIDENTAL Y SUR
UN ORGANIZACIÓN DE MEXICANOS
MEXICANA
DISTRIBUCION EXCLUSIVA DE EQUIPOS DE ACERO EN MEXICO, GUATEMALA, EL SALVADOR, NICARAGUA, COSTA RICA, PANAMA, CUBA, VENEZUELA, COLOMBIA, GUAYANA FRANCESA, GUYANA, SURINAM, PARAGUAY, URUGUAY, ARGENTINA, BRASIL, CHILE, PERU, ECUADOR, VENEZUELA, COLOMBIA, GUAYANA FRANCESA, GUYANA, SURINAM, PARAGUAY, URUGUAY, ARGENTINA, BRASIL, CHILE, PERU, ECUADOR

R E S E R V A D O

P A R A L A

U N I O N N A C I O N A L

D E

P R O D U C T O R E S D E A Z U C A R



LIBRAIRIE FRANÇAISE

SOUS LE CONTRÔLE DE L'ATTACHÉ CULTUREL
PRÈS DE L'AMBASSADE DE FRANCE.

LIBROS DE ARTE

LITERATURA

MEDICINA

CIENCIA

REVISTAS

NOVEDADES DE PARIS

Precios muy moderados
Servicio C. O. D. a los Estados
y al Extranjero

REFORMA 12 MEXICO, D. F.

10-07-28

L-91-92

VIDRIO PLANO, S. A.

FABRICANTES Y EXPORTADORES



Fabricación automática de vidrio transparente
y traslúcido para puertas y ventanas.

Silicato de sodio de primera calidad para
la elaboración de jabón



Apartado Postal No. 372

Monterrey, N. L. México

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA, PREPARA-
TORIA Y COMERCIO

Externos

PASEO DE LA REFORMA 80.
TELS.: 13-03-52 - 35-5195.

KINDER - PRIMARIA
Medio Internado - Externos.

REFORMA 835 (LOMAS).
TEL. 15-82-97.

MEXICO, D. F.

COMPañIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

CAPITAL SOCIAL: \$ 50,000,000.00

FABRICANTES DE TODA CLASE DE MATERIALES
DE FIERRO Y ACERO:

Fierro Comercial y Fierro Corrugado, de todas medidas,
para construcción; Aceros para Muelles; para Herra-
mientas; Octagonal para Minas y Hornos, etc.

Placas, Viguetas "I" y "H", Canales "U".

Rieles de Diversas Secciones y Pesos.

Alambres y Alambrón.

Tornillos Máquina.

Coche y Arado;

Estoperoles

Pijas

Tuercas y Remaches

Arandelas

y

Clavos y Tornillos para Vía, etc., etc.



Domicilio Social

y

Oficina General de Ventas:

BALDERAS N° 68.

Apartado 1336.

MEXICO, D. F.

FABRICAS

en

MONTERREY, N. L.

Apartado 206.

HORA BUENA PARA EL TURISMO

El turismo en México se encuentra de enhorabuena. Por primera vez en la historia de la República se ha dado el caso de que un Presidente, al tomar posesión de su cargo, haya dedicado en su discurso atención especial a los problemas turísticos para considerarlos con favorables ojos y prometerles ayuda. Si a ello se añade que este mismo Presidente, Miguel Alemán, en su campaña a través del país, cuando era candidato, señaló con insistencia este sector del turismo como uno de aquellos que reclamaban atención y fomento dedicados, la conclusión que se desprende es obvia: se acercan para el turismo en México días brillantes.

Porque esta moderna y agradable industria no es cosa artificial aquí, que haya que crear desde sus inicios, sino que es árbol brotado espontáneamente en terreno fecundo, ya en pleno crecimiento, y que sólo necesita del cuidado y riego natural para ganar en frondosidad y atraer a su sombra a las gentes de sus contornos. Basta contar los hoteles construídos estos años últimos en la ciudad de México y en las demás del país, así como comprobar la calidad excelente de su instalación y de su trato, para convencerse de la prosperidad turística que tales síntomas anuncian y a que responden. Pues bien, si a estas circunstancias viene a sumarse el favor oficial que al tiempo que incrementa el ir y venir solícito de los amigos innumerables de México y de sus curiosos en el mundo entero, permita mejorar hasta sus últimos detalles esta industria compleja, fuente para unos de incomparable placer, de riqueza, para otros, de manera que quien llegue a México se sienta seguro de encontrar aquellas comodidades y aquel trato digno de los intensos atractivos de nuestro país, no cabe duda de que, en efecto, alborca para nosotros una época de prosperidad turística sin precedente. Y como de esta prosperidad, directa o indirectamente, a todos ha de tocarnos algo, hemos de concluir que no sólo el turismo sino todos, estamos de enhorabuena.

F. L. S.

*Para más informes, dirijase a la
Asociación Mexicana de Turismo.*



Avenida Juárez 76,
MÉXICO, D. F.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA, ex Rector de la Universidad de Barcelona;
Alfonso CASO, ex Rector de la Universidad Nacional de México;
Daniel COSIO VILLEGAS, Director General del Fondo de Cultura
Económica;
Mario DE LA CUEVA, ex Rector de la Universidad Nacional de Mé-
xico;
Eugenio IMAZ, escritor;
Juan LARREA, ex Secretario del Archivo Histórico Nacional de Ma-
drid;
Manuel MARQUEZ, ex Decano de la Universidad de Madrid, Acadé-
mico;
Manuel MARTINEZ BAEZ, ex Presidente de la Academia de Medici-
na de México;
Agustín MILLARES, Catedrático de la Universidad de Madrid, Aca-
démico;
Alfonso REYES, Presidente del Colegio de México, Académico.
Jesús SILVA HERZOG, ex-Director de la Escuela Nacional de Eco-
nomía de México.

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Secretario
JUAN LARREA

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Domingo Alberto Rangel* Explicación histórica de la Revolución venezolana.
José E. Iturriaga México y su crisis histórica.
Jorge L. Tamayo México y su política rural.
Domingo Villamil Los peligros actuales del totalitarismo religioso.

Nota, por Mariano Ruiz-Funes.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Eduardo Nicol* La vocación humana.
Juan Cuatrecasas Significación del filipismo.
Juan Hernández Luna Antonio Caso y el porvenir de América Latina.

Nota, por José Gaos.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Arturo Uslar Pietri* Andrés Bello, el desterrado.
Jesús Silva Herzog Las ideas económicas de México de 1821 a 1855.

Notas, por Paul Kirchhoff, Javier Malagón Barceló y José Luis Romero.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- E. González Martínez* Vilano al viento.
José Moreno Villa Música colgada.
Xavier Villaurrutia Teatro y cinematógrafo.
Antonio Luna Arroyo El Dr. Atl, paisajista puro.
Luiz Heitor Correa de Azevedo La Música en el Brasil.

Nota, por Max Aub.

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
GRECO. Sueño de Felipe II. (Oleo). (Monasterio del Escorial)	120
PICASSO. Sueño y mentira de Franco. (Aguafuerte). (Fragmento).	„
GRECO. Sueño de Felipe II. (Fragmento)	„
„ „ „ „ (Fragmento del Leviatán)	121
Historia Tolteca Chichimeca. Salida de Colhuacatepec Chicomoztoc	192
Historia Tolteca Chichimeca. Quauhtinchan conquistada por los Tlaltelolcas	193
LEONARDO. Leda y el cisne. Copia de G. Bugiardini? (Oleo). Galería Borghese)	212
BOTTICELLI. Ilustración para El Paraíso de La Divina Comedia. (Dibujo)	213
Close-up del film "L'Hippocampe" de J. Painlevé	232
Escenario de "Les Criminels" de F. Bruckner montado por G. Pitoëff	233
CHIRICO. Misterio y melancolía de una calle. Oleo	234
Fotografía del film "Le jour se lève" de M. Carné	235
DR. ATL. Autorretrato. (Atl-Color). (Col. Pascual Gutiérrez).	240
„ „ La Sierra. (Atl-Color). (Col. Roberto López)	„
„ „ El Valle de México. (Oleo). (Col. Antonio Luna Arroyo)	„
„ „ Después del chubasco. (Oleo). (Col. César Martino).	„
„ „ Las nubes sobre los cráteres. (Atl-Color). (Col. Ignacio Asúnsolo)	„
„ „ La nube. (Atl-Color). (Col. Emilio Portes Gil)	„
„ „ Atardecer tempestuoso. (Oleo). (Col. Eduardo Vi- llaseñor)	„
„ „ El tronco y la montaña. (Atl-Color). (Col. José Queralt Mir)	„
„ „ Alta Sierra. (Dibujo al carbón). (Col. del autor)	„
„ „ Cortinas de lluvia. (Oleo). (Col. M. P. Pellat)	241
Rio de Janeiro. Avenida Beira-Mar	264
„ „ „ Ministerio de Educación	265

Fotografados de
 FOTOGRAFADORES Y ROTOGRAFADORES UNIDOS, S. DE R. L.
 Bucareli 24. - México, D. F.

Nuestro Tiempo

EXPLICACION HISTORICA DE LA REVOLUCION VENEZOLANA

Por *Domingo Alberto RANGEL*

EN un mundo severamente unificado por la técnica, el acontecimiento de la guerra no podía consumarse sin provocar violentas transformaciones sociales. En los frentes de batalla quisieron los pueblos escoger definitivamente el rumbo que estuvieron buscando inútilmente en los días agitados que precedieron al conflicto. La magnífica resistencia al fascismo, patente en todas las zonas del planeta, no hubiera sido posible sin el acicate que proporcionó la esperanza de liquidar con las armas todas las injusticias que se acumularon sobre la humanidad. Los pueblos no entendieron la guerra como un torneo heroico o como un esfuerzo para pervivir, sino como oportunidad propicia a las renovaciones totales. Hasta las quietas colectividades del Asia, adormecidas por el narcótico de un fatalismo milenario, incorporaron a la empresa bélica todas sus reservas vitales, empujadas por la certidumbre de un porvenir distinto. Si alguna guerra revistió caracteres mesiánicos, fué la que empezó en una madrugada del mes de septiembre de 1939.

Nunca como en el largo conflicto que concluyó con el triunfo de la causa aliada, se puso de relieve la importancia mundial de los pueblos semi-coloniales. En la guerra de 1914, los países mediatizados por los hilos de la economía al mandato de las grandes potencias, sirvieron apenas como bases de operaciones periódicamente utilizadas para interferir la navegación interoceánica. Por el contrario, en la última guerra, librada con elementos de complicada estructura técnica, las materias primas de los países semi-coloniales, constituyeron la básica preocupación de los beligerantes. Las batallas no discurrieron, como año, en los campos fatigados de Europa. Con tanta intensidad se combatió en el Pacífico o en Africa, como en las llanuras de Francia. Por vez primera en la historia, una guerra mecánica-

tolerancia oficial, se expresó por boca de intelectuales solitarios, acicateados muchas veces por la desesperación. Fueron voces que no tuvieron oídos para ser escuchadas, porque en torno a los descontentos se extendía el desierto espiritual.

No obstante su prepotencia, los sistemas despóticos que nacieron al arrimo de los campamentos, hubieran caído estruendosamente mucho antes de entrar el planeta en la actual fase de total conmoción, si el brazo de un aliado fortuito no acude en su defensa, cuando ya estaban amagados por el sordo descontento de las masas que sólo esperaba un signo propicio para arremolinarse contra los césares. El caudillismo en América coincide, en la historia universal, con el crecimiento del capitalismo industrial en Europa, necesitado, como todo sistema que se fundamenta en la técnica, de abundantes materias primas y de mercados para la colocación de sus excedentes de producción. Hacia la América Latina tendió su mirada angustiada el capitalismo europeo. Inglaterra y Francia, pioneras de la voracidad, infiltraron sus capitales dentro de nuestras economías agro-pecuarias aprovechando los resquicios abiertos por la complacencia inconsciente de los caudillos criollos. Albreando el siglo XX, ya eran considerables las inversiones extranjeras en el continente, y en la política contaba como hecho dominante la alianza entre los magnates de ultramar y las castas que monopolizaban el ejercicio del Poder.

El siglo XIX significó para América Latina un viacrucis de cuartelazos semejantes a aquellos que cautivaron las pasiones de los hombres del Bajo Imperio. La espada era el único instrumento para llegar al Poder, porque roto el orden constitucional teóricamente proclamado, el continuismo, la perpetuación y el absoluto desenfreno, eran instituciones inveteradas. Durante cien años el pueblo en América no fué sino un espectador mudo del juego político que se realizaba dentro de una misma casta, animado por las ambiciones susceptibles siempre de resolverse en luchas armadas entre rivales de semejante catadura moral. Innumerables fueron los golpes de Estado y las rebeliones victoriosas que registra la crónica política de ese período. Pero acaso no pueda señalarse ni una sola transformación honda, en capacidad de drenar las aspiraciones de las masas y de limar el malestar económico, consecuencia directa del latifundio y de los monopolios. En la asonada baldía de

proyecciones sociales, que se culminaba, luego de derrocar al sátrapa de turno, por la traición a insinceros ideales de justicia, las masas fueron perdiendo su fe. Un espeso escepticismo arrojó la conciencia popular de América, cansada de esperanzarse inútilmente. Las escasas capas de intelectuales incontaminados, amantes silenciosos de una democracia social, sucumbieron también a la desconsolación. En algunos, cuando vivieron la hora gris de la amargura, apuntaron teorías que consideraron como flagelo telúrico al caudillismo centenario. En otros la evasión hacia el arte puro o la fuga a Europa, proporcionaron el sedante que imponía una realidad adversa.

Ese esquema, que fija la evolución histórica de la América Latina, asumió rasgos de más acusado patetismo en Venezuela. Cuando estalló la guerra de la Independencia, la Capitanía General de Venezuela, era una de las pertenencias más pobres del soberano peninsular. Ni el oro, ni la plata, ni tampoco los productos más preciados de la agricultura, se extraían en cantidades satisfactorias del territorio venezolano. Caracas, la capital era una modesta villa amodorrada, y en un suelo de más de un millón de kilómetros cuadrados, vivía en condiciones lindantes con el nomadismo primitivo una población de ochocientos mil habitantes. Sin embargo, la modesta colonia, suministró a la causa de la emancipación más soldados que el opulento virreinato del Perú, y en los rangos de su raquíta clase media, se reclutaron los más brillantes jefes del heroísmo insurgente. Mientras en la Argentina expiraba la dominación española tras breves campañas y en el Perú, el virreinato campeaba casi incólume, en Venezuela se guerreó bravamente durante casi tres lustros que fueron consumiendo las riquezas de la antigua Capitanía y cegando las fuentes de la vitalidad nacional.

En un país de tan significativa intervención en una larga guerra, el caudillaje debía cobrar precios excepcionales por sus servicios bélicos. Al concluir la epopeya, los generales victoriosos pidieron como prerrogativa de sus sacrificios el trofeo del Poder. Porque su rudeza —venían de las más oscuras capas del pueblo— no les permitía superar las dificultades de su ejercicio, lo compartieron con las clases cultas —los llamados mantuanos— que emplearon su ilustración en el propósito de crear un Estado coherente y eficaz. Santos Michelena,

eximio economista, y Fermín Toro, atildado tribuno, alternaron en el mando de los broncos héroes de la montonera. El país se dió una organización constitucional que pretendió calcar el espíritu de las instituciones de la Inglaterra conservadora. En la Carta Fundamental se plasmaron las ideas de Adam Smith y las directrices de orden y de pulcritud penetraron al edificio fiscal de la Nación. El sistema electoral, conforme al patrón inglés adoptado, beneficiaba apenas a los rentistas profesionales. Un juego de partidos, que aspiraba también a imitar los mejores cartabones europeos, inició la controversia de las ideas en el campo de la política nacional. El Partido conservador, formado por los generales historiados de la Independencia y por las clases poseyentes, y un Partido liberal, aglutinante de las clases medias y del artesanado, entablaron la pelea política que alcanzó a ratos encendido fulgor.

Pero debajo de la superficie tersa bullía el remolino. El sistema de gobierno que hubiera querido perpetuar la oligarquía ilustrada que acompañaba a los caudillos era incompatible con la estructura económica del país. En el campo, que cobró vigoroso desarrollo, la injusticia se intensificaba, estimulada por la voracidad de los caudillos, quienes usurparon más tierras que sus antecesores los nobles españoles. Y en los círculos políticos alentaba la ambición. Mediante una elección ordenada por el general José Antonio Páez—el gendarme necesario de la época—escaló el Poder el general José Tadeo Monagas, quien deseoso de suplantar la tutoría del centauro llanero para construirse su propio equipo de gobierno, violentó la organización constitucional asesinando al Congreso e imponiendo luego, al expirar su período, a su hermano José Gregorio como sucesor. La relativa pulcritud fiscal que habían logrado los oligarcas ilustrados y la autonomía de los Poderes Públicos quedaron canceladas, mientras la economía del país, caía en una profunda crisis que agravó la miseria de las masas rurales. La hegemonía de los Monagas—que empezaron a ejercer el mando a título personal—se cimentó sobre la arena movediza de una agitación soterrada.

Buscando la nivelación que no alcanzaron en la Independencia, las masas campesinas volvieron a la carga del fusil durante los cinco años de la Guerra Federal, librada, según lo proclamaron sus líderes contra la oligarquía que detentaba las

tierras y convertía en recurso particular los dineros públicos. Fué una guerra realizada conforme a todas las normas del salvajismo. Las mesnadas de uno y otro bando, caían sobre los poblados hasta dejarlos convertidos en cenizas. La horca funcionó cotidianamente. Se incendiaron las haciendas, porque el campesino creyó que al destruirlas suprimía la causa de su vasallaje. Todas las pasiones contenidas en trescientos años de servidumbre se desataron en el turbión de la guerra, que dejó a Venezuela, cuando cesaron mediante un tratado claudicante que le arrebató al pueblo los gajes de la victoria, literalmente transformada en un montón de ruinas.

Por una desgarradora paradoja, la Guerra Federal que ambicionaba la redención económica del campesinado y la instauración de una democracia popular, acendró el despotismo. Como en la Independencia, en la guerra federal se le escamotearon al pueblo combatiente las promesas de igualdad que recogieron las proclamas insurgentes. Se destruyó la oligarquía conservadora y a la historia de los flagelos nacionales pasaron los generales que se agruparon en torno a Páez y a Monagas, pero despuntó una nueva fauna caudillesca tan nefasta como la derrocada. Después de la Guerra Federal desaparecen todos los asomos democráticos que estableció la oligarquía de los primeros años de la República. El peculado, tormentosamente practicado por los vencedores, adquiere carta de institución permanente. Se anula el juego de Partidos, porque el jerarca de turno sólo tolera el que forman sus amigos más adictos, y la reelección deviene práctica habitual. Con la ruina de los patricios de la oligarquía conservadora desaparecieron en Venezuela —fuerza es consignarlo— los únicos elementos que podían oponerse al alegre derroche y al severo despotismo de los nuevos césares.

No vale la pena reseñar los años que siguieron a la guerra federal hasta el advenimiento de Juan Vicente Gómez. Baste con señalar que en ellos apenas si cruza la historia la ráfaga de algunas insurrecciones provocadas por generales descontentos que sustituían un despotismo por otro más agudo, y se hace palmaria la decepción de las masas, escarmentadas por la esterilidad del sacrificio en los cinco años de la guerra. El período de Juan Vicente Gómez conserva los rasgos característicos de los períodos anteriores, pero agregando, para colmar

la tragedia de Venezuela, la penetración imperialista que se concentra en los yacimientos petrolíferos descubiertos en 1923. Con Gómez llega a su cúspide el latifundio como sistema de explotación económica y el despotismo como norma de gobierno, apuntalados ambos por la ayuda mal disimulada que les presta el inversionista extranjero, cuyos dólares, al intensificar notablemente la producción petrolera, provocan la decadencia de la agricultura y de la cría. Al concluir el largo mandato de Juan Vicente Gómez, la situación de Venezuela era la más dramática de América. Toda su economía gira en torno al petróleo totalmente detentado por capitalistas extranjeros. La agricultura y la cría, antaño prósperas no pueden ya abastecer el mercado interno. El tráfico con los dineros del Estado se hace escandalosa práctica cotidiana. La intelectualidad del país lleva en su seno el vicio de la cortesanía adulante, porque el sátrapa no admitió la independencia entre los hombres de pensamiento. Y como signo dominante, un pueblo esperanzado y batallador, pero integralmente impreparado para las faenas de la democracia, porque el despotismo le ha frustrado todas sus inquietudes.

Los gobiernos de López Contreras y de Medina Angarita conservan los rasgos sustanciales del gomecismo. Inauguran es cierto un sistema de libertades públicas favorable al juego de partidos, pero conservan la estructura del latifundio, mantienen el personalismo y deforman mediante tortuosos procedimientos las consultas electorales, en las que participa el cinco por ciento apenas de la población del país. Durante ambos gobiernos, crece el latifundio que se incorpora vastas extensiones pertenecientes a la nación y a los municipios. Los bienes que el Congreso confisca en la herencia del dictador, los administra el Estado con criterio mercantil, baldío de todo sentido de justicia social. Paralelamente crece la explotación del petróleo y con ello se incrementan los recursos del Estado, que no se invierten en obras productivas, porque se destinan a sostener una frondosa burocracia, a realizar costosas obras de signo ornamental y a fortalecer la fortuna particular de los gobernantes. La guerra golpea, por lógica derivación de esas condiciones, implacablemente la economía del pueblo venezolano. Canceladas las importaciones como consecuencia de la guerra submarina, el hambre y el desempleo asumen propor-

ciones inusitadas en el país. Frente a esa situación, el gobierno de Medina Angarita ensaya la demagogia. Con vistoso acompañamiento de publicidad realiza una reforma petrolera que apenas si le produce al Estado unos escasos millones en cada ejercicio presupuestario, pero que, saldo negativo para el país, convalida las concesiones írritas otorgadas por la dictadura a los trust aceiteros y renuncia a algunos instrumentos de fiscalización que la legislación entrega al Estado. Se enmienda la Carta Fundamental para acentuar el presidencialismo y se promete una reforma agraria, que, a juzgar por la ley que la consagra, hubiera producido el transferimiento de los latifundios a las manos de la camarilla oficial en un fenómeno parecido a los que apuntaron a raíz de la Independencia y de la Guerra Federal, cuando al dominio económico de los españoles y de los mantuanos criollos, sucedió el de los caudillos victoriosos.

En 1946 debía practicarse en Venezuela la escogencia del nuevo jefe del Estado, pues el período constitucional de Medina Angarita vencía en abril de ese año. El régimen imperante se había dividido en dos facciones personalistas, encabezadas por los generales Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita. Dentro del Congreso que según el sistema de la elección indirecta que consagraba la Constitución, debía practicar la selección del presidente de la república, libraban enconada batalla los dos clanes palaciegos. El país asistía como espectador al despliegue de las voluntades de los dos jefes militares, dueños, por derecho de herencia, del Estado venezolano. La crisis arreciaba en la calle y la opinión se pronunciaba abrumadoramente contra las dos candidaturas que se ventilaban. El estallido de la Revolución del 18 de octubre, cortó violentamente los hilos de la farsa que se escenificaba en el Congreso.

¿Cuál es la esencia de esa Revolución y qué objetivos persigue? La Revolución de Octubre aspira fundamentalmente a crear en Venezuela una democracia popular, sustentada sobre los soportes de la transformación agraria y de la liberación económica del país. Dentro del devenir histórico a la Revolución venezolana le correspondería la misión que se asignó la Revolución francesa, realizada aquella, desde luego, con distintos instrumentos e inédita sensibilidad social. El Partido que la empuja —"Acción Democrática" formado por la alianza de la clase obrera, del campesinado y de la clase media ur-

vana con las capas más progresistas de la burguesía industrial—no desconoce las directrices de la dialéctica materialista que no propician en un país como Venezuela, sin capitalismo avanzado y ayuno de una clase obrera numerosa y preparada, una revolución de raigambre socialista. Para Venezuela, y en general para la América Latina, no ha llegado la hora del socialismo porque todavía no se han agotado las posibilidades de la democracia. Nuestra revolución ha de comenzar por la liquidación del caudillismo que niega la democracia e impide el desarrollo armonioso y sistemático de la economía nacional. En lo político es necesario devolverle al pueblo el ejercicio de su soberanía, mediante la difusión del sufragio, para que sean sus hombres y mujeres quienes señalen los rumbos colectivos. Esta conquista seguramente parecerá poco audaz a quienes piensan bajo los meridianos culturales de Europa, donde ya está envejeciendo la democracia liberal, pero en la América despotizada comporta nítidos elementos revolucionarios. El sufragio del pueblo, cuando se ejercita masivamente, anula la prepotencia de las camarillas. Precisamente porque tenían un desarrollado instinto de conservación, las oligarquías venezolanas, jamás toleraron el sufragio universal, poniéndole tajantes correctivos que hicieron de él, un privilegio de minorías selectas. Sabían que el voto en manos del pueblo no garantiza su pervivencia en el Poder.

Pero toda obra política que no se complementa con innovaciones económicas será estéril como ensayo de progreso. Por ello, la Revolución venezolana, no ha circunscrito su acción a la restauración de la soberanía popular mediante el otorgamiento del sufragio a todos los habitantes del país. Persiguiendo dos objetivos, la redención del campesinado y la intensificación de los índices de producción para elevar el nivel de vida del pueblo, el movimiento revolucionario se orienta hacia el reparto de las tierras nacionales que son cuantiosas entre las cooperativas agrícolas notablemente intensificadas desde el 18 de octubre de 1945. Tanto las tierras confiscadas al dictador Gómez, como las del Banco Agrícola y Pecuário—opulento instituto oficial—han pasado al control directo del campesinado. Los planes del Gobierno Revolucionario contemplan ahora la expropiación de numerosos latifundios, cuyos dueños mantienen, por incuria, yermas sus vastas tierras. No se ha

practicado, ni habrá de practicarse en el futuro el sistema de las parcelaciones que ha acreditado fracasos en algunos países de América. Se ha preferido el de las explotaciones colectivas realizadas por cooperativas supervigiladas por organismos públicos que proveen los créditos necesarios y suplen los instrumentos técnicos. Empero, este tipo de explotaciones, que ya se prodiga en los Estados del centro de la república, no constituye excluyente figura dentro de la economía rural de la Venezuela revolucionaria. Se ha protegido también al mediano propietario cuya actividad involucra para Venezuela la base de su producción agrícola. Mediante el crédito que distribuyen el Banco Agrícola, la Corporación de Fomento a la Producción y otros organismos oficiales, se ha rescatado al mediano propietario del azote de la hipoteca que lo subordinaba al capricho de los comerciantes urbanos o de los bancos privados de parasitaria vocación expoliadora. Con estos tipos de explotación, que tienden a estabilizarse, la Revolución aspira a satisfacer la apetencia agrarista de las masas rurales desposeídas y a restablecer el equilibrio entre la producción y el consumo nacionales, cuya ruptura ocasionó la generalización del hambre entre sus capas urbanas, y la dependencia del exterior que suministra ahora hasta los más elementales ingredientes de la dieta cotidiana.

El voto popular y la transformación agraria, están amenazando de muerte al caudillismo heredado de la Independencia. Las elecciones del 27 de octubre de 1946, que le dieron el triunfo al Partido "Acción Democrática" demostraron la quiebra política de los caudillos, cuyos partidos apenas si lograron copar el 20% de los escaños de la Asamblea Nacional Constituyente. A pesar del dinero que suministraron los generales expatriados por la Revolución para financiar la campaña electoral de sus epígonos, el pueblo votó arrolladoramente contra ellos. Esta decadencia del caudillismo quedó corroborada en una reciente asonada contrarrevolucionaria que apenas si movilizó algunas centenas de campesinos montañeses póstumamente leales a sus desprestigiados jefes. La diferencia entre las masas rurales del período revolucionario, vivamente interesadas por la política que ya no es privilegio de minorías sino ancho cabildo abierto, y las del ciclo personalista que canceló la Revolución, todavía sumisas al terrateniente y escasamente atentas

al curso de la política nacional, pone de relieve, en lo político y en lo económico, la transformación operada en Venezuela por el movimiento revolucionario.

En los planos de la moral colectiva, la Revolución ha erradicado el vicio del peculado que alcanzó considerable difusión en el largo período del personalismo. Un Jurado de Responsabilidad Civil y Administrativa, devolvió al patrimonio nacional los cuantiosos bienes que de allí hurtaron quienes ejercieron inmoderadamente el mando durante más de cuarenta años. En virtud de las sentencias de ese Jurado rescató la nación más de cien millones de bolívares, invertidos en fincas agrícolas y en edificios urbanos, distribuídas las primeras entre el campesinado y destinados los segundos al funcionamiento de escuelas, de institutos asistenciales y de oficinas públicas. La lucha contra el peculado ha sido el triunfo más rápido y completo de la Revolución. Del tráfico más descarado a la pulcritud más acrisolada ha pasado Venezuela en el transcurso de un año. Y no es presumible que renazca el peculado porque se han sancionado severos instrumentos legales para castigar a los funcionarios que perpetren el vituperado delito. Es, por otra parte, obligatoria la declaración de bienes al asumir un cargo público.

Frente al problema petrolero, la Revolución ha sido consecuente con sus postulados. No ha llegado a la nacionalización de los pozos porque el país no está preparado para asumir el control directo de su industria fundamental ni son propicias las circunstancias internacionales, pero sí se ha conseguido un equilibrio entre las utilidades de las empresas inversionistas y la participación fiscal de la nación. Mediante dos reformas a la Ley de Impuesto Sobre la Renta, las compañías petroleras han quedado obligadas a tributar más de cien millones de bolívares al fisco, suplemento impositivo que resarce al Estado de las deficiencias que consagraron las leyes de hidrocarburos sancionados por los gobiernos anteriores. La Revolución no puede ser, a despecho de esa clara demostración de energía, adversa a los capitales extranjeros. Sus líderes saben que el país carece de capitales y de técnica, cuya provisión sólo pueden realizarla los países industriales de Europa y de la América del Norte. No se opone por ello a la infiltración de los capitales, pero sí reclama para el Estado una función tuitiva encaminada a salvaguardar el capital humano del país

y la soberanía nacional. Las inversiones extranjeras no seguirán en Venezuela el camino que dictan las apetencias de sus dueños, sino las modalidades que convengan a los intereses nacionales. Por otra parte, los recursos del Estado integralmente vertidos en el desarrollo rural y urbano del país, disminuirán la hegemonía del petróleo, asegurando la independencia económica.

La obra revolucionaria ha coincidido, como se apunta arriba, con el interés de las clases mayoritarias de la población. La clase obrera se ha identificado con la Revolución porque ésta ha elevado enérgicamente todos los salarios, instituyendo además, prestaciones sociales que eran letra muerta en la legislación del país. Mediante contratos colectivos que el Ministerio de Trabajo ha generalizado, los trabajadores han obtenido en un año mayores ventajas que en todos los períodos anteriores. La clase media urbana se siente estimulada por la supresión de los monopolios y por las medidas tomadas contra el alto costo de la vida. El campesinado retribuye el reparto de las tierras, el crédito y la ayuda técnica, con el apoyo político a la Revolución. Y la burguesía industrial observa cómo las medidas de signo popular, ensanchan la posibilidad de sus fábricas, alentadas por el auge del poder adquisitivo de las masas. Salvo una minoría de terratenientes y de burócratas cesantes, el país entero tiene puestas sus esperanzas en la carta de la Revolución.

Dentro de América Latina la Revolución venezolana se identifica con los esfuerzos por lograr la independencia nacional y la liberación de las masas, que afloraron en el período de la guerra y han continuado en los días de la postguerra. Producto de circunstancias internacionales—la guerra—y de factores nacionales—la ruina de la agricultura, el imperio del despotismo— la revolución venezolana pone una nota de esperanza en el continente. Es la continuación de la obra redentora de Simón Bolívar, truncada por la asechanza triunfante de sus camaradas de armas. Y es fundamentalmente, un experimento tendiente a acreditar la procedencia de los ideales que aspiran a reedificar la vida americana sobre bases autóctonas, divorciadas de la servil imitación. Sin negar la universalidad de los procesos históricos, los hombres que comandan la revolución venezolana, han querido instaurar una etapa democrática, pero

sin copiar los patrones europeos, pues ya desapareció la intangibilidad del liberalismo y el predominio de la burguesía. Ahora la revolución democrática, la experiencia es de América, ha de realizarse por el proletariado y las clases medias conforme a normas materialistas, adueñados ambos estamentos del Poder y disponiendo de instrumentos de intervención económica para proteger el bienestar de las grandes masas pobladoras. De la democracia iremos al socialismo que habrá de realizarse también de acuerdo con nuestra vocación nacional y con elementos extraídos de nuestra intransferible realidad económica.

Caracas, enero de 1947.

MEXICO Y SU CRISIS HISTORICA*

Por José E. ITURRIAGA

UNO de los problemas más apasionantes para un mexicano en el presente lo constituye la crisis histórica de México, crisis que no es sino la del movimiento humanista iniciado en este país en 1910.

La reiteración ostensible con que se ha venido pensando en la Revolución Mexicana, nos está indicando que tal fenómeno se encuentra maduro para ser contemplado en su más aproximado perfil, desde esta perspectiva de 1947 en que ahora nos hallamos.

En los últimos años, gentes de todos los estratos sociales, idearios y edades han venido preocupándose y aportando luces alrededor del gran tema de la Revolución y su futuro. Ora un alto funcionario escribe con valor civil desusado sobre la corrupción y prevaricación de algunos gobernantes de origen revolucionario.¹ Ora un anciano profesor de filosofía compara los dos ciclos de siete lustros que le tocó atestiguar: el porfiriato y la Revolución.² Ora una prestigiosa sociedad científica es la que reúne a personas de las más variadas convicciones para meditar sobre el propio tema.³ Ora una brillante promoción de jóvenes universitarios—con su cuarto de siglo ansioso de respuestas ubicadoras—convoca a un congreso de estudiantes para formular un balance de errores y aciertos en la Revo-

* Conferencia del ciclo de la Sociedad Mexicana de Estudios y Lecturas, pronunciada en el Palacio de Bellas Artes el 15 de abril de 1947.

¹ JESÚS SILVA HERZOG. *Un Ensayo sobre la Revolución Mexicana*. 1946.

² Serie de artículos publicados en el diario *Excelsior* de la ciudad de México.

³ Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

lución.⁴ En días más recientes, un economista y editor, siempre avaro en la revelación de sus ideas y atisbos, es el que ofrece una silueta de la crisis histórica de México movido por un afán insobornable de veracidad.⁵

El tema de la Revolución mexicana está, pues, en activa y extensiva circulación, pronto a surgir en la más solemne de las academias o en la más intrascendente de las charlas.

Ubicuo, se le descubre en las páginas de los diarios que nunca vieron con simpatía el estallido popular de hace 37 años, o se le ve como *ritornelo* en escritos de empecinados defensores. Se le ataca como nunca en partidos de signo conservador o se le hacen equilibradas o declamatorias apologías en los partidos de signo progresista.

En suma, puede afirmarse que todo mexicano medianamente atento a su tiempo está urgido de poseer ideas claras acerca de la crisis histórica que le ha tocado vivir, crisis que es, puntualmente, la crisis del ciclo histórico que se denomina Revolución Mexicana.

Entre todo ese afán inquisitivo sobresale una punzante interrogación que urge contestar de un modo perentorio, dejándola aclarada al máximo, pues el espíritu ciudadano, la conciencia pública y ciudadana, el futuro mediano e inmediato del país quedarán acaso estacionarios si antes no se resuelve esta gran interrogante. Ella podría formularse así: ¿La Revolución Mexicana lleva todavía en su seno el suficiente poder creador y el suficiente poder de exaltación en el ánimo del pueblo, para permitirle prolongar su permanencia durante algún tiempo apreciable, matizando las más variadas formas de la vida pública y privada?

De la terminante, nítida y satisfactoria respuesta que se dé a tal interrogante depende que México sea capaz de proseguir su ruta ascensional, o que se estanque en fórmulas inertes o que, buscando equivocadamente su salvación, recule a estadios que muchos creen superados.

⁴ Luis Correa Sarabia, José Rogelio Alvarez, Fernando de Rosenzweig, Carlos Pérez Abreu, Wigberto L. Cantón, Francisco Rodríguez, Emilio Uranga, Jorge Taffan, fueron sus principales animadores.

⁵ DANIEL COSÍO VILLEGAS. *Cuadernos Americanos*, Tomo 2, 1947.

No se pretende elaborar aquí una sociología de las revoluciones. Sé bien que no podré tratar el tema de la Revolución Mexicana con asepsia científica, tal como si estuviese provisto de escarpelos, pinzas y sondas acabadas de sacar de un auto-clave. Existe tan sólo el deseo de seguir ahondando con recursos más modestos en el tema. Con qué frecuencia me ha asaltado en estos días el aviso de Chateaubriand, cuando conminaba a los franceses desde Inglaterra a comprender con plenitud la Revolución Francesa: "Republicanos, constitucionales, realistas, girondinos, emigrados, hombres de todas las comuniones políticas, tened entendido que de esta cuestión más o menos bien dilucidada (el porvenir de la Revolución) dependen vuestra felicidad o vuestra desgracia en lo futuro".⁶

PARA esclarecer en lo posible la decisiva cuestión de si la revolución lleva aún dentro de sí misma la suficiente fertilidad y la capacidad de mover con entusiasmo a las masas, considero que es menester, primero, medir de nuevo la relación que existe entre el concepto de progreso y el concepto de revolución. Después, será necesario dilucidar qué fué lo que concretamente se propuso la Revolución Mexicana, esto es, habrá que precisar los términos de su programa, para ver si sus metas han sido logradas. Y, finalmente, me esforzaré por aclarar si todo el instrumental expresivo creado por ella puede usarse todavía con eficacia.

BRINTON, el sociólogo norteamericano que ha estudiado sistemáticamente cuatro revoluciones: la inglesa del 1640, la norteamericana del 1770, la francesa del 1789 y la rusa del 1917, al definir la idea de revolución partiendo de lo que él llama sociedad en estado de equilibrio perfecto y en estado de equilibrio imperfecto, nos dice en uno de sus libros: "Desde un punto de vista puramente teórico podría definirse una *sociedad en equilibrio perfecto* como una sociedad en la cual cada uno de sus miembros tiene en un momento dado todo lo que puede desear, viviendo en un estado de absoluta satisfacción. Es evidente —continúa diciendo— que una *sociedad real* no puede

⁶ *Essai sur les Révolutions.*

estar sino en equilibrio imperfecto. . . (y, es evidente también que) a medida que surgen nuevos deseos o que los viejos se hacen más fuertes en varios grupos sociales, o a medida que cambian las condiciones del ambiente sin que cambien las instituciones, puede surgir un mayor desequilibrio y estallar lo que llamamos revolución".⁷

HAGAMOS ahora nuestro propio análisis sobre la relación de la idea de revolución con la idea de progreso.

Quién de nosotros no recuerda el gusto, la fruición, la verdadera delectación, con que don Antonio Caso descomponía en su cátedra de Filosofía de la Historia la palabra progreso en sus ingredientes etimológicos: *pro-gresus*: marcha hacia adelante.

Ese instinto de marcha hacia adelante —de marcha hacia adelante en relación con algo— es connatural a todos los pueblos. Unos lo sienten quizá con más brío que otros, pero en todos existe. Y por ello, a lo largo y a lo ancho del planeta, lo vemos expresarse de maneras diversas.

De un modo evolutivo y pacífico cuando se promueve el avance social con procedimientos legislativos, reformas administrativas, reducciones tributarias y aumento en el volumen de los servicios y en el nivel de las obras públicas, formas evolutivas y pacíficas que postulaba Guillermo de Humboldt como esenciales cuando aconsejaba al Estado evitar, con el mayor cuidado, toda innovación sorprendente.

De un modo violento y arrasador, cuando se presenta el obstáculo del despotismo, de la oligarquía o de la incapacidad en las tareas gubernativas, que llevan al pueblo a sentirse inmóvil, como preso dentro de un pantano, a pesar de que su espíritu haya cambiado de cuadrante y esté maduro para formalizar su ostensible mutación. Unas veces, esa modalidad violenta en la manifestación del eterno instinto de progreso ha sido fomentada y encauzada por ideólogos que la proveen de planes racionalmente contruidos. Otras veces, caudillos con pocas o ningunas luces, pero con auténtica emoción popular

⁷ GRANE BRINTON. *Anatomía de la Revolución*. Fondo de Cultura Económica, 1942.

y conciencia de su patria, saben encarnar la rebeldía y el impulso de cambio de las masas. Y en algunas más, la voracidad y falta de intuición de lo nacional llevan a los cabecillas a deformar el empuje libertario y vindicador del pueblo, convirtiéndolo en motín y anarquía lo que debió ser revolución organizada y constructiva. Ningún mal es mayor en los pueblos que el de una rebelión fallida, porque una rebelión fallida es precursora de las más condenables tiranías.

Otra modalidad expresiva del instinto popular de progreso, consiste en lo que podría llamarse *revolución incruenta*, dentro de la que, y de una manera súbita, cambian nombres, métodos, problemáticas e ideologías, se replantean los conflictos y se les resuelve de una manera concordante con las circunstancias nacionales e internacionales, usando una liturgia expresiva totalmente distinta, a efecto de encender de nuevo el entusiasmo popular.

La explicación de las revoluciones incruentas podría hallarse en la existencia de una creciente presión popular nacida del cansancio. Métodos, idearios y hombres aparecen gastados por el tiempo y por el uso ineficaz del poder. A veces se presenta una dolorosa experiencia de derramamiento de sangre y, junto a todo esto, brota una conciencia histórica adquirida por el pueblo. Además, para que nazca una revolución incruenta, se necesita muchas veces la presencia de un conductor que otee con agudeza el porvenir y posea una fina sensibilidad para captar los anhelos ascensionales de las masas. Claro que si no se da salida pronta y expedita a esa presión, el pueblo olvidará sus experiencias sangrientas y preferirá siempre la tempestad de la rebelión a la calma del despotismo.

En síntesis y para aclarar la cuestión de la correspondencia entre el concepto de progreso y el de revolución, podría decirse que los pueblos se valen de todas las tácticas y de todos los métodos para realizar sus propios destinos, recurriendo al procedimiento revolucionario cuando se ha llegado coercitivamente a la parálisis social.

ANALICEMOS ahora lo referente a la realización del programa de la Revolución y a la medida en que haya logrado sus metas.

Una de las afirmaciones que hemos oído reiteradamente, incluso a hombres de penetrante inteligencia, es la de que la Revolución no tuvo un programa y que el estallido libertario de 1910 estuvo huérfano de dirigentes capaces de encauzarlo de un modo creador.

Si por ausencia de programa se quiere aludir a la existencia de un aparato de codificación que como estructura previa condensase todos y cada uno de los anhelos inexpressos del pueblo lanzado a la lucha armada, entonces resulta muy claro que la Revolución Mexicana careció de programa. La desventaja, empero, de formular esquemas previos, completos y acabados, para uso de sociedades como la nuestra, reposa en que la dinámica de los sentimientos populares y el proceso de ajuste de los distintos grupos sociales puestos en juego en los movimientos de mutación violenta, impiden con gran frecuencia su estricta aplicación. Por eso la realidad histórica deja a un lado al ideólogo con su esquema inoperante en la mano. Y no es que sostengamos que el ideólogo no tiene un papel que desempeñar en las revoluciones. Muy por el contrario. Capaz como es muchas veces de intuir la inconformidad social y la necesidad de cambio, sabemos que es él el que tiene a su alcance la posibilidad de utilizar con antelación las técnicas que aconseja la pedagogía social, agitando la conciencia pública y clarificando metas e inconformidades.

La Revolución Mexicana — es cierto — careció de un plan único, bien que poseyó planes diversos, dentro de cuya pluralidad pueden delinearse no pocos denominadores comunes. Están entre ellos la destrucción de la sociedad agraria y feudal representada por la oligarquía porfirista, la ruptura con el continuismo del poder federal, estatal y municipal a través de la efectividad del sufragio; la supresión de jornadas de trabajo inmoderadas imponiendo la de 8 horas que en 1910 se consideraba exótica e impracticable; la erección de escuelas para realizar el principio de universalización de la enseñanza popular.

Estas metas no fueron utilizadas desde un principio para saturar intensivamente la conciencia pública. A la rebeldía multitudinaria no se le precisaron sus metas lógicas con claridad. Ello no podía ser así. Nuestro sistema vial estaba más atrasado de lo que está hoy y el país no se hallaba bien articu-

lado; los medios de que se disponía para la difusión de las ideas eran bastante primitivos; la autocracia impedía circular libremente periódicos que, por lo demás, eran tan pobres como las minorías inconformes; el arma del mitin no podía usarse por ser claramente incompatible con la prohibición del derecho de reunión. Los planes y los escritos políticos fueron abriéndose paso, alojándose—sobre la marcha— en el ánimo de las multitudes campesinas, obreras y de la clase media.

EN 1895—14 años antes de que don Andrés Molina Enríquez escribiera su célebre libro intitulado *Los Grandes Problemas Nacionales*—, en 1895, ya don Wistano Luis Orozco preconizaba lo siguiente en su *Legislación y Jurisprudencia sobre Terrenos Baldíos*: "Uno de los medios más apropiados que poseemos para redimir y mejorar nuestras clases desheredadas, es repartir juiciosamente entre ellas los terrenos públicos que poseemos y procurar eficazmente que se divida también entre ellas el excedente inútil y enorme de las propiedades privadas". Esto se decía en 1895.

En el *Manifiesto a la Nación y Programa del Partido Liberal* firmado en San Luis Missouri en 1906 por Juan Sarabia, los hermanos Flores Magón, Antonio Villarreal, Rosalío Bustamante y Librado Rivera, encontramos un antecedente directo de la doctrina sustentada en los artículos 27, 123, 3º y 130 de nuestra Carta Magna de 1917.

Del artículo 27, cuando dice: "Los dueños de tierras están obligados a hacer productivas todas las que posean; cualquier extensión de terreno que el poseedor deje improductiva la recobrará el Estado y la empleará conforme a los artículos siguientes. El Estado dará tierra a quienquiera que lo solicite, sin más condición que dedicarlas a la producción agrícola, y no venderlas. Se fijará la extensión máxima de terreno que el Estado pueda ceder a una persona. Para que este beneficio no sólo aproveche a los pocos que tengan elementos para el cultivo de las tierras, sino también a los pobres que carezcan de estos elementos, el Estado creará o fomentará un Banco Agrícola que hará, a los agricultores pobres, préstamos con poco rédito y redimibles a plazos.

Existe también un anticipo del artículo 123 constitucional, cuando en el Plan citado se postula la necesidad de "Establecer

un máximo de 8 horas de trabajo y un salario mínimo en la proporción siguiente: \$1.00 para la generalidad del país, en que el promedio de los salarios era inferior al citado, y de más de un peso para aquellas regiones en que la vida era más cara. . . (de) Prohibir en lo absoluto el empleo de niños menores de catorce años. (de) Obligar a los patronos a pagar indemnización por accidentes del trabajo. (de) Obligar a todas las empresas o negociaciones a no ocupar entre sus empleados y trabajadores, sino una minoría de extranjeros. (de) No permitir en ningún caso que trabajos de la misma clase se paguen peor al mexicano que al extranjero en el mismo establecimiento, o que a los mexicanos se les pague en otra forma que a los extranjeros. Hacer obligatorio el descanso dominical”.

Hay un antecedente del artículo 3º en el propio Plan cuando se exige la “Multiplicación de escuelas primarias, en tal escala que queden ventajosamente suplidos los establecimientos de instrucción que se clausuren por pertenecer al Clero. Obligación de impartir enseñanza netamente laica en todas las escuelas de la República, sean del Gobierno o Particulares, declarando la responsabilidad de los Directores que no se ajusten a este precepto”.

Y, por último —y para no hacer más fatigoso este escrutinio—, el Plan de San Luis Missouri incluye antecedentes del artículo 130 de la Constitución del 17, cuando postula lo siguiente: “Los templos se considerarán como negocios mercantiles, quedando, por tanto, obligados a llevar contabilidad y a pagar las contribuciones correspondientes. Nacionalización conforme a las leyes, de los bienes raíces que el Clero tiene en poder de testaferros. Agravar las penas que las leyes de Reforma señalan para los infractores de las mismas. Supresión de las escuelas regenteadas por el Clero”.

Viene después el *Plan de Ayala*, que precisa aún más que el de San Luis, la necesidad de dotar y restituir la tierra a los campesinos.

En el Plan de Pascual Orozco contra don Francisco I. Madero se preconiza la restitución y dotación de tierras a los campesinos y, en su artículo 34, puede advertirse ya un germen de la doctrina obrerista de nuestras leyes más recientes.

El Plan de Guadalupe suscrito por Don Venustiano Carranza y sus primeros compañeros, contiene igualmente los

gérmenes de muchas innovaciones legales instauradas en la Constitución que ahora nos rige.⁸

EL pueblo, al lanzarse a la lucha armada, no llevaba perfectamente afinadas las ideas contenidas en tales planes; pero fué precisándolas poco a poco, merced a la convivencia dentro del Ejército con sus jefes —jefes que no fueron militares de carrera sino líderes locales de la inconformidad.

Y así se propagó y se fué integrando el diario de la Revolución mexicana: en las conversaciones de cuartel, al calor de la pelea en las montañas, entre el humo de la pólvora y el saqueo de las ciudades.

Lo deseable —es verdad— habría sido que el pueblo, hastiado del porfiriato vitalicio y urgido de justicia, se hubiese rebelado provisto antes de un plan único trazado con precisión geométrica. Conocemos los motivos que hicieron imposible tal empresa y, sin embargo, esto no impidió que la pluralidad de planes y la lucha de facciones, cristalizaran siete años más tarde en uno de los sistemas de leyes más avanzados del mundo, en donde coexisten postulados de estirpe socialista al lado de principios individualistas tradicionales.

Esta dualidad en el espíritu de nuestra legislación federal es la que ha permitido que dentro del explicable flujo y reflujo de toda revolución triunfante, los grupos sociales con intereses heterogéneos presionen al gobernante en turno en favor de sus ventajas específicas.

La Revolución Mexicana sí tuvo programa. Lo tuvo, en los términos y por los caminos que hemos indicado.

Veamos ahora en qué medida han sido alcanzadas esas metas.

En materia agraria, casi dos millones de jefes de familia recibieron cerca de treinta millones de hectáreas en un plazo de tres décadas, desde la promulgación de la conocida ley del 6 de enero de 1915, hasta principios de 1945. Si se hubiese dotado a los campesinos de crédito barato y suficiente, de saberes técnicos y herramientas modernas de cultivo, la Reforma

⁸ Datos tomados de la Ponencia de Jesús Silva Herzog. *Memoria del Segundo Congreso de Ciencias Sociales*, Tomo I. Mesa Redonda de la Revolución Mexicana.

Agraria habría sido perfecta. Empero, la sola entrega de la tierra y la ruptura de la sociedad feudal sobre la cual se asentaba el porfirismo, bastarían por sí mismas para justificar históricamente nuestro movimiento social de 1910.

El Artículo 123 de la Constitución dió lugar a una Ley Federal de Trabajo que protege con amplitud y justicia los derechos del obrero y que es tenida como modelo en su género por muchos países del mundo. Tenemos aquí un amplio sector con saldo igualmente positivo para la Revolución Mexicana.

En el terreno educativo se ha logrado que de cada cien mexicanos sepan leer cincuenta y cinco, en contraste con la cifra de un 28 por ciento de alfabetos que ofrecía el porfirismo en sus postrimerías. Y pese al enorme número de escuelas erigidas por los gobiernos revolucionarios, las existentes no bastan todavía para alojar a la población escolar, siempre creciente. Esto explica —pero no justifica— la proliferación constante de instituciones donde se imparte enseñanza contraria en su orientación a los ordenamientos legales vigentes.

En materia de cultos, ha aparecido en los últimos años un afán de tolerancia parecido al que existe en países en donde el clero no actuó como poderoso partido político. Tengo para mí que con ello se olvidan amargas lecciones de nuestro pasado.

En el campo electoral, la presencia ominosa del cacicazgo en muchos lugares del país, tiene a la Revolución en la dramática condición de ver cómo otros grupos de signo adverso a ella, luchan para defender una bandera que no ha sido nunca la suya: el estandarte de la libertad municipal, consagrada por la Constitución en su artículo 115.

Nuestra Revolución ha arraigado el respeto a la libertad de pensamiento escrito o hablado en contraste con las prácticas de la Dictadura. Durante aquella época el Estado de Hidalgo padeció un gobernador —Pedro L. Rodríguez— quien, habiendo sido atacado por el periodista independiente Olmos y Contreras, lo hizo apalear; reincidió en sus ataques, y Pedro L. Rodríguez mandó entonces cortarle la lengua y quemarlo después en un horno de ladrillo. Don Porfirio, empero, no solicitó al Congreso la desaparición de poderes en el Estado de Hidalgo.

En las Relaciones Exteriores la Revolución ha seguido una política que ha dado a nuestro país una personalidad importante. No me parece nada remoto que, si la corriente que gobernó durante el porfirismo no hubiese perdido su continuidad, México habría sido aliado de los que perdieron la guerra y mantendríamos ahora relaciones cordiales con Francisco Franco.

En materia vial, se han gastado más de mil millones de pesos en construcción de carreteras que han contribuído a dar mayor vigor económico al país, si bien se descuidó intensificar la red ferrocarrilera y conservar la que había.

En suma, el aspecto constructivo de la Revolución arroja un saldo favorable, a pesar de que algunos consideraban hoy que si no hubiese sido por el advenimiento de ellas, México habría ganado mucho en el aspecto constructivo. Para fundar esta afirmación, sostienen tales detractores que si bien es verdad que las dictaduras envilecen a los pueblos, se justifican ante la historia por la cuantía de las obras públicas y por los superavits que dejan en las cajas del Erario.

Este bien antiguo punto de vista, ha sido refutado desde los tiempos de Bulnes: "La dictadura no tuvo obra económica, decía D. Francisco y agregaba con mucha gracia: la *casualidad* se la regaló dirigida por la diosa Fortuna, que, desde 1876 hasta 1910 fué la fiel y abnegada barragana del General Díaz... Limantour en vez de hacer obra económica, fué su obstructor".

Hay quien está convencido que lo obtenido mediante la Revolución, se debe más a la natural evolución de las sociedades que al esfuerzo de sus prohombres y a las excelencias de las innovaciones. Ello no es verdad, pues lo que vino a acelerar la modernización de México fué la desaparición de los grandes latifundios, cosa que no se habría conseguido a través de gestos corteses y generosos de los terratenientes.

No puede negarse la fuerza constructiva del régimen de la Revolución a pesar del peculado y del enriquecimiento ilícito de no pocos gobernantes. Se podría recomendar a los que ven en el porfiriato un paradigma de honestidad que lean cuidadosamente la relación de las fortunas creadas al amparo de la dictadura que ofrece Bulnes en su "*Verdadero Díaz*".

Ciertamente que el enriquecimiento ilícito de funcionarios y allegados a éstos, es más condenable en la Revolución que en el porfirismo, porque aquélla brotó esgrimiendo principios humanistas y de redención. La falta de una observancia estricta del principio elemental de la honradez administrativa se ha convertido en una parte importante del equipo de ideas de los enemigos de la Revolución.

ESTE balance sumario, nos lleva al examen de la cuestión relativa a si la Revolución Mexicana tiene aún en el arsenal expresivo creado por ella, un instrumento vigoroso y eficaz.

En los años recientes se ha podido observar que la fraseología usada por la Revolución ha perdido el poder de seducción, la fuerza como de encantamiento que antes poseía, así como la aptitud para servir como recurso definitorio de los problemas actuales.

Si examináramos cada una de las palabras usadas con mayor reiteración por los políticos tradicionales, podríamos ver cómo ellas nada nos dicen ya, ni tienen entre las masas el antiguo eco arrebatador. Al hablar de masas no me refiero a ese grupo minúsculo del pueblo que en las principales ciudades y desde hace más de diez años asiste—a veces de un modo mecánico—a escuchar a sus dirigentes, haciendo perder a éstos la perspectiva del verdadero estado de la conciencia popular. He querido, pues, aludir a las grandes mayorías de la Nación.

Siento cada vez más claramente que la fraseología de la Revolución, aparte de haber ido perdiendo fuerza por el uso y el abuso, no nos ayuda ya a replantear los problemas que se nos ofrecen dentro de las circunstancias existentes. Parece como si hubiésemos llegado ya al extremo de que el hecho de recurrir a esa terminología, sea una de las varias maneras de no decir nada, de que se nos vea con desconfianza o que —en el mejor de los casos— se nos mire con indiferencia y piedad. Y esto lo podemos advertir ahora, ya no entre los señoritos de la ciudad sino entre la gente humilde del campo.

Debo confesar que la primera vez que sentí esto me invadió una sorpresa dolorosa.

Los miembros más ilustrados y cultos de la Revolución —jóvenes, maduros o viejos— pueden asociar bien todavía el

significado de una terminología envejecida ya, a las nobles luchas de nuestro movimiento social de 1910. Pero los hijos de los agraristas que pelearon por sus tierras, los hijos de los obreros que derramaron su sangre por jornales más altos y jornadas menos fatigosas, los hijos de la clase media que encendidamente siguieron a un Francisco I. Madero, son sordos en su gran mayoría a ese haz de palabras que fueron creadas para aludir a ideas llenas de nobleza.

Esto no me lleva a suponer que la porción joven del pueblo mexicano sea reaccionaria. Creo, simplemente, que se ha llegado a una etapa en la vida del país —y esto es uno de los factores que le dan el carácter de crítica— en que la antinomia existente entre los términos reaccionario y revolucionario va perdiendo actualidad, contenido, eficacia emocional para la obra diaria, de la misma manera que la antinomia entre insurgentes y realistas, centralistas y federalistas, liberales y conservadores, republicanos e imperialistas, pertenece más al estudio del pasado que al repertorio de las ideas operante. Pero no creo que la porción joven de los mexicanos sea partidaria de soluciones contrarias a los grandes intereses del pueblo, inspiradas en las más oscuras tradiciones y en los credos anti-libertarios que han estado en boga durante los últimos años en el mundo.

La juventud mexicana —he podido advertirlo a menudo— se movilizaría entusiasmada si se le hablase un lenguaje más expresivo y flexible, con el cual se reexaminaran todos y cada uno de los problemas vigentes dándoles un tratamiento adecuado. Porque parejamente al desgaste de las palabras, los métodos se hallan viciados. Sin la menor vanidad de tipo profético, puede preverse que si seguimos entregados a las antiguas muletillas, si no se actualizan y remozan los métodos de enfoque de la realidad, si no admitimos que el país plantee ya una nueva problemática, el ímpetu de la juventud puede ser desviado en provecho de quienes postulan soluciones antipopulares. Pero el problema no sólo es de nuevos métodos y nuevas fraseologías, sino de hombres nuevos que encaucen el espíritu de mutación de los jóvenes.

Pertenezco a una generación que nació poco después de iniciada la Revolución. Nuestras primeras preocupaciones sobre la vida pública de México nacieron cuando Plutarco Elías

Calles dejó de ser "hombre fuerte" y cuando Lázaro Cárdenas inauguraba su ejercicio presidencial. Hemos sido testigos conscientes de los dos últimos sexenios. Hemos contemplado el intento de hibridización del ideario de la Revolución Mexicana, para introducir en él postulados que poseen validez universal, ciertamente, pero esto se hizo de una manera tan grotesca que el intento se frustró dejando sin consolidar muchas reformas. Una gran parte del pueblo mexicano quedó con una actitud hostil a esta experiencia y las ideas que se manejaron quedaron lamentablemente desacreditadas, pese —insisto— a la innegable validez original de muchas de ellas.

Objetivamente, y aunque esa no haya sido la intención, la verdad es que se dejó en el mexicano medio una impresión semejante a la que, en escala menor quedó al pueblo tabasqueño después de que Garrido Canabal abandonó el poder. Y esto a pesar de que la intensificación del reparto agrario y la nacionalización de la riqueza petrolera, tendrán que ser considerados por el historiador del futuro como méritos indisputables de ese régimen.

A mi generación le ha tocado ver cómo, gentes colocadas en puestos de mando echan por la borda, uno a uno, los principios con que se pretendió mezclar la ideología en la Revolución y con los que se saturó la conciencia juvenil de aquella época. Los ademanes truculentos y la parafernalia de entonces han desaparecido; el frenesí demagógico fué tal y la falta de perspectiva histórica tanta, que se llegó a decir en este mismo Palacio de Bellas Artes —allá por 1937 ó 38— que Roosevelt no ganaría la siguiente elección porque sobrevendría la reforma integral de la sociedad norteamericana. Y uno de los hombres más limpios y honrados que yo conozco, siendo Secretario de Educación, no tuvo ninguna dificultad en declarar hace poco más de diez años que la Educación Socialista se impartía para preparar el inminente advenimiento de la dictadura del proletariado.⁹

Hoy, asistimos a la desaparición de antiguos lemas. Parece como si algunos dirigentes que los pusieron en boga —al borrarlos— empezasen a conceder razón a la doctrina social y económica que poco después de su período presidencial sustentaba Abelardo Rodríguez, cuando parecía tener el rango

⁹ Lic. Ignacio García Téllez.

de jefe visible de nuestros empresarios. Estas actitudes oscilantes—justificables o no merced a una ingeniosa aplicación de la dialéctica—han restado autoridad y gastado la personalidad de no pocos dirigentes. Al menos así lo percibe el pueblo. Y es justamente el apoyo auténtico del pueblo el que hará posible reanudar la marcha ascendente. Sin tal apoyo seguiremos haciendo abstracciones y juegos de artificio o nos consumiremos en nuestras propias amarguras.

EL tema de la Revolución y su crisis es un tema cotidiano: anda de boca en boca, pronto a surgir en cada momento y en todo aquel que vive medianamente alerta a lo que le rodea.

Los médicos suelen sostener que no se advierte con precisión la existencia de un órgano del cuerpo sino cuando está enfermo. Metafóricamente, podría afirmarse que el constante reparo y advertencia del ciclo histórico iniciado en 1910, nos está anunciando que ese ciclo, como tal, se halla enfermo de gravedad. Sí, hace tiempo que el régimen progresista de México ha perdido el goce tranquilo de la cenestesia. Y quizá el hecho de que estemos aquí esta noche tenga algo del examen retrospectivo que se atribuye a los agonizantes.

Ahora bien, reconocer que México atraviesa desde hace años una crisis histórica y que ésta desembocará inevitablemente y en breve plazo en un nuevo ciclo que habrá de tener su propio estilo y fisonomía, no significa que renegemos de un pasado que hemos pretendido reseñar y dentro del cual nacimos y nos formamos.

Reconocer con entereza que el ciclo histórico de la Revolución está en su ocaso, junto con su *modus operandi*, bagaje expresivo y muchos de sus hombres, no quiere decir que nos cause alegría o que deseemos su conclusión. El eterno instinto de progreso del pueblo no habrá de fenecer con su extinción.

Queremos, sencillamente, que la Revolución sea superada con decoro. Esa es la tarea mayor de nuestra generación, si nuestra generación encuentra la inteligencia, la imaginación y la capacidad ejecutiva para llevarla a cabo.

La diferencia esencial que podría señalar entre los que piensan como yo y los miembros del partido de la marcha hacia atrás, consiste en que mientras ellos desean la muerte

de la Revolución para imponer sus fórmulas, nosotros reconocemos con objetividad su inminente desaparición como fenómeno político operante con el propósito de ensayar nuevas rutas de progreso. Y, a la verdad, no tenemos una coincidencia pasajera entre unos y otros. Ya se verá más tarde cuál es la trayectoria y el lugar de cada quien. Siempre he dudado de la honradez intelectual de los que por no coincidir alguna vez con sus opositores son capaces de decir lo contrario de lo que ven y saben.

Estamos en el dintel de una nueva etapa en nuestra historia. Y hay que preguntar: ¿Cuáles serán las nuevas metas del nuevo ciclo histórico que ha de sustituir al de la Revolución?

Supliendo transitoriamente a quien pueda hacer un mejor pronóstico, me atrevo a afirmar que las nuevas metas deben buscarse en las inconformidades vigentes, es decir en el pasivo visible de la Revolución y en las nuevas aspiraciones y corrientes universales.

En los últimos años ha surgido un clamor nacional contra el fraude, la prevaricación de funcionarios y dirigentes. La tendencia próxima se orientará con denuedo a lograr una plena moralización en el ejercicio del poder y en la dirección de las organizaciones sociales.

En los años recientes se ha advertido incapacidad e ineficiencia en muchas ramas de la administración pública. La tendencia próxima se orientará a lograr una administración más técnica y capaz.

El recrudescimiento de los viejos males del cacicazgo se ha hecho parte ostensible. Nótase ya la tendencia firme a extirparlos.

La adopción de una nueva conducta por parte del régimen actual hace pensar que existe el deseo de cargar aquellos defectos a la cuenta de un pasado que se está cerrando, sin tener por qué hacerse solidario de ellos. No es un proceso de depuración de la Revolución el que ahora contemplamos, sino la salida al exterior de corrientes e impulsos que hasta hace poco se hallaban ocultos en el subsuelo histórico de México. No son los estertores de un ciclo exhausto sino el anuncio del que ya se inicia.

Vamos hacia un acercamiento genuino con el pueblo.

Habrá que reconstruir el diálogo permanente y creador entre dirigentes y dirigidos. El pueblo llegará a tener los conductores que merece y confiará de nuevo en sus palabras.

Si la opinión adscrita al progreso es capaz de entregarse con pasión a la tarea de acercarse sin simulaciones a las masas y ganarse su adhesión limpiamente, con hechos, clarificando las metas a que legítimamente se puede aspirar según las circunstancias, si tal cosa acontece, podrá neutralizarse la presión que ejercen los grupos de regresistas que hace años se hallan bien organizados, trabajando con tesón e inteligencia.

El juego, pues, ha empezado y promete ser reñido; la partida será sin duda ganada por las fuerzas tradicionales del progreso.

MEXICO Y SU POLITICA RURAL

Por *Jorge L. TAMAYO*

NADIE puede ya poner en duda la existencia de un vigoroso movimiento que ha transformado la vida de México en este siglo. Unos se quejan de su vigorosa acción, otros la ven con agrado y algunos lamentan lo incompleto de su obra; pero en general se acepta la existencia de una corriente que ha tenido formas violentas y tranquilas, pero todas ellas demoleadoras, que constituyen la Revolución Mexicana.

Este movimiento sacudió al país en todos los ámbitos, al grado que se puede afirmar que en algunos años, la Nación entera estaba entregada a una lucha integral ya fuera armada, ideológica o de simpatías. No había indiferentes: revolucionarios o reaccionarios, acaso una regular cantidad de acomodaticios, que por desgracia sobreviven.

Es empequeñecer la Revolución, pretender definir el campo de su obra y de sus reformas; quizás sea más justo concederle el anhelo de buscar para todos los mexicanos, una vida mejor. Como a ello se oponía el latifundista, creó el agrarismo; el clero maniataba los espíritus, desarrolló labor anticlerical; la ignorancia y muy particularmente la dificultad de que las clases humildes se educaran, le hizo crear la escuela rural y su vigorosa obra educativa; los extranjeros vivían como en país conquistado económica y culturalmente y hubo de ser nacionalista; los recursos naturales estaban en manos de quienes sólo los acaparaban o los explotaban olvidando el interés nacional, reivindicó la propiedad de la Nación; atenta a las corrientes universales, legisló protegiendo al trabajador; convencida de que el mestizaje etnológico y cultural es su destino, se preocupó de las razas indígenas, olvidadas y explotadas; como desorientada, la Nación mexicana quería vivir falsamente imitando modelos extranjeros, se descubrió a sí misma y ha

creado vigorosamente en el orden espiritual, destacándose en sus manifestaciones artísticas.

Sin embargo es muy frecuente, sobre todo en el extranjero, darle un contenido exclusivamente agrario e incluso la expropiación de la industria petrolera, se la considera un incidente y a la legislación obrera se la califica de producto de ideas "exóticas", olvidando que el artículo 123 de nuestra Constitución se redactó antes de la Revolución Rusa, eso sí siguiendo el pensamiento universal aceptado ya en muchos países.

Analizando la cuestión, habrá que conceder que en parte los observadores tienen razón, en cuanto que la obra revolucionaria se ha manifestado principalmente en el campo y esto se debe a que la población rural representa la mayoría de los habitantes. A principio del siglo el 80% de nuestra población vivía del campo; en 1930, disminuyó al 70% y todavía en 1940, representaba el 60% de los habitantes.

Además, los elementos más activos y numerosos dentro de la Revolución, eran los campesinos, quienes indudablemente se preocupaban por la inmediata solución de los problemas rurales. Varios fueron los objetivos concretos que se deseaban alcanzar al pretender la modificación de la vida rural: llevar a ella las ventajas de la civilización, obtener mejoría económica, libertad política y educación, constituyendo en conjunto una política integral de carácter nacional que resolviera los problemas del campo.

Estos problemas, de viejas raigambres, han presentado obstáculos de importancia para resolverlos, al grado que aun en estas fechas, varios de ellos son actuales, en otros las soluciones aplicadas han tenido que rectificarse y se ha dado la impresión de que no había seguridad en la dirección de esta reforma y que en los últimos años se ha rectificado, por lo que los grupos conservadores de dentro y fuera del país, constantemente hablan del fracaso de la Reforma Agraria en México.

¿A qué se debe esta aparente anarquía en la acción?

Creemos que esto ha sido motivado por la falsa visión que, de los recursos naturales mexicanos, se ha tenido. En particular, siempre que del agro mexicano se trata, se ponderan en exceso sus recursos disponibles, la producción y los rendimientos, llegándose al extremo de que los mismos hombres de estudio compararon la forma del País, con el cuerno de la

abundancia, afirmando que nuestro territorio podía producir opíparos frutos que ofrecer al mundo entero.

Sólo, cuando la acción revolucionaria ha querido investigar las causas del constante bajo nivel de vida del campesino, tanto del peón como del agricultor, se han estudiado los problemas rurales, pero por un fetichismo inexplicable, se estuvo culpando exclusivamente al régimen de propiedad; aun ahora que este obstáculo se ha superado por una mejor concepción, continuamos enfrentándonos con graves problemas y es que, no obstante el conocimiento de la realidad, sigue haciendo acto de presencia en el análisis y planteamiento de los problemas sociales y económicos, la actitud optimista de quienes atribuían grandes recursos naturales a la Nación Mexicana.

Efectivamente la tenencia de la tierra anterior a 1910 producía efectos perjudiciales a la economía nacional, sin embargo nuestra agricultura siempre ha sido pobre, de bajos rendimientos y aún los privilegiados que la usufructuaron por siglos no pudieron crear una riqueza que guardara relación con la extensión de las tierras.

DESDE mediados del siglo pasado se hizo notoria la anárquica situación de la propiedad rural, que obedecía a la diversidad de origen de su titulación, falta de ajustes sobre el terreno y deslindes. Llegóse al extremo de considerar necesaria la intervención de juristas especializados, para resolver estos problemas.

Como es natural, el clero y los fuertes propietarios siempre dispusieron de hábiles consejeros para defender su propiedad y acrecentarla a costa de los pequeños propietarios, de los terrenos comunales o nacionales.

El clero por efecto de mercedes reales, limosnas, donativos, legados, etc., llegó a convertirse en el más importante propietario rural y urbano del país. Como estos bienes no circulaban, no cambiaban de propietario e incluso se explotaban en forma deficiente, se señaló a la amortización de los bienes eclesiásticos como una rémora que perjudicaba seriamente a la economía nacional. Don Lucas Alamán, hace poco más de un siglo, estimaba en trescientos millones de pesos el valor de las propiedades eclesiásticas y don Miguel Lerdo de Tejada, daba una cifra casi coincidente.

Desde la Colonia, sobre todo a partir de la Independencia algunas personas señalaron la conveniencia, desde el punto de vista económico, de poner en circulación estos bienes, obligando al clero a venderlos. Cuando el movimiento reformador de 1856, llegó al poder, consideró urgente desamortizar los bienes eclesiásticos no sólo por razones económicas, sino también políticas, tratando de destruir su poderío. Fué así que expidió la Ley del 25 de junio de 1856, que ordenaba la adjudicación de los bienes eclesiásticos a favor de los arrendatarios o denunciante y prohibía que corporaciones civiles y religiosas tuvieran propiedades, incluyendo de este modo a las comunidades indígenas.

Posteriores disposiciones, particularmente la circular de 9 de octubre del mismo año y la Constitución promulgada el 5 de febrero de 1857, precisaron que las propiedades comunales fueran divididas entre sus miembros.

Todas estas disposiciones tuvieron resultados desfavorables de órdenes económico y político. Los arrendatarios en lo general, no aceptaron los bienes religiosos, los que fueron denunciados por propietarios rurales que de esta suerte ampliaron la extensión de sus fundos.

Las parcelas en que se fraccionaron las tierras comunales, por la misma falta de crédito y vecindad de grandes propiedades, pronto fueron absorbidas por sus vecinos. Bulnes¹ decía al respecto: "Ese primer reparto de tierras a los pobres, muy honrado porque no se violaban derechos individuales y mucho menos individual, obtuvo un fracaso escandaloso. Los indios propietarios, no pudiendo sostenerse como tales, vendieron sus propiedades en general a los rancheros propietarios de ranchos y éstos a su vez, las vendieron a los grandes terratenientes".

Es conveniente apuntar que dentro del Congreso Constituyente el diputado Ponciano Arriaga, hizo notar la conveniencia de abordar el problema de una mejor distribución de la propiedad rural. Desgraciadamente su voz se perdió en el desierto.

Por eso puede resumirse la obra de los reformistas liberales como errónea, agravando el problema rural. Pretendió poner en circulación los bienes de manos muertas y en realidad fomentó la concentración de la propiedad rural en poder de los

¹ *Los Grandes Problemas de México*. Pág. 133. México, 1926.

antiguos grandes propietarios, que explotaban sus fundos en forma inadecuada para la Nación y que constituían una aristocracia llena de prejuicios.

En 1875 se expidió una ley de colonización que autorizaba al Gobierno a contratar con compañías colonizadoras a las que cedía la tercera parte de los terrenos baldíos que deslindara. Una ola deslindadora asoló el país buscando baldíos, lo que fué fácil, a causa de la defectuosa situación e indeferencia del Gobierno que permitió innumerables abusos. Sólo los grandes propietarios pudieron salvarse de ella, no así tierras comunales, posesiones de hecho, etc.

Describe acertadamente el Lic. Jorge Vera Estañol los resultados cuando dice que "Las operaciones de las empresas deslindadoras durante los nueve años comprendidos de 1881 a 1889, amortizaron, en consecuencia, en las manos de 29 individuos y compañías, catorce por ciento de la superficie total de la República, y en los cinco años subsecuentes, otras cuantas empresas acapararon un seis por ciento más de dicha total superficie, o sea, en conjunto, una quinta parte de la propiedad territorial monopolizada por no más de cincuenta propietarios".²

Debemos agregar, sin embargo, que estas operaciones no sólo produjeron la concentración de la propiedad, sino además depositaron gran parte de nuestro territorio en manos de extranjeros, particularmente estadounidenses, en la frontera norte y Baja California.

Los problemas de la tenencia de la tierra, con estos estímulos, no se resolvieron, sino por el contrario se exacerbaron, saliendo robustecida la gran propiedad rural.

Andrés Molina Enríquez, en su magistral obra "Los Grandes Problemas Nacionales", afirmaba justamente que la propiedad a principio del siglo XX constituía una amortización que se trasmitía hereditariamente (por vinculación), que no era fuente de intereses elevados sino que el "verdadero espíritu de ellas lo forman el señorío y la renta".

Ampliamente estudia la hacienda como negocio y explica su inestable equilibrio en la "Dilatación de la extensión y rebajamiento de los gastos". Esto último se lograba a base de

² *Al margen de la Constitución de 1917*. Los Angeles, Calif., 1920.

bajos salarios y condiciones *ominosas*. "El peón de las haciendas—decía el Lic. W. L. Orozco³—es todavía hoy el continuador predestinado de la esclavitud del indio; es todavía algo como una pobre bestia de carga, destituida de toda ilusión y de toda esperanza. El hijo recibe en edad temprana las cadenas que llevó su padre, para legarlas a su vez a sus hijos".

Ramón Fernández y Fernández, acertadamente ha dicho que la "vieja hacienda tenía características feudales, esclavistas y capitalistas combinadas. Era feudalismo o reminiscencia feudal que el gobierno estuviera en manos de una casta de aristócratas terratenientes; el uso de los arrendamientos, de las aparcerías y de los pegujales para los cultivos más azarosos y menos redituables; la autoridad omnímoda del hacendado en el interior de su finca; y las tendencias de autosuficiencia económica". "La hacienda, en resumen, era una combinación de feudo, de explotación esclavista y de explotación capitalista".⁴

Creemos necesario puntualizar la verdadera situación de la agricultura en 1906, para tener base en la comparación a los tiempos actuales. Molina Enríquez afirmaba categóricamente al respecto: "Las haciendas han dejado de ser como antes eran, el mejor negocio del país, después de las minas, a las que si no igualaban en largueza de rendimiento superaban en seguridad de productos. Los tiempos actuales, como demostramos al ocuparnos en el estudio del problema de la propiedad, no son propicios para las haciendas. A virtud de ser ya las haciendas negocios inferiores, y tan inferiores cuanto que ya no son negocio, se sostienen, como dijimos entonces, por las dos series de trabajos que indicamos, y son, el ensanchamiento del fundo y la reducción artificial de los gastos, en la forma de reducción de impuestos y de reducción de jornales". "La insuficiencia de la agricultura habría ya determinado la bancarrota de la industria nueva, restableciendo el equilibrio anterior, si para sostenerla, no se hubiera descubierto una medida en apariencia salvadora, en realidad funesta; la importación de cereales americanos". No es nueva por lo tanto la importación de maíz y trigo que se ha señalado como el más

³ *Legislación y Jurisprudencia sobre terrenos Baldíos*.

⁴ *Logros positivos de la Reforma Agraria Mexicana*. "El Trimestre Económico". Julio-Septiembre 1946. Pág. 224.

importante cargo a la Reforma Agraria, como si fuera una consecuencia de ella.

El mismo Bulnes al referirse a la concentración de la propiedad dice que originada "por la impotencia de los pequeños propietarios para sostener en el terreno económico su propiedad, fué en aumento hasta alcanzar su máximun en 1910, indudablemente protegido por el dictador General Don Porfirio Díaz".⁵

Tan grave era el problema, que Bulnes escritor al que no puede señalársele conexión alguna con la Revolución Mexicana, decía con toda franqueza en 1925: "Es cierto que la miseria del pueblo mexicano se ha acentuado progresivamente en estos últimos setenta años, hasta llegar a ser de extrema gravedad, seguramente mortal si continúa" —pero censor intransigente e implacable de la Revolución trata de defender a los terratenientes, por lo que dice— "pero yo probaré con mi rigidez lógica e histórica habitual que el latifundismo mexicano, en vez de acelerar la explosión de la catástrofe final, ha servido para retardarla".⁶

Que algunos latifundistas hayan pretendido dar paliativos al problema, es posible; pero la gravedad del problema salta a la vista. No se llegó a la "catástrofe final" porque el pueblo mexicano con ese instinto de los pueblos vigorosos, buscó una oportuna solución a sus problemas, fraccionando las grandes propiedades.

ALGUNOS precursores señalaron los problemas del campo, pero la revolución maderista los incluyó dentro de su programa en forma secundaria. Por eso, cuando don Francisco I. Madero llegó al poder, en lugar de actuar en forma drástica, comenzó a estudiar un paliativo a la situación. Pero el problema era ya candente y por eso Zapata no se conformó con esperas y mantuvo su actitud intransigente.

Las declaraciones del señor Madero al diario "El Imparcial" de 27 de junio de 1912, creemos son contundentes a este respecto, por lo que vale la pena transcribirlas:

⁵ *Obra citada.* Pág. 133.

⁶ *Obra citada.* Pág. 137.

"Desde que fui investido por mis conciudadanos cuando fui nombrado para el cargo de Presidente de la República, no me he ocupado de refutar las versiones contradictorias que circulan en la prensa en la que con frecuencia se hace referencia a ofrecimientos que he hecho y que he dejado de cumplir. Pero con tanta insistencia han repetido algunos periódicos y muy especialmente el que usted tan acertadamente dirige que en las promesas de la Revolución figuraba el reparto de tierras al proletariado y se ofreció la división de los latifundios que permanecían en poder de unos cuantos privilegiados con perjuicio de las clases menesterosas (editorial de ayer), que quiero de una vez por todas rectificar esa especie. Suplico a usted se sirva revisar cuidadosamente el Plan de San Luis Potosí y todos los discursos que pronuncié antes y después de la Revolución, así como los programas de Gobierno que publiqué después de las convenciones de 1910, 1911 y, si en alguno de ellos expresé tales ideas, entonces se tendrá derecho a decirme que no he cumplido mis promesas. Siempre he abogado por crear la pequeña propiedad, *pero eso no quiere decir que se vaya a despojar de sus propiedades a ningún terrateniente. El mismo discurso que ustedes comentan tomando únicamente una frase, explica cuáles son las ideas del Gobierno. Pero una cosa es crear la pequeña propiedad, por medio del esfuerzo constante, y otra es repartir las grandes propiedades, lo cual nunca he pensado ni ofrecido en ninguno de mis discursos y proclamas*".

Muerto Madero, el movimiento carrancista tampoco concede a los problemas rurales, especial atención y sólo cuando los campesinos armados, soldados de la Revolución, comienzan a tomar la iniciativa y Zapata continúa enarbolando enhiesta la bandera de "Tierra y Libertad" y afirma que "la tierra es de quien la trabaja" se expide la Ley de 6 de enero de 1915, dando facultades a los jefes militares para fraccionar los latifundios.

El proyecto de Constitución que se envió a Querétaro no incluyó medidas con relación al régimen de propiedad y fue necesaria la intervención de un grupo de diputados para que se adoptara la redacción del artículo 27 y se diera forma jurídica al anhelo de transformación del régimen de propiedad.

Es muy conveniente puntualizar que la entrega de tierras a los grupos de campesinos se hace invocando dos razones: la restitución de tierras arbitrariamente arrebatadas al amparo

de las Leyes de Baldíos una y la dotación francamente de terrenos tomados de las grandes propiedades, para que los campesinos puedan realizar sus labores.

El carrancismo acepta la legislación agraria como medida táctica en la lucha política y la aplica avaramente, destacándose dos corrientes de interpretación: una pretende que las tierras arrebatadas a los latifundistas sirvan para proporcionar un ingreso complementario al trabajador del campo; otra busca en un nuevo régimen de propiedad y de explotación, la liberación del campesino. Explotar la tierra y no al hombre, apellida valerosamente, este segundo grupo, que por fortuna ha prevalecido.

Bastante se ha discutido en relación al procedimiento seguido al fraccionar los latifundios, sin pagar a sus antiguos propietarios su valor y se han emitido diversas opiniones tratando de justificar ese proceder. En realidad el régimen carrancista se encontró en el dilema de autorizar lo que los líderes, auténticos resonadores de las inquietudes populares, estaban haciendo o enfrentarse a la gran masa de campesinos armados que ya no querían más comisiones de estudios, ni programas, ni paliativos.

Carranza tuvo que escoger entre tomar la bandera de Zapata y Lucio Blanco o refugiarse en la de los latifundistas quienes tampoco lo veían con agrado.

Por eso el procedimiento no tenía importancia, había que lograr la satisfacción de las masas campesinas y se dispuso el fraccionamiento de latifundios, entregando la tierra a los campesinos y dando a los propietarios Bonos de una deuda que no podrá pagarse y que, tal vez, no deba pagarse.

En ese momento, en que luchan estas dos tendencias dentro de la Revolución, los conservadores hacen augurios de lo más desconsoladores. Bulnes, buen conocedor del país, pero mal profeta, decía en 1925 al respecto: "La reducción de las cosechas antes de la revolución de 1910, se debía al agotamiento constante y gradual de las tierras de temporales mejores de la República. El agrarismo ha agregado su funesta acción, para reducir considerablemente nuestras cosechas y no es pesimista ni imprudente decir, que antes de diez años el infeliz pueblo mexicano, se habrá visto obligado por el hambre a hacer una espantosa revolución contra la política de la repartición

de los ejidos y a imitar la catástrofe de Rusia, comiendo carne de cadáver humano".⁷

El fraccionamiento de las tierras se llevó a cabo con variable intensidad e interés, resultado de la falta de convicción revolucionaria de algunos dirigentes y de la necesidad de realizarla cautelosamente.

En 1925, ya se inició una revisión de los avances logrados y algunos hombres señalaron que no sólo al latifundismo podía culparse de la miseria del campo; falta de tierras laborables, de lluvias oportunas y suficientes, de riego, de crédito, de transportes, de técnica, etc., se conjugaban para oprimir al campesino.

Por eso, la Revolución en 1925 comenzó a formular una política integral de reforma rural que debemos afinar para hacerla congruente y efectiva. Ya no sólo se pensó en modificar el régimen de propiedad, continuando el fraccionamiento de latifundios, sino que también se enfrentó a la Naturaleza: creando la Comisión Nacional de Irrigación; y dió batalla al agiotista, al tendero pueblerino, a los acaparadores de productos rurales, creando el Banco Nacional de Crédito Agrícola.

Todo esto, al principio tuvo vida precaria, por la pobreza del Erario y la coincidencia de la gran crisis económica mundial, hasta que llegó al poder Lázaro Cárdenas, el gran campeón de los problemas populares.

Dió vigoroso impulso a las obras de riego, separó del Banco Agrícola, la atención de los ejidos, creando el Banco Nacional de Crédito Ejidal, dotándolo tan ampliamente como fué posible; pero sobre todo se propuso liquidar el problema agrario, por el único camino posible, extirpando por completo toda huella de latifundio. Por eso aplicó la ley en La Laguna, Nueva Italia y Lombardía y no tuvo empacho en ir a Yucatán, donde la Revolución no había hecho acto de presencia en el campo.

Han pasado ya veinte años desde que se formuló este nuevo planteamiento de los problemas rurales, y la obra revolucionaria se consolida, sin que hayamos tenido hambre, ni las masas campesinas rebelado; pero se ha confirmado un importante y valioso descubrimiento. No sólo el latifundio producía

⁷ *Obra citada.* Pág. 141.

la miseria rural; la pobreza de nuestros recursos naturales ha hecho que al ser escaso el fruto, se trate de obtenerlo barato a base de extorsión. Pero cuando el campesino produce para sí, y no hay a quien explotar, lo exiguo del producto invita a reconocer que la tierra avara, no da fruto pródigo.

Recientes estudios permiten afirmar que las posibilidades rurales de México son escasas, distribuidas del modo siguiente en la superficie del país:

Recursos ganaderos	48%
Recursos forestales	24%
Áreas laborables (Potenciales).	
De temporal y humedad	8%
De riego y medio riego	4%

Por eso la consolidación de la reforma agraria ha tenido que intentarse por medio de riego, bonificación de tierras, crédito, escuelas rurales, organización ejidal. Sólo con esas armas es posible construir una obra estable y firme.

Somos de los que pensamos que por diversas razones y muy particularmente porque la mayor parte de los recursos agrícolas se han entregado a los campesinos en forma de ejidos, el futuro de la agricultura será de ellos y una política acertada deberá ofrecer los mayores elementos para su pronto desarrollo, procurando que las tierras se exploten según sus características, creando ejidos agrícolas, ganaderos y forestales. En muchos casos la explotación colectiva es la forma más adecuada de aprovechamiento. Hay que establecerla sin titubeos, no importando la crítica del conservador que de todo lo que evoluciona se espanta.

Por eso mismo, debe intentarse con valor la ampliación de las parcelas económicas hasta un mínimo que según el tipo de explotación (agrícola, ganadera y forestal) asegure una vida civilizada para los campesinos que actualmente poseen tierras y los que aun no han podido alcanzar este beneficio. Si esto se realiza, no quedarán tierras laborables para la pequeña propiedad y toda nuestra agricultura y gran parte de la ganadería, serán ejidales.

Por eso nos dolemos de que a veces, ante la crítica de los conservadores de casa o preocupados por la opinión extranjera, algunas administraciones hayan titubeado en su acción y

aún pretendido torcer el rumbo, lo que no han podido ni podrán, porque ya hay grupos bien definidos, que no permitirán ninguna claudicación; pero es lamentable que en esos escarceos, se malgasten esfuerzos y se dé la sensación de debilidad.

Frecuentemente, al observar la escasez en el mercado de algunos artículos, se dice que la producción agrícola ha disminuido. No es exacto, lo que ocurre es que el volumen físico no ha podido aumentar a la par con el crecimiento de la población, ni con el incremento de poder adquisitivo de las clases proletarias; en cambio el valor total de la producción se ha elevado, aun descontando los efectos de la inflación.

Los campesinos, sin estímulo oficial, han dejado los tradicionales cultivos, de poca utilidad económica y han adoptado los que ofrecen mayor rendimiento por hectárea. Si son ejidatarios por el deseo de tener mayor ingreso y si son pequeños propietarios, porque no encuentran peón que les trabaje a bajo salario, única forma de contrarrestar la falta de fertilidad, de lluvias, de regadío o la presencia de heladas y plagas.

No debemos negar que la reforma Agraria, probablemente por el mecanismo que le dió origen, nació desorientada y falta de plan preciso y que sus primeros pasos fueron titubeantes. Todo estuvo justificado, pero al llegar a la mayoría de edad debe superar la doctrina y crear un programa eminentemente técnico, que sirva de apoyo a medidas audaces que hagan culminar este aspecto de la Revolución Mexicana, resolviendo de paso algunos otros problemas nacionales.

Hay que reconocer que la Reforma Agraria por falta de tierras no ha resuelto ni podrá, el anhelo de propiedad individual privada, ni tampoco ha elevado suficientemente el padrón de vida rural por insuficiencia de tierras y la interferencia de los intermediarios que han encarecido la producción.

Por eso es necesario resolver los problemas del campo pensando en la solución ejidal mejorada, libre ya de los defectos que treinta años de vida permiten apreciar.

También debe estudiarse la forma de llevar al campo en forma de crédito las cuantiosas sumas que el funcionamiento

de los cultivos reclaman, porque mientras esto no se haga serán los agiotistas y falsos banqueros, los beneficiados con la mejor explotación de la tierra.

Sin embargo y no obstante que nos sentimos dentro del grupo de los insatisfechos, porque soñamos con una transformación más honda, no cabe duda que ya es posible abonar a la Revolución Mexicana el alcance de algunos objetivos, tales como los siguientes:⁸

Se hizo un descubrimiento de gran importancia humana. La Nación se enteró de que la mayor parte de sus hijos, los campesinos, vivían miserablemente y que sus más grandes valores morales, estéticos y espirituales, tenían que apoyarse en esas masas para ser auténticamente mexicanas. Asimismo que debe elevar el nivel de esos hombres y que mientras no lo haga no se puede hablar de justicia social, ni de integración nacional, ni mucho menos puede la Revolución Mexicana (entendida convencionalmente como fuerza progresista de acción permanente) sentirse satisfecha.

Representa un avance en el desarrollo económico de México, toda vez que ha dotado a la mayoría de la población de mayores recursos económicos, educativos, mejorando su situación social, política y dando una conciencia ciudadana y humana de que antes se carecía.

Satisfizo las aspiraciones de propiedad de los campesinos, al sentir suya la parcela pequeña o grande que explota, dejando de sentir sobre él la hegemonía del propietario ya sea en su forma de patrón o de arrendador.

La mejoría en capacidad de compra de los campesinos desgraciadamente no puede señalarse como triunfo logrado cabalmente. La extensión de la parcela, calidad, medios de trabajarla, clima, etc., son factores determinantes del aumento, y éste no se podrá obtener para todos los hombres del campo, sino hasta que el programa de fundamentación técnica se realice.

Ha quedado fuera del comercio la mayor parte de las tierras útiles de México, lo que significa un paso anticipado a la socialización de los recursos y medios de producción, meta

⁸ En la mayoría coinciden con los señalados por el Ing. Ramón Fernández y Fernández en *Logros de la Reforma Agraria*. "El Trimestre Económico". 1946. Julio y Septiembre.

que ya no se debe ver tan lejana, cuando Inglaterra nacionaliza el Banco Central y los Ferrocarriles.

Quedó liquidada económica y políticamente la clase terrateniente, indiferente al destino histórico de México, que además afectaba nuestra economía por sus hábitos absentistas.

Mejor abastecimiento de las zonas rurales, ya que el ejidatario produce preferentemente para sí y sólo los excedentes manda a los centros urbanos de consumo.

Se arrebató a los extranjeros la propiedad rural toda vez que para ser ejidatario es condición tener la nacionalidad mexicana y las restricciones impuestas a la pequeña propiedad, cuando se cumplen, no la hacen atractiva para los extranjeros.

El Gobierno se sintió ligado a la suerte de los Ejidos y puso los mayores recursos posibles del Estado en pro del fomento de la explotación rural.

El mejoramiento cultural es bien notorio, pues no sólo la disminución del analfabetismo, sino las necesidades de dirección de los ejidos crearon hábitos de mando, de disciplina, aprendizaje del mecanismo democrático de una asamblea deliberante, etc.

Aunque en forma tímida, se ha iniciado *un éxodo de campesinos de las zonas superpobladas* a las escasas de habitantes, que esperamos se convierta en una vigorosa tendencia.

Posiblemente pueda resumirse este proceso evolutivo de nuestra Reforma Agraria, cuando comparemos los objetivos de hace treinta años y los de hoy.

Antaño se pensó en transformar el régimen de propiedad, meta prácticamente alcanzada y para hogaño, soñamos con una vida campirana en que se haya transformado la economía rural hoy vigente y el campesino pueda equipararse con el trabajador del campo de los países mejor dotados.

LOS PELIGROS ACTUALES DEL AUTORITARISMO RELIGIOSO

Por *Domingo VILLAMIL*

Pese al viraje a la derecha que ahora producen en los Estados Unidos los agoreros del Siglo Norteamericano y los demás reaccionarios de todas las denominaciones, veo con perfecta claridad al través de la maraña éticosocial contemporánea que los trabajadores del mundo no se dejarán escamotear ni uno solo de sus derechos congénitos. Veo que con conciencia cada vez más clara de los dictados de la ley moral, de sus derechos, sus deberes y su poder, ellos organizarán su Estado, reformarán lo que deba ser reformado, destruirán lo que deba ser destruido, abolirán lo que deba ser abolido, respetarán lo que deba ser respetado, instaurarán lo que deba ser instaurado y castigarán al que deba ser castigado. Es la historia que marcha en virtud de la ley de su propia evolución providencial, reflejo de la Trinidad de Dios; que sale del último período de la edad de la Antítesis y entra en la Edad de la Síntesis, tercera edad del desenvolvimiento humano; en la Edad del Espíritu Santo del Abad Joaquín de Flora.

DOMINGO VILLAMIL.

AFIRMAMOS los católicos que la única verdad religiosa que existe sobre la tierra es la contenida, expresa y virtual, en los dogmas propuestos en los símbolos de la fe de la Iglesia Católica. Yo, como católico que ha procurado conocer los fundamentos filosóficos y teológicos de su religión por lo menos en la medida necesaria para que su fe sea obsequio racional, abrigo profunda convicción de que así es.

En virtud de un derecho que por mi condición de persona me confiere la ley de mi naturaleza racional, destinada al cum-

plimiento de fines racionales aquí en la tierra reclamo para mí el derecho de profesar, afirmar, exponer, explicar y practicar esa verdad cuantas veces me parezca conveniente para mi perfeccionamiento intelectual y moral, o para la ilustración desinteresada de mis conciudadanos en los torneos de la cultura y las actividades académicas, o con el propósito, ya de sentido más utilitario, de ayudar a confirmar en su fe a mis compañeros de religión, de contribuir al avivamiento de sus sentimientos religiosos, de hacer participantes a nuevas personas de esta que yo reputo preciosa, fecunda y fundamentalísima verdad para el feliz peregrinar del hombre en esta tierra y su arribo a las playas de la eterna bienaventuranza, o con cualquier otro propósito, siempre dentro del límite natural ético-jurídico que tiene este derecho.

Cuando reclamo que se me reconozca y permita el ejercicio de esta facultad lo que hago es demandar que se me reconozca y permita ejercer sin estorbos uno de los más importantes derechos inherentes en la esencia humana e integrantes de la humana personalidad. El más fundamental y precioso de todos después del derecho a la vida y a la integridad corporal: el derecho a la plena libertad de mi conciencia, mi pensamiento, mi expresión. Envuelve esta demanda la doble protesta de que alguien ose imponerme a la fuerza la renuncia de mis convicciones, religiosas o de otra índole, y la adopción de otra creencia, y la de que, respetándoseme mi creencia, se me impida o estorbe, ello no obstante, mi libertad de manifestarla, ejercerla, propagarla y defenderla por todos los medios lícitos.

Sé que tengo derecho a mi fe religiosa, y a la exposición y la defensa de sus razones filosóficas y teológicas, y que ninguna autoridad humana puede traspasar ese sagrado recinto sin tiranizarme. Por mi derecho congénito a la libertad de mi persona yo soy el único árbitro para determinar, de conformidad con las luces de mi entendimiento, con la verdad objetiva de las cosas y la voz de mi conciencia, y en virtud de la autarquía inherente a esa persona —que me constituye en único árbitro de mi pensar, mi sentir, mi querer y mi obrar—, los medios que han de conducirme al logro de los fines naturales y sobrenaturales de mi ser.

Por la aplicación de mi autarquía y mi consiguiente libertad a la esfera de la conciencia, tengo derecho, —que en este

sentido quiere decir potestad irrefragable y desde otro punto de vista es también deber—, de no escuchar otra voz que la interior con que Dios se deja oír misteriosamente en mi alma, de no creer otra verdad que la por mí investigada y conocida y de no obrar sino de conformidad con la verdad por mí sabida y creída en el fondo de mi conciencia.

Sé todo esto porque me lo persuade mi sentido íntimo y porque también me lo persuade mi razón cuando ahonda, con las luces que me proporcionan los grandes doctores escolásticos, en la noción metafísica de la persona, y la descubre en el supuesto racional, es decir, en la autarquía de una substancia concreta, individualizada, subsistente en sí misma con independencia de todo otro sujeto, principio de sus actos, incomunicable, de naturaleza inteligente, racional y volitiva, dotada de libertad, en nada dependiente de la voluntad de los legisladores y naturalmente destinada a la vida de relación permanente con las demás personas en lo que llamamos sociedad humana, lo cual quiere decir destinada a la vida moral y del orden ético-jurídico. Certifícame asimismo mi razón, que la persona es la más perfecta de las formas naturales, la que participa de un modo más eminente de la perfección de la Divinidad; que tiene derechos naturales congénitos, fundamentales, incontrovertibles; y que por todo esto, y por su origen y su destino natural y sobrenatural, la persona humana es sagrada. Ningún hombre debe olvidar esta verdad, y menos el cristiano, que debe tener una inteligencia más clara y profunda de la imponente realidad de estas grandezas.

Por consiguiente, nadie puede violentarme en nombre de ninguna autoridad, en nombre de ningún principio, esta libertad interior que Dios me dió, y que es básica de mi naturaleza, sin constituirse reo de un atentado contra la voluntad de Dios expresa en la naturaleza. Atentado de una maldad intrínseca espantosa, y además inútil, porque todas las violencias del mundo jamás podrán doblegar la soberana independencia del espíritu, ni arrancarle una aquiescencia interior, única que vale, porque es la única elícita por la voluntad. Esta independencia es un hecho natural, y, como todos los hechos naturales del normal funcionamiento humano, tiene que ser respetada so pena de que sobrevengan las más funestas consecuencias para el individuo y la sociedad. De ahí la nulidad jurídica de las

obligaciones contraídas mediando fuerza física, y muchas veces también mediando coerción moral, de la cual es un ejemplo el temor reverencial.

Nada que sea contrario a la naturaleza de las cosas puede sostenerse mucho tiempo sin que se produzcan consecuencias mortíferas. Lo único que en el curso de la historia ha logrado la insensatez de los grandes delincuentes, eclesiásticos y seculares, que se han atrevido a violar el sagrario de la conciencia humana, dentro o fuera de la Iglesia, siempre malsirviendo a Jesucristo y biensirviendo a Satanás, ha sido trastornar el orden moral, jurídico y social, aumentar el número de los mártires o de los hipócritas y espantar de la Iglesia a las masas aterradas por la potencia criminal de tan egregia estupidez. Por una parte, fuerzan un santuario que plugo a la naturaleza, obediente a la sabiduría de la divina inteligencia y voluntad, mantener inaccesible a las violencias de los tiranos. Por otra parte, o derraman sangre, o atropellan y persiguen, o forman hipócritas, obligando a los hombres a obrar contra lo que su conciencia les certifica y les impera, y contra lo que, siguiendo esa voz interior, —regla inmediata del acto moral—, ellos estiman su bien y están en la rigurosa obligación moral de practicar.

Si he de conducirme, pues, como un ser racional, para poder profesar, exponer y defender mi condición de persona y mi creencia estoy obligado a seguir los dictados de mi razón y mi conciencia y a defender la libertad de mi pensamiento. A nadie debo consentirle que tiranice mi entendimiento y mi voluntad y ultraje mi dignidad de ser pensante. Debo ser respetuoso de las opiniones ajenas mantenidas de buena fe y no puestas al servicio de algunas de esas grandes atrocidades de la época consumadas hasta con la invocación del santo nombre de Dios por personas que se dicen religiosas y que en nombre de la religión —supremo bien del hombre— quieren imponerle su criterio a los demás.

Si no obro así, si no trato a los demás, como quiero que ellos me traten a mí, y no respeto la persona, la autarquía y las creencias de los demás, y el derecho de los demás a pensar y a conducirse de conformidad con lo que piensan; si me obstino en imponer mi voluntad fundado en la certeza que tengo de que es verdad lo que por tal reputo, y que por eso hago un bien imponiéndosela a todo el que tenga la mala suerte de

caer dentro de mi esfera de acción, seré un ser completamente absurdo si pido y espero que los demás, a su vez, respeten mi pensamiento, mi autarquía y mis creencias, me dejen en libertad de investigar y pensar la verdad, me permitan conducirme de conformidad con lo que pienso y se guarden de imponerme lo que por verdad reputan, fundados en que ellos también están seguros de que es la verdad lo que me imponen y de que me hacen un bien imponiéndomelo.

Impónese, pues, la conclusión de que si nadie tiene poder moral, y en la realidad profunda de las cosas ni físico tampoco, para ultrajar mi persona violentando mi conciencia y mi derecho a mi autarquía, a la libertad de mi pensamiento y de mi acción desenvuelta dentro del ámbito de la ley moral, tampoco lo tengo yo para negarme a reconocer igual derecho en la persona de los demás hombres. Este precioso derecho no es privativo mío, ni se causa en mí por la virtud de ningún privilegio personal que por algún concepto deba reconocérseme, sino precisamente por mi condición de hombre, que es decir de persona humana. Sobre esta invocación augusta demando su respeto en lo que a mí concierne, y sobre esta invocación estoy obligado a respetarlo en los demás. De ahí el derecho a la libertad de cultos y la sabiduría que envuelve el principio de la tolerancia religiosa. Lo contrario es intolerancia, autoritarismo, arbitrariedad, fanatismo, brutalidad fascista.

En la objetividad de la ley moral y del derecho natural, y en el asentimiento del entendimiento y de la voluntad, provocado por la evidencia inmediata de los principios primarios de la objetividad de la verdad física, metafísica y moral, de ninguna manera en el *magister dixit*, es donde radican los criterios naturales que causan la unidad de pensamiento y voluntad allí donde ésta es necesaria en las sociedades humanas. El argumento de autoridad es el más débil de todos, el que buscan por instinto, y al cual se agarran desesperadamente los entendimientos oscuros, el último a que recurriré, y ordinariamente sólo para confirmar o dilucidar la tesis, una persona de entendimiento perspicuo. *Infirmisissimus* le llama Santo Tomás en *I, q. 1, art. 8, ad 2um*, refiriéndose, claro está, al que se funda sobre la autoridad de la razón humana.

Ahí, en el derecho de los demás, y en el orden moral de la sociedad humana, —en el orden moral natural creado por

Dios, percibido por el entendimiento, sentido por el corazón y amado por la voluntad, no en el orden humano establecido por el derecho de gentes y la ley que llaman positiva por antonomasia, cuando es la menos positiva ante la filosofía—, encuentra su límite natural éticojurídico esta autarquía de la persona, este derecho a la libertad de conciencia, de pensamiento, de expresión del pensamiento, de cultos y de conducta, como encuentran el suyo todas las actividades del orden civil, la libertad económica, la libertad política y los demás derechos congénitos, entre los cuales se cuenta, por ser fundamental para la efectividad del derecho a la vida y el cabal cumplimiento de todos los fines de la persona, el derecho a la propiedad de todos los medios materiales y morales para una vida decente.

Estos derechos congénitos de la persona son por su naturaleza universales, iguales e irrenunciables en todos los hombres, razón por la cual quien suprima o ataque uno de ellos ataca o suprime criminalmente un atributo esencial de la persona. Veo por aquí que nada tiene de descabellada en filosofía y teología, sino al contrario, la aspiración socialista de nuestros días y que sólo ella garantiza una verdadera democracia humana y permite tener fe en los destinos humanos y la salvación final de las sociedades.

TODOS los grandes tratadistas católicos de filosofía del derecho y derecho natural—esencias que no deben ser confundidas—, empezando por el Aquinatense, cuya discusión del derecho y la justicia, en lo que a los principios cardinales respecta, es lo más bello, conciso y profundo que sobre el tema se ha escrito, reconocen este derecho a la libertad de conciencia en todos los hombres. José Prisco, neoescolástico eminente y cardenal de la Iglesia Romana, nos lo define magistralmente en estos términos, en su *Filosofía del Derecho*: es "El derecho que goza todo hombre a no ser obligado por la fuerza a adherirse a una verdad o consentir un bien de una manera opuesta a su convicción y consentimiento íntimo". ¿Puede expresarse en términos más concluyentes que ningún hombre puede ser obligado por ninguna autoridad o persona, pública o privada, a adherirse contra su convicción

a una verdad, religiosa, metafísica o de otra clase, o a recibir contra su voluntad bien alguno, sea el que fuere?

Si para los católicos no existe más verdad religiosa que la enseñada por la Iglesia, para los no católicos esta verdad es una reverenda patraña. ¿Quién convencerá a unos y a otros de que no están, respectivamente, en posesión de la verdad? Luego si en buena filosofía y teología el católico tiene un derecho natural inabrogable a creer lo que cree, y a exponerlo y practicarlo, ese mismo derecho tienen los que profesan otras religiones o no profesan ninguna. Y esto con tanta mayor razón cuanto que Vitoria dice, no recuerdo si en la reelección *De Indiis...* o en la *De jure belli...*, con aquella valentía de lenguaje que tan caro le hacen a los espíritus sinceros, que es más difícil probar la divinidad de la religión cristiana que la ilicitud de la fornicación.

Están con nosotros, como defensores de la inviolabilidad de la conciencia humana, entre otros muchos maestros de la alta escolástica que podría citar, Santo Tomás de Aquino, el citado P. Franciso de Vitoria y el P. Bartolomé de las Casas.

AQUINAS. En *Sum Theol.*, 2-2ae, c.10, art. 8, corp, Santo Tomás afirma que de ninguna manera puede compelerse a abrazar la fe a los infieles que nunca la recibieron, como los gentiles y los judíos, porque el creer es cosa de la libre voluntad. Pero, cuando haya medios para ello, dice Santo Tomás, puede compelerseles a que no impidan la predicación de la fe, lo cual es otro problema. Con lo primero se reconoce el derecho a la inviolabilidad y la libertad de la conciencia. Con lo segundo se afirma el derecho a la libre manifestación del pensamiento y la práctica de la creencia. De ahí la dualidad de situación contemplada en este lugar por Santo Tomás de Aquino.

Con respecto a los infieles que una vez recibieron y profesaron la fe, el gran doctor escolástico adoctrina que puede obligárseles, incluso por medio de la fuerza corporal, a que cumplan lo que prometieron a la Iglesia y guarden lo que se obligaron a guardar. Cualquiera ve que esta es otra cuestión, la cuestión del cumplimiento de promesas hechas a una sociedad en que se ingresó y respecto de la cual se contrajeron deberes, y nada tiene que ver con la inviolabilidad de la conciencia, con el supuesto derecho de violentar el pensamiento ajeno

imponiéndoles nuestras opiniones y nuestro bien a los demás, aun contra su voluntad. En este caso se trata, no de un punto dogmático o substantivo de moral, como el envuelto en la tesis del derecho a la libertad de conciencia, de expresión del pensamiento y de conducta. No se trata de saber, en esta segunda hipótesis, si es moralmente lícito compeler a la creencia, sofocarla o impedir su manifestación; no de si la fuerza física puede obrar con eficacia en el santuario de la conciencia humana y de si la libertad de expresión del pensamiento es coercible por su naturaleza. Trátase de un punto de derecho disciplinario, del cumplimiento por un consorte renuente de deberes contraídos con voluntad anuente respecto de su consorcio, de responsabilidades exigibles ante la jurisdicción punitiva o disciplinaria del derecho sancionador de una sociedad perfecta, que hoy puede ser uno y mañana otro. Las determinaciones concretas de la jurisdicción disciplinaria y punitiva del derecho sancionador no son inmutables por su naturaleza.

En el cuerpo del artículo 11 de esta misma cuestión 10 de la 2-2ae, el Aquinatense enseña que los hombres debemos imitar a Dios, y que éste, aunque omnipotente y sumamente bueno, permite en el universo algunos males que podría prohibir, y que los permite no suceda que, quitados esos males, desaparezcan bienes mayores o sobrevengán males peores. Aunque los infieles pequen en sus ritos, adoctrina Santo Tomás, éstos pueden ser tolerados, ya por razón de algún bien que de ellos provenga, ya por razón de algún mal que con ellos se evite, sea éste el escándalo, el desaliento, el estorbo para la salvación u otro cualquiera. Por eso, añade, la Iglesia toleró los ritos de los paganos y los herejes "cuando era magna la multitud de los infieles".

¡Qué lección envuelven estos textos del gran teólogo del siglo trece para esos obispos falangistas del siglo veinte, para esos obispos recalcitrantes procapitalistas norteamericanos y para los seglares *ejusdem farinae*, que, haciendo gala de su falta de sentimientos cristianos, se pronuncian contra las más legítimas libertades de los pueblos, se han hecho coautores del derramamiento de sangre humana en nuestros días y han proclamado en la España del "hijo muy amado de la Iglesia" que la fe se siembra a balazos, y que es bendita la guerra civil si el

Evangelio florece en las brechas abiertas por los cañones y en los surcos trazados por los católicos con la punta de la espada!

VITORIA. Fray Francisco de Vitoria—teólogo del siglo XVI, y una de las más altas autoridades de todos los tiempos en la facultad—, comentando en su lectura de cátedra en la Universidad de Salamanca el artículo 8 de la cuestión 10 de la 2-2ae, de Santo Tomás—*utrum infideles compellendi sint ad fidem*—enseña terminantemente que no puede compelerse a nadie a abrazar la fe a la fuerza. Razona con un argumento de Durando—*Durando de Saint Pourçain, "Doctor resolutissimus"*, eminente teólogo dominico del fin del siglo XIII, notable por la independencia de sus opiniones— "Dios, enseña Durando, le dió al hombre la razón para que se rigiese y gobernase por ella. Luego los hombres no pueden ser obligados sino a lo que puede alcanzarse por su razón. Si algo no puede alcanzarse por la fuerza de la razón, los preceptos divinos no obligan a ello, porque nadie está obligado sino a lo que puede alcanzarse por la razón natural".

Tiene razón Durando, porque ese es el dictamen de la razón. Lo mismo enseña Santo Tomás. Tratándose de la fe el entendimiento no es movido al asenso por su mismo objeto, explica, como sucede en la ciencia. En la fe no hay motivos intrínsecos que compelan al entendimiento al asenso. En la fe los motivos son extrínsecos, y como en ella éstos no producen evidencia, el entendimiento no está necesitado a asentir a ellos. Esto enseña Tomás.

Además, suponiendo que esa compulsión fuera lícita, añádele Vitoria, bien a la vista está que no conviene. Debe insistirse en que no todo lo lícito conviene.

Oigámosle en las célebres reacciones *De Indiis...* y *De Jure belli...*:

Los infieles no pueden ser forzados a reconocer el dominio del Papa, ni puede despojarseles de sus bienes,—como lo hacían los falangistas del dieciséis, venerables abuelos de los actuales—, porque el Papa no tiene poder alguno, ni temporal ni espiritual, sobre los indios. Los indios no están sujetos a ninguna potestad humana, sino a Dios, a la ley moral y a la ley jurídica natural. No es título para someterlos el que se nieguen a recibir la fe de Cristo. El anuncio de la fe no basta para que se esté obligado a creer.

Son necesarios motivos de credibilidad, milagros, ejemplos de vida religiosa y otros signos persuasorios. Aunque los bárbaros no hayan querido abrazar la fe suficientemente explicada, no por eso se les puede hacer la guerra, porque el creer es acto de la voluntad y el temor disminuye el voluntario. Acercarse por temor al sacramento es sacrilegio. De ninguna manera pueden ser compelidos a abrazar la fe cristiana los indios que la rechacen. La guerra no es ningún argumento en favor de la fe, y es más difícil probar la divinidad de la religión cristiana que la ilicitud de la fornicación. Si los bárbaros les permiten a los españoles predicar el Evangelio y profesar su fe, no se les puede hacer la guerra porque no quieran recibir ésta. Si no les permiten predicar la fe, los españoles podrían obligarles por medio de la fuerza a permitirlo, pero no deben, porque no todo lo lícito conviene; y por eso, si se pusiere tropiezo a la predicación del Evangelio, enseña, es preciso cesar en esta forma de evangelizar y buscar otra.

LAS CASAS. Esta tesis de Aquinas y Vitoria es también la del magnífico libro de fray Bartolomé de las Casas, *DE UNICO VOCATIONIS MODO*, cuyo texto original fué publicado en 1945, acompañado el texto latino de una magistral traducción española, por el "Fondo de Cultura Económica". De inmenso puede calificarse el servicio prestado a la cultura por la ilustre editorial mexicana con la publicación de este libro extraordinario.

En este libro insigne, que debían leer, releer, estudiar y meditar los católicos fascistas de todos los matices, podrá ver tratada esta materia de manera exhaustiva y doctísima, con erudición copiosa, ciencia profunda y bien administrada, estilo elegante y conciso y luminosos argumentos teológicos, filosóficos e históricos, quien desee conocer toda la barbarie que encierra la posición fascista del neopaganismo católico que tanto daño le hace a la Iglesia, hoy como ayer, con su autoritarismo y su brutalidad, y para el cual es lícito y grato a Dios que ellos no les vuelvan las espaldas y les sacudan el polvo de sus sandalias a quienes no quieran recibirlos, que hagan lo que El no hace y violenten las conciencias para imponerles a los demás

sus deformadas creencias religiosas y sus anticristianas opiniones económicas y políticas.

Esa doctrina pestífera de la imposición compulsiva de la creencia religiosa, y de cualquier otra creencia, de la salvación a la fuerza y de la coerción de la libertad de pensamiento y de expresión, es, no sólo falsa en filosofía, y en teología dogmática y moral, no sólo bárbara, como lo es cuanto tiene ribetes fascistas, sino, además, herética y blasfema.

Tiene ribetes de herejía, porque elige y profesa, para guardar la fe de Cristo, no aquello que Cristo realmente enseñó, sino aquello que el que profesa aquella doctrina reputa mejor en su propio juicio privado. Elige lo que le sugieren su propia mente, su fanatismo, los descarríos de su entendimiento o las malas pasiones de su corazón. Dice ese "cristiano" que él profesa la fe de Cristo, y sin embargo corrompe sus dogmas, porque proclama que es lícito violar el sagrado de la conciencia, *cordis scientia*; se empeña de manera insensata en infundir la fe por una vía que no es la que la Iglesia enseña, que fué establecida por Dios en los procesos psíquicos naturales y sobrenaturales para la germinación de la fe en el alma; ataca la doctrina teológica del acto humano; niega por implicación las verdades del tratado de la fe, de la libertad del albedrío, del mérito, de la predestinación y de la gracia, —único principio de todo lo bueno que en el hombre hay y puede haber—; usurpa a Dios su soberanía sobre el alma, porque se obstina en infundir a la fuerza una virtud que Dios no quiso dar; ataca la autarquía de la persona, fuente de sus méritos y sus responsabilidades. Profesa, en fin, una falsísima opinión acerca de cosas tocantes a la fe.

Tiene, además, sabor blasfemo esa doctrina, porque blasfema es toda actitud que implique, expresa o virtual, inconformidad, censura o derogación de la sabiduría y la bondad de Dios, ya en la mera opinión, ya en el fondo del corazón, ya por medio de actos.

Está claro que el forzamiento del santuario de la conciencia para imponerle a un hombre la creencia religiosa envuelve esa especie de censura, derogación e inconformidad con la bondad y la sabiduría de Dios, porque la fe es una virtud teologal dependiente exclusivamente de Dios, que la infunde directamente en el alma, dándosela, negándosela y suspendiéndole libremente a quien le place. Por consiguiente, el que se empeña

en infundírsela por la fuerza a quien no la tiene y no la quiere, está, de hecho, censurando a Dios por no habérsela dado a esa persona a quien el forzador quiere comunicársela de todas maneras. Está enmendándole la plana al Altísimo, mostrándose inconforme con su determinación, empeñándose en que las cosas sean a la medida de su voluntad, no de la voluntad de Dios, desconociendo el proceso de la elaboración psíquica del acto humano y de la misteriosa acción interior de la gracia sobre el entendimiento, el corazón y la voluntad, cuestionando de hecho la sabiduría, la bondad y la justicia de Dios, usurpándole, en una palabra, sus prerrogativas al Altísimo. Es, pues, un blasfemo.

BIEN ves, lector mío, que no es verdad que los católicos tengamos que ver un crimen en el derecho a la libertad de conciencia, de pensamiento, de palabra y de conducta dentro de la órbita amplísima de la ley ético-jurídica natural. Bien ves que es precisamente al revés. El crimen consiste en aherrojar este derecho que todos estamos obligados a proclamar y defender. Para que prevalezcan la verdad y el bien moral en las sociedades humanas, por lo menos en los entendimientos de los hombres, el procedimiento —ya lo he dicho— consiste en oponerle a cada error una verdad, no en imponerse por la violencia los hombres los unos a los otros lo que por verdad estimen cada iglesia, cada corporación, cada sociedad o cada individuo en particular.

Esa mortífera doctrina que ahora agitan de nuevo algunos curas católicos, entre ellos muchos norteamericanos, buscando en ese voluntarismo antihumano un apoyo teológico que la razón y las lides ideológicas no proporcionan para violencias contra la tesis socialista y las aspiraciones socialistas, y aun contra la persona de los hombres buenos que las profesan, idea triunfante en la ideología filosófica y social y en el corazón de las muchedumbres, esa mortífera doctrina, digo, es la manifestación voluntarista del neopaganismo del catolicismo fascista que hoy se extiende sobre extensas regiones de la Iglesia, cultor de la voluntad y la emoción y desconocedor de la primacía de la inteligencia y los dictámenes de la razón. Ese pseudo catolicismo es una manifestación, en la esfera de las relaciones

teológicas, de la postura de primacía de la voluntad que en su forma moderna es culminación del antiintelectualismo salido del subjetivismo característico de la filosofía nueva y novísima de Cartesio, Bacon y Kant. Por muy cierto que sea que en las verdades morales y religiosas se manifiestan todas las fuerzas del alma, la arbitrariedad es siempre el resultado en las direcciones pragmáticas que desconocen la primacía del entendimiento y se la otorgan a la voluntad.

De esa doctrina funesta se están sirviendo las fuerzas antipersonalistas y autoritarias del catolicismo reaccionario de la iglesia política y la *Synagoga Paganorum*, con abuso de la autoridad religiosa y mediante una falsísima aplicación de la doctrina de la obediencia para justificar la violencia contra todas las libertades, contra la ideología y la propaganda comunista; para defender las instituciones económicas y sociales de la burguesía y los privilegios de los que han reducido el mundo a la miseria con invocación de la Eucaristía y el nombre santísimo de Dios y para mantener a las masas oprimidas en la oscuridad mental más absoluta, y sumisas al paternalismo de sus explotadores pseudocristianos. He aquí, católico lector, lo que acerca de la obediencia enseña Santo Tomás en *2-2ae, c. 104, art. 4*, cuerpo, hacia el final: "en las cosas que pertenecen al movimiento interior de la voluntad el hombre no le debe obediencia más que a Dios". ¿No se afirma aquí que no le es debida obediencia a ninguna autoridad que mande contra el derecho a la libertad de conciencia?

No consentáis, pues, que ninguna autoridad, ni religiosa, ni civil, se entrometa en el recinto sagrado de vuestra conciencia. Este es un santuario privativo de Dios y de vosotros. En este dominio sólo ante Dios sois responsables. Afirmad vuestro derecho a la libertad de vuestro pensamiento, de vuestra expresión y de vuestra conducta, porque sólo así sois hombres. No rebajéis vuestra dignidad personal, que es otro de vuestros derechos congénitos, prestándole a ninguna autoridad, por encumbrada que sea, obediencia que no le sea debida.

No deis oído en estas cosas de la libertad, la política, la economía y la sociedad a ese clero inverosímil, politiquero e intrigante, autoritario y soberbio, representante de la rama pagana de la Iglesia, que ve el origen del cristianismo en Occidente, en la Roma imperial que lo persiguió, y no en el Medio

Oriente, en la Judea, que es donde nació; que infectado del diabólico espíritu imperial y guerrero de esa Roma abominable, alienta el derramamiento de sangre humana, quiere llegar por el autoritarismo religioso al económico, político y social, y al derrocamiento de la democracia y de todas las libertades; que tan bien trabaja contra Cristo y la Iglesia y provoca la persecución en nuestros días, sin que puedan hacer nada para impedirlo, como no sea ponerlo en evidencia ante los pueblos del mundo, los nobles sacerdotes y el laicado de la rama cristiana de la Iglesia, que se mantienen fieles al Evangelio y contemplan consternados a la Iglesia de Cristo dividida, en la realidad de la vida práctica, en dos campos antagónicos: el del catolicismo neopagano y el del catolicismo evangélico, el del catolicismo cristiano.

El catolicismo pagano, instalado en la Ciudad del Mundo, con su iglesia política moviéndose siempre a lo largo de la frontera de lo religioso y lo profano, con un pie en cada uno de esos dominios, subordina y acomoda los intereses religiosos a los intereses de los grandes de este mundo, de cuyo brazo marcha. Es opulento, aristócrata, formalista, aparatoso, tan pobre de vida interior como rico de vida exterior, autoritario, fascista y guerrero. Defiende las instituciones tradicionales de explotación y privilegio, participa en operaciones mercantiles lucrativas, desenvaina la espada, desnaturaliza el cristianismo y da la sensación de que la posibilidad de la existencia, la libertad y la prosperidad de la Iglesia Católica dependen de la conservación de esas instituciones, de su vinculación a ellas y de su oposición a las aspiraciones populares de independencia económica e igualdad social.

El catolicismo cristiano, instalado en la Ciudad de Dios, el de la iglesia verdaderamente evangélica y el *Consortio Sanctorum*, es el que distingue bien entre lo religioso y lo profano, se abstiene de darle la primacía a lo mundano, mantiene lo religioso cuidadosamente separado de lo profano, y a la Iglesia consagrada exclusivamente a lo religioso, ve su misión primordial en la santificación y la salvación del alma, empeño al cual subordina todas las actividades materiales de la vida y ruega al Altísimo, por el bien de los sacrosantos intereses religiosos y morales del hombre, y, para el bien y la paz de la Iglesia y de las sociedades humanas, por el pronto advenimiento de esas

cristianísimas reformas económicas, sociales y políticas por el catolicismo pagano tan acerbamente combatidas.

Interesa mucho a la Iglesia y a la sociedad civil, a los comunistas y a los verdaderos demócratas, a todos los amigos de la persona humana, de su dignidad y sus demás derechos absolutos, que todos nos penetremos bien de la realidad tristísima de esta antítesis en el seno de la Iglesia Católica Romana. La justicia exige que cada uno responda de las consecuencias de sus culpas, lo cual demanda que se distinguan cuidadosamente las realidades físicas y metafísicas y se ponga cada cosa en el lugar que le corresponde de manera que no haya posibilidad de confusión.

Es necesario que todo el mundo sepa que no es en el campo auténticamente cristiano de la Iglesia donde se está negando escandalosamente a Cristo por clérigos y laicos con su conducta práctica en los dominios de la ética y la economía social. Debe saberse que no es, ni puede ser, el *Consortio Sanctorum* de la parte verdaderamente evangélica de la Iglesia Católica el que establece alianzas con paganos opulentos disfrazados de cristianos, para la opresión de los pobres y el mantenimiento de la economía de manos libres para los monopolistas y las instituciones extorsionistas del capitalismo burgués. No es aquí donde la Iglesia forma parte de empresas industriales, ni donde el trabajo humano tiene la consideración de mercancía y se convierte al trabajador en una máquina o en dócil bestezuela plena de unción "mística" y de resignación "cristiana" con explotaciones "inevitables" y muy gratas a "Dios", como fuente de "méritos" para la vida sobrenatural.

No es en el campo de veras evangélico de la Iglesia Católica donde se acoge con aplausos a un pirata de la banca cuando se atreve a presentar la Eucaristía como puntal del orden burgués contra el "desorden social"; es decir, en su mente, como un anulador de la acción reivindicatoria de los pueblos y un amparo de las piraterías del capitalismo industrial. No es aquí donde se inventan "antiindividualismos moderados" para engañar al explotado, y se dan consignas anticomunistas para combatir reformas cristianas. No es aquí donde todo comunismo encuentra sus opositores y es absurdo cuanto se diga sobre la primacía del entendimiento y la subordinación a él de la voluntad y la emoción, pecado cuanto se razone en favor de la plena

emancipación económica y social de los pobres en un Estado socialista y virtud y orden cuanto tienda al aseguramiento de los privilegios y las bienandanzas de los ricos, con perjuicio de la inmensa mayoría de los seres humanos, en el actual Estado burgués.

Es en la *Synagoga Paganorum*, y su capilla política, instalada en el seno de la Iglesia Católica Romana, no en la sección de veras evangélica de esa Iglesia, donde se ha solidarizado a la Iglesia de Cristo con la Monarquía y las instituciones sociales y económicas de explotación y privilegio, y se injuria a católicos de los prestigios internacionales del filósofo tomista Jacques Maritain y del padre dominico Fray José Vicente Ducatillon. Es aquí donde echamos de menos, en la realidad de la vida católica de nuestros días, el sentido cristiano de las cosas, el sentido teológico, el sentido moral, el sentido político y diplomático, el sentido humano y hasta el sentido común para percibir las señales de los tiempos y obrar con la prudencia exigida por las épocas de transición.

Buscad aquí, en la *Synagoga Paganorum*, no en el *Consortio Sanctorum* de la Iglesia, a los clérigos sin caridad, a los eclesiásticos sin sentimiento cristiano, que viven de espaldas al Evangelio, hablan de su "derecho a matar paganos", decretan "cruzadas" y "guerras santas" y derraman sangre en la persecución de fines religiosos y económicos, políticos y sociales, profanando el nombre santísimo de Dios.

Aquí es donde están los "cristianos" que echan mano del crucifijo para romperle la cabeza con él a todo el que no renuncie a su persona y acceda a cooperar en el acomodamiento de la religión de Jesucristo a los intereses de ciertos jerarcas de la Iglesia y el Estado, y de ciertas clases sociales con las cuales han solidarizado a la Iglesia esos jerarcas. A todo el que no piense como ellos y les ayude a mantener su posición privilegiada en la vida, única cosa que en realidad les interesa y única razón—por lo que para este fin la falsifican— de que en realidad les importe algo la religión y nos hablen de la sagrada Eucaristía. A todo el que no se les asocie en el empeño de estrangular la libertad de la conciencia y amordazar la expresión del pensamiento para la imposición de su voluntad y el aseguramiento de la permanencia de sus anticristianos intereses.

Es a estos católicos de la *Synagoga Paganorum*, no a los católicos cristianos del *Consortio Sanctorum*, ni a la Iglesia católica como institución religiosa y sociedad perfecta ante la filosofía, a quienes deberán los pueblos tomar cuentas, cuando, con el triunfo definitivo, que ya se vislumbra, de la causa popular, llegue el momento en que cada uno deba responder de los delitos que hubiere cometido contra la justicia y el derecho de los pobres a su emancipación económica y social, a organizar un Estado de auténtica justicia para todos y a vivir con el decoro que exige la dignidad de la persona humana y la condición de hijo de Dios.

EL AUTO-REY PIERDE LOS FRENOS

RECORDANDO una obra célebre de Picasso, hubiéramos titulado estas notas "Sueño y mentira de Franco". El dictador español, que tanta sangre ha derramado gratuitamente, se mantiene por la ficción y ha escuchado en sus sueños atormentados el conjuro de un dilema terrible: el poder o la nada. Preferimos este otro título, recordando una anécdota de nuestra experiencia penitenciaria y ligada por su carácter al destino final e inexorable de este déspota frío. En una penitenciaría de un país de la América española había una reclusa paranoide que se presentaba a los visitantes en esta forma: "Viuda de X". Uno de ellos le preguntó en una ocasión: "¿Cuándo perdió usted a su marido?" Y ella respondió: "Lo maté". Réplica del visitante: "Usted es la auto-viuda". Franco, con iguales caracteres criminales y "frenópatas", es el auto-rey. Consideremos con la obligada seriedad, y también con escrúpulo informativo, el camino que ha recorrido hasta colocarse en disposición favorable para el asalto de la realeza.

CUANDO triunfa en la guerra internacional española, el gallego sagaz, como le llamó con escasa fortuna psicológica el frívolo señor Madariaga, implanta en nuestra España, de los grandes destinos y de los grandes dolores, un régimen idéntico al vigente entonces en Alemania. Hitler, a la muerte de Hindenburg, era jefe del gobierno y se proclamó Presidente de la República alemana, uniendo en su persona la primera magistratura y la jefatura del Ejecutivo, con el título de Führer. Franco asocia asimismo en sus manos ávidas y crueles la jefatura del Estado y la del gobierno, con la denominación de Caudillo. Caudillo, Führer, Duce: tal es la cronología de la palabra. El Führer y el Duce nos la devolvieron para uso del Generalísimo.

Hitler nombró un Reichstag a su medida, y Franco un Parlamento. Hitler jamás se limitó a suspender la Constitución de Weimar, y sólo parcialmente la sustituyó por ordenanzas sueltas. Franco no derogó tampoco de manera expresa la ley fundamental de la República. Sólo en una ocasión presentó a su Parlamento una Carta de

derechos de los españoles, con la que aspiraba a aparecer ante el mundo como un continuador de las gloriosas Declaraciones francesas y americanas.

El Parlamento de Franco es una especie de cámara política y de corporaciones, como la que instituyó Mussolini. El la ha llamado, en un interview con el redactor de una agencia de prensa norteamericana, Cortes democráticas. Cortes, siguiendo, sólo nominalmente, una eminente tradición española. Democráticas, porque España, según el Caudillo, que la ha devastado, es una democracia orgánica. Las Cortes democráticas de Franco tienen varias clases de Procuradores, también denominación tradicional: los directamente designados por el jefe del Estado y del gobierno; los representantes municipales, o sea los alcaldes de las capitales de las cincuenta y dos provincias de España, que han sido investidos de su función municipal por decreto del gobierno; los delegados de los sindicatos falangistas, integrados exclusivamente por elementos con filiación en el partido único, y los representantes de instituciones públicas, cuyos cargos directivos son de la confianza del Ejecutivo y cuyos miembros han jurado fidelidad al Caudillo. Piénsese, a título de ejemplo, en don Pío Baroja; recuérdense sus novelas anarquistas y anticatólicas, y agréguese que ha jurado por el ángel de su guarda ser fiel al gallego sagaz. También hay titulares de profesiones liberales, socialmente sindicados e idénticamente incondicionales. El Parlamento de Franco es como el Reichstag de Hitler.

Con estos antecedentes políticos ha surgido la reforma que convierte a España en una expectativa de monarquía. Veamos con qué antecedentes y con qué posibilidades de realización.

Franco ha podido derogar la Constitución de la República y restituir su vigor a la de 1876. Por este procedimiento se hubiera encontrado con una carta fundamental monárquica. Era el modo de implantar esa forma de gobierno. Si la Constitución republicana se derogaba promulgándose la monárquica, Franco habría dado a España una monarquía constitucional, con un orden de sucesión a la corona a base de primogenitura y de representación, con predominio de la línea anterior sobre las posteriores, del grado de parentesco próximo sobre el remoto, del sexo masculino sobre el femenino y de la persona de más edad sobre la de menos. Hubiera hallado regulada la sucesión de líneas y previsto el caso de la extinción de las mismas, con la facultad subsidiaria de las Cortes de "hacer nuevos llamamientos, como

más convenga a la Nación". Tales preceptos de la Constitución española de 1876 es de suponer que le preocuparan poco.

Para sus planes resultaban un verdadero obstáculo las normas de ese texto político que regulan la menor edad del rey y la regencia, porque en ese caso corresponde tal regencia al padre o la madre del monarca o al pariente más próximo a suceder en la corona. Con los antecedentes constitucionales que acabamos de resumir y en el supuesto de que la monarquía reinante en 1931 conservara algún derecho a la no menos supuesta corona de España, la sucesión del trono de Alfonso XII de Borbón, rey legítimo al promulgarse la última Constitución monárquica, correspondía al hijo del único varón habido por Alfonso XII.

Franco ha realizado en este punto un juego sucio, en cuya práctica está entrenado por una larga contumacia. Apoyándose en un principio de la Constitución de 1876, ha armado su tramoya monárquica, jurídicamente torpe, pero respondiendo políticamente a las artes habituales de los *maîtres chanteurs*, chantajistas en español. Según el artículo 70 de la Constitución de 1876, "si no hubiera ninguna persona a la que correspondiera el derecho a la regencia, la nombrarán las Cortes y se compondrá de una, tres o cinco personas". Las Cortes de Franco no legislan. Se limitan a aprobar los proyectos de ley que le envía el gobierno. Su decisión para nada influye en la suerte posterior de estos proyectos, ya que el gobierno puede sancionarlos aun en la hipótesis de que hayan sido desaprobados. Haciendo uso del derecho de iniciativa de las leyes, el gobierno ha lanzado su proyecto monárquico, que tan buena acogida ha encontrado en una parte de la prensa de la América hispana.

Se crea el Consejo de Regencia, partiendo del hecho de que en España no existe rey ni regente. Con la creación del mismo queda implantada la monarquía, que es lo esencial. Se faculta a ese Consejo para designar un regente. Se admite la posible existencia de un rey menor. He aquí las incógnitas a despejar. Concretando, se percibe claramente que el Consejo de Regencia lo integran la nobleza, la iglesia, el ejército y los sindicatos; es decir, que lo maneja Franco. Este consejo puede designarlo regente y él colocar la corona en las sienes infantiles del hijo de don Juan. He aquí una de las combinaciones posibles. La otra es que el Consejo de Regencia, si Franco quiere, puede proponer a las Cortes, con la sanción del gobierno, que reine de una vez el heredero mayor de edad de la corona de España, a quien le corresponde de derecho según la Constitución de 1876.

Se fijan aparte unas condiciones para ser rey, es decir, se prevé, como ha dicho un eminente profesor y político español, la provisión de la plaza por concurso. Estas condiciones son nuevas y ambivalentes. Ser español, lo que se acredita con certificación del registro civil; mayor de treinta años, demostrable con igual prueba; y profesar la religión católica, que no sabemos bien cómo puede advenirse. Doble aplicación de tal precepto: si se prefiere a don Juan de Borbón, éste reúne las condiciones; si se opta por coronar a su primogénito sano, de nueve años, faltan todavía, para que cumpla dicho precepto, veintiún años, durante los que es posible designar un regente. El general Franco es el más indicado para el puesto, porque él es el "capitán de la cruzada", designación genérica y metafórica, al margen del estilo tradicional de las leyes, empleada en los proyectos del gobierno. Nos detiene forzosamente un comentario múltiple. Hay aquí un chantaje: o don Juan se aviene a asegurar a Franco una retirada honrosa, o reinará su hijo; en la segunda hipótesis, será Franco el regente por veintiún años, si antes no se cumple la profética imprecación del gran poeta Antonio Machado: al fin y al cabo él es el capitán de la cruzada. El descenso a capitán parecerá mal a su ambición sin freno. En cambio le agrada lo de la cruzada, dada la autoridad que confiere a la expresión el ser el diagnóstico heroico que ha hecho el Romano Pontífice de la implacable e imprescriptible carnicería de Falange.

UNA consecuencia resulta clara de toda esta farsa jurídica, creada adrede: que si se aprueban los proyectos del gobierno franquista quedará implantada en España la monarquía y Franco será regente, es decir, auto-rey. No se ha dado la debida importancia a una interview de Franco con un representante del International News Service, copiosa y complacidamente difundida por una gran parte de la prensa hispano-americana. Hoy, después de los propósitos de monarquizar España, cobra un mayor interés. Franco se cuidó de advertir en las respuestas, que reposada y escrupulosamente preparó al interrogatorio, previamente entregado por el periodista, que su gobierno no es una dictadura, agregando literal y, desde luego, premeditadamente "que los monárquicos no pueden ser considerados propiamente como oposición. . . porque. . . estoy persuadido apoyan sólidamente al gobierno". Asimismo asegura que las Cortes son democráticas y que "el Estado español, *nacido de la cruzada*, es un Estado eminentemente social".

Aprovecha la ocasión para excluir su germanofilia en estos términos: "La independencia de España en la política del Eje queda palpablemente demostrada por los documentos alemanes considerados tan incontrovertibles que han servido de base a muchas sentencias de pena de muerte". Esta afirmación, que estremecerá de placer a los nuevos brotes fascistas que han cambiado de continente, significa un homenaje encubierto y póstumo a los condenados y una insidiosa crítica de las sentencias. En el plano de la agresión disimulada, Franco es un maestro; mejor dicho, lo son sus consejeros. A esa misma interview pertenecen otros interesantes conceptos: los arañazos a la O.N.U., que ha empleado en el caso de España un sistema de arbitrariedad y de fuerza, que la condena a todos los fracasos; la acusación a su secretario, que escandalizó al mundo por su actitud y sus relaciones íntimas, mantenidas abiertamente con los criminales exiliados; el desdén para los dos bandos de la guerra que tuvieron el designio coincidente de ocupar las Islas Canarias, "poniendo de manifiesto la falta de garantías y los peligros que amenazaron a España". Finalmente hay una ratificación hábil del carácter de cruzado, con que internacionalmente se le ha investido: "no es el desarme material, sino el rearme espiritual lo que interesa".

FRANCO ofrece el curioso espectáculo de un hombre que se siente poderosamente asistido por apoyos internacionales y se ofrece a sí mismo el extraño placer de difamarlos. Es un servidor sumiso y fácil, que adopta aires de gran señor. Procede como si el mundo entero fuera oligofrénico. Nos falta capacidad de intriga para adivinar sus pretensiones. Lo cerca Falange, hasta en el vestíbulo de su alcoba, para que no huya en una hora de decisión y la precipite en las garras de una venganza urgente y sumaria. En contraste con esto se le considera factor importante e incondicional para una guerra próxima; se alaba su complacencia y su facilidad para el servicio de los intereses extranjeros en España, que nunca encontraron un camino tan despejado. Se le supone el Godofredo de Bouillon de la civilización cristiana, el último baluarte de la democracia agonizante, la muralla contra el comunismo ateo. El comercio exterior lo administra con notorio beneficio de los mismos amigos a quienes no desaprovecha ocasión para agredir. No puedo menos de recordarlo, en la antesala del despacho del Ministro de la Guerra, cuando servía fielmente a la República,

tímido, silencioso, solitario, torpe de ademanes, balbuciente de palabras, sin la marcialidad militar y con la untuosidad eclesiástica, aislado en un rincón, sin duda escuchando las voces de las brujas de Macbeth. Pero los españoles libres somos protagonistas de una pequeña tragedia interior: se nos ha agotado la capacidad de desprecio.

Mariano RUIZ-FUNES.

México, 10 de abril de 1947.

Aventura del Pensamiento

LA VOCACION HUMANA

Por *Eduardo NICOL*

El mal del tiempo

AL hombre occidental no le ha bastado la creencia en la mortalidad. Además de la fe, que alentara su esperanza, la razón ha tratado de apoyar con su austera fortaleza el afán humano de vencer a la muerte. Religión y filosofía —ambas, y no sólo la primera— han concurrido en el radical propósito de salvación. Pero ni siquiera con esta concurrencia ha quedado satisfecho el apetito humano codicioso de inmortalidad. Platón es el primer filósofo que organiza —en el *Fedón*— un sistema de pruebas de la inmortalidad del alma. La razón completa en él las intuiciones de un auténtico sentido religioso. Pero no basta; no le basta esto siquiera para llenar su enorme capacidad de vida. Hay que vencer a la muerte todavía en otros frentes. Pues la vida está rodeada de muerte por todas partes, y tan próxima se siente la muerte y tan ubicua, cuanto más ancha y fecunda es la vida.

Pero es que esta misma fecundidad de la vida es una nueva garantía de nuestra victoria frente a la muerte. No sólo debemos contar con la inmortalidad trascendente del alma. En el *Banquete*, Platón abre nuevas vías de esperanza. Hay una suerte de inmortalidad del cuerpo, y además una inmortalidad del alma en este mismo mundo. La vida del cuerpo y la del alma pueden aspirar al beneficio de una perpetuación inagotable. Sus obras son la base de esta nueva fe. Pues obras las producen tanto el cuerpo como el alma. El cuerpo es fecundo y su anhelo de "procrear en cuerpo bello" garantiza la pervivencia del ser físico, después de nuestra muerte, en el ser de nuestros descendientes. Pero también el alma es fecunda, y sus creaciones no perviven menos que las del cuerpo. Por los siglos de los siglos seguirán viviendo y fecundando nuevas almas. Las concepcio-

nes del alma son como la concepción de un hijo. El pensamiento puede concebir al hombre no menos que el cuerpo bello femenino.

Esa triple victoria sobre la muerte, esa plenitud de vida de la cual es expresión la triple inmortalidad que nos ofrecen el *Fedón* y el *Banquete*, Platón las piensa en la época de su primera madurez, cuando su patria ateniense y todo su mundo helénico están amenazados de ruina. Y la amenaza se cumple. Aquella crisis "política", que tantas semejanzas ofrece con la de nuestros días —problema de las relaciones del individuo con la comunidad, problema de la comunidad de naciones, problema de la unidad ecuménica—, no pudo ser tan grave como la nuestra propia si pudo acoger y hasta fué el incentivo de una concepción tan espléndida del ser del hombre, que lo eterniza en varias dimensiones: en todas sus dimensiones vitales y supra-vitales. Nuestro tiempo está produciendo una filosofía que parece haberse complacido en desechar y anular esas proyecciones de la vitalidad, en ir contrayendo y desahuciando toda esperanza de *ser más*, todo anhelo de vencer a la muerte y al tiempo. Y lo más grave es que no existe complacencia. Ni puede haberla. No hay complacencia ni paz en una contracción del propio ser, en una vida cuya única validez y autenticidad se logra en la renuncia y en la más literal desesperación. Esta filosofía actual es la expresión de una tragedia.

No vamos a hablar de esta tragedia. Todo el mundo la siente. Ha llegado a tal hondura y tal anchura que se ha traducido en pesares y dolores comunes, cotidianos y específicos. La gente sabe hoy que padece y tiene que padecer de males que no son solamente los de siempre, sino los de "nuestro tiempo". No son ahora los hombres excepcionales los solos que captan en su soledad y reúnen en su conciencia el problema entero de su tiempo —como en tiempo de Sócrates y de Platón. Pero si todos lo sienten y padecen, no todos alcanzan a ver la esencia del problema. Este sigue siendo menester de la filosofía. Tal vez para curarlos, la filosofía ha calado tan hondo en los males del tiempo, que éstos parecen, a través de ella, más graves todavía y radicales de los que la gente misma sufre en la superficialidad de la carne. Para el filósofo, la gravedad de la tragedia actual no depende de una crisis pasajera. Ante "el mal de la época", su pensamiento —si no su persona

entera— puede permanecer relativamente inafectado. Y puede hacerlo en la medida en que las verdades que ha encontrado son más trágicas que todas las tragedias que reseñan los periódicos. El "mal" en que el filósofo está hoy pensando es el mal *del* tiempo, en un sentido literal y que no afecta exclusivamente a *nuestro* tiempo.

Platón pudo ser tan optimista en cuanto a la amplitud de alcances de su ser humano porque no tenía la noción del tiempo que hoy tenemos. Platón no pensó en la finitud del tiempo y de la historia, en esa finitud que anula sin remisión sus dos hermosas, deleitables inmortalidades inmanentes. En esa finitud creyó el cristiano —el medieval, claro está—. Pero a él la eternidad divina le compensaba de sobras de su muerte cierta (aunque creía también en esa traducción cristiana de la inmortalidad platónica inmanente que es la resurrección de la carne). La filosofía nueva anula también la esperanza trascendente. Para Heidegger, la muerte es la puerta hacia la nada. Por consiguiente, la vida en este mundo, la única que existe, es una espera de la nada. Esta es la única espera o esperanza que nos queda, lo único que le da a la vida valor de autenticidad (pues las cosas de este mundo en que los hombres centran sus afanes carecen de valor propio; en esto coinciden Heidegger y el cristianismo). La vida es vocación de la muerte. Lo cual produce angustia, o da *asco*, como dice Sartre. No hay esperanza legítima en el ser. El ser que tenemos no nos lo hicimos nosotros, sino que nos es dado, y la muerte nos lo quita, irremisible y definitivamente. La verdad del tiempo conduce a la desesperación radical. La tragedia del ser está pues en la verdad misma, y no en la situación histórica.

Así está planteada la cuestión. Pero ¿es éste su planteamiento decisivo? ¿No puede haber nada que redima al ser de su cárcel temporal? El afán de ser del hombre no ha quedado mitigado al enterarse de que el tiempo no es un accidente, sino que está enraizado en su ser mismo. Y la prueba de ello son la angustia con que responde vitalmente, como si protestara, al enterarse de ello, y la filosofía de la angustia que elaboran quienes se lo dijeron. La alternativa es ésta: o se introducen nuevos elementos en el problema del ser y el tiempo, o nos acomodamos —cosa imposible, literalmente— a la gran renun-

cia que implica la idea de que el nuestro es "el ser para la muerte". ¿No habrá acaso una vocación de la vida, igualmente auténtica? ¿No es acaso la vida esencialmente *vocación*?

El fin del mundo

LA idea de evolución es tan antigua por lo menos como la filosofía misma. De ella parte el pensamiento en Grecia cuando intenta formular las primeras concepciones orgánicas del mundo. En el siglo XIX, esta idea del cambio o de la evolución ha sido la predominante en todos los sectores del pensamiento, y no menos en el filosófico que en el científico. Examinemos su presencia en tres de estos sectores, muy representativos para nuestro intento, y el modo como se matiza y transforma esta presencia al entrar en el siglo XX.

En primer lugar, evoluciona la Tierra, en tanto que hábitculo del hombre. Esta idea, relativamente nueva, ha ensanchado enormemente el ámbito temporal de la humanidad; pero, al mismo tiempo, la ha encerrado paradójicamente entre dos límites irrealizables. Por el hallazgo de esta nueva limitación, la mente humana ha tenido que efectuar una curiosa operación de reacomodo a creencias antiguas precientíficas (y creo que esta operación no ha terminado todavía). El hecho es que la vida orgánica, para que pueda darse, requiere ciertas condiciones muy determinadas —temperatura, humedad, etc.— cuya concurrencia se produce tan sólo en un lapso de tiempo que puede antojársenos muy breve, simplemente por ser limitado, aunque abarque centenares o millares de millones de años. La Tierra no siempre fué habitable; no lo era cuando estaba en ignición y dejará de serlo cuando se enfríe, o si choca en los espacios con algún cometa monstruoso que la despedace. De cualquier modo, la idea medieval del "fin del mundo" ha quedado confirmada por la ciencia en lo que ella tiene de fundamental: la noción misma de fin. No creará la ciencia que el fin de todos los tiempos vaya a ser dictado por la voluntad divina; ni los creyentes de este siglo temerán la llegada del año dos mil, como los medievales temieron que la del año mil coincidiera con el fin del mundo. Pero tal vez no sean menos terribles las consecuencias que hoy debemos todos derivar de este conocimiento nuestro: la historia tiene un fin.

Los medievales vivían con el sentimiento de su insignificancia, no sólo por la certidumbre de la muerte individual, sino además por esa otra idea de la muerte universal, del fin de la humanidad y del mundo, de la cual se consolaban con la fe y la esperanza trascendente. Pero el descubrimiento matemático de la infinitud del tiempo y del espacio pareció desvanecer la idea de un fin cósmico y ensanchó los ámbitos del universo. Ante esta infinitud, el hombre siguió sintiéndose muy limitado; era un sentimiento distinto, pero igualmente desazonador. *Qu'est-ce qu'un homme dans l'infini?*, se pregunta Pascal cuando medita sobre la *disproportion* o insuficiencia humana. Antes éramos insignificantes porque el mundo, el tiempo, la vida eran limitados; luego resultamos no menos insignificantes ante la infinitud de este mundo, del tiempo y del curso de la vida. El hombre buscó entonces en lo inmanente el apoyo vital que antes encontrara en lo trascendente. Con ello se inicia la etapa moderna del llamado "progreso".

Este mismo progreso se ha encargado ahora de desvanecer la esperanza en las cosas de este mundo, la fe que también tuvo Platón en una especie de inmortalidad inmanente. Los hombres modernos venían trabajando y esforzándose "pensando en el futuro". El supuesto de sus afanes era la convicción de que dicho futuro no tenía límite, y que por lo tanto la perfectibilidad ilimitada de las cosas le daba sentido a la acción humana. Pero ahora cabe preguntarse qué sentido tiene el esfuerzo de los hombres en la historia si, cualquiera que sea la perfectibilidad de las cosas, la historia misma tiene un límite. No tiene sentido "trabajar para el futuro". Cualquiera que sea la suerte que pueda correr la idea de infinito en la investigación científica pura, sabemos la suerte que a nosotros los humanos nos espera. *Toda filosofía de la historia, toda concepción orgánica del hombre y de la vida, tienen que partir del hecho primordial del límite del tiempo histórico.* Esto es lo que no ha hecho todavía la filosofía. El propio Ortega ha dicho: "Puede descubrirse, desde luego, una diferencia *a priori* entre la estructura de lo histórico y la del vivir individual. La Historia no muere nunca" (*La "Filosofía de la Historia" de Hegel y la Historiología*). La historia, por el contrario, tiene principio y fin, como la existencia humana individual. La ciencia ha ratificado la vieja creencia medieval (sin restaurar la esperanza

que en ella estaba inserta). Podemos bien estar instalados en el infinito físico; pero lo humano como tal es finito *de hecho*. La antigua filosofía *de brevitae vitae* tiene que proyectarse ahora en una dimensión total. El discurso entero de la historia no es más que un breve soplo: esa brisa templada que media entre el calor extremo y el frío glacial. La vida, en el fundamental sentido biológico, y la historia, en el sentido de la acción espiritual del hombre en el mundo, quedan de este modo reunidas constitutivamente por condiciones inexorables de posibilidad, como lo están naturaleza y temporalidad en la existencia humana individual.

¿Cuál debe ser o puede ser el plan vital del hombre en esta situación fundamental? Este es el problema de su vocación.

El ser y el cambio

EL segundo sector del pensamiento en que vamos a examinar la presencia de la idea de evolución es la historia. Cualesquiera que sean los principios y los métodos historiográficos —pues también éstos son históricos—, todas las historias tienen un punto fundamental de coincidencia: descansan en el supuesto de que las cosas humanas cambian. La idea de la fugacidad de estas cosas humanas aparece ya expresada con singular elocuencia y sentimiento, aún antes que en la filosofía, en la poesía jónica del siglo VII a. C. Este viejo saber está muy arraigado en la conciencia de los hombres y es algo que informa su sentido de la vida. Pero al hombre parece no gustarle la condición mudadiza de cuanto él hace y con él se relaciona inmediatamente; y puesto que esta condición es innegable, trata de eludir las sombrías consecuencias que de ello pudieran derivarse buscando siempre un punto firme de apoyo para su vida, que permanezca estable. Estos puntos de apoyo han sido varios. Irónicamente, resulta que también ellos cambian. En el fondo, la historia es el relato de los sucesivos intentos que hace el hombre de encontrar apoyos firmes —no históricos— a su vida. Pero cada nuevo intento revelaba la creencia de que el carácter histórico de las acciones humanas no abarca la realidad total del hombre, sino que deja a salvo un elemento subsistente. La historia versaba sobre lo transitorio, sobre las diferentes respuestas que el hombre le ha venido dando al mundo en que se

encuentra, en suma, sobre las vocaciones temporales. Aparte de ella y por encima de ella, la metafísica garantizaba al hombre alguna suerte de subsistencia, de permanencia substancial, de estabilidad inalterable *por debajo* del cambio. La historia se refería al tiempo, y el tiempo era un puro accidente del ser. Pero el ser mismo, el ser substancial del hombre, era intemporal.

Esta primera batalla ganada a la fluencia universal era condición y garantía de futuras victorias. Pues en lo inalterable del hombre podían quedar sólidamente fincadas otras cosas no menos estables y firmes. Por ejemplo, la verdad. Ahora bien: lo que el historicismo significa radicalmente es la crisis de la tradicional firmeza de esos puntos de apoyo. No sólo las llamadas cosas humanas, también el hombre está sujeto al cambio. No sólo se transforman en el tiempo las creaciones llamadas "históricas"—al arte, la religión, el estado, etc.—sino que también es histórico el órgano eminente de la verdad que es la filosofía. Antes, la validez de la verdad, su alcance independiente de quien la profiriese, se afirmaban en la solidez substantiva del hombre; pues aunque fuese siempre, en efecto, un sujeto individual quien pronunciase la verdad, había en este sujeto mismo algo tan supraindividual como la verdad misma, que le servía a ésta de apoyo, ya se llamase propiamente substancia, como en Descartes, o yo trascendental, como en Kant o en Husserl. Mientras que ahora, al temporalizarse el ser mismo del hombre, se historizan todos sus productos. Hemos aprendido que inclusive el pensamiento más riguroso y abstracto, menos "vital", es una emanación de la vida, como lo son la literatura, la política y las formas de la convivencia; y que, además, es congruente con ellas como expresión de la situación histórica en que todas se producen. Al entrar en crisis la idea tradicional del hombre, la concepción de su ser como *ser*, ha entrado también en crisis radical la idea de la verdad.

Naturalmente, esta crisis es un desarrollo final, una consecuencia última del historicismo. En el siglo XIX, la filosofía de Hegel es ya un historicismo, y sin embargo no se ofrecen en ella los caracteres fundamentales de esta crisis. Para Hegel, no sólo la historia no anula la metafísica, sino que es ella metafísica. El espíritu es historia, pero es también substancia. La verdad no está en una "posición" determinada; no se encuentra en la tesis, ni en la antítesis que surge de ella, y cuya oposición

postula una síntesis que operará nuevamente como tesis. La verdad se encuentra en el rigor permanente, en la constancia inexorable del proceso dialéctico, en la ley interna de la historia: en el *ser* dinámico del espíritu.

A la vista de la crisis actual, la forma o fórmula de Hegel parece cada vez más la conveniente y acertada—aunque su solución concreta y la textura de sus articulaciones doctrinales parezcan, por el contrario, cada vez más remotas e inservibles. Hay que vincular de nuevo la historia y la metafísica u ontología: la crisis de la verdad proviene de su desconexión. Este divorcio lo prepararon, de una parte, el positivismo y el neo-kantismo; de la otra, el mismo padre de la filosofía historicista que fué Dilthey, lúcidamente perspicaz para lo histórico como tal, y víctima de ceguera kantiana para el problema ontológico que plantea la historicidad del hombre. Además de esto, la fenomenología—la de la intuición pura de esencias— es una teoría tan sumamente a-histórica, que no ha contribuído al desenvolvimiento de este proceso de la filosofía; más bien lo ha entorpecido con su boga y por su mérito real, y no ha tocado de cerca ninguno de los problemas palpitantes que al hombre le plantea, en la entraña de su ser y de su vida, el historicismo. El ser y la historia, este es hoy el problema.

Mal que nos pueda pesar, por circunstancias que no vienen al caso, es Heidegger quien abordó el problema por su punto medular. Con él—y ya anteriormente con Bergson— restaura la filosofía aquella situación del pensamiento que se originó en tiempos de Heráclito y Parménides. No se puede hablar del cambio histórico sin acudir a la determinación del ser que cambia (y esta determinación no puede ser meramente psicológica). Recíprocamente, es imposible efectuar esta determinación sin encontrar el tiempo como elemento constitutivo del ser mismo del hombre. La verdad depende del ser. ¿Pero ¿cuál es la verdad que se obtiene de esos análisis ontológicos? Las consecuencias de la filosofía heideggeriana son más desoladoras todavía, por su sentido vital, que la crisis de pensamiento que su postura inicial venía a remediar. La temporalidad del ser, por implicar la presencia constante de la muerte, determina dos formas posibles de existencia: la auténtica y la banal. La vida banal es la que se vive, por decirlo así, en el anonimato de la cotidianidad: en el olvido y el descuido de la muerte y en

la atención a lo temporal que es lo fugaz y carente de sentido propio. Cuando vive una "vida banal", el hombre no alcanza a sentir la angustia radical de la existencia. Esta angustia, que se le revela en una situación excepcional, en la "autenticidad" de la existencia, proviene de sentirse abandonado en el mundo; de encontrarse *ya* en el mundo, sin haberlo decidido él y *teniendo* que vivir. . . para morir. En esta filosofía culmina la desesperación del inmanentismo. Suprimido el *más allá*, éste se determina rigurosamente como "nada". El ser del hombre está abocado a la nada. La vocación humana es la vocación de la muerte. Al hombre no le queda sino esta alternativa vital: diluirse en el optimismo de la banalidad, o sentir la desesperación de la autenticidad.

Pero esta situación vital puede agravarse todavía. Heidegger no suele tomar de la ciencia materiales para su meditación. No alude a esa esperanza humana de perpetuación de la vida *en este mismo mundo* de que hablaba Platón, la cual puede cumplirse si la fecundidad del cuerpo y la del espíritu se transmiten: si son perennes la vida biológica y las creaciones humanas. Pero resulta que no lo son. No es lo más grave reconocer como auténtica la angustia existencial del "ser para la muerte"; más grave es todavía potenciar esta angustia de la muerte individual, de la deyección vital, con el convencimiento a que antes se aludía de la muerte total: la muerte de la vida biológica y el fin inexorable de la historia. Pues ¿qué sentido podrían alcanzar el eventual restablecimiento de la verdad, la nueva teoría ontológica del hombre, el hallazgo de la verdadera ley del cambio histórico, si la verdad, el hombre y la historia no fuesen, los tres reunidos, sino una pura vanidad, sino un brevísimo paréntesis de la existencia cósmica? La idea de "sentido" involucra la idea de fin. Lo humano es lo único en el orbe del ser que posee sentido. Pero ¿a qué fin puede conducir preocuparse siquiera por el problema de la verdad, por el ser del hombre y la articulación permanente de la historia, si de antemano sabemos que el único fin que no se altera es la muerte universal de la vida?

La evolución biológica

HABLEMOS, pues, de la vida biológica. Este es el otro sector, el tercero en nuestro plan, donde se presenta renovadoramente la idea de evolución en el siglo XIX. Hay que considerar la teoría darwiniana del origen y evolución de las especies para darse cuenta de la profunda revolución que esa idea promovió en el campo de la ciencia biológica. Y también fuera de ella. Pues la reacia altivez de los hombres pudo presumir que hubiera en la doctrina evolucionista un motivo de humillación. Tal vez lo haya. Pero no resultaría sensato oponerle nada más los falsos argumentos del orgullo herido. Mucho han hablado, y con mucha pasión, en pro y en contra de la doctrina, así los competentes como los incompetentes. No es cuestión de resumir aquí el debate, sino de atender a lo que diga la voz competente, que es la del biólogo. Para Darwin, la cuestión se presentaba en esta forma: es un hecho que los animales y las plantas varían y que algunas, por lo menos, de las variaciones son hereditarias; también es un hecho que todos los animales y plantas producen mayor descendencia de la que puede sobrevivir y que, por consiguiente, ello ocasiona una especie de constante lucha por la existencia. De lo cual debe inferirse que a través de toda la naturaleza orgánica opera un agente al cual puede llamarse selección natural. Gracias a ella sobrevive un mayor número de variaciones apropiadas a la existencia que de variaciones no apropiadas a los fines naturales. Una parte de estas variaciones, que representan un mejoramiento, se transmite a generaciones subsiguientes.

Desde Darwin, la biología ha progresado muy notablemente. Ciertos aspectos de su teoría han sido modificados, otros han sido confirmados. Entre estos últimos figura el hecho mismo de la evolución, así en las especies silvestres que en las llamadas domésticas. La variabilidad de las especies animales y vegetales domésticas es tan profusa y manifiesta, que no ha podido escapar a la atención del más profano: del que se haya enterado tan sólo que existen la horticultura y la ganadería. Lo que ha modificado la biología posterior, es la concepción darwiniana del método de la evolución. Darwin ignoraba, por ejemplo, qué variaciones son hereditarias y cuáles no; sus opiniones sobre el mecanismo de la herencia eran infundadas, como hubo

de verse al ser redescubierta en 1900 la teoría de Mendel sobre la herencia. La selección natural, considerada por Darwin como principio del proceso evolutivo, no la conciben los biólogos de hoy del mismo modo, aunque la siguen considerando como una hipótesis de primer plano, si no la única.

Lo que importa para nuestro fin es que la evolución ya no se considera en biología como una teoría o una hipótesis, sino como un hecho confirmado, sobre el cual no caben dudas. Darwin y Mendel, lo mismo que la biología y la psicología científica contemporáneas, han traído conclusiones y convencimientos que obligan a una revisión de nuestras ideas sobre la evolución humana y la historia. Esta parte de su ser que le parece al hombre, espontáneamente, la más substantiva, o sea el cuerpo, está sujeta a evolución, en tanto que cuerpo individual, desde el protoplasma hasta la adolescencia, que es cuando madura la totalidad de sus funciones. Los caracteres de este cuerpo están presentes ya en los genes; son transmisibles hereditariamente y condicionan muchos aspectos del comportamiento. Finalmente, cualesquiera que sean nuestras ideas sobre la temporalidad y la historia, es manifiesto que antes de que hubiera propiamente historia existía ya un ser al que también llamamos hombre, cuya evolución específica obedece a leyes naturales determinadas y precisas —o precisables—. En otras palabras: las leyes ontogenéticas y filogenéticas se aplican a todos los seres vivos indistintamente; y es difícil pensar que pueda elaborarse una concepción del hombre y una filosofía de la historia sin tenerlas presentes y en muy buena cuenta.

Los biólogos discuten entre ellos sobre la posibilidad o imposibilidad de reducir los fenómenos orgánicos a un principio mecánico, o como quiera que se llame al principio que unifique el mundo orgánico con el físico-químico. Pero, para el hombre y su vida, para la filosofía, el problema de interés urgente no sería éste, sino más bien averiguar cuál es el principio específico de lo humano como tal, en caso de que exista. Lo que importa no es tanto establecer una barrera divisoria entre lo orgánico y lo inorgánico, como hacen los biólogos vitalistas; sino establecerla entre lo humano y el resto de todo lo que no es humano, inclusive la vida animal. La tarea resulta tanto más difícil cuanto que lo humano incluye manifiestamente ese elemento de naturaleza que es el cuerpo, el cual obedece a

leyes *no específicamente humanas*. Y además es difícil porque la evolución natural del hombre la estudia la ciencia biológica, empleando unos conceptos que no corresponden a las categorías históricas que emplea la filosofía. Si este principio específico de lo humano no queda rigurosamente establecido ¿qué sentido ha de tener que hablemos de la *vocación* humana? La reducción de todo el proceso histórico a principios biológicos impediría mencionar siquiera con sentido la "vocación de la muerte", lo mismo que "la vocación de la vida" y la "autenticidad" de la existencia. En esta situación vital, la conciencia histórica no sería otra cosa que un error estorbo. ¿Qué plan de vida puede elaborarse sobre el convencimiento de que no hay en nosotros otro ser que el biológico?

Sería curioso que el problema de la *onto-génesis* no se planteara también en el dominio de la *onto-logía* donde, al parecer, debe recibir el tratamiento más adecuado, radical y decisivo. Se trata del hombre. Por todas partes —por las tres que acabamos de examinar rápidamente— asoma la idea de génesis, la idea de formación y evolución, que es una idea de la categoría de temporalidad. Surge entonces la pregunta, inocente y espontánea: ¿y qué es el ser temporal? Y luego esta otra, ya más intencionada: ¿cuándo el ser temporal *es* propiamente? ¿Lo será en el estado elemental de protoplasma, carente de estructura orgánica todavía? ¿O bien cuando es mamífero inferior, o chimpancé, u hombre primitivo, o adolescente o adulto o viejo? ¿Cuándo y cómo adquiere la plenitud de su ser el animal humano? El plan de su vida, su vocación vital ¿está contenido en el plasma germinal y es reductible a la suma de genes?

Todo ser vivo tiene, cuando está formado, los caracteres determinados por sus genes, presentes y activos antes del desarrollo. Una vez desarrollado el cuerpo, el plan de estructura determina el plan funcional. Este cuadro se ofrece también en el hombre; también podemos decir que en él los genes son como potencias biológicas que luego se actualizan en caracteres, y que los órganos son —lo que la palabra indica— instrumentos dados de unas funciones activas en la vida. El organismo entero constituye una estructura funcional: coherente, unitaria y armónica. Su unidad funcional opera conforme a ley —a ley biológica—. Pero todo esto no es más que la *naturaleza* del

hombre. Todo lo que en el hombre es naturaleza —“cuerpo físico dotado de vida”, como diría Aristóteles—, con sus potencias y sus actos, es para él *acto*: le es dado y está presente desde un principio. El principio vital del hombre no es un principio biológico. Lo específico en el hombre no es su potencialidad de vida biológica; sino la potencialidad de vida espiritual que se monta sobre el acto de su vida biológica. *El hombre es el ser natural en acto que tiene la vida espiritual en potencia.*

El ser vivo está completo cuando llega a madurez orgánica y funcional. Pero cuando el hombre alcanza esta madurez, en la adolescencia, su vida propiamente humana sólo empieza. Todas las potencias o posibilidades biológicas del animal están determinadas de antemano en el plan de estructura y el plan funcional, y constituyen lo que Driesch ha llamado la *entelequia*, adoptando el famoso término aristotélico. Por el contrario, el plan de vida humano, el plan vocacional, sólo empieza a elaborarse cuando ya los otros planes orgánicos de vida están cumplidos o completos, y sólo resta la reiteración de las funciones y su decaimiento hasta la muerte. La vida humana individual no se inicia con el nacimiento, así como la vida histórica no se inicia sino cuando el hombre introduce *novedades* no biológicas en el mundo.

El hombre es el ser que no se completa nunca. Su ser consiste justamente en ser incompleto siempre. Para él, completarse es dejar de ser: morir. Su existencia consiste en irse completando indefinidamente. Su ser importa siempre una potencia. No hay acto que agote enteramente la potencia vital humana: siempre hay un mañana, y la potencia o posibilidad de nuevos actos que no sean la pura reiteración de otros ya realizados. La vocación es el plan de elección entre esas posibilidades o potencias. Pero, en un sentido más radical, puede decirse que la vocación humana es anterior e independiente de las elecciones vitales individuales: está arraigada en la condición misma de lo humano, como lo está la temporalidad. La potencialidad es inherente a la temporalidad, en tanto que ésta implica una permanente promoción vital, una constitutiva anticipación y proyección hacia el futuro. El carácter distintivo de la vida, en tanto que propiamente humana, es el de ser vocacional.

Pero la temporalidad es la condición óptica de un ser abocado a la muerte. De donde resulta la paradoja más honda y más sutil, aquella cuya fuerza de iluminación desvanece el mismo carácter paradójico en que su verdad se envuelve, a saber: la radical dualidad del hombre, de la cual derivan todas las demás. Pues, por ser temporal, el hombre tiene siempre posibilidad, y su existencia es una vocación vital; pero la misma temporalidad hace del hombre como individuo y de la humanidad en conjunto, un tipo de ser cuya existencia es una vocación de la muerte. Aspira el hombre a completarse, y ésta es su vocación vital, activa siempre dentro del límite de su posibilidad o potencia; pero sólo se completa con la muerte, la cual agota no sólo su potencia, sino su acto: su ser mismo. Hay pues en el hombre una doble vocación: la vocación de la vida y la vocación de la muerte. Ambas son opuestas, pero a la vez complementarias en la articulación de su existencia.

Hay en el hombre una *hormé* que no depende de las *hormonas*. A esto llamamos vocación en sentido radical. El ser vivo que no tenga otra *hormé*, otro *impetus* que el biológico, no tiene vocación vital: carece de posibilidad o potencia de elegir y de alterar sus elecciones, de organizar y reorganizar su vida sobre una base física ya organizada. El plan de vida biológica es uniforme y *predeterminado*, mientras que el plan vocacional de vida es multiforme, libre y solamente *pre-condicionado*.

La vocación es dada, pero sólo en un ser libre en cuanto al modo de actualizarla. Si acaso puede emplearse todavía el concepto de entelequia en una teoría temporal del ser del hombre, tiene que hacerse dándole un sentido que se haya deslizado de su significación aristotélica. La "forma" o entelequia del hombre no le es dada como forma substancial irremisible, sino como configuración o estructura óptica, que no prejuzga la realidad efectiva o *actual* de su existencia concreta, ya sea individual o genérica, biográfica o histórica. Esta existencia es energía (*ἐνέργεια*) en el sentido de acto. Pero la entelequia, que para Aristóteles es acto primero, creo que en el hombre es más bien la potencia, o sea la permanente condición potencial o vocacional de su ser: esa estructura suya que lo mantiene siempre abocado al futuro. El hombre tiene forma de ser, pero se hace él mismo su forma de vida.

La vocación de la muerte

EN el hombre hay *algo más*: algo más que puros átomos, algo más que biología, inclusive algo más que historia. Siempre su ser importa algo más de *lo que es ya*; importa lo imprevisto, la potencia de ser otra cosa que no ha sido todavía, la capacidad de implantar la novedad en el mundo, lo cual es la clave metafísica de la historia. La historia avanza con el ritmo de las creaciones novedosas. Las novedades que introduce el hombre, obrando sobre sí mismo y sobre el mundo entorno, son imprevisibles; tan imprevisibles como las formas nuevas que la mutación va introduciendo en las especies animales a través de las edades. Pero así como esta mutación tiene su ley propia, también la evolución histórica no se produce al azar, sino con razones de fondo que merecen así mismo el título de ley. Hay también una ley de herencia histórica, paralela a la ley de herencia biológica. Por libre que sea la creación humana, el dispositivo de las posibilidades en cada situación, y el encadenamiento de su sucesión temporal, obedecen a una ley rigurosa. La estructura vital, histórica y ontológica, que hace posible la producción de aquellas creaciones es una estructura permanente. La vocación es uno de los conceptos articulares de esta estructura.

Vocación significa llamada. ¿Quién es el llamado y quién es el que llama? El empleo más común de esta palabra indica que el llamado es el hombre, en la etapa adolescente de su vida; el cual, disponiéndose a vivirla por sí mismo, logra captar la voz de unas formas de vida *llamativas*, que se presentan organizadas primariamente en profesiones. Este sentido elemental de la palabra vocación no es, desde luego, el primario y decisivo. Lo que nos llama en realidad, cuando empezamos a vivir la vida, es la vida misma, con toda la amplitud y la exuberancia de su confusión. Si la respuesta de los hombres a esta espléndida llamada se reduce a una elección profesional, ello será debido a la angostura de la capacidad vital de dichos hombres. Pero si esta capacidad vital es espaciosa, su contenido desbordará el cauce de la profesión, o nos inducirá a elegir vocacionalmente una profesión en cuyo ejercicio podamos absorber la vida con plenitud. Pero, cualesquiera que sean la dignidad y la hondura de nuestras vocaciones, de nuestras res-

puestas a la vida, su ejercicio será siempre materia histórica. Toda erección responde a un plan de vida, a un programa vocacional; y el proceso de las creaciones es el curso de la historia.

A estos dos sentidos de la vocación, añade la filosofía nueva otro sentido desconcertante. La vocación no es la llamada de la vida, sino la llamada de la muerte. Esta significación ya no es histórica, sino ontológica. No se trata solamente de un hecho de conciencia de que el hombre oiga también la llamada de la muerte y viva sabiendo que va a morir. La vocación de la muerte es en sí misma, aunque sabida, algo independiente del saber que sobre ella puedan acumular los mortales. Es una estructura funcional del ser humano. La muerte determina la forma de este ser; y como el ser del hombre es vida, la vida está determinada por la muerte. Se vive—se existe—en función de la muerte—de la nada—. La nada es la razón final de la existencia. En otros términos, la vida tiene como fin a la muerte, tiende hacia ella, y esta tensión es la verdadera, la radical vocación auténtica del hombre.

Ante esta radicalidad de la vocación mortal, la vocación vital pierde su sentido propio. Las conclusiones que Heidegger nos propone son éstas en definitiva: en su acertado afán de darle a lo histórico un fundamento ontológico, ha caído en la cuenta de la radicalidad final de la muerte; todo lo vital, todo lo histórico, pende o depende de la muerte, que es la nada. El ser depende del no ser. La vida auténtica será por tanto la que se oriente hacia la muerte, la que le haga íntimamente frente, o sea la que se vuelva de espaldas a la vida misma. Pero esto es angustioso. Lo angustioso, sin embargo, es precisamente lo auténtico. Cualquiera puede hacer consigo mismo la experiencia. Que se ponga a pensar sobre su situación en el mundo, que reproduzca esas célebres meditaciones pascalianas, suprimiendo de ellas aquél firme punto de apoyo que era Dios para Pascal. Se sentirá en efecto abandonado, "echado ahí", como Heidegger dice. Cuando pensamos en la muerte como término definitivo nos sobrecoge el sentimiento de la nulidad de todo. Si le damos a la muerte un sentido final o un valor absoluto, todas las cosas pierden en el acto su valor. Pues las cosas éstas que valoramos al quererlas, desearlas, afanarnos por ellas, tienen solamente un valor relativo. Su orden de valor

se organiza con referencia a un valor absoluto. Pero, si éste término de referencia absoluto es la muerte, y la muerte se concibe como nada ¿qué substantividad y qué valor pueden quedarles entonces a las pobres cosas que nos sirven de medios en la vida? Los "medios de vida" dejan de valer al convertirse en medios para un fin negativo, y deja de valer por tanto la vida misma.

Este horror angustioso de la autenticidad es insostenible. La incorporación auténtica de la muerte es una situación límite, como la incorporación de la vida verdadera en la experiencia mística. A una situación límite se llega, pero no se permanece en ella. Es forzoso el regreso a la templada zona media de la vida cotidiana. Y con todo, el regreso no es reparador; ni el místico ni el heideggeriano encuentran al volver de las alturas otra cosa que "banalidad", inautenticidad. Al místico le queda una esperanza salvadora; pero a Heidegger, que parece haber visitado a la muerte en sus excursiones alpinas ¿qué le queda cuando vuelve de las soberbias y desoladas cumbres a la vida de los llanos? Tiene que negar esta vida y sin embargo vivirla.

Si toda la existencia depende de la nada que es la muerte, no hay existencia alguna, forma de vida o forma de ser, que pueda presumir de un carácter positivo. Nada vale nada. Ni vale nada siquiera ese último gesto presumiblemente heroico de sostenernos en la vida a sabiendas de que carece en absoluto de sentido. Tal vez la angustia heideggeriana provenga, tanto como de la muerte, de tener que afirmar y negar la vida al mismo tiempo. La solución es encontrar en el ser —en el del hombre y en su acción histórica— un elemento constitutivamente afirmativo. En otras palabras: habrá de ver si, junto a la vocación de la vida: si la vida misma no es esencialmente vocación.

La vocación de la vida

¿QUÉ le encuentran los hombres a la vida, que se les hace tan apetecible y que tanto les duele abandonarla? La sabiduría antigua ya nos ha enseñado que los hombres son insensatos y se aferran a cosas sin valor. Pero esta sabiduría se encargaba siempre de decirnos cuáles eran las cosas que valen realmente. Si nada vale, ni la vida misma ¿cómo es que todos los hombres

viven *en tensión*? La razón que nos lo explique no puede ser la idea de la universal ignorancia y estupidez de los mortales. Parece que nadie haya reparado en el hecho mismo de que la tensión puede darnos la clave del asunto. Si todos y siempre vivimos en tensión, inclusive el sabio epicúreo, diga lo que él diga, ello significa que la tensión es algo inherente a nuestra misma forma de ser. Esta tensión es una disposición fundamental: la vida es fundamentalmente disposición, disponibilidad o potencia. Esta estructura interna del ser se manifiesta en la experiencia como permanente insatisfacción. Siempre anhelamos más de lo que tenemos, observa el buen juicio popular. Esto quiere decir que estamos siempre proyectados, por nuestra condición temporal, hacia un más allá del presente. Nuestro ser no es sólo el presente, sino que el presente incluye esa proyección, esa tensión hacia algo no presente todavía. La tensión o impulso, que en latín se llama *impetus*, y en griego *hormé*, es precisamente la vocación vital: la vocación constitutiva del ser del hombre.

La vida auténtica es afirmación y hay una vocación vital al lado de la vocación mortal. La afirmación de que la vida vale por sí misma adquiere de este modo un sentido nuevo. No se trata de que nosotros le prestemos un valor, que fuera histórico si fuera prestado. Se trata de que, constitutivamente, la vida se afirma a sí misma, sean cuales fueran nuestras opiniones sobre ella. Es cierto que algunas de estas opiniones pueden ser cautivadoras; otras lo son menos. Hubo en Europa, no hace muchos años, una epidemia de vitalismo que no se sabe si cundió de la política a la teoría, o siguió el camino inverso. De este vitalismo, en parte nietzschcano, en parte deportivo, donjuanesco y dionisiaco, es un ejemplo próximo *El Tema de Nuestro Tiempo* de Ortega y Gasset, donde, muy significativamente, el valor de la vida se afirma en tono normativo y oracular. Frases como las siguientes: "La razón pura tiene que ceder su imperio a la razón vital"; "Es preciso corregir el misticismo socrático, racionalista, culturalista"; "Se trata de consagrar la vida. . . haciendo de ella un principio"; "Parece haber llegado la hora en que los valores vitales *van a ser*, por fin, revelados" (los subrayados son nuestros), tienen el mismo carácter histórico que las negaciones vitales proferidas en la antigüedad por los escépticos y los epicúreos, y en nuestros

días por los heideggerianos. Heidegger, por lo menos, se pone en actitud teórica, descriptiva, y no en actitud normativa. Por esto, sus conclusiones deben ser corregidas, si cabe, con el mismo método y en el mismo plano ontológico. Las afirmaciones de estilo normativo y las profecías se encarga de corregirlas el tiempo, que es juez de todas las injusticias, como decía Anaximandro.

Al lado de la angustia hay, pues, en el fondo de nuestro ser, la afirmación de la vida, radicada en el puro hecho de su existencia y organización y en la forma constante de su desenvolvimiento. Quede claro que una cosa es el valor que le damos a la vida—valor personal o histórico—y otra el hecho de que su constitución misma importa una afirmación. Sin embargo, de la vocación de la muerte, de la disposición para la muerte, que es igualmente constitutiva, emana una desvaloración evidente de la vida. Ante esto cabe preguntarse si la vocación vital puede compensarnos de la vocación mortal. De poco ha de valernos constatar que la vida es afirmativa, aún en sus aspectos elementales, si lo vivido en ella carece de sentido y no se nos hace más placentero o llevadero.

Dejando al margen el problema de la trascendencia, del más allá de la muerte, no parece legítimo concebir a la muerte como *nada*. La muerte es susceptible de cualificación: no es cosa neutra y anónima. Hay muchas maneras de morir. No siempre podemos los mortales *realizar* la muerte que quisiéramos, lo mismo que la vida. Pero, desde luego, cada cual muere a su modo, unos con mayor originalidad que otros. *El morir es un acto de la vida*; el último acto, pero pertenece todavía a la tragedia de la vida y tiene toda la coloración de los demás actos vitales. También la muerte sirve para juzgar de la vida, pues la completa. Hay muertes nobles y ruines, muertes que son oportunas y otras prematuras o tardías, muertes agitadas y muertes apacibles. Si la muerte es neutra y descualificada, pierde su sentido toda cualificación vital; pero si le quitamos su sentido propio a la vida, recíprocamente, poco importa que muramos de una manera u otra, ni que esperemos la muerte con el ánimo sereno, libre y dispuesto. ¿Para qué concentrar toda la disponibilidad vital que contiene nuestro ser en la espera de la muerte, si de ella no vamos a recibir absolutamente *nada*? La muerte deja de ser entonces algo que

da sentido a la vida, y también ella pierde su sentido. Pues no debe olvidarse que, si bien la vida tiene sentido, orientación o vocación, por la muerte, también la muerte tiene sentido por la vida. Lo que una muerte *es* concretamente, los caracteres idóneos que presenta y que la cualifican, dependen de la vida del que muere: de los caracteres que ha ofrecido esta vida suya. La vida *auténtica*, concebida como pura espera de la muerte, es una vida descualificada, que además nos priva de esta última esperanza de tener una muerte *personal*, cualificada, propia e inconfundible. Si la muerte es *nada*, no puede ser *auténtica*.

La angustia misma es una cualificación de la existencia. Pero no hay angustia sólo en el sentirse abandonado y abocado a la muerte. La hay también por motivos vitales, cuando parece en la vida que perdamos nuestra propia dirección vocacional. Muchos hombres han tenido esta experiencia: ocurre a veces que se pierde el objetivo de un plan vocacional, por los motivos y en las circunstancias que sea. Nos encontramos entonces sin saber qué camino tomar en nuestra vida, qué fines proponerle. Cuando esto ocurre pensamos en la vida: sabemos que vale y vivimos la angustia de no saber *para qué* hacerla valer. ¿Desaparece por ello nuestra tensión existencial? Nada de esto; por el contrario, es cuando más manifiesta se nos hace. Menos la sentimos cuando produce actos enderezados a un fin. Pero cuando no hay un fin establecido, no por ello la tensión deja de ser vocacional. La vida tiende a un fin por sí misma, aunque a veces no sepamos dárselo, como el pensamiento tiende a la verdad, aunque no salgamos de nuestras dudas o vayamos de ellas al error. Estamos entonces como en la situación de un arco, tirante en manos del arquero que no tuviese flechas con que hacer el disparo; con una fuerza acumulada que no tiene empleo. Pero la fuerza misma es afirmación de la vida.

La angustia no es necesariamente negación. Y así como la angustia no siempre deriva de la muerte anticipada, tampoco de la muerte surge siempre una negación vital. La vida resulta positiva sean cuales fueren la índole de lo vivido en ella y el signo que le antepongamos a nuestras experiencias concretas. Recíprocamente, la reflexión de la muerte, su anticipación, no siempre es motivo de angustia. Podrá serlo para quien se acomode a la banalidad cotidiana del vivir y lamente perder los bienes que depara; o para quien, viviendo más

hondamente, considere a la muerte como término, como *el fin del ser*. Pero ésta no es la única manera de enfrentarse con autenticidad a la muerte. Sería impropio, aun desde el punto de vista del método fenomenológico, del puro rigor de un análisis existencial, negarle el carácter de autenticidad a una vida que se organizase efectiva y realmente como vocación trascendente. Es decir, una vida cuya vocación de la muerte consistiese en una esperanza de salvación religiosa. Esto es un hecho, cualesquiera que sean las opiniones sobre la trascendencia en cuanto tal. La tensión vital de este ser auténticamente religioso se endereza hacia un fin que rebasa el límite de la muerte, y ésta cambia por completo de sentido. Para él, la vocación de la muerte es la vocación de la verdadera vida. Vive esta vida con autenticidad y sin angustia precisamente porque le niega la autenticidad a todo lo inmanente. Esta es la paradoja del creyente. Que sea excepcional importa poco. Tampoco importa, repetimos, encontrar la fundamentación teórica de esta vocación trascendente; sino, en plan puramente descriptivo, reconocer su realidad existencial.

Más allá de la filosofía

PERO ¿qué ocurre cuando no se tiene una fe que apoye la vocación de vida trascendente? Esta puede ser la más trágica de las situaciones: percibir donde podría encontrarse la salvación y no poder alcanzarla. La razón avistaría un camino que ella misma no podría recorrer. Reconocer que la esperanza sea una forma de vida auténtica no equivale a restaurar las esperanzas perdidas.

El hombre puede ser muy ingenuo y tomar por esperanzas lo que no son más que ilusiones. El buen deseo crea tantas realidades falsas como la acción pueda crearlas auténticas. Ante el hecho radical de la muerte, de nada sirve que alegremos nuestros corazones con el progreso de las ciencias y la prédica de un mundo mejor para el futuro. La ciencia misma se encarga de reducir a vanidad este futuro, y por lo tanto el presente. El entusiástico candor de las gentes y de los propios científicos por todo lo que se llama adelantos se desvanece ante la seriedad de estas simples preguntas: ¿para qué? ¿hacia

dónde? ¿hasta cuándo? Si al contemplar los nuevos hallazgos de la ciencia nuestra vista no se nubla de admiración, si no dejamos que nos cautiven demasiado las comodidades que la técnica se apresura siempre a derivar de esos hallazgos, como si quisiera comprar nuestro silencio, entonces podremos extraer las consecuencias decisivas de la ciencia y veremos que ella se niega a alimentar la suprema esperanza de vida, que es la victoria sobre la muerte y el tiempo. El arte tiene una mayor permanencia y universalidad, contiene un ímpetu de eternidad más poderoso que la ciencia. Esta no se opone a la fe porque contradiga unos principios dogmáticos, sino porque condena a muerte al hombre. Y no hay indulto siquiera en una concepción de la vida como constitutiva afirmación, la cual no es hallazgo de la ciencia, sino de la filosofía. El carácter vocacional de la existencia no desvanece el hecho de la muerte, aunque altere su sentido. Y en cuanto a la filosofía ¿qué sentido puede darle ella a la vida?

La filosofía es y ha sido y será siempre obra de la razón. Por decisivas y permanentes que puedan ser las verdades de la razón, ésta será siempre razón vital; que no quiere decir biológica, sino temporal. Espacialidad y temporalidad constituyen el condicionamiento irrebasable de toda actividad racional. Esto no significa que sus productos estén condenados de antemano a total caducidad; ni significa, como pensaba Kant, que la razón no pueda versar sobre *lo que es*, y deba limitarse a *lo que aparece*. Pero, en cambio, significa otra limitación. El ser de que la razón se ocupa es el ser en el tiempo y en el espacio. Fuera de este marco, la razón es ciega, por constitución, o sea por definición. Su ámbito de iluminación alcanza hasta la muerte. Lo que haya más allá de la muerte, la razón no puede definirlo positivamente; ni siquiera negativamente, diciendo que es *la nada*. Tiene que limitarse, porque ésta es su limitación orgánica, a decir que más allá sólo hay tinieblas para ella. Y cuando presume de mayores alcances, rompe su equilibrio interno: absorbe más elementos irracionales—esperanza, fe, afán de poder, fantasía—de los que contiene normalmente en su función teórica. La filosofía no condena a muerte al hombre, pero deja en suspenso la sentencia. Mal que le pese, no puede tampoco avivar la esperanza de vida perdurable que alienta, tormentosa y confusa, en el alma de cuantos no se

satisfacen con la vida temporal: en el fondo vital del ser humano, tanto más henchido del afán de ser cuanto más vana y menuda se juzgue la obra del ser en este mundo.

Queda la fe, que no va por el camino de la filosofía. Y queda todavía, allá en el fondo, esa rebeldía indomable que impide abandonarse a pesar de todo, y que, si no es esperanza, puede llamarse propiamente la esperanza de esperanza; la espera de no se sabe qué, vacía y sin creencia: la expectativa pura. La condición del hombre descubre nuevos fondos cuanto más hondo se penetra en ella. "Los límites del alma —dice Heráclito— no lograrías encontrarlos, aun recorriendo en tu marcha todos los caminos; tan honda es su razón". Pero ya en esas capas profundas el sondeo es peligroso. La esperanza de esperanza, como último recurso, es mala consejera; puede inducir a la gente hacia caminos escabrosos y descarriados, hacia mitos irracionales y substitutos espurios y teorías que son mercancía averiada en el comercio del pensamiento y de la vida, desecho de todos los desastres.

Y mientras tanto hay que vivir la vida, pues ella, contra el parecer de Descartes, es lo único que no puede hacerse provisionalmente. Todo en la vida es definitivo. ¿Será posible que, siendo ella misma afirmativa, conduzca rigurosa e inexorablemente a una desesperación? Pues hay dos clases de desesperados: los enfermos, los dolientes de todas las dolencias que se sienten perdidos, y aquellos otros que no se lamentan de la vida ni les aqueja mal alguno y desesperan, sin embargo, cuando llegan al cabo de un análisis frío y racional de la existencia. Los primeros se curan de sus males con los bienes. Pero a los segundos ¿qué bien tan elevado hay que encontrar para curarlos de una desesperación que no es una dolencia?

En estos fondos últimos de la existencia es imposible permanecer. Surge el anhelo de salir a flote y respirar el aire libre de los campos y los mares y de darle paz y sosiego a la existencia, a toda costa: aun a costa de aceptar la banalidad de los goces humanos saludables y transitar por ellos de incógnito y maldecir íntimamente de la autenticidad y de todos los caminos que conducen a ella. ¿Qué importa el fin? La fatiga de desentrañar su misterio nos obliga a reposar en el presente. Si el presente no tiene sentido habrá que dárselo. Pero no como norma o doctrina o proclama, sino como experiencia

íntima de aquietamiento. El cielo transparente, la flor silvestre, el pájaro en el árbol, aquel momento fugaz de entendimiento, aquel rasgo de fervor y generosidad, aquel deseo de vivir queriendo no causar el daño, la decencia y la sonrisa, la buena compañía. Restaurar el buen querer de las cosas y los hombres; la vida calmada de los campos, el amor y el honesto deseo de los goces. Olvidar la aventura del pensamiento. Más allá de la filosofía: restaurar la poesía de la vida. Perdonar la codicia y la ambición: restablecer la paz.

SIGNIFICACION DEL FILIPISMO

Por *Juan CUATRECASAS*

1. EL PROBLEMA DEL PROGRESO HUMANO

No me propongo abordar el tema del filipismo bajo un criterio histórico, ni partiendo de documentos historiográficos. Intentaré abordarlo desde el ángulo psicológico, partiendo de la base psicobiológica que permite considerar la significación de los fenómenos humanos, colectivos dentro de la filogenia zoológica, o sea como prolongación de una línea específica de progreso biológico.

Si bien hay sociólogos como Dobb, que buscan apoyo en la tesis de algunos antropólogos que niegan el concepto de progreso biológico, la opinión dominante en los biólogos modernos es la de admitir un valor de progreso biológico que supone un continuado perfeccionamiento vital general, distinto del proceso de especialización que es un perfeccionamiento unilateral. Entre las diversas apreciaciones de Hawkins, Marett, Haldane, Gordon Childe y otros, J. Huxley señala que el "último paso dado en el proceso evolutivo y el único que puede ser considerado como la premisa del progreso ilimitado en el futuro evolutivo, es el grado de inteligencia que implica el verdadero lenguaje y el pensamiento conceptual; y este grado se encuentra exclusivamente en el hombre". El progreso humano es una fase del progreso biológico general; es la continuación ilimitada del mismo proceso de evolución.

Pero en el camino de esta evolución el paso del hombre hacia el pensamiento consciente es mucho más radical que cualquier otro cambio. Porque los resortes de esta actividad consciente influyen sobre la propia evolución humana. Ya se sabe que el sistema endócrino constituye una especie de "esqueleto químico" cuya existencia y cuya función determina posibilidades evolutivas. Otras posibilidades se añaden cuando

se ha creado el nuevo esqueleto mental, el nuevo medio interno humano, tan específico como el medio químico. De ahí la importancia refleja del desarrollo conceptual, en la evolución de la humanidad.

Por ello el geólogo Vladimir I. Vernadsky ha podido sostener que el hombre actual ha llegado a ser "una impresionante fuerza geológica de largo alcance y de enorme efecto". El hombre está transformando notablemente toda la vida de la superficie terrestre; influye en la transformación de la biósfera, o sea de la corteza viva del planeta. Hablábamos hace unos años de la psicósfera creada por la mente humana como fuerza nueva y real en nuestro mundo. Recientemente, Vernadsky usó el término de noósfera (de noos-mente), para designar el coordinado y dominante influjo de la mente sobre la tierra. "Por primera vez en la historia de la tierra, el hombre conoce y abarca el conjunto de la biósfera... Esa rareza mineralógica que es el hierro nativo, se produce ahora por billones de toneladas. El aluminio nativo, que no existía, puede fabricarse en la actualidad en las cantidades que se desee. Lo mismo pasa con un número fantástico de combinaciones químicas artificiales, desconocidas antes en el globo terráqueo. Por si esto fuera poco, el hombre está creando nuevas formas de animales y plantas". Y añade además: "La noósfera es un nuevo fenómeno geológico en nuestro globo... El hombre se dispone a franquear las fronteras de su planeta y a adueñarse del espacio cósmico". Lo que nos cabe añadir aquí es que todo este progreso efectivo, biológico, ha sido realizado por hombres aislados, desconocidos, generalmente al margen de los que disponían de los ancestrales medios materiales del poder colectivo, y muchas veces perseguidos y maltratados por ellos. Quizás sería bueno que antes de disponerse a franquear las fronteras de nuestro planeta, la inteligencia contemplara todavía el panorama mismo de la noósfera, y tratara de adquirir sobre sí misma el conocimiento y el dominio que ya ejerce sobre el mundo inorgánico y sobre los mismos animales y plantas. He ahí el gran problema.

2. POSITIVISMO E IDEALISMO

LA biología nos enseña hoy que el hombre es un *animal óptico*. El desarrollo progresivo del sistema óptico intracerebral y su relación con la hipófisis comunican una peculiar resonancia a las funciones visuales, ligadas a la llamada facultad imaginativa. Podríamos buscar una coincidencia con el esquema empírico de von Uexküll, llamado del *círculo funcional*. Entre la realidad y el sistema receptor cerebral se ha introducido un nuevo círculo, un nuevo eslabón humano, que representa un cambio cualitativo de gran trascendencia. Desde este instante, como dice Ernst Cassirer, el hombre ya no vive solamente en un puro universo físico sino en un *universo simbólico*. Por ello el propio Cassirer intenta definir al hombre como un animal *simbólico*, y no como un animal racional.

Animal óptico, animal racional, animal simbólico; he ahí diversas definiciones que responden a conceptos distintos de la antropología filosófica o biológica. Debemos reconocer que el carácter escuetamente racional o lógico fué aceptado en cierta época, dominada por el espíritu cartesiano. El mismo Pascal estuvo parcialmente envuelto en tal convicción; "nada hay en la naturaleza que pueda resistir al esfuerzo de la razón científica: pues nada hay en ella que pueda resistir a la geometría". Pero en los siglos XVIII y XIX el pensamiento biológico fué superando al pensamiento matemático. El estudio del mecanismo del lenguaje como función cerebral íntimamente ligada a la actividad pensante ha conducido ya en nuestro siglo, a demostrar la naturaleza bio-evolutiva de la mente humana y la raíz instintiva, biológica, de sus procesos aparentemente lógicos.

El llamado lenguaje afectivo demuestra la importancia del factor emotivo en el determinismo psicológico. Y entre estos factores emotivos, se halla la noción neuroendocrina del sexo, ligada también a los reflejos ópticos. De ahí se ha llegado a otra definición, también biológica, del hombre: un animal optosexual.

La equívoca interpretación del positivismo conduce a negar la realidad humana de la creación imaginativa; la eficacia estética y científica de la actividad simbólica, interpretativa o abstracta. He ahí lo que dice a este respecto Holbach, en su

libro *Sistema de la Naturaleza*: "El hombre no puede menos que engañarse siempre que abandone la experiencia para seguir los sistemas creados por la mera imaginación". Pero incluso en el avance científico más experimental, la hipótesis juega un papel ineludible. Lo que distingue la mentalidad científica de la primitiva es el saber distinguir entre hipótesis de trabajo y dogma. Es el saber dar al concepto o al sistema imaginativo el justo valor entre la realidad externa y la realidad interna; entre los hechos concretos y sus derivaciones relacionales; entre el pasado real y el futuro posible. Ernst Cassirer lo ha expresado con una frase feliz: "la diferencia entre realidad y posibilidad no es metafísica sino epistemológica".

Pero volviendo a la biología, recordemos que el pensamiento conceptual ha sido la condición *sine qua non* del progreso de la especie humana; y que la causa de que las especies de antropoides que se desgajaron del mismo tronco ancestral quedaran estacionadas, hay que buscarla en la ausencia de la capacidad de lenguaje y del pensamiento, es decir, en la ausencia de esta capacidad de abstracción de donde surge la imaginación. Según J. Huxley la posibilidad del progreso humano futuro depende precisamente del mejoramiento del nivel funcional del cerebro, especialmente de su capacidad sintética y analítica, de su intuición, energética y poder creador. No debe ser nuestro cerebro un simple registro de imágenes fielmente percibidas. Lo interesante, aunque a la vez peligroso o feliz, es la sucesiva transformación de las imágenes y sus resultados creadores. Esta complejidad y contingencia es la condición del progreso.

La metodología científica positivista no significa la exclusión de las interpretaciones teóricas ni siquiera de las visiones intuitivas. Lo que exige es que la hipótesis sea controlada por los hechos objetivos. Los hechos científicos implican por sí mismos un matiz teórico. Dice Cl. Bernard: "El papel especial de la ciencia experimental es el de enseñarnos que somos ignorantes, mostrándonos netamente que el límite de nuestros conocimientos se detiene en el determinismo. Mas, por una maravillosa compensación, a medida que la ciencia roza nuestro sentimiento y aplaca nuestro orgullo, aumenta nuestra fuerza".

El contraste entre la imaginación y la realidad devuelve fuerza creadora a las proyecciones subjetivas, anulando su obra destructora y caprichosa. Conserva su lugar a la hipótesis, que es luz que orienta una nueva realidad, y no fantasma que se traga a las realidades tangibles.

3. FELIPE II Y EL FILIPISMO

HAY evidentemente dos versiones del personaje real que fué este nefasto monarca Felipe II: la de su obra histórica objetiva, y la de su imagen proyectada en la historia, la de una deformación doctrinal persistente de la mentalidad española: a ésta acertó el portugués Figuelino de Figueiredo al llamarla filipismo. No voy a caer en el pecado que el mismo Figueiredo señala en la mayoría de los modernos ensayistas ibéricos, el de hacer excursiones históricas sabiendo poca historia. He descubierto el filipismo sin conocer nada de sus antecedentes, puramente como fenómeno psicográfico recogido por la observación. Pero antes de referirme a sus caracteres, hemos de escuchar también al historiador. El espíritu que informó el reinado de Felipe II en opinión de los historiadores, era el de la dominación geográfica y personal a toda costa, valiéndose de la espada. Tanto en Europa como en América quiso imponerse sin comprender nada ni detenerse ante nada. No tuvo moderación en la fuerza ni capacidad en el gobierno; destruir y oprimir fué su obsesión.

César Cantú, historiador nada sospechoso de parcialidad en este caso, afirma que además de agotar los medios materiales de un país, "destruyó la autoridad real, como su padre había destruído la nación. La encerró en una estúpida soledad; la hizo invisible, recelosa, insensata; la redujo a no conocer los acontecimientos sino por las relaciones y a los hombres sino por la desconfianza". El juicio sobre la decadencia material y moral de España durante su reinado parece claro. Y a pesar de ello la huella dejada en la mentalidad política fué intensa y duradera. Quizás porque sólo contribuyó a recoger, reforzar y sistematizar ciertas modalidades de pensar y de actuar que ya eran vicios muy extendidos en la época.

No le importa guerrear con el propio papa Paulo IV porque está bien convencido de que ha recibido la corona de Dios

y sólo ante el mismo Dios hincará su frente y su espada. Esta soberbia absolutista se manifiesta en la tenacidad persecutoria de todos sus enemigos y en el razonamiento acomodaticio con que sabe transformar los más bárbaros crímenes en actos de divina justicia. La muerte del señor de Montigny en la prisión de Simancas (octubre de 1570) fué cuidadosamente ocultada en Flandes durante un tiempo prudencial, "no por hipocresía cruel sino por razón de Estado que no requería justicia con publicidad sino en el misterio de la prisión". Mas el cumplimiento de estos penosos deberes (!) de purificación de la humanidad hacían muy duro el oficio de rey y hasta angustiaban el corazón del monarca del Universo. Entre estos episodios y los descritos a propósito de la eliminación de las brujas no hay más distancia que la nomenclatura y el perfil más redondeado de la teoría.

Es esta teoría la que sobrevivió y superó a la persona de Felipe II como una nueva forma de la epidemia mental que carcomía la vida cultural de Europa y que durante tantos siglos ha impedido el claro avance de la ciencia. Incluso rebasó el área del mundo católico: los calvinistas y los luteranos también realizaron actos inquisitoriales, bien aprovechados por los apologistas del catolicismo y del filipismo para defenderse contra la leyenda negra. Pero si bien la Reforma combatió a la Iglesia, algunos de sus hombres habían asimilado los hábitos mentales del filipismo, del mismo modo que conservaron el tabú antisexualista, hecho bien señalado por R. Guyon.

Del mismo modo que han conservado este espíritu filipista muchos cerebros de nuestra época; es decir, que vegetan en nuestra época. Y así leemos en un libro de Mariano Tomás sobre Felipe II, editado en Zaragoza en 1938, que "se quita la vida, es cierto, al que a pesar de prédicas cordiales y demostraciones razonadas, insiste en su error y se ve, con ello, que es existencia peligrosa la suya, pues si aún con aquel temor defiende su impostura ante quienes pueden perderlo, con mayor fuego y argucias lo sostendrá frente a auditorio más simple y más expuesto al contagio, y será tea que encienda el horizonte y camino hacia el mañana con hogueras de guerras civiles". El rasgo primitivo de confusión entre la verdad y la fuerza aparece bien claro en estas líneas, así como el complejo de inseguridad respecto a la misma verdad proclamada. De

ahí el miedo a que las ideas heterodoxas o imposturas sean sometidas a auditorios expuestos al contagio.

La perspectiva político-filosófica de la obra de Felipe II se delata mucho más a *posteriori* que a través del juicio crítico de los acontecimientos de su reinado. Fué tan extensa su actividad en los aspectos interior y exterior que los historiadores describen, como es natural, los caracteres de su política religiosa diluidos en medio de los importantes episodios guerreros, coloniales, familiares, económicos y sociales. Incluso una cierta prosperidad industrial y un aumento de la riqueza nacional pareció favorecerle durante su reinado. Riqueza que prontamente quedaría mermada a consecuencia de las guerras, comenzando la llamada decadencia española. Pero esto es lo de menos para nuestro punto de vista: al correr de los años los acontecimientos que destacan los historiadores en las heterogéneas actividades del monarca, se irán desvaneciendo o dispersando, pero las huellas psicológicas dejadas sobre un estrato de la mentalidad colectiva habían de dibujarse con más nitidez.

No puede negarse que Felipe II protegió a la cultura, apoyando a las Universidades y a las Academias científicas, así como a los artistas. Pero monopolizó la publicación de libros religiosos, con el permiso del Papa; y con esto daba un golpe fuerte, aunque entonces imperceptible, a la libertad de pensamiento tan necesaria para el verdadero progreso científico. También pronto comenzó la decadencia científica (fines del siglo xvii).

Rafael Altamira destaca como rasgo característico de Felipe II el sentido de responsabilidad jurídica de acuerdo con una concepción absolutista. Quizás este rasgo sea un paso muy destacado en la ordenación de la conducta general en una época de tanta dispersión psicológica, que le había precedido. El mismo Altamira nos explica que Felipe II "sentía el imperio como un católico para quien la suprema necesidad era salvar el mundo de la herejía". Y de acuerdo con este sentido, actuó tanto en materia religiosa como política con un rigor y una impassibilidad ejemplares.

Nos podemos explicar la facilidad con que la teología pudo sintetizar una teoría política tan firme, gracias al ambiente mental de los siglos xv y xvi: la teología dominaba

todas las ciencias; y la psicología y la sociología no existían más que en función de corolarios teologales.

Este hecho lo destaca también el historiador y político M. Serra Moret en su libro sobre los fundamentos de la Historia y Filosofía: "Si la Inquisición representa una de las más terribles calamidades que haya sufrido la humanidad y sus efectos perduran en nuestros días, no ha de ser ocioso meditar en qué ambiente pudo producirse y cuáles fueron las causas que la gestaron". También el conocimiento de estas causas podrá guiarnos después en el intento de eliminar del mundo humano la enfermedad engendrada bajo el molde inquisitorial.

La mentalidad filipista convierte el criterio personal de la autoridad, en infalible e inapelable. Una esencia de divinidad impregna toda la personalidad filipista y así convierte una arbitrariedad en justicia. Figueiredo señala que "en el auge del poder absoluto aliado a la religión coincide la floración de una escuela de derecho público de origen teológico. Esta coexistencia de despotismo con el derecho público, es una de las curiosas paradojas de la historia española".

Lo sorprendente de este despotismo legalizado es que iba rodeado de un clima de absoluto respeto a la ley. El rey no tenía teóricamente poder absoluto sobre sus súbditos pero tenía todo el poder que le adjudicaba el derecho divino y humano, que era absoluto. El doctor Pérez Herrera lo había glosado en las siguientes líneas: "La justicia del Rey es paz de sus reinos, escudo de la patria, privilegio del pueblo, fortaleza de las gentes, medicina de los males, regocijo de los hombres, templanza del aire, serenidad del mar, fertilidad de la tierra, consuelo de los pobres, herencia de los hijos y para él mismo la certeza de la futura bienaventuranza". Esta divinización de la autoridad es lo que ha labrado la perduración de la huella filipista en el subconsciente hispano, y lo que ha creado una escuela teológico-jurídica con pretensiones de doctrina científica y moral, inspiradora de una corriente de detractores del maquiavelismo como antijurídico y anticristiano.

4. PROCESO DE FILIPIZACION

FIGUELENO DE FIGUEIREDO en su documentado libro *Las dos Españas*, ha desarrollado y esquematizado la evolución histórica de la cultura española desde Felipe II hasta la época actual. Según dicho historiador las dos Españas que contempla en su libro serían dos hemisferios de la conciencia española gobernados por dos soberanos: "Felipe II que queriendo unificarla la dividió para siempre, y Don Quijote que queriendo ridiculizar su gusto, la engrandeció y personificó las excelstitudes de su espíritu ante el mundo".

Con ello destaca la importancia del proceso de filipización a través de los siglos que se ha mantenido con alternativas frente a los esfuerzos dispersos y anárquicos del espíritu intelectual y humanista auténticamente popular. Y este proceso de filipización se ha marcado por episodios *políticos, militares y culturales*, opuestos a un triple juego análogo de influencias desfilipizantes. En realidad, el esfuerzo de desfilipización del pensamiento ibérico abarcaría todo el auténtico y dificultoso progreso cultural y filosófico-político de la España moderna. Ya me referiré después a la vastedad y al polimorfismo de este proceso.

Parecía extinguirse lentamente el filipismo a principios de nuestro siglo mientras las derechas políticas, reaccionarias y desacreditadas, intentaban buscar una revalorización cultural del tradicionalismo en la obra doctrinaria de Balmes, Donoso Cortés, José María Cuadrado y especialmente en la de Menéndez y Pelayo, cuya interpretación ha sido recientemente rectificada por Guillermo de Torre. Mas la intempestiva acción refilipizante partiendo más bien del campo político y militar ha desencadenado dos episodios que tienen idéntica significación y orígenes aunque muy distinta intensidad: la dictadura de Primo de Rivera (1923 a 1930) y la actual que hizo eclosión en 1936. En el panorama político moderno todos hemos podido examinar las consecuencias morbosas y los caracteres dis-cronizados de los cerebros influídos por el filipismo. De ahí que esta llamada *refilipización* por el propio Figueiredo ofrezca al sereno espectador un cuadro clínico más agudo y más contrastable con el ambiente moderno.

La sintomatología podemos hallarla lo mismo en los gestos, actitudes, decretos y frases del dictador que en la literatura paranoide de sus corifeos. En cuanto a lo primero son del dominio público las diarias manifestaciones de cinismo y la fría crueldad inhumana de sus crímenes, empapados de sadismo. Este carácter se ha hecho mucho más extenso y profundo que en la justicia rígida del primer Felipe II.

He citado el libro de Mariano Tomás sobre Felipe II publicado en 1938. La apología que en él se hace de la España Imperial a través del titulado "Rey de España y Monarca del Universo", revela que efectivamente el espíritu filipista intenta revivir en el cerebro de sus modernos servidores. También durante la dictadura de Primo de Rivera se celebró el centenario del nacimiento de Felipe II con el propósito deliberado de exaltar su contenido tradicionalista y de emular las enseñanzas de su figura. Preocupa todavía la defensa y la justificación de la Inquisición así como la apología de las fuentes divinas del poder político. Como si los que tal cosa hicieren, se hallaran desconectados del tiempo y del espacio.

En otro libro publicado en 1935 por el comandante Rodríguez Urbano se exhibe la misma sistematizada ideación filipista, bien sea basándose en sus acciones teológicas, bien sea en el orgullo de la eficacia. Y así leemos: "la férrea voluntad de Felipe II al servicio de un sentimiento español que por serlo no admite privilegios, logra sin derramamiento de sangre, por la sola virtud de su prestigio, acelerar un movimiento de integración que significa robustecimiento del poder político y por ende aumento de su eficacia". Y en otro pasaje dice: "la máxima justificación de nuestra Inquisición es esa: su eficacia. Gracias a ella nos vimos libres de guerras civiles cuyo carácter exacerbaba el sentimiento religioso; y la labor moderna de crítica por otra parte ha demostrado fehacientemente la injustificación de ciertos reproches". Si bien estos libros no tienen ningún valor literario, son un índice político y psicológico que revela todavía la realidad mental del filipismo. Sin embargo, algunas diferencias de detalle se observan entre el filipismo clásico y el actual. Y es que en éste la violencia llega a grados más extremos y más sangrientos. Ya no es la Inquisición sino una red proliferada de tribunales improvisados e irresponsables quienes juzgan, torturan y matan, sin apelación posible; y no

son sólo perseguidos los herejes o los culpables de grandes delitos contra el Estado, sino toda la masa de un país, humillada y sometida a la llamada depuración. La autoridad indiscutible del poder no halla una docilidad mental previa, por esto intenta crearla por obra del terror. El filipismo de la Edad Media se apoyaba en la flexibilidad sugestiva de un pueblo ignorante y supersticioso; hallaba el terreno abonado; en cambio, el filipismo actual tiene que abonarse él mismo su terreno y crear artificialmente la ignorancia y la sugestionabilidad mediante el terror. Esta novedad la está llenando la nueva técnica del totalitarismo.

Otra diferencia importante es la siguiente: el primer Felipe II era un iluminado que sublimaba las esencias religiosas de su época y las sentía vivamente: era el polo opuesto del mártir que se sacrifica sufriendo, siendo el héroe-santo que se sacrifica haciendo sufrir a los demás por la salvación del mundo. Y el último Felipe II, fiel a la misma técnica amplificada y traduciendo una actitud igualmente sádica, no parece sentir tan místicamente el ideal teológico. Este ideal ha sido substituido por el fenómeno de la *teogonía*, o sea el de utilizar el sentimiento teológico de los demás para ser explotado en beneficio del poder personal. Y ambos signos de degeneración del filipismo nos permiten augurar que sus huellas mentales no habrán de ser muy duraderas. Creemos que el filipismo está llegando a su agonía.

5. EL PROCESO DE DESFILIPIZACION

AQUEL período de refilepización que acabo de comentar, en vano busca figuras intelectuales que valoricen su contenido retrógrado. Y confundiendo el historicismo crítico y apologético con el mito de la tradición españolísima del catolicismo, han insistido en considerar la obra de Menéndez y Pelayo como representativa del redescubrimiento cultural de un pasado glorioso. Este aspecto ha sido examinado y discutido en el citado libro de Figueiredo, quien señala en la obra de Menéndez Pelayo la existencia de "fragmentos que conciertan con el evangelio de la europeización".

En un interesante libro, más reciente, Guillermo de Torre examina la posición de la obra de Menéndez y Pelayo frente

a las dos Españas, y la considera más bien cercana del embanderamiento reaccionario, desistiendo de la "consoladora" opinión del historiador portugués. Yo no puedo entrar en una interpretación bibliográfica y criticista. Para ello, el trabajo de Guillermo de Torre puede servirnos de guía admirable y documentado; pero debo hacer resaltar que el hecho de que aquel gran apóstol cultural del neofilipismo lo sea de forma tan discutida y amortiguada, descubre la impotencia actual de tales doctrinas. En efecto, es imposible que en el plano cultural elevado de una labor vastísima asiente el veneno de una pasión intransigente y miópica. Por esto Guillermo de Torre se pregunta todavía si "puede en último caso, situarse su obra en un terreno no neutral, desde luego, pero sí superior a las pugnas inmediatas de su tiempo y del nuestro". El proceso cultural de *desfilipización* ha constituido una avalancha irresistible y progresiva durante nuestro siglo; incluso contando con los episodios de refilepización política. Joaquín Costa, Gannivet, Unamuno y Francisco Giner son citados como los más representativos, seguidos de una pléyade de escritores, publicistas y políticos de todos bien conocida. Un despertar de la conciencia ibérica se observa en forma del ensayismo, que creó un clima cultural y político tan denso (aunque quizás anárquico) que hizo imposible la vida de la monarquía. "Las dictaduras de Primo de Rivera y de Berenguer—señala Figueiredo— crearon en los profesionares de la inteligencia, una solidaridad nueva: por vez primera, en la historia española, desde la persecución contra la heterodoxia quinientista, los gobiernos daban beligerancia a la inteligencia". Por ello la lucha política en la península ibérica adoptó una forma incomprendida por los torpes políticos del mundo: una lucha de la inteligencia al servicio de la cultura científica moderna, frente a la estupidez de la fuerza empeñada en resucitar la vida teológico-política del filipismo. Y por ello la segunda dictadura refilepizante, ha arremetido esencialmente contra la inteligencia.

Pero, si como afirma Figueiredo, es verdad que los vencedores han sido siempre quienes escriben la historia, hemos de reconocer que en este último episodio no han sido precisamente los filipistas quienes disfrutaban de la victoria. Porque la historia de la contienda española se está escribiendo en todo

el mundo por las abundantes producciones de la llamada España peregrina. Los caminantes de la causa desfilipizante, los obreros de la nueva República que ya alborea, son también por primera vez en su historia los derrotados que escriben y que hacen la historia de nuestro tiempo.

Pero volvamos al proceso de desfilipización en su primera fase que podríamos denominar pre-republicana. Ha sido criticado, en parte, como ensayismo pesimista con el doble contenido de una falsa historia y de una política verdadera. Cabe observar que no fué solamente el ensayismo el exponente del proceso desfilipizante. Toda la silenciosa labor de las Universidades, de los Hospitales, de las instituciones culturales libres, así como la labor realizada en el campo genuinamente político por las izquierdas en su titánica lucha, iba desarraigando de la conciencia colectiva la noción simplista del poder tradicional teocrático y unitario. Una efervescencia universal en el campo intelectual y político volvía a dar vida al horizonte hispano. Y contra esta vitalidad se estrellaban los malos políticos de la decadencia monárquica así como los dictadores. Pero así como el filipismo ofrecía una silueta perfilada y claramente orientada, el campo cultural y político antifilipista no estaba dotado de una misma dirección, de una unidad de plan, de una armonía congruente; si bien todos sus exponentes respondían al mismo espíritu de libertad. Y esta diferencia era bien lógica. La desfilipización es una obra natural de la individualidad mental, de las inteligencias y de las voluntades diseminadas por el pueblo peninsular. No obedecía a ninguna directriz estrecha ni única; de ahí su aparente anarquía, y también su dificultad de triunfo contra la bien organizada hueste filipista.

El ensayismo de esta primera etapa, como expresión de un sorpresivo autoexamen del panorama cultural, tenía que ser pesimista y desorientado. Por esto en 1915, Ortega y Gasset exponía la hipótesis del *histerismo español* a propósito de un estudio sobre el arte de Baroja. "Me basta —decía— con haber sugerido un punto de vista desde el cual se ve España como un paisaje de histerismo; de este histerismo étnico que a veces se ha apoderado de todo un pueblo, que es acaso síntoma de un continente entero". La liberación del subconsciente colectivo traída por los aires emancipadores del siglo XIX y por la civilización expansiva del siglo XX, dejaban al libre pensamien-

to exteriorizarse e interiorizarse de un modo proteiforme. Como proteiforme es la raíz psicogeográfica, cultural y política de la vida española. Unir las dos Españas es la obsesión de Figueiredo; la misma tesis florece en la brillante monografía de Guillermo de Torre, así como en las sensatas palabras de Sánchez Albornoz y de Américo Castro, comentadas al final de la misma monografía. El problema debemos plantearlo en términos distintos. No es la unión lo que importa. Es la convivencia y es principalmente el progreso. Vivir plenamente hacia el futuro, humanizar toda la vida colectiva. Guillermo de Torre señala también que no es mera cuestión de palabras sino de hondos conceptos diferenciales. Por esto habla de una integración. Pero integración supone la anulación del filipismo. Lo que hace falta integrar es toda la España desfilipizada, que se ha debatido en discordias, incomprensiones e irresponsabilidades. Porque el problema ya no es de España sino del mundo. La solución está en el Hombre. Tan verdad es ello, que en la reciente cruzada mundial para la estructuración de un mundo nuevo, esta solución fué proclamada y señalada unánimemente. Digo unánimemente mientras eran sólo prédicas preparatorias; cuando llegó la hora de las realidades, ya hay ciegos que no saben ver, y videntes que no saben tocar.

6. ESBOZO PSICOANALITICO DEL FILIPISMO

Es un fenómeno bien reconocido que el florecimiento de la psicología médica así como el de una sociología científica que pareció esbozarse con la cultura griega, se aletargó más fuertemente que las otras ciencias. También es innegable que la psicología y la psiquiatría estaban envueltas en los problemas religiosos en forma tal que a fines del siglo xv la fusión de dichas disciplinas con la teología llegó a ser tan completa y tan redondeada, que posteriormente parecía imposible su deslinde, obra que necesitó varios siglos y que todavía no está terminada. El clima del siglo xv era el más apropiado para la cristalización del filipismo.

La gestación de una atmósfera mental y social apropiada para tal acontecimiento tuvo lugar principalmente desde el siglo ix hasta el xv. Durante esta larga etapa fué desarrollán-

dose una amplia sugestión colectiva que envolvía en un denominador común las enfermedades mentales, la histeria, muchas enfermedades nerviosas o de tipo indeterminado, y las heterodoxias. Una tal desorientación frente a los problemas psicológicos y sociales creó las epidemias de demonología y de brujería, cuyos desastres son de sobra conocidos.

Así como allá por el siglo IX lo que más preocupaba a la gente, eran problemas como el de la *transubstanciación* (si en lugar de un hombre fuese por ejemplo un ratón el que comiera una hostia sagrada), por los siglos XII o XIII ya era la persecución de los demonios como productores de toda clase de maleficios. En 1233, Gregorio IX inauguraba la Inquisición que durante 400 años había de luchar denodadamente para suprimir la herejía, considerada como obra diabólica. Los esfuerzos reiterados de la inteligencia por encontrar el camino de la razón y de su libertad eran destrozados en la hoguera para consolidar aquella terrible oscuridad, preñada de crueldad, de agitación y de inquietud, en medio de una desoladora desorientación.

Ha sido preciso llegar al siglo XX, para que pudiéramos discriminar el verdadero significado de aquel confusionismo medioeval, y para que la psicología como ciencia experimental pudiera esclarecer ciertos fenómenos sociales. El filipismo se nos presenta entonces como un fenómeno de fosilización de aquel proceso teológico inquisitorial bien sistematizado. Y se nos ofrece al análisis psiquiátrico como un complejo morbosos social digno de ser diseccionado o desintegrado.

Wilfredo Pareto ha desarrollado una "filosofía de la violencia" que explica mediante la psicología dinámica el proceso de racionalización que por un lado encubre las fuerzas primitivas reprimidas y por otro tiende a perfeccionarlas. Franz Alexander analiza también psicológicamente la estructura emocional del totalitarismo. Pero ambas interpretaciones en mi concepto tienen una mayor amplitud y una menor complejidad, que la que puede corresponder al proceso del filipismo. Obedecen llanamente en una u otra forma a la prevalencia de los instintos agresivos mediante un encauzamiento autocrático. El filipismo se nutre por otra parte de elementos morbosos, de una ideología delirante, paranoica, servida por impulsos sádicos. La interpretación de Rack acerca del masoquismo social

podría extenderse a la del sadismo social y quizás hallaríamos alguna relación con el filipismo. Por ello, siguiendo a Freud, la búsqueda de un componente sexual en la génesis de tal proceso merece ser considerada. Y en este sentido voy a examinar dos aspectos: 1º Aspecto puramente biológico: Haldane afirma que los insectos que han alcanzado una perfección social automatizada lo han hecho a expensas de una especialización reproductiva, es decir que la mayor parte de los individuos pierden el sexo, en beneficio de sus instintos sociales y en cambio la reproducción está a cargo de los individuos especializados. Partiendo de esta base, Huxley afirma que debemos perder la esperanza mientras nuestra especie continúe con su sistema reproductivo actual, de alcanzar el desarrollo de los instintos sociales de los insectos, que él califica de altruistas.

De acuerdo con esta teoría biológica Muller en 1936, y Breuer en 1937, propusieron la separación de las dos funciones sexuales en el hombre, utilizando sólo los gametos de algunos individuos seleccionados para la reproducción. Haldane propuso también un intento de limitar la reproducción valiéndose de tejidos germinativos seleccionados. Esto coincide con la novela de A. Huxley, *El mundo feliz*, donde se imagina a una nueva humanidad basada biológicamente en la reproducción artificial. Pero todo esto son hipótesis puras. No creo que sea envidiable llegar al instinto social rígido de los insectos, y menos al precio de la desexualización. Al contrario, las sociedades de las hormigas y de las abejas, han sido siempre el sueño dorado de los que desean para la humanidad el estancamiento, la ausencia de inteligencia, la sumisión; y ello es el totalitarismo.

2º Aspecto psicoanalítico: El sadismo constituye una característica importante del filipismo que se manifiesta en grados y formas variadas según los momentos. Sea cual fuere la importancia de este factor es evidente que en la estructura de este proceso se halla presente una perturbación de la libido.

A. Valbuena quiso dar hace algunos años una explicación psicoanalítica del donjuanismo, basada en el complejo de Edipo freudiano o bien en el complejo de inferioridad de Adler; interpretación que no me parece muy adecuada como expuse en un ensayo sobre donjuanismo y tenorismo. Pero que me parece mucho más aplicable al proceso del filipismo. Por otro lado

encontramos en este proceso muchos rasgos comunes al que constituyen los celos, que son en esencia hijos de la debilidad y no de la veracidad del amor, así como el filipismo es fruto de una inferioridad intelectual y no de una certeza en la fuerza de una justicia social. Los orígenes de los celos residen en el temor, la culpabilidad inconsciente y el odio.

Por otra parte Ernest Jones, psicoanalista inglés, nos recuerda a propósito de los celos que "La investigación de las capas más profundas de la mente, nos enseñan que el amor y la pasión son capaces de desempeñar muchas otras funciones además de las que le son propias, lo que significa que se puede apelar a ellos por motivos distintos del normal del amor". Es decir que este mismo proceso de deformación del instinto que conduce al odio y a la ira conjuntamente a un proceso alucinatorio, puede presentarse en otras circunstancias distintas de las del caso amoroso. Y es también digno de notarse que la represión sexual enérgica se halla en el cuadro clínico del filipismo; casi diría en la raíz del filipismo.

La cristalización del complejo filipista se produce y se conserva precisamente en la mentalidad más rígidamente católica que incluye la quintaesencia del llamado tabú antisexual. René Guyón ha estudiado extensamente la evolución psicológica del tabú antisexual desde su vaguedad primitiva hasta su concepción religiosa en forma filosófico-ética. Pero siempre acompañado del terror y de la crueldad. Sin duda su repercusión ha sido fecunda en la sociología europea, así como hoy sabemos que lo es en la génesis de las neurosis individuales. Por lo menos como uno de los factores genéticos hemos de invocarla en esta gran neurosis colectiva que es el filipismo.

También este aspecto sexual se entremezcla con la multitud de fenómenos de demonología que ya hemos comentado. Así Bodin gran jurisconsulto del siglo xv refiere casos como el siguiente: Una muchacha mientras rezaba en la tumba de su padre vió aparecer a un "hombre oscuro" que reconoció era Satanás y que intentó violarla. Ella luchó con él, pero Satanás le aconsejó que gritara y se tirase a un pozo o que se estrangulara. El mismo Bodin admite este caso como ejemplo de posesión por el diablo. En la misma época eran desfloradas muchas mujeres en parecidas condiciones. La libido tenía pues, su papel en esta larga epidemia de demonología. Una célebre

bruja quemada en Laon en 1556, había compartido su cama con Satanás. La autoridad espiritual de la Iglesia, fué la primera en sistematizar y en encauzar toda esta desorientada tradición supersticiosa y diabólica. Pero durante varios siglos todavía esta atmósfera psiquiátrica alimentaba las mentes de la mayoría de los hombres incluso de las clases más cultivadas, médicos, sacerdotes, juristas y filósofos. Es preciso llegar al 1775, para asistir a la decapitación de la última bruja alemana, (Ana María Schwagelin); y al 1782 para que en la ciudad de Clarus, fuese decapitada también la última bruja, en Suiza. La estructuración del sistema filipista parecía clarificar y superar esta variedad de fenómenos morbosos, pero es evidente que todos ellos constituían las raíces históricas del filipismo y proporcionaron los elementos psicológicos de este complejo que había de arraigar en el subconsciente colectivo europeo, como la más justificada versión del totemismo religioso.

Por ello aparte del factor sexual que acabo de comentar y que ha de intervenir especialmente en modelar su carácter sádico, hay otro elemento importante de la psiquis primitiva, cual es el predominio autocrático del jefe de grupo social y la debilidad e indiferenciación de la personalidad individual incondicionalmente sometida. La solidaridad primitiva del grupo está basada en ciertas sociedades salvajes en este desnivel de diferenciación reforzado por el factor emotivo de la fuerza que establece una confusión entre los conceptos de verdad, justicia y fuerza. Es natural que en la cultura de la Era Cristiana sea difícil la persistencia de la autocracia primitiva; y el filipismo representa una neo-adaptación de la misma con la ayuda de nuevos componentes psicológicos. Pero en su base, persiste el mismo proceso ancestral que acabo de citar.

El filipismo así considerado es una neurosis localizada en una cierta zona de la geografía y de la historia; un factor morboso característico de una determinada cultura. Como la antigua clorosis o la histeria que amenazaba el desarrollo juvenil de una doncella, el filipismo ha amenazado y perturbado el florecimiento de la llamada civilización occidental. La variedad de creencias y prácticas religiosas en la superficie de la tierra es considerable y gracias a esta complicación el filipismo está localizado. Cada tipo de cultura ha tenido sus obstáculos absurdos al progreso inconscientemente buscado, pero en todas

ellas domina la tendencia a lo que R. Linton denomina la complicación exagerada de la cultura, que a veces puede colocar en posición desventajosa a las sociedades humanas. Dicha complicación oscila sin embargo entre intentos de simplificación absurda de la conducta.

Muchas tribus esquimales se prohíben la caza de focas durante el verano, lo cual a veces les obliga a padecer hambre. Es un ejemplo de tabú primitivo que puede amenazar la vida material de la tribu. El filipismo, aunque más complejo, representa un tabú peligroso para el ejercicio intelectual ya que sería una prohibición de esta misma actividad.

7. EL ANTIFILIPISMO

LA política esquematiza demasiado los hechos. Es preciso esquematizar muchas veces; pero en ocasiones un esquema simplista obtura la realidad y nos aleja de ella. También es verdad que el político cabalga sobre pasiones y sobre fenómenos que no domina. Pero los orienta. Debe orientarlos. Figueiredo acusa a Ortega Gasset de "intelectualizador de la política, la cosa más inintelectual de la vida"; con lo cual declara lo utópico de un intento intelectualista de la política. Sin embargo, el sentido de responsabilidad del político le obliga a meditar sobre sus problemas y a discriminar soluciones, que puede facilitar en la medida de sus fuerzas.

En este caso, la escisión teórica de la conciencia política en dos hemisferios puede ser también un error de perspectiva. De las dos Españas de Figueiredo sólo una es bien definible, la filipista. Frente al filipismo quiere colocar el quijotismo. Pero este símbolo es mucho menos representativo de todo el inmenso sector desfilipizado, humanista. El campo psicológico y político desfilipizado comprende variados sectores ideológicos, variados matices y hasta opuestos intereses. Por desgracia, Don Quijote no ha podido todavía representarlos a todos juntos, si bien de lejos puede significar el anhelo de justicia y de humana ilusión que todos ellos sienten.

Filipismo y antifilipismo: he ahí también dos fuerzas antagónicas de las cuales la primera es representativa, pero no la segunda. El antifilipismo no es el índice que el mundo puede oponer al filipismo. La localización destructiva de la lucha,

si bien puede ser necesaria y útil, no abarca el significado y el porvenir del ideal de un pueblo. El organismo humano también elabora sustancias específicamente destructivas de las bacterias patógenas, que son los anticuerpos. Pero una vez establecida la inmunidad, la vida del organismo normalizada ya no los utiliza. El anticuerpo no es más que un instrumento parcial; no es la revitalización del organismo amenazador.

El antifilipismo engendra además otro peligro, el del contagio técnico, el de la intoxicación por la técnica, que es frecuente. Si se traduce por luchas materiales, entonces sobreviene la militarización o la deformación nihilista del sector actuante. Si nos atenemos a la lucha mental, y la obsesión antifilipista se prolonga, entonces también aparecen los mismos signos mentales del proceso filipista cuales son la intransigencia, la incomprensión, el dogmatismo que reduce el campo del pensamiento propio a un grado de estrechez equivalente al opuesto. Y su eficacia es escasa, por los efectos reaccionales desbordantes. Ejemplo de ello es el anticlericalismo sistematizado, que no logró acabar, ni en Francia ni en España, con la persistencia de las iglesias católicas.

El fenómeno psicológico de la filipización de los campos enemigos del filipismo constituye otro peligro y por desgracia ha sido una realidad desarrollada en el mismo campo político de las izquierdas españolas. Es el mismo fenómeno que llevaba a las persecuciones de los protestantes contra los católicos y que en ocasiones hizo que les superasen en violencia. Dice Figueiredo que "la intolerancia contra la intolerancia tiene todavía inéditas invenciones de perversidad".

Y en el campo político español podemos explicarnos la necesidad de un antifilipismo fugaz y oportuno, enfocado a lo que se quiere extirpar. Pero no podemos confundir la obra ni el área de desfilipización con los sectores de antifilipismo fanatizante, que acaban en el ridículo espectáculo de esterilizarse en mutuas disensiones mientras el auténtico y único enemigo común todavía sobrevive.

La desfilipización no puede nutrirse de la intransigencia ni del sectarismo. Así como es falso que la justicia divina y la única verdad pertenecen por derecho al monarca, también es un error confundir los puntos de vista parciales de cada uno de nosotros con la auténtica realidad política o cultural. La



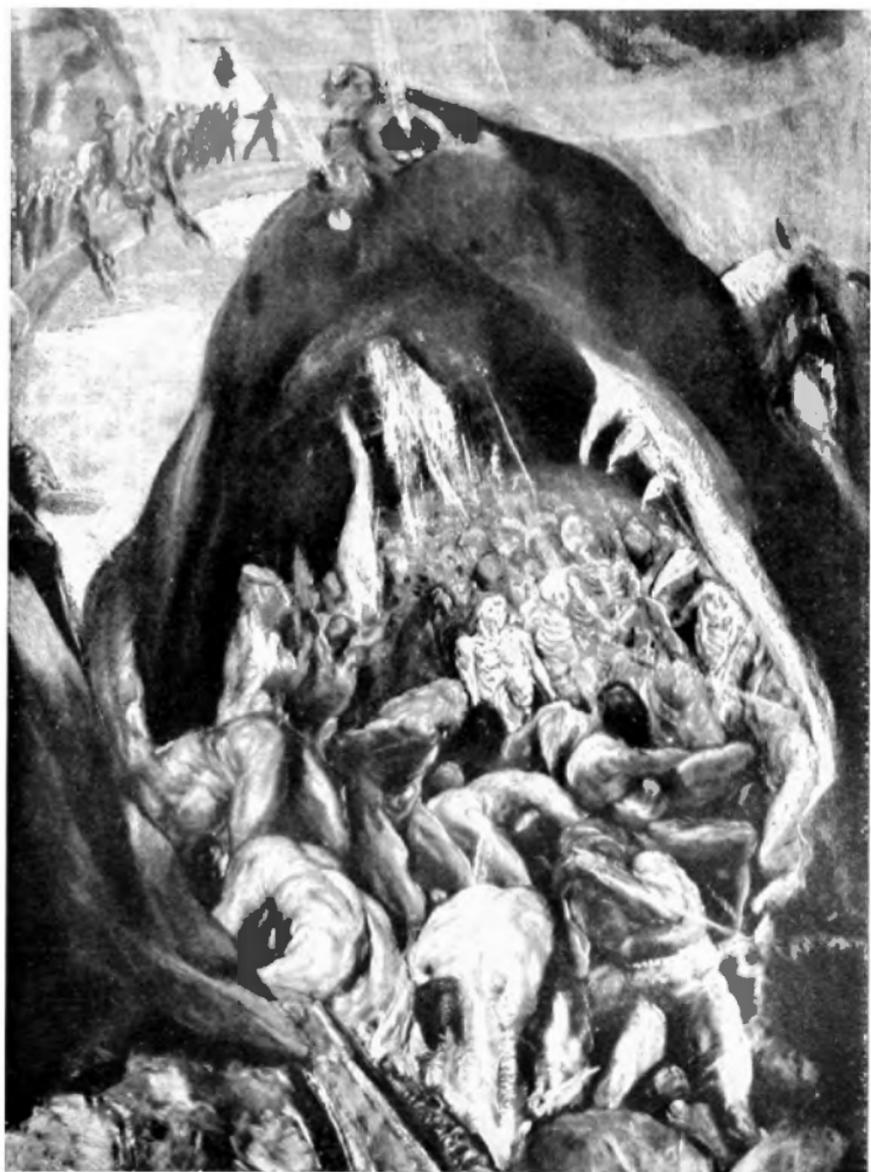
GRECO. Sueño de Felipe II. (Oleo).



PICASSO. Sueño y Mentira de Franco. (Fragmento).



GRECO. Sueño de Felipe II. (*Fragmento*).



El infierno al servicio de F...

democracia política y la mentalidad avanzada de nuestros hombres se basa en rechazar todo lo absoluto y en tener justa noción de lo relativo. Una posición mental tan fácil y, sin embargo, tan difícilmente adoptada. Esta dificultad deriva de que el relativismo necesita una nueva jerarquía de los valores. Ahí reside en el fondo el más grave de nuestros problemas: la jerarquización y la sincronización de valores.

Dentro del campo democrático o republicano español, la degeneración filipista del antifilipismo ha creado también sus problemas, y hasta sus desastres. No es aquí momento oportuno para hablar de ello, pero sí para señalarlo como fenómeno psicológico de nefastas proyecciones políticas. Ello hizo posible que S. de Madariaga, con ironía penetrante, desarrollase en su libro desafortunado, al hablar de la guerra civil, la ingeniosa imagen de la batalla de los tres Franciscos: Franco, F. Largo Caballero y Giner de los Ríos. Reconoce, sin embargo, que "aunque todavía demasiado inorgánica para hacerse oír, la verdadera España estaba con don Francisco Giner".

No se trata de saber con quien estaba la verdadera España; estaba en sí misma. El símbolo de Giner representa el camino de la regeneración, del progreso; el camino de todas las posibilidades. El camino de la pedagogía que ha de crear una cultura humanista. El humanismo biológico que corresponde al máximo respeto de la individualidad personal y colectiva; el signo de la tolerancia, de la comprensión, de la perfectibilidad constante.

Y esto constituye el espíritu del neohumanismo. Respeto a la persona humana como hecho natural; amplia armonía intelectual y sentimental en la integración de cada cultura enraizada en lo popular y sublimada en lo universal. De ello han sido ejemplo los políticos y los psicólogos catalanes: Companys, Domingo, Serra Moret, Hurtado, Nicolau D'Olwer, Mira, Xirau y tantos otros.

Dentro del área de la mentalidad colectiva, conviven las ideas y los sentimientos, hasta las pasiones, en sus variados matices y grados evolutivos distintos. Lo que no puede convivir es la noción absoluta y excluyente del filipismo. Por ello, el virus del filipismo al ser despojado de la violencia externa, se quiere también humanizar y entonces desaparece. La ironía lo destruye en el acto. El cristianismo humanista deja de ser

filipista. Un sentimiento religioso albergado en el subconsciente humanizado, yace indefenso en medio del torbellino poderoso de la vida que fluye constantemente en nuevas creaciones y en nuevas realizaciones.

He ahí donde está la solución del problema del filipismo: en dejar que se ahogue solo en las llamas del humanismo. Dejar que el fenómeno de superación consciente anule su virulencia. Porque el error y la superstición no pueden resistir la atmósfera abierta del progreso intelectual y social.

El progreso político es, como el biológico, fenómeno pragmático, evolutivo y constructivo. Los órganos atrofiados se quedan atrás y se convierten en residuos a veces imperceptibles. Al desplazar por completo de su eficiencia a los órganos del filipismo, es preciso recuperar el ritmo normal de una vida nueva. Y ello se consigue mediante la función propia del pensamiento integral. De ahí que para una integración definitiva de la vida política española o ibérica, es preciso eliminar la mentalidad filipista de todos sus resortes de acción. Es preciso que todo el gran campo desfilipizado o republicano sea consciente de su nuevo espíritu de plena libertad intelectual, abierto a todas las realidades, a todas las posibilidades constructivas, a todos los derechos naturales y políticos, a toda la coherencia de colaboración mutua, a toda crítica abierta y razonada. En una palabra, a la plenitud vital de las funciones humanas.

ANTONIO CASO Y EL PORVENIR DE AMERICA LATINA

Por *Juan HERNANDEZ LUNA*

1.—LA SITUACION HISTORICA

Las reflexiones de Antonio Caso sobre el porvenir de América Latina fueron hechas por el maestro en los años de 1921 y 1922. Una serie de hechos, subjetivos y objetivos, fueron gestando el tema hasta hacerlo objeto de su meditación filosófica.

Uno de estos hechos fué la política hostil que el Imperialismo Norteamericano ejercía en esos años sobre el gobierno mexicano. El presidente Harding, continuando la desdichada política intervencionista iniciada por Wilson, exigía al general Obregón una serie de reformas y enmiendas a la *Constitución de Querétaro* que garantizaran los intereses financieros de los negociantes americanos, como requisito para establecer las relaciones diplomáticas entre ambos países. El Secretario de Estado, Mr. Hughes, intérprete fiel de la política imperialista de la Casa Blanca, insistía a través de Summerlin, Encargado de Negocios en México, en la firma de un *Tratado Comercial y Amistoso* entre México y Estados Unidos que otorgara garantías a los financieros americanos. El periodista Kinsley, enviado exprofeso a inspeccionar nuestro país, emprendía a su regreso en los diarios de Washington, New York y Chicago una campaña contra el Gobierno de Obregón, sosteniendo que la finalidad de éste era la de obtener el reconocimiento de los Estados Unidos para consolidar su gobierno ante las facciones conservadoras y que no debería otorgársele ese reconocimiento hasta que diera al gobierno de Washington garantías escritas de que las propiedades y negocios de los americanos serían respetadas en territorio mexicano. Los banqueros acreedores de México, se reunían secretamente en París a discutir la ma-

nera de obtener del Presidente Obregón la promesa de que se les admitiría en sus negocios bancarios en las mismas condiciones que disfrutaban antes de la revolución y de que se les devolverían todas las empresas confiscadas por nuestro gobierno, a cambio de una moratoria de 20 años para cubrir su deuda exterior, a la vez que su reconocimiento diplomático por los gobiernos de Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Bélgica. El senador King acusaba al general Obregón de complicidad en el asesinato de Carranza, de hostilidad a los Estados Unidos y pedía el bloqueo y captura de las aduanas si México no accedía a firmar el tratado presentado por la Secretaría de Estado.¹ Estos hechos pesaban sobre nuestro país, produciendo una especie de pánico político en nuestros hombres de Estado y en nuestros intelectuales, a la vez que los hacía ver la necesidad de desplegar una política de solidaridad con las naciones continentales de habla española que se hallaban en igualdad de circunstancias ante el Imperialismo Sajón. El intercambio cultural y las relaciones diplomáticas a través del envío de intelectuales de prestigio, fueron los procedimientos que se siguieron para procurar esta solidaridad latinoamericana. La presencia de nuestros hombres de letras en los países hermanos suscitó en ellos la meditación sobre la tradición, la cultura y el porvenir de América Latina.

Otro hecho, consecuencia de la situación anterior, que contribuyó a la meditación del tema, fué el viaje que Caso realizó a fines de 1921, en calidad de Embajador de México, por las Repúblicas de América del Sur. Aquel viaje permitió al maestro palpar la unidad de la tradición española que se conserva en esos lugares del Continente y contrastarla con la civilización sajona. La realidad hispanoamericana que contempló en el Perú, Chile y Argentina, lo impresionó tanto, que a su regreso a México pudo declarar sin ambages: "Nosotros no queremos nada de los pueblos sajones; los admiramos, mucho, sí, pero somos otros hombres, somos otra raza, mantenemos intacto nuestro perfil".

El otro hecho, íntimamente vinculado con los anteriores, que suscitó en el maestro la reflexión del tema, fué la actitud amistosa de la República de Chile hacia nuestro país, paten-

¹ En *El Universal* de abril, mayo y junio de 1922, se podrá encontrar información detallada sobre estos hechos políticos.

tizada en la condecoración de la cruz *Al Mérito* que el Gobierno de aquella República otorgó al General Obregón, Presidente de la República; al ingeniero Alberto Pani, Secretario de Relaciones Exteriores, y al licenciado Antonio Caso, Rector de la Universidad Nacional. En los discursos que con este motivo se dijeron en la ceremonia de la Universidad² y en el banquete en Sanborns³ se encuentra claramente expresado el deseo de amistad que movía a los pueblos latinoamericanos en esos momentos, así como la influencia del Imperialismo Norteamericano que en ellos se dejaba sentir. En este sentido es significativo el discurso que el general Obregón pronunció en aquel banquete. El aspecto más trascendental de este acto, dijo, radica en la "oportunidad histórica" con que se celebra, pues cuando México significa una "interrogación para algunos pueblos poderosos" y cuando existen países "que esperan la venia de los fuertes, para reanudar sus relaciones con México, la República de Chile, haciendo honor a su personalidad y a su autonomía, decreta el visto bueno para la política que están desarrollando en México los hombres de la presente generación, mandando colocar en sus pechos la más preciada de sus condecoraciones". Estos son los hechos que, a mi manera de ver, provocaron las reflexiones de Antonio Caso sobre el porvenir de América Latina.

El tema lo abordó Caso primeramente en el discurso sobre *La Cultura Latina y Nuestra América*, que dijo en la

² El miércoles 5 de abril de 1922, en una ceremonia efectuada en el Salón de Actos de la Universidad, el Excmo. Sr. Enrique Bermúdez, enviado extraordinario y Ministro de la República de Chile en México, impuso al Lic. Antonio Caso, Rector de la Universidad Nacional, la cruz *Al Mérito*, que el Gobierno chileno acordó concederle debido a la alta gestión de fraternidad americana que desarrolló durante su gira por la América del Sur, cuando México lo envió como su Embajador por esos países. Información amplia sobre este asunto en *El Universal*, del jueves 6 de abril de 1922.

³ El sábado 8 de abril de 1922 la Colonia Chilena de México ofreció al general Obregón, Presidente de la República, al Ing. Alberto Pani, Secretario de Relaciones Exteriores, y al Lic. Antonio Caso, Rector de la Universidad Nacional, un banquete en Sanborns, con motivo de las condecoraciones *Al Mérito* que el gobierno chileno les confirió. Ofreció el banquete el Dr. Bermúdez, ministro de la República de Chile en México, y pronunciaron discursos el general Obregón, el Ingeniero Pani y el Rector Caso. *El Universal*, domingo 9 de abril de 1922.

Universidad de Rio de Janeiro durante su viaje por América del Sur. Después, a su regreso a México, volvió a tratarlo en su discurso pronunciado en la ceremonia efectuada en la Universidad Nacional, el 5 de abril de 1922, al recibir del Gobierno chileno la cruz *Al Mérito*. Y, finalmente insistió en él, en su discurso sobre *México y Sud-América*, dicho en la segunda *Comida Literaria de El Universal*, efectuada en el *Tivoli del Eliseo*, el 17 de abril del mismo año.

2.—AMERICA LATINA Y AMERICA SAJONA

AL abordar el problema del porvenir de nuestros pueblos latinoamericanos, Caso no olvida que existe el imperialismo sajón que se opone a que América Latina alcance su destino. Tampoco olvida que entre los propios países latinoamericanos hay aliados y cómplices de los poderosos del norte, que escriben obras para incensar la civilización yanqui y desestimar la cultura latina. "Yo sé muy bien que hay cien millones de yanquis en el Continente Americano; pero me consta que del Bravo a la Patagonia, hay setenta millones de hombres que aman su tierra y las cosas de su tierra y que sólo por excepción producen geógrafos inexactos que tergiversan los datos de la Geografía e historiadores infieles a la historia que suelen tender a infundirles la convicción perversa de que contra el fuerte nada se puede; de que contra los Estados Unidos de América resulta baldía y absurda toda lucha seria y honrada". No olvido que existen los poderosos; "pero mi alma está templada de tal suerte, que no nací para incensarlos, sino para procurar que de ellos se abomine cuando se empeñen en innobles empresas contrarias al Derecho de Gentes".

Hay en el mundo "quienes hacen grandes cosas; pero sin grandeza moral"; por eso han dominado y dominan todavía los Estados Unidos. Pero hay que "pensar en que sobre todos los imperialismos han de flotar, tarde o temprano, el espíritu elevado y los altos ideales", que llevan en su seno los pueblos latinoamericanos.⁴

⁴ A. CASO. *América Española y la cultura latina*. Conferencia pronunciada en el Casino Español, la noche del sábado 30 de abril de 1922.

Al lado de *América latina* existe *América sajona*. Una y otra forman dos razas y dos civilizaciones distintas. Tan diferentes concibe Caso estas dos Américas, que quiere separarlas hasta en sus denominaciones. "Los yanquis tienen para sí la dominación genérica de todos nuestros pueblos. Llámense a sí mismos *americanos* y Europa los nombra: *América*". Pero este mundo americano "habría de llamarse con uno de los dos egregios nombres que, ufanas, proclaman dos Repúblicas de la Estirpe: Colombia y Bolivia. El navegante genovés que con la intuición de su numen determinó la geografía política del continente, o el americano que lo soñó unido y libre. . . , serían los únicos dignos, por el orgullo implícito en la obra, de denominar con su propio y genuino heroísmo, estas vastas tierras que se extienden desde el límite racial del Río Bravo, hasta la punta más austral de Chile. No América, América no; Colombia o Bolivia". Dejemos "a los sajones poderosos la gloria de llamarse como el cartógrafo afortunado, que usurpó al Genio el derecho de apellidar a un Continente"; pero reivindicuemos, en "acto de justicia póstuma, para ellos y nosotros, las denominaciones heroicas: Colombia, Bolivia".⁵

3.—LA CULTURA LATINA Y NUESTRA AMERICA

No es, pues, el porvenir de la civilización sajona el que preocupa a Caso, sino el de nuestros pueblos latinoamericanos, que en esta parte del Continente hablan las "lenguas gemelas de Cervantes y de Camoens" y pugnan por un "pan-iberismo americano".

El porvenir de nuestros pueblos, según él, debe concebirse en relación con la cultura latina, es decir, con la civilización derivada de Roma. ¿Cuáles son las obras elaboradas por la cultura latina? y ¿cómo se resumen esas obras en nuestra América Latina?

La primera obra capital de la cultura latina fué el *Renacimiento* que nos dió Italia. Este es uno de los instantes superiores de la historia. Produjo la incomparable constelación de individualidades excepcionales que, de "Dante a Tasso, de

⁵ A. CASO. *Nuevos Discursos a la Nación Mexicana*. México. Librería de Pedro Robredo, 1934. p. 92 y 93.

Giotto a Leonardo y Ticiano, de Maquiavelo y Savonarola a Colón y Galileo, formó las bases mismas de la evolución moderna" y preparó la "atmósfera espiritual del mundo moderno, individualista y razonador, complejo y diverso, inquieto e irrespetuoso como es". Su gran mérito fué el hallazgo de la *emanipación intelectual del hombre*.

La segunda obra importante de la cultura latina fué el *Descubrimiento de América* por los pueblos ibéricos. Con este se creó la geografía digna de este nombre. "Sin él la ciencia resultaba imposible o punto menos. Copérnico, Galileo, Kepler, Newton, sabios fueron cuya acción deriva en línea recta de la empresa heroica de Cristóbal Colón, Vasco de Gama y Magallanes. Astronomía, Física, Matemáticas, Historia Natural y Social; cuantas disciplinas científicas fundamentales se desarrollarían más tarde, merced a la mejor inteligencia de las cosas del mundo y sus atributos, derivaron del Descubrimiento. El conocimiento del *Hombre*, que los humanistas iniciaron, lo perfeccionaba el del *Mundo*, que llevaron a cabo de consuno portugueses y españoles, descubridores y conquistadores". Su mérito mayor fué el hallazgo de la *integración geográfica del planeta*.

La tercera obra trascendente de la cultura latina fué la *Revolución Francesa* que proclamó en sus asambleas apocalípticas los derechos del hombre. Esta obra realizada por los franceses equivale en lo moral e intelectual a la italiana y a la ibérica en lo social y económico. "Las garantías y los derechos del hombre, elaborados en una síntesis jurídica, aseguraron la convivencia humana sobre una base nueva que, en un siglo apenas, transformaría radicalmente la constitución histórica de las naciones, al referirla, no sólo a las tradicionales determinaciones del derecho, sino, sobre todo, a la fórmula eterna del ideal". Su máximo mérito fué el hallazgo de la *liberación moral y jurídica* de los pueblos del mundo.

Ahora bien, América Latina es para Caso el "resumen glorioso" de esas tres obras de cultura: "el Renacimiento que nos dió a Colón; el Descubrimiento que nos deparó a Magallanes, Núñez de Balboa, Albares Cabral, Hernán Cortés y Francisco Pizarro; y la Revolución que engendró en América las figuras inmortales de Hidalgo, Bolívar y San Martín. Somos el fruto de la más original y audaz síntesis histórica. Cortés y

Pizarro, frente a los imperios azteca y quechua son como Gonzalo de Córdoba o Alejandro Farnesio en los momentos de una utopía milagrosa, frente a la Babilonia de Nabucodonosor o el Egipto de Ramsés. . .".

"Y así como el Renacimiento fundó nuestra raza, la Revolución engendró nuestra autonomía. En nombre de los más altos prestigios del genio latino surgieron nuestros pueblos a la vida independiente y van desenvolviéndose en su dramática historia llena de peripecias extraordinarias, a veces trágicas como ningunas, pero siempre demostrativas de la gran virtud inherente a la cultura latina, amplia, generosa y humana; cultura que amamantó en sus pechos la Loba del Capitolio y que dará todavía en nuestros hemisferios nuevos motivos de asombro y reconocimiento a la más remota posteridad".

Los destinos de la civilización humana, profetiza Caso, sólo han de realizarse en el mundo merced a la colaboración de América Latina. "Si el progreso se eclipsara en el mundo antiguo, resucitaría en nuestro universo americano". En Asia, en Africa, en los archipiélagos de Oceanía, la cultura europea será siempre extranjera. "En América nunca lo será. La civilización occidental se prolonga necesariamente en las vírgenes regiones americanas". No es América un teatro accesorio de la cultura europea "sino el asiento natural de su desenvolvimiento más firme; no es algo extrínseco y accidental, sino elemento imprescindible de su desarrollo. Sin América como una nueva patria, las posibilidades de éxito de la cultura de la humanidad se habrían disminuído considerablemente". Hay que pensar en que América Latina asegura el auge definitivo de la cultura universal. Aquí se elaborará, en sus formas más altas, la cultura del mundo. Aquí, la civilización que amamantó con sus pechos la Loba Romana, habrá de pronunciar su última palabra.

4.—LOS DESTINOS DE AMERICA LATINA

CASO tiene confianza en que la cultura derivada de Roma dirá en estas tierras de América, formadas del Bravo a la punta austral del Continente, su último mensaje a la humanidad. Su confianza se funda en los grandes recursos naturales de que disponen nuestros pueblos. "La América Latina, dice, es de

todos los continentes, el mejor regado. Podría nutrir, el sólo, la población total del planeta". Cuenta con la más maravillosa de las redes fluviales del Universo. "Las cuencas del Orinoco, el Amazonas y el Plata no tienen rival en el mundo, sino en la propia América, en la cuenca del Missisipi". Pascal dijo en una célebre frase: *un río es un camino que anda*; la civilización derivada de Roma, que España y Portugal nos trajeron con la Conquista, "bien puede echarse a correr gallardamente por nuestros ríos americanos".

Hay que pensar que a orillas de los grandes ríos del Viejo Mundo nacieron las civilizaciones más ilustres, como la egipcia en el Nilo, la indostánica en el Ganges y el Indo, la caldeo-asiria en el Eufrates y el Tigris. Podría decirse que existe una ley histórico-sociológica de la civilización que la "obliga a desalojarse de Oriente a Occidente". En la antigüedad la cultura fué mediterránea. Más tarde, merced al genio del navegante genovés, volvióse atlántica. Hoy tiende a convertirse en universal y tendrá por teatro el Océano Pacífico. He aquí los términos en que Caso formula esta ley: "la civilización clásica es *mediterránea*; *atlántica* la moderna, y *pacífica* la futura civilización. El golfo más grande del planeta es el Mediterráneo. El océano más vasto, el Pacífico, el Atlántico es un término medio entre el glorioso mar de Egipto, Fenicia, Grecia, Italia, Francia y España, y el enorme océano que baña con sus aguas las islas de la Sonda, el Japón, Australia, Alaska y Chile".

"Todo el mundo antiguo cupo en el Mediterráneo. Sus tres cuencas—de oriente a occidente—sirvieron de teatro, por modo sucesivo, al desenvolvimiento de la cultura. La primera cuenca fué egipcia, griega y fenicia; la segunda grecolatina; la tercera sólo latina".

Confiado en esta ley histórico-sociológica de la cultura universal y en la magnitud de este suelo providente de América, Caso afirma categóricamente que la civilización latina dirá aquí su última palabra. Hay que pensar en que en el futuro el centro de gravedad de la cultura latina estará en el Pacífico. No olvidemos esta profecía los pueblos de América Latina y comencemos a laborar nuestro destino, para no ser juguete en los conflictos imperialistas por venir.

EL DILTHEY DE IMAZ

EUGENIO Imaz ha llevado a cabo la obra¹ que le invitaban y aún le obligaban a hacer su traducción de Dilthey y el asedio que al hacerla no pudo menos de poner al pensador alemán.² La importancia de la obra resulta notoria por anticipado del hecho de la importancia de Dilthey, que la obra contribuye a confirmar, según se desprenderá de este artículo, y del "hecho inaudito de que, hasta el presente—Dilthey nació en 1833 y murió en 1911—y que yo sepa después de consultar la bibliografía diltheyana más completa,³ no haya aparecido ningún libro de conjunto en que se estudie el pensamiento de Dilthey, orgánicamente, en todos sus aspectos", palabras de Imaz en su "Prefacio". Si a los dos hechos se añade la forma en que Imaz ha llevado a cabo la obra, la importancia literalmente singular de la misma resulta plenamente asegurada *a posteriori*.

El propio Imaz inicia su "Prefacio" indicando las dificultades que la obra de Dilthey ofrece y por las que se debe explicar menos dubitativamente de lo que la modestia de Imaz le consiente a éste hacerlo el segundo de los hechos mencionados: "no sólo... la dificultad de su inmensidad, sino la más delicada de su intrincado desenvolvimiento. Primeros volúmenes que nos dejaron en espera de los segundos; ensayos que se extienden por todas las direcciones de la rosa de los vientos y que a menudo no acaban; esquemas, bocetos, borradores; versiones diferentes y múltiples del mismo tema". "Por eso es frecuente"; continúa Imaz, "tropezar a propósito de Dilthey con indicaciones impacientes acerca de su falta de sistema, de la naturaleza germinal de sus desarrollos, de la fecundidad de sus sugerencias, etc.,

1 EUGENIO IMAZ, *El pensamiento de Dilthey, Evolución y sistema*, El Colegio de México, México, 1946.

2 Obras de Dilthey, ocho tomos, Fondo de Cultura Económica, México. La parte que corresponde a un par de traductores más, uno yo, es insignificante, comparada con la que corresponde a Imaz como traductor y director de la colección. EUGENIO IMAZ, *Asedio a Dilthey*, "Jornadas", 35, El Colegio de México, México, 1945. A este *Asedio* dediqué la nota que merecía, en el número 5 de 1945 de la revista *Cuadernos Americanos*, bajo el título "Jornada de Dilthey en América".

3 H. A. HODGES, *Wilhelm Dilthey. An Introduction*. Londres, 1944 (Kegan Paul). Nota del propio Imaz, que en otra informa: "Lleva una valiosísima bibliografía diltheyana, revisada por el yerno de Dilthey, G. Misch", coeditor de las *Gesammelte Schriften* de su suegro y autor del extenso e importante estudio introductor al volumen V de las mismas, como recuerda una vez más Imaz en otro pasaje.

etc." —y por eso, me permito agregar inmediatamente, al hacerse evidente, probado, a Imaz, en su creciente familiaridad con la totalidad de la obra del filósofo alemán, la existencia en éste de un verdadero sistema, el bien natural deseo de exponerlo— en un sentido muy propio del término, ponerlo de manifiesto, sacándolo del aparente caos despistador de la generalidad—, de enseñarlo por primera vez, se le impuso hasta decidir el carácter predominante de su propio libro. Este tiene, en efecto, el de una exposición del sistema de Dilthey predominantemente sobre el de narración de la evolución del pensamiento del filósofo que también tiene. Un capítulo I, pone "puntos y comas sobre el historicismo", que tal es su título. La razón del capítulo está en que "el nombre y el pensamiento de Dilthey van asociados más que nada "al término *historicismo*" y esta dirección del pensamiento, de la cultura toda contemporánea, tiene la importancia *radical* que el libro de Imaz corrobora expresa, enérgicamente, pero el término "historicismo" es más equívoco de lo que convendría a la precisión y claridad del concepto. Imaz diferencia tres sentidos del mismo, vulgar, historiográfico y filosófico, y bosqueja la historia de los dos últimos presentándola culminante en el tránsito del simple "sentido histórico" a la plena "conciencia histórica", en terminología diltheyana. El siguiente capítulo, "La conciencia desgarrada y la conciencia histórica", es una comprimida Historia de la filosofía desde Tales hasta el orto y triunfo de la "conciencia histórica", destinada indudablemente a situar a Dilthey en la historia entera de la filosofía y articulada con arreglo a este destino, como toda Historia resulta articulada según el espíritu del historiador, enseñanza del historicismo —y también de lo que no es tal. Así se justifican los pasajes relativamente extensos dedicados a figuras como las de Madame de Staël y Saint-Simon, que no parecerían justificados en una Historia tan comprimida, si las intenciones de ella fuesen otras. El capítulo III, "Historia evolutiva y nebulosa diltheyana", empieza exponiendo lo *auténtico* de la aplicación del método histórico a la evolución de la obra de Dilthey y las dificultades de la aplicación —y la no necesidad absoluta de ella, en definitiva. No se trata simplemente de dificultades como la de carecer "de cualquier acceso posible a los 'papeles' de Dilthey, fuera de los publicados"; se trata, últimamente, de la dificultad levantada por la forma misma de la obra del pensador. Esta forma dificulta la aplicación por la misma razón y en la misma medida en que la pide. Pero, en definitiva, una aplicación extremada del método histórico a Dilthey —una exposición de

su pensamiento "con una conciencia atormentada por el prurito de hacer ver cuándo y cómo fué surgiendo cada uno de sus pensamientos"—no haría justicia ni a la filosofía de Dilthey, ni a la filosofía en general, ni a las necesidades del público de lengua española interesado por la filosofía, así creo poder formular fielmente el espíritu de las declaraciones de Dilthey al comienzo del capítulo III y en otros pasajes. El aludido deseo de exponer y enseñar el sistema de Dilthey se justifica con la idea de que lo interesante, lo importante, en definitiva, es la filosofía que quepa decantar de la historia de Dilthey o universal de la filosofía. Los párrafos centrales del capítulo exponen las "circunstancias" de Dilthey, el "mensaje" que éste traía al mundo y la evolución de su obra en términos generales, para acabar —el capítulo— con un párrafo que apunta los orígenes o la data de las ideas fundamentales del filósofo y otro que explica su predilección por Schleiermacher, decisivamente por la cuestión primera y última en el tiempo y latente o hecha tema, radical, pues, a lo largo de la vida entera del filósofo: la cuestión, de origen religioso y final sentido y sesgo filosóficos, de la "reconciliación de la persona soberana con el curso cósmico", en los términos del propio Dilthey que Imaz gusta de repetir en sus capítulos posteriores. Los siete capítulos que a continuación constituyen el torso del libro desarrollan la exposición del sistema. Una Historia de la conexión de las ciencias del espíritu con la metafísica y con la conciencia científica moderna hasta y desde la aparición de ésta, respectivamente, sería la mitad de crítica negativa de la fundamentación tradicional de dichas ciencias en la metafísica, de crítica negativa de la razón histórica, antecedente necesario de la mitad de crítica positiva de esta razón, de nueva y definitiva fundamentación de las ciencias del espíritu en una filosofía de la vida que se despliega como una lógicamente, sistemáticamente sucesiva teoría de la estructura, del saber, de la conexión y método de las ciencias del espíritu, de la articulación del mundo histórico en y por estas ciencias y de la concepción del mundo. Tras un capítulo, el IV, de "Introducción a la crítica de la razón histórica", que insiste en las relaciones, histórica y biográficamente fundamentales, de Dilthey con Kant y el positivismo, y explana las tesis de Dilthey, no menos fundamentales doctrinalmente, acerca de la índole de lo humano y consiguientemente de las ciencias del espíritu, índole irreducible a la de lo natural y la de las ciencias de la naturaleza, y acerca de la necesidad de una ciencia fundamentadora de aquéllas, que resulta haber de ser una peculiar psicología —todo lo cual viene a corresponder al libro primero de la

Introducción a las ciencias del espíritu, el primer gran "medio libro" de Dilthey—, el capítulo "Esplendor y ocaso de la metafísica" procede a "prolongar escuetamente el propósito que anuncia la 'introducción' a la *Introducción*" extrayendo la sustancia de la Historia de la conexión de las ciencias del espíritu con la metafísica a lo largo de la Antigüedad clásica y de la Edad Media, que constituye el segundo libro de dicha obra, e intercalando en su sitio la referencia a "una ruptura, que es un enriquecimiento, del plan de la *Introducción*" de origen posterior y considerable alcance dentro de la evolución del pensamiento de Dilthey; y el capítulo "La conciencia científica moderna" procede, dentro de los límites en que es posible por las fuentes disponibles y en un capítulo a "entrar a saco en las obras históricas de Dilthey... y tratar de escribir en su nombre el libro que él no escribió", a saber, el tercero de la *Introducción*—pues Dilthey no llegó a publicar el segundo volumen que debía contenerlo, pero acabó o empezó a lo largo de su vida un enjambre de grandes y menores trabajos históricos que abarcan desde las primeras épocas de la Edad Moderna, pasando por los siglos xvii y xviii, hasta los días del propio Dilthey, que Imaz considera con acierto como inspirados originariamente por la idea del libro en que no llegaron a integrarse y que utiliza siguiendo indicaciones recogidas en Dilthey mismo, y en alguno de los cuales aparece por primera vez la teoría de las concepciones del mundo, lo que trae en su lugar "de nuevo, una digresión". Pasando a la mitad positiva del sistema, se presenta ante todo la teoría de la estructura, de la estructura de la vida—que es exclusivamente la vida psíquica humana, pues el término "vida" nunca mienta en Dilthey la vida infrahumana ni la vida en general, según repite Imaz—, como una especie de núcleo de la psicología que en una dirección puede desarrollarse en una psicología "descriptiva y analítica" general y en otra es la base de la mitad positiva del sistema diltheyano, y que se concentra en la doctrina de la "vivencia". La teoría de la estructura o de la vivencia basa inmediatamente una teoría del saber que desarrolla principalmente los conceptos cardinales de "captación de objetos" y "haber de objetos": el primero, a través de los subordinados de "intuición" y "vivencia", "percepción de segundo grado" o "pensamiento tácito"—tema de la "intelectualidad de la percepción"—, "pensamiento discursivo", hasta llegar a los principios lógicos supremos; el "haber de objetos", en el sentimiento y la volición, conduce a la solución dada por Dilthey al problema de la realidad del mundo exterior, divulgada ya bajo la denominación de "realismo

volitivo", y a la doctrina diltheyana de la "percepción del prójimo". Las teorías anteriores permiten afrontar los problemas planteados por el objeto y el método específicos de las ciencias del espíritu. En relación con el objeto, el gran problema de la conexión de estas ciencias, que se desgrana en los problemas particulares de la ciencia del espíritu fundamental o nuevamente del puesto, función y alcance de la psicología principalmente bajo el punto de vista de los de lo histórico y lo sistemático en las mismas ciencias; de la distinción y las relaciones entre realidades u objetos, valores y fines; de la clasificación de las repetidas ciencias. En cuanto al método, empieza Imaz por afinar una distinción que encuentra insinuada en Dilthey, la distinción entre "espíritu objetivo" y "espíritu objetivado" y que resulta de una luminosidad realmente aclaradora, por lo pronto de la ubicación histórica de Dilthey frente a interpretaciones de éste que deben considerarse falsas; continúa Imaz discutiendo y dilucidando la difícil cuestión de las relaciones entre psicología y hermenéutica y tres importantes aporías, como las llama Imaz: relación entre los todos y las partes, comprensión de lo extraño al individuo que comprende, influencia del medio en el sujeto; y termina insistiendo en las relaciones entre psicología y hermenéutica, esta vez en torno al paso de la introspección a la expresión o problema del "rodeo de la expresión", para "arremeter con la tarea última en que tiene que dar todo su fruto este gran aparato de las ciencias del espíritu: la "articulación del mundo histórico". Después de extender el concepto de "estructura" del dominio de lo individual al de lo colectivo e histórico, detalla las categorías peculiares de la "vida": la fundamental de "significado", las de "ser" y "desarrollo", la de "estructura" en el sentido que la restringe a lo "recurrente" en la "vida", la de "efectuación" o "efectividad", las de "valores" y "fines"; hace una referencia más sintética a los sujetos de la "predicación histórica"; y a través de la gradación que va del sentido que la vida tiene para sí misma en la autobiografía, pasando por la biografía, a la historiografía, llega a la cuestión radical que planteó a Dilthey su historicismo, porque éste la plantea por su propia naturaleza en general: la cuestión del sentido de la historia, del progreso en la historia, de la superación del relativismo, del escepticismo que el historicismo ha traído *históricamente* consigo, pero que es indispensable, forzoso, que no traiga consigo *lógicamente*, porque en el relativismo no es posible, no es "vivable" quedarse, el escepticismo no puede ser última palabra, última palabra vital, aquella cuestión de la "reconciliación de la persona soberana", soberana

por obra del historicismo, que la ha librado de la metafísica tradicional e inválida, "con el curso cósmico". Es la cuestión a que responde, en el sentido más propio y hondo, la postrera teoría desfilante en la constitutiva del sistema de Dilthey: la teoría de la concepción del mundo. Imaz hace muy bien la disección de las dimensiones que se cruzan en ella: triple concepción filosófica, poética, religiosa, triples a su vez: naturalista, idealista subjetiva, idealista objetiva, en sentido riguroso propio, la filosófica, *mutatis mutandis*, la poética y la religiosa, pues Dilthey partió de la filosófica y concibió la extensión de su triplicidad a la poética y la religiosa, pero no desarrolló éstas. En el curso de la operación deja en claro puntos como el del lugar y significación de la "filosofía de la filosofía" de Dilthey; el del trabajo dedicado por éste a determinadas ciencias del espíritu, ética, poética, pedagogía; el de la relación de la doctrina de los tres motivos de la conciencia metafísica con la de los tres tipos de concepción filosófica del mundo; el del valor de estos tipos, punto decisivo, decisivo de la cuestión radical del historicismo. Y así puede Imaz acabar preguntando: "¿Y cuál es la concepción del mundo de Dilthey?" y respondiendo que el panteísmo evolutivo al que Dilthey dedicó lo más caro y devoto quizá de toda su aplicación histórico-filosófica, pero el panteísmo evolutivo sobre una base exclusivamente empírica, que sería la novedad básica aportada por Dilthey a la dirección, de historia tan egregia, y con una coronación que hay que llamar agnóstica o inmanentista, por contra-sentido que parezca. "La gran síntesis diltheyana, la máxima, porque es reflexión—autognosis—sobre la vida entera—autognosis histórica— ("hasta ahora no se había puesto como base al filosofar la experiencia total, plena, sin mutilar, es decir, toda la realidad entera y verdadera"), es una crítica de una razón humana—razón histórica—que le fija sus límites infranqueables ante el enigma de la vida". El capítulo XI y último, "Dilthey y nuestro tiempo", documenta la actualidad del filósofo, proponiendo una nueva visión de sus relaciones con el neokantismo y confrontando con él extensamente a Max Weber, Croce, Dewey y Collingwood, para poner fin a la obra afirmando la actualidad del historicismo.

El anterior resumen dirá a quien ya tenga una idea sobre Dilthey lo completo y lo nuevo del estudio de Imaz, y lo denso e importante de su contenido, de sus temas, a quien tenga simplemente una idea de la filosofía—y hasta a quien no la tuviera, si fuese posible tener "ideas" sin tener ninguna de la filosofía. Ahora bien, por mi parte no creo que el método histórico rigurosamente aplicado

produzca la confusión ni en el caso de Dilthey, ni en ningún caso. No excluye ni la arquitectura, antes no es aplicable sin ella —una vida se presenta tan articulada o articulable, en períodos y otras “estructuras”, como la historia—, ni la decantación de un resultado, ya más detallado, ya más sintético: sobre ser el método histórico el único capaz de dar una visión *auténtica* cabal de una personalidad, el historicismo en general es la vía a la “altura de los tiempos” hacia la teoría en esto tiene razón Imaz— y Dilthey. Las reservas hechas por Imaz prácticamente en cada pasaje en que se refiere el asunto no parecen concluyentes del todo. “No hay que descuidar la tabla cronológica de sus publicaciones, como instrumento de trabajo, pero tampoco hay que olvidar que la cronología no es más que una historia externa y que, como tal, nos puede llevar, si no tomamos las debidas precauciones, por falsos caminos. Este peligro se extrema en un caso como el de Dilthey, en el que desarrollos perfectos vienen precedidos en muchos años por indicaciones breves, hechas como al correr de la pluma, pero inequívocamente claras, y no sabemos si aquellos desarrollos coinciden con el momento de madurez o éste, sencillamente, ha estado esperando la ocasión del vagar suficiente dejado por el descanso de otras incitaciones. Un pensador al que los estudios históricos le absorben tanto, introduce con ello cierta deliberada arbitrariedad en la decantación cronológica de su pensamiento teórico. La insistencia con que aparecen tratados algunos temas —poética, pedagogía, etc.—, tampoco debe prejuzgar, como habríamos de hacerlo si nos fijáramos demasiado en la historia externa, otras insistencias latentes que zigzaguean por sus obras y que le acompañan durante más tiempo”. El ideal es llegar a saber, justamente, si los desarrollos perfectos coinciden con el momento de madurez o si éste ha estado esperando la ocasión del vagar suficiente; a precisar el alcance de las insistencias aparentes latentes, el curso “arbitrario” de la decantación cronológica del pensamiento teórico o a mostrar que no es arbitrario sino a primera vista, pues en la “vida” ni siquiera la arbitrariedad en sentido corriente es tal en el sentido del “nexo efectivo” de aquella, a mostrar en general que la cronología no es historia externa sino cuando no se le ahonda o radica en la historia interna hacia la cual sólo debe ser el punto de partida, o que el ideal es tomar las debidas precauciones. Este ideal será más o menos asquible según los casos, pero es el ideal al que parece que hay que esforzarse por acercarse lo más posible en cada caso. Cuando Imaz utiliza debidamente “el documento autobiográfico, *Un sueño*” para retrotraer a

diez años antes, por lo menos, la teoría de los tipos de concepción filosófica del mundo como "clave de la solución" del problema de que "los sistemas, que son relativos, tienen que ver con la complejidad vital de los filósofos, es decir, con su manera de ver el mundo", y concluye "he aquí cómo, en una historia evolutiva, hay que prestar a veces más atención a la sombra de un sueño que a la cronología de los escritos", con esta bella frase se hace injusticia a sí mismo, pues lo que él ha hecho ha sido utilizar un documento autobiográfico para fijar la cronología *de las ideas*, lo que es perfecto. La cronología *de los escritos*, la de *composición*, no la de *publicación*, es la externa que debe ser punto de partida hacia la interna—ahora que tal cronología es particularmente difícil de fijar; en muchos casos, imposible. Etc. En cambio: "Pero aquí tropezamos con una vacilación importante que sólo en el caso en que se pudiese demostrar que el ensayo 'Los tipos de concepción del mundo y su desarrollo en los sistemas metafísicos', publicado en 1911, es anterior a 'Esencia de la filosofía', que aparece en 1907, podría ser resuelto". La vacilación es nada menos que la vacilación acerca del valor de los tres tipos de la concepción filosófica del mundo que habría en afirmar en la fecha más tardía que "todo intento de ordenar la manifestación de ese gran campo [la historia de la filosofía] con arreglo a tipos no puede ofrecer sino un carácter provisional". Habiendo seguido la sucesiva aparición de la colección de las obras de Dilthey dirigida por Imaz y el asedio puesto por éste a aquél, no puedo sustraerme a la impresión de que el interés por lo que Dilthey había pensado en definitiva se le impuso a Imaz hasta el punto de que, habiendo logrado que se le destacase el sistema del filósofo, el deseo de exponerlo y enseñarlo prevaleció sobre la narración de la evolución de su pensar, según ya indiqué. En todo caso, quizá una obra cuya armazón fuese tal narración no resultase menos clara ni diese una visión de Dilthey menos viva y cabal que el despliegue del sistema con las referencias a la evolución repartidas por distintos pasajes, regularmente al comienzo de los capítulos; pero en todo caso, también, la idea de la evolución del pensar de Dilthey que se ha hecho Imaz y en que insiste a lo largo de su libro, resulta tan documentada por éste, que se impone como exacta: "toda su obra... el cumplimiento de un programa vital"; "Traía Dilthey, como se dice ahora, su 'mensaje', y este mensaje... es como una estructura orgánica apenas esbozada que no hará sino desarrollarse espléndidamente en el curso de su larga y fecunda vida".

Pero no es tal idea, general, lo único que resulta documentado y se impone en el mismo grado y forma, sino además las conclusiones a que Imaz llega en los principales problemas que a historiadores e intérpretes el pensamiento de Dilthey planteaba, hay que decir ya en pretérito; las cuestiones de las relaciones entre: la psicología y las demás ciencias del espíritu; lo histórico y lo sistemático en estas ciencias; la psicología y la hermenéutica; los motivos de la conciencia metafísica y los tipos de concepción del mundo. . . Imaz es consciente y puede estar legítimamente orgulloso de ello—"La interpretación que ofrezco del pensamiento de Dilthey, que ya apuntaba borrosamente en el *Ase dio*, difiere en puntos importantes de la corriente"—, aunque añada: "Lo haga sin engreimiento. . ." Del libro de Imaz en conjunto se desprende, pues, una imagen de Dilthey de una coherencia biográfico-doctrinal tal, que se recibe como la real de la figura y que me parece fiel presentar en resumen como sigue.

Dilthey es hijo de un pastor protestante y piensa en seguir la carrera de su padre. Pero en Berlín se encuentra con los representantes de la "escuela histórica", con la tradición inmediata del "idealismo alemán", en general con los primeros grandes representantes de la "conciencia histórica". Sobre la religiosidad familiar prevalece el moderno "inmanentismo". La repugnancia por la "allendidad" o el "trascendentismo" llega a ser como para desviarle de hacer un estudio sobre el pensamiento medieval. A la religiosidad se le presenta una vez más de tantas—son muchas más que las correspondientes a los filósofos que figuran en las *Historias*—como sustitutivo de la religión la filosofía. Y dada la constelación filosófica del momento—derrumbamiento del idealismo alemán, positivismo, pero tradición inmediata de aquél—, al filósofo en ciernes se le presenta Kant como el obligado punto de . . . vuelta, de partida de nuevo. Este aspecto de *pioneer* de Dilthey en la "¡vuelta a Kant!" es uno de los que Imaz destaca perfectamente, con todo lo relacionado que aún se verá. Pero, de lo intermediario, la gran poesía alemana, cuya "concepción del mundo", el panteísmo evolutivo, sistematiza múltiplemente el idealismo alemán, éste, la "escuela histórica", la "conciencia histórica", hacen retrospectivamente paladina la limitación de la triple crítica de la razón pura y práctica y del juicio, no hacer justicia a las ciencias del espíritu, al mundo histórico, e indican e imperan prospectivamente la tarea de la filosofía a partir del momento: la crítica de la razón histórica; el resto—de lo intermediario—, el positivismo, y en el fondo de éste todo el "inmanentismo" moderno, arraigan

en el incipiente filósofo la idea de que la razón histórica debe explicarse por la "vida" y ésta exclusivamente por sí misma, sin salir de ella, sin trascendencia metafísica alguna, no se diga religiosa: una vez más, no religión, sino filosofía, aunque tampoco metafísica —si ello es posible. "Yo mismo soy para mí el *ens realissimum*, digan lo que quieran los metafísicos de algo parecido por encima de las estrellas". No cabe fórmula más enérgicamente grávida de significación histórica que ésta, cima en una ondulación que venía desde no sé bien dónde o cuando y ha venido hasta el heideggeriano "la esencia de la existencia es su existir", por ahora. Pero la "vida", la vida conceptualizada, analizada, empleada como fundamento explicativo, perdón, comprensivo, por Dilthey, no era la vida de éste. Era la parte intelectual, consciente —y superficial de su vida. El resto, el torso, el cuerpo profundo, menos consciente, era su religiosidad inicial —y latente. Lo que está de acuerdo con su propia filosofía, que reconocía la capa básica del "nexo psíquico" en las potencias afectivas y activas, irracionales, infra-intelectuales, términos negativos que aquí no pueden tener una significación despectiva, sino puramente descriptiva; y con su propia interpretación de las filosofías, que penetraba en ellas lo que se puede llamar la instrumentación conceptual de un fundamental motivo religioso —o la oposición a este motivo, oposición, sí, pero a este motivo. Con tal religiosidad armonizaban la gran poesía alemana, el idealismo alemán, el panteísmo evolutivo. Imposible no reconocer en aquélla un factor decisivo de la devoción por éstos. Las consecuencias fueron: la inicial preferencia por Scheleiermacher, teólogo y filósofo humanista y panteísta; la aplicación filosófica especial e intermedia a la moral, la poética y la pedagogía, disciplinas la primera y la tercera tan relacionadas con los problemas radicales y decisivos de la vida; la final teoría de las concepciones del mundo; y el continuo, latente o patente, panteísmo evolutivo de la propia concepción del mundo.

Comprender las ciencias del espíritu por la vida comprendida a su vez por sí misma no puede ser sino obra de psicología, pero de una psicología peculiar y peculiarmente limitada y extendida. Ante todo, de una psicología peculiar. Desde un principio, hay que decir, operan en Dilthey sus ideas acerca de las relaciones entre lo natural y lo humano, entre lo físico y lo psíquico humano, entre lo natural y lo espiritual —pues en Dilthey la sinonimia de "vida" y vida psíquica humana equivale a la sinonimia de una u otra y espíritu—, entre el sujeto y el medio, aunque el lugar de estas ideas en el sistema sea un

lugar posterior. Las ideas son un tanto oscilantes entre la de que "los hechos del espíritu constituyen el límite supremo de los hechos de la naturaleza, los hechos de la naturaleza constituyen las condiciones ínfimas de la vida espiritual" y la de la aplicabilidad de métodos de las ciencias naturales como el estadístico en las del espíritu, por una parte, y, por otra, la de la irreducibilidad de lo espiritual o lo natural y aún más, quizá, la de la autonomía de las ciencias del espíritu frente a las de la naturaleza; pero como quiera que fuese del término de la oscilación preferido teóricamente, y una doctrina como la del origen de las categorías naturales de sustancia y causa en la "conexión psíquica" apunta en la dirección de una reducción de lo natural a lo espiritual, en la ejecución del sistema prevalecen prácticamente sólo las ideas de las mentadas irreducibilidad y autonomía. Por lo mismo, si Dilthey admite expresamente *también* la psicología "explicativa", aquella de la que ha de ser obra la comprensión de las ciencias del espíritu por la vida y de ésta por sí, no puede ser sino una psicología "comprensiva", "analítica y descriptiva". Mas esta psicología, para *fundamentar gnoseológicamente* las ciencias del espíritu no necesita pasar de una "teoría de la estructura" radical de la vida, aunque puede y debe desarrollarse como toda una psicología primero general y luego tipológica hasta estrechar lo más posible lo individual en cuanto tal, no sólo por el interés propio que presenta semejante disciplina, sino también porque de ella han menester indispensablemente las ciencias del espíritu, para *captar sus objetos* propios, que son últimamente individuales. A la teoría de la estructura se le presenta la vida como "vivencia" o una "estructura", ambos términos en un sentido muy general, la estructura de una "mismidad" que es término del "nexo efectivo" —el curso activo—, de teleología inmanente —la p. 176 dice, por errata, *teología* inmanente—, de una captación de objetos y un haber afectivo y volitivo de valores y fines, cada una de las cuales tres funciones estructurales—captación de objetos, haber afectivo, haber volitivo— no significa más que el predominio respectivo de una de ellas en la estructura en que entran siempre las otras dos; sin embargo, lo afectivo y volitivo tiene en Dilthey una cierta primacía, si no porque "el haz de impulsos y afectos, constituye el núcleo caudal de la persona", como sintetiza Imaz, pues "del conocimiento arranca la estimación y de la estimación la acción", como sintetiza también el mismo, por lo de la *teleología* inmanente. Este "nexo efectivo", además —si es que no se trata de dos cosas muy relacionadas en último término—, además de ir cobrando una configuración que la

convierte en la *conexión psíquica adquirida* "de que nos damos cuenta" comparando los momentos en que una configuración propia, distintamente desarrollada—juventud, madurez—orienta de modo distinto el curso espontáneo de nuestra vida psíquica", presenta "elementos recurrentes", "estructuras" en una acepción restringida a tales elementos. La captación de objetos capta en la "intuición" "el mundo sensible" y "nuestros propios estados" en la "vivencia", en una acepción restringida, pues, ya que si en ella el concepto excluye la intuición, y el haber de valores y fines, en la acepción más general la vivencia abarca este haber con la captación de objetos vivencial e intuitiva. En esta acepción, en efecto, "vivencia será el momento concreto de nuestra vida psíquica, el presente psíquico, que no habrá que confundir, sin embargo, con el *status conscientiae*"; "un estado de conciencia puede abarcar capas diferentes que nada tengan que ver entre sí más que su copresencia en el momento dinámico, mientras que por 'vivencia' siempre se entiende una unidad estructural, es decir, algo que se presenta en el estado de conciencia, ocupándolo o no totalmente, como internamente relacionado o conexo, con relaciones que son 'vivas' no menos que la vivencia total"; "en la inmensa mayoría de nuestras vivencias notamos la presencia de un acto y de un contenido", pero "si bien distinguimos, vivimos la diferencia entre la actitud y el contenido, no hay una diferencia entre sujeto y objeto" (esta diferencia es propia de la "intuición"—y se tiene como correlato de la diferencia entre sujeto y objeto la falta de diferencia entre ellos en la vivencia en la acepción general y en la restringida...); "En la vivencia... junto con su unidad estructural propia se nos da de algún modo su referencia a una conexión más amplia, a la del yo. Cuando yo percibo algo lo percibo en el mundo, incardinado de algún modo en el mundo; éste es el horizonte que nunca falta. Y cuando yo siento algo o quiero algo, tampoco falta el horizonte de *mis* sentimientos o voliciones"; del recuerdo, la "congruencia estructural con la vivencia original se me da en la misma región de evidencia"; "En fin, mi vivencia... se ha exployado poniendo en evidencia vivencias pasadas, reviviéndolas, o expectativas de futuro, previniéndolas, anticipándolas, para así darse plena cuenta de sí misma. Esto, que parece una paradoja, pues la vivencia es 'darse cuenta', no lo es, pues la misma expresión 'darse cuenta' apunta a los dos planos, al plano del presente vivido y al plano de las implicaciones, de las cuentas que le tienen que dar otras vivencias para su cabal ponderación, pues tampoco las anticipaciones de futuro, que entran en el

cálculo, dejan de estar apoyadas en las posibilidades apuntadas por vivencias pasadas": tales son los pasajes esenciales del párrafo dedicado por Imaz al fundamental concepto diltheyano. La central nota de la falta de diferencia entre el sujeto y el objeto es la radical condición de la posibilidad de la evidencia y verdad inherentes a la vivencia y derivantes hasta las ciencias del espíritu, pero este básico y decisivo lado gnoseológico privilegiadas sobre las de la naturaleza. La intuición es percepción sensible, percepción de segundo grado o pensamiento tácito y pensamiento discursivo, en un orden que significa principalmente que el pensamiento discursivo no hace sino hacer explícitas, por decirlo así, y desarrollar las operaciones lógicas elementales constitutivas del pensamiento tácito o *percepción* de segundo grado, porque estas operaciones no hacen sino hacer explícitas a su vez las relaciones dadas con los datos mismos de la percepción sensible o tan objetivamente como ellos. Con esta doctrina "*gestalista*" y de la índole puramente "representativa" del pensamiento de todo orden, pensamiento puramente representativo de los datos de suyo estructurados, no sólo se cura en salud el inmanentismo de Dilthey de toda trascendencia de lo "ideal", sino que asegura de antemano la validez objetiva del pensamiento, incluso en las ciencias del espíritu, que también lo emplean sobre el supuesto de que el pensamiento explícita no sólo lo sensible, sino también lo vivencial... El haber de valores y fines es, en cambio, productor de éstos, como expone Imaz con reiteración de energía contagiada por el expuesto. "Dilthey lleva a cabo un precioso análisis para mostrarnos cómo surgen los valores como tales valores —como sistemas de valores— dentro de la vida misma, en un proceso de emancipación de los efectos afectivos de los objetos de sus efectos sensibles y su cristalización e independización última de cualquier objeto". Los valores mismos, y no sólo el haber afectivo de ellos, son, pues, tan inmanentes a la vida como irreducibles o trascendentes ellos y el haber afectivo de ellos a la captación de objetos y a éstos, lo que hace posible que "eso de que del *ser* no se puede ir al *deber* lo ha dicho cuarenta veces Dilthey" sin contradicción con su inmanentismo en el dominio del valer no menos que en el del ser ideal, y entender los conceptos de "vigencia" de los valores *en sí* y "regencia" de los valores en el "nexo efectivo" de la vida, introducidos por Imaz, sin contradicción con el pensamiento de Dilthey.

Pero la vida no se presenta solamente como vivencia o estructura de una "mismidad" —de la estructura resumida en el aparte anterior, sino que el "nexo efectivo" que se ostenta con tal estructura es

a una curso activo de relación con un "lo otro", el mundo, el término correlativo de la "mismidad", pues: "Cuando el impulso volitivo, del que tenemos conciencia, no va seguido de las sensaciones de movimiento que suelen acompañarle, con las afecciones correspondientes, sino que se presentan otras sensaciones de presión mientras que persiste la conciencia del impulso volitivo, pero contrarrestado, menguado, pues así lo vivimos, por algo que le resiste, hemos tropezado con lo "otro". No se da inmediatamente a la voluntad, como tampoco, según un realismo ingenuo, se da inmediatamente a los sentidos, pero es una experiencia que la voluntad vive por la mediación de otra experiencia intelectual: la presencia de sensaciones inesperadas. Esta intermediación no afecta para nada al resultado, pues... en ella no hace sino explicitarse la vivencia, lo dado". En este vivir lo otro se vive el cuerpo propio y "las personas... fuera de mí con una realidad especialmente impresionante". "Por de pronto esta clase especial de objetos cobra su realidad por el mismo camino que los objetos de cualquier otra clase... Pero a estas impresiones se agregan, en el captador, otros procesos psíquicos que tienen como consecuencia un reforzamiento de la convicción de realidad. Estos procesos se pueden representar como conclusiones por analogía... Por medio de estos procesos, equivalentes a los pensamientos por analogía, se me comunica la realidad de una voluntad, determinante desde fuera, de un modo vivísimo ante todo en las relaciones primarias entre padre e hijo, marido y mujer, señor y súbdito. Los procesos afectivos y volitivos que colorean y refuerzan aquí la realidad de otras unidades de vida se camponen de mando, dependencia y comunidad... Pero los procesos internos se complican todavía más. Así como en mí los procesos tienden a provocar una determinada situación afectiva", y el fin, el fin propio no hace sino expresar que la tendencia se encaminará a esta situación afectiva, que radica en el sujeto, y que en ella, cuando es procurada, se alcanza un punto absoluto, es decir, que proporciona una satisfacción última, un aplacamiento—;el *ens realissimum* que yo mismo soy para mí!—, así también en el curso de los procesos que percibimos desde fuera pero que revivimos completándolos interiormente, y en el encadenamiento de los mismos en otra unidad de vida, consideramos a esta unidad como un fin propio, al igual de nosotros". La teoría de la estructura, germinal núcleo de la psicología comprensiva, acaba así fundando gnoseológicamente la realidad del objeto colectivo, histórico, de las ciencias del espíritu—o estas mismas; acaba así la pri-

mera y fundamental parte de la mitad positiva de la crítica de la razón histórica. Este su objeto se presenta en las ciencias del espíritu como un complejo de sujetos de predicación histórica. Estos sujetos son unos colectivos de varia índole, orden o dimensión y otros, últimamente, individuales. La vida, que a la teoría de la estructura se le presentaba según se ha resumido, se presenta en las ciencias del espíritu bajo las categorías de la predicación histórica que son el significado, el ser y el desarrollo, la estructura en la acepción restringida, la efectucción y los valores y los fines; es decir, que lo que hacen las ciencias del espíritu es predicar de aquellos sujetos conceptos que caen bajo estas categorías de la vida. Ello equivale a extender categorías originarias de la vida individual a los sujetos colectivos y ello a su vez supone extender el concepto de "estructura" en la acepción general desde la vivencia individual hasta los mismos sujetos —y esto es lo que efectivamente hace Dilthey, sin que ello signifique un *derivar* de lo individual lo colectivo. La mitad positiva de la crítica de la razón histórica se mueve, pues, entre un punto de partida general, aunque sea el de la estructura de la vida individual, pues la teoría de la estructura toma esta vida en general, y un punto de llegada individual, las individualidades que se trata en último término de captar en cuanto tales en la medida en que sea posible, pasando por el complejo de las entidades típicas intermedias: tal es la raíz del doble juego de lo sistemático y lo histórico que se encuentra por todas partes en las ciencias del espíritu y que quizá sintetiza mejor que ninguna otra frase ésta: "así como las ciencias sistemáticas se levantan a base de la realidad histórica de lo humano, ese edificio, a su vez, ha de servir para articular científicamente la realidad histórica humana, para estructurar la conexión histórico-universal". El mismo movimiento se manifiesta también en esta forma: "así como el carácter individual de la vida exige esa aproximación gradual que parte de las proposiciones más generales y se va acercando por los grados de la articulación tipológica a lo individual, así su carácter de estructura, de totalidad en desarrollo, impone que las partes sean determinadas en su significación por el todo, y que éste, a su vez, se determine cada vez más en su sentido a medida que se va fijando el significado de las partes". Mas la vida individual y colectiva genera históricamente entidades que llegan a tener una existencia objetiva o independiente hasta cierto grado o en cierta forma o sentido de los sujetos generadores: el grado máximo es el de aquellas entidades comprensibles por ellas mismas o sin recurrir a la vida de los sujetos, por ejemplo,

el código de Napoleón, cuyos artículos resultan comprensibles por su articulación recíproca en el código; pero hay otras entidades sólo comprensibles recurriendo a la vida de los sujetos, por ejemplo, una frase política de Napoleón, cuyo sentido depende evidentemente de las circunstancias y de la mente de Napoleón en el momento de proferirla. Imaz propone reservar el clásico nombre hegeliano de "espíritu objetivo" para las primeras y distinguir de ellas las segundas como "espíritu objetivado". Porque la comprensión de unas u otras es lo bastante diferente para que los respectivos resultados tengan muy diverso valor en las ciencias del espíritu, que no pueden menos de tratar de comprender unas y otras: si la comprensión de las primeras es plena y segura, no hace comprender la vida misma, que es lo que las ciencias del espíritu persiguen comprender en último término y aquello a que lleva la comprensión de las segundas, pero sólo entregándose al alcance y certeza concedidos a la hermenéutica de la expresión de la vivencia ajena. Así las entidades del espíritu objetivo como las del espíritu objetivado se presentan ante todo como expresiones de vida, de la vida, y la expresión sólo es comprensible por medio de una interpretación. Aquí se plantea el problema de si Dilthey no pasó de una primera etapa, en que ponía el fundamento de las ciencias del espíritu en la vivencia propia, directa, o en la psicología comprensiva, a una segunda, en que lo pone en la psicología hermenéutica o en la expresión, o en la vivencia ajena comprendida por "el rodeo de la expresión". Imaz se opone enérgicamente a esta solución, demostrando con numerosos y poderosos argumentos, desde los documentales—"con los textos en la mano... resulta escandalosamente insostenible"—hasta los de interpretación del pensamiento de Dilthey con coherencia lógica—, en definitiva que la comprensión de la expresión se funda ella misma en la vivencia propia, que por su parte, al ser estructurada, encierra o es ya expresión: "la interpretación encuentra su control definitivo en la vivencia—revivida—de que es expresión la manifestación de vida"; "nuestra vida psíquica presenta ya una fusión de expresión y vivencia, casi diríamos que la vivencia se da expresada... la vida psíquica del hombre transcurre en el lecho de la expresión. Pero no podemos hipostasiar la expresión... sino que tenemos que descubrir siempre su "interior", que es una conexión anímica, un estado del sujeto. La consecuencia... es... bien curiosa: que el concepto de 'manifestación de vida' habría que modificarlo hasta abarcar el curso mismo de la vida y no sólo sus exteriorizaciones. Pues ¿qué quiere decir, bien entendido, esto

de que espontáneamente trabamos las vivencias, ya fijadas por sus expresiones, en una conexión?" Es claro que la solución de semejante problema estriba en la doctrina de la "percepción del prójimo" que corona la de la "realidad del mundo exterior". Por lo demás, una solución como la dada al problema de la comprensión de lo "extraño", la unidad en definitiva de la naturaleza humana, encima de la indispensabilidad de lo sistemático, lo tipológico, lo general en las ciencias del espíritu, muestra decisivamente los límites del historicismo de Dilthey, si no del historicismo en general. Pero esto no significaría un reproche de inconsecuencia para Dilthey, cuya meta fué desde la partida la superación del historicismo. Su penúltima palabra —¡en el orden del sistema!— fué, en efecto, la teoría de las concepciones del mundo. Donde el relativismo o escepticismo historicista se le hizo singularmente agudo ya a él fué en la filosofía, por la pretensión de *cada* filosofía de valer como *la* verdad. Pero este caos histórico de la filosofía toma la forma de un cosmos en cuanto se revela reducible a tres tipos de concepción filosófica del mundo. La extensión de esta tipología a otros casos parejos de la cultura causa el mismo efecto "cósmico". Ahora, si la reducción de los "productos de la cultura" humana a *tres* tipos de *bombes*, en definitiva, es un final suficiente, satisfactorio, parece muy dudoso. Por eso la última palabra de Dilthey —¡en el mismo orden!— fué el panteísmo evolutivo como un acto de fe—"entrega a las grandes objetividades de la historia (ya que las de la naturaleza nos están vedadas) con la conciencia serena de que apuntan a una sagrada fuente escondida"—doblemente paradójico, por empirista y agnóstico: "Tenemos, por decirlo así, un panteísmo agnóstico, un panteísmo evolutivo con base empírica, autorizado por la ciencia"; "Pensar la vida hasta el fin no quiere decir que pueda ser pensada exhaustivamente. El enigma de la vida, que espolea la actividad filosófica, nos sigue persiguiendo al final del recorrido con su misma leve sonrisa en los labios y su mirada melancólica".

Esta imagen de Dilthey destaca perfectamente su relieve en la historia de la filosofía: concibió y desarrolló en forma ejemplar la idea de completar la crítica kantiana con la crítica de la razón histórica requerida realmente por la historia de la cultura occidental desde Kant; tomó por primera vez por base de la filosofía la experiencia humana en su integridad histórica—en teoría y en buena parte, porque ¿y las culturas orientales y primitivas?—; hizo estudios históricos que con fundamento parecen modelos de la Historia más

completa por los sectores de la cultura tomados en cuenta y más fina por la delicadeza de los contenidos propios de los más de estos sectores y de la técnica adecuada para penetrarlos; concibió y desarrolló en forma que, si no tan a fondo como otras inspiradas o aleccionadas por ella, ella inspiró o aleccionó, la idea de una filosofía de la vida como análisis y descripción de ésta, no dentro de los límites de lo intelectual, ni siquiera de la conciencia, sino en su auténtica totalidad, y como fundamento "crítico" de sus creaciones; enseñó cómo si las ciencias del espíritu persiguen últimamente lo individual, no pueden hacerlo sino partiendo y a través de lo sistemático, lo general, lo tipológico, lo total; elevó a filosofía de la filosofía, plenamente consciente de sí, la idea que la filosofía ha tenido siempre de sí, en formas menos conscientes o menos plenas—definición de la filosofía, etc.—; y con todo ello y en particular sus doctrinas de la intelectualidad de la percepción, de los valores, de la teleología immanente, en general de la comprensión de la vida exclusivamente por sí misma, y su paso de la metafísica a la teoría de las concepciones del mundo, resulta un representante *sui generis* de dos factores tan típicos y característicos a la vez de la cultura moderna y contemporánea como el historicismo y el immanentismo, y las vicisitudes ulteriores de la conjunción de los cuales serán las radicales del inmediato futuro.

Esta imagen y este relieve resultan considerablemente reforzados por los dos capítulos iniciales y el capítulo final del libro de Imaz, más todos los pasajes del mismo que también contribuyen a situar históricamente a Dilthey. El capítulo primero me impone en conciencia hacer expresa una pequeña discrepancia. La fórmula de Ortega, "el hombre no tiene naturaleza sino historia", no me parece simplemente una fórmula sencilla y equívoca, sino la formulación rigurosa del problema en plantear, por lo menos, el cual consiste esencialmente el historicismo. El problema es, en efecto, el de si la historia es simplemente de los accidentes de la naturaleza ahistórica del hombre o de esta misma naturaleza, negándola, pues: parece evidente que todo lo que no sea esto no es más que la idea tradicional, clásica, esencialmente ahistórica del hombre. Ahora, otra cosa es la solución del problema: la razón o sin razón de la idea clásica, tradicional, o de la negación de la naturaleza humana. La indispensabilidad de lo sistemático, lo general, lo tipológico, lo total en las ciencias del espíritu apunta indudablemente en la dirección de la sinrazón de la negación—aunque ello supone la resolución del problema gnoseológico—metafísico de la validez objetiva del conoci-

miento propio de las ciencias del espíritu en el sentido de que las exigencias de este conocimiento representen ingredientes reales de la realidad humana o un humanismo trascendental realista que completaría y corregiría el idealismo trascendental naturalista de Kant. En el capítulo final son particularmente certeros o sorprendentes los párrafos dedicados al neo-kantismo, Dewey y Collingwood. He aquí cómo el propio Imaz resume la relación entre Dilthey y el neokantismo, puesta de manifiesto por primera vez por él con certera sagacidad a mi ver: "El neokantismo de primera hora —el que arranca hacia 1860— opaca su obra en ciernes; el neokantismo de segunda hora —hacia 1880— le arranca los frutos de la misma; y cuando, por fin, a partir de 1904, empieza a ser reconocido públicamente como un gran filósofo, la *fenomenología* —una rama apóstata del neokantismo— refracta sus luces". Ello propone una explicación más concreta del hecho del considerable desconocimiento de Dilthey hasta estos últimos tiempos que la propuesta por Ortega, aunque no más profunda, pues tales relaciones con el neokantismo y la rama apóstata parecen pedir a su vez una explicación: ¿por qué lograron opacar su obra, arrancarle sus frutos, refractar sus luces? Es lástima que Imaz se haya limitado a dispensar por algunos pasajes, en lugar de examinarlas más amplia y conjuntamente, las relaciones positivas y negativas de Dilthey con Brentano y Husserl. Contraposiciones como las de la página 214, transcendencia de "lo otro" y transcendencia ideal, vivencia plena y psíquico-estructural y vivencia reducida y esencial, revivencia e intuición cumplidora, expresión e intención significativa, tienen, sin embargo, una grande e instructiva precisión. Muy acertada es asimismo la página dedicada en el capítulo final a Bergson, para subrayar por encima de las coincidencias habituales, fáciles, superficiales y engañosas, si no falsas del todo, las diferencias, más radicales, resumidas en lo esencial en pasaje incidental de capítulo anterior: "ese carácter de la vida, espontaneidad y fin que se realiza. . . se limita al campo de la vida humana, accesible a la vivencia, y no se extiende al de la vida en general, accesible, presuntamente, a la 'intuición' ". Lástima vuelven a ser los dos tercios de página dedicados en el mismo capítulo final al existencialismo. "Inspiraciones diltheyanas de Heidegger saltan a la vista y lo que convenía, también en este caso, era llamar la atención sobre las diferencias radicales, que no representan menos que el total cambio de signo del historicismo". "Frente a todas las filosofías existencialistas, a pesar del uso y del abuso que hacen de la "temporalidad", se puede decir que, a dife-

rencia del historicismo, son "metafísicas", lo que les da el aire de una mayor profundidad, y, a diferencia también de él, han cambiado el centro de referencia de la vida, que es la *humanidad* en el historicismo, al *individuo*, lo que no les da aire sino que les quita y les da el valor, nada despreciable, de síntomas racionalizados—filosóficos—de una específica neurosis de angustia de nuestro tiempo". A otros les parece que el ser metafísicas da a las filosofías existencialistas una mayor profundidad que la del aire, ahondando hasta un plano ontológico al que no llegó Dilthey la filosofía de la vida de éste. En el mismo es la vivencia *individual* el fundamental punto de partida para llegar a la *humanidad*, pero el capítulo "Temporalidad e historicidad" de *Ser y Tiempo* no responde a otro propósito que el de fundar en la temporalidad e historicidad de la existencia individual la *historia* y la *Historia* universales. Y la filosofía de Dilthey no es menos síntoma racionalizado del inmanentismo moderno que las filosofías existencialistas de la neurosis de angustia en que en nuestro tiempo ha venido a terminar quizá—el inmanentismo moderno. Mas estos reparos apenas representan nada en comparación de la erudición y la sagacidad, verdaderamente admirables, que revela todo este componente histórico del libro de Imaz. Mas en general, éste me conoce bastante para saber que las reservas que he insinuado en este artículo no son sino la prolongación, en la única forma posible por el momento, de amistosos cambios de ideas interrumpidos por la separación geográfica. En conjunto, en definitiva, el *Dilthey* de Imaz es trabajo de primer orden.

José GAOS.

Presencia del Pasado

ANDRES BELLO, EL DESTERRADO

Por *Arturo USLAR-PIETRI*

De los sos ojos tan fuertementre llorando,
Tornaba la cabeza e estábalos catando.

EL hombre que con queda voz interior lee los mutilados versos donde fulgura el primer resplandor en la lengua del alma y de la pasión de una raza que, prodigiosamente, es todavía la suya, alza la cabeza y fija la vista en los altos ventanales empañados de niebla.

Está envejecido y refleja cansancio. Las arrugas, las canas y la calvicie prematuras no han destruído la bella nobleza de su rostro, ni la honda serenidad de aquella mirada azul que parece reposar sobre las cosas sin prisa, pero también sin esperanza.

Los guardianes del British Museum, que pasan silenciosos junto a su habitual mesa de trabajo, lo conocen bien. Es mister Bello, un caballero de la América del Sur, que desde hace diecisiete años visita asiduamente la rica biblioteca. Unas veces se enfrasca en la lectura de los clásicos griegos y su rostro se ilumina de una plácida sonrisa de niño sobre los renglones de una erudita edición de la Odisea. En otras ocasiones lo ven mecer tímidamente la mano, como marcando con vago gesto el compás de la medida de una égloga de Virgilio, y, en otras, se hunde en la Crónica de Turpin, o en un tratado de fisiología, o en el grueso infolio de Las Siete Partidas.

Cuando entra al gran edificio y se dirige a su sitio, se hace ligero y firme aquel pesado andar que arrastra entre la neblina de las calles. Se despoja de su raído abrigo y de su viejo sombrero, se sienta y suspira acongojadamente.

Pero en aquel invierno de 1827 no hace otra cosa que leer y releer con infatigable ansia el Poema del Cid. Día a día se llenan con su menuda y enrevesada letra los cuadernos de apun-

tes que lleva. Se propone analizar a fondo y reconstruir el poema, su lengua, su gramática, su sentido y su historicidad.

Pero no es sólo la curiosidad intelectual lo que ahora lo mueve: aquella aguijoneante ansia de saber, de escudriñar, de comprender, de poseer que lo arrastra a todos los campos del conocimiento, que lo embriaga de secretas y sutiles voluptuosidades y que le muestra con demoníaca tentación los oscuros y dilatados reinos que se le ofrecen en la sombra. Ahora, tanto como todo eso, hay un impulso del sentimiento, una sorda apetencia de su propia sensibilidad que lo lleva a repetir con emoción contenida los ásperos versos del juglar:

Vió puertas abiertas e uzos sin estrados,
Alcándaras vacías, sin pieles e sin mantos,
E sin falcones. . .

Y es que la gesta de Mio Cid es el patético canto del destierro y de la dolorosa lucha del caballero castellano por no desasirse y desprenderse de lo suyo. Y él, como Ruy Díaz, es también un desterrado, y también se ve reducido a batallar y conquistar sin tregua para que no perezca en él lo suyo, sino que se afirme y se agrande.

En las vidas altas, como en las sinfonías, siempre hay un tema, más o menos oculto, más o menos continuo, que es el que les da su unidad, su sentido y su grandeza. El tema de la vida de Bello aparece en esa visión primera de su prolongado peregrinaje por la gesta del Cid, y desde que lo advertimos todo lo que parecía fría erudición revela ser sentimiento vivo y dolor creador. Su humanismo tiene la calidad heroica de la gesta del desterrado que lucha por salvar y rehacer el país de su espíritu.

Una última mirada "de los sos ojos tan fuertementre llorando" había lanzado Bello, desde lo alto de la empinada cuesta por donde serpenteaba el camino de recuas, hacia el valle verde y azul, con sus rojos bucares, donde quedaba Caracas, bajo sus techos oscuros, entre sus coloridas tapias y sus rechonchos campanarios.

Aquella pequeña ciudad indiana, para sus veinte años en la vuelta del siglo, había sido un recoleto paraíso de lentas dichas infinitamente matizadas. La creciente riqueza del cacao que traía más y mayores navíos al puerto, también había hecho

más altas y hondas las salas de las casas, más llenas de luces y reflejos las arañas, más pulidos y suaves los enchapados muebles ingleses, más sonoras y esplendorosas las sedas de las faldas y de los cortinajes, más profusa la plata en las alacenas y más numerosos y variados los libros.

Bello frecuentaba las tertulias literarias que celebraban en sus casas los jóvenes de las más ricas familias. La de los Uztariz y la de los Bolívar, donde aquel atormentado e inquieto Simón vivía sorprendiéndolos a todos con las historias, verdaderas o imaginadas, de su vida y de sus viajes: viudo a los diecinueve años, famoso petimetre de París a los veinte, desordenado lector y hombre de opiniones radicales y atrabiliarias. Ya era allí Bello, aunque no el menos mozo, el más considerado y oído.

Muy temprano comenzó su fama de estudioso y de inteligente. Era todavía un niño y ya se conocía el latín como pocos canónigos, y los vericuetos y encrucijadas de la dialéctica. Había aprendido por su cuenta el inglés y el francés y traducía y adaptaba para aquellas tertulias un trozo de Corneille, una escena de Voltaire o algún soneto de Shakespeare.

En los conciertos de música sagrada o profana era de los que podían opinar con más tino, gracias a las enseñanzas de su padre don Bartolomé Bello que tocaba con gusto algunos instrumentos.

Era la música la más alta expresión cultural de aquella minúscula y refinada sociedad. Se celebraban con frecuencia conciertos en las casas de los más ricos señores y en ellos se oía, no sólo música de los grandes maestros europeos, algo de Mozart o de Haydn, algunas muestras de los polifonistas italianos, sino también la insuperada expresión sinfónica de aquella admirable familia de músicos que había florecido para entonces y en la que se destacaban un Sojo, un Olivares, un Landaeta, un Lamas. Era la fina y sorprendente diadema musical de aquella sociedad entregada a los ocios más fecundos y más corruptores.

Los primeros treinta años de su vida habían transcurrido en aquel ambiente a la vez recoleto y encendido del ardor de contenidas pasiones.

En aquellos años se condensó su condición espiritual, cuajó su vida en los moldes definitivos y se plasmó para siempre la

hermosa serenidad de aquel rostro lleno del divino asombro ante la inmensidad interior y exterior que contemplaba.

La fama de sus estudios se extendía entre todos los pobladores de la pequeña villa. Se le consultaba, se le oía, se solicitaba su concurso para todas las iniciativas importantes. Un halo de gravedad circundaba su frente juvenil.

Leía de todo y a todas horas con una pasión inagotable. Los viejos infolios, los libros recientes, las discontinuas gacetas de Francia o de Inglaterra que llegaban al azar en los lentos veleros.

Sus lecturas y el conocimiento de la historia del último medio siglo, en el que habían ocurrido acontecimientos tan extraordinarios y decisivos como la victoriosa rebelión de las colonias inglesas de América, la revolución de los franceses y el ascenso apocalíptico del poderío de Napoleón, presentaban a su inteligencia los claros signos de un tiempo de transición del que no podrían escapar alma o tierra algunas.

A esa Caracas de 1800 había llegado por unos meses aquel joven europeo Alejandro de Humboldt, con su equipaje repleto de libros, apuntes, hojas de herbolario, dibujos, pieles, conchas, fragmentos de roca, pilas eléctricas, barómetros, sextantes y otras raras cosas.

Venía a inventariar y revelar la naturaleza americana al mundo y a los americanos. Bello procuró estar a su lado lo más posible y aquel contacto mágico acabó de abrirle las pesadas puertas contra las cuales había estado golpeando tímidamente su intuición. Ya el paisaje no era tan sólo un tema de égloga. Cada planta y cada piedra tenían su nombre y su ser y podían vislumbrarse los sutiles canales por donde la vida natural se comunica e integra en una unidad prodigiosa. La geografía dejaba de ser una nomenclatura para transformarse en el vasto escenario vivo de la naturaleza; los climas, las montañas, los ríos, las lluvias, las plantas, las razas, los astros eran partes de un proceso inmenso donde estaba tejido el destino del hombre y su historia.

No todo estaba en los claustros y en los viejos libros, sino que había que ir a la naturaleza y había tanto gozo en clasificar una hoja de hierba como en medir las exactas cantidades de un verso de Horacio.

Humboldt era hombre universal. Venía del mundo hacia el mundo y nada era extraño ni a su curiosidad ni a su sentimiento. Lo mismo exponía una teoría sobre la temperatura de las aguas del Atlántico, o las causas de los terremotos de Cumaná, como analizaba los aspectos políticos y sociales de la Revolución francesa o trazaba un colorido cuadro sobre los sucesivos estadios de la sociedad humana, que él veía curiosamente representados en las diferentes zonas del territorio venezolano.

Oyéndolo debía soñar Bello con la gloria de un Lucrecio americano, con la hazaña de una poesía culta expresando el misterio de aquel mundo al que los hombres se habrían asomado ciegos. Y no pocas de las reflexiones que aquellas lumbreras despertaban en su penetrante capacidad de analizar tendrían por objeto la vida y el futuro de la tierra venezolana.

El fermento de la época había prendido visiblemente en los espíritus ansiosos y pasionales de muchos de aquellos mozos, que en edad eran sus iguales, aun cuando con la infranqueable distancia que entre ellos y él ponía su aureola de serenidad y de sabiduría. En muchas cosas coincidían, en el amor de la literatura, en el entusiasmo por las ideas generosas, en el anhelo de crecer y de servir. Pero, en otras diferían fundamentalmente. Muchos de ellos soñaban con una gloria teñida de violencia y de sangre y pensaban en trágicas conmociones que los hicieran dueños del destino de un mundo donde pudieran plasmar en realidad sus audaces y ardientes visiones, mientras que el espíritu de Bello sentía la necesidad del orden y la paz para poder fructificar.

Algunas de esas dramáticas oposiciones debieron surgir más de una vez en los tiempos en que hubo de dar clases a Simón Bolívar, un mozo dos años menor que él. No debía reinar mucha regularidad en aquellos cursos interrumpidos y desviados por la desorbitada curiosidad del discípulo, por su orgullosa impertinencia y por los frecuentes estallidos de una naturaleza autoritaria y soberbia. Debieron comprender ambos, desde el primer momento, que no eran dos temperamentos hechos para entenderse.

El aprecio creciente de que Bello era objeto lo había de llevar naturalmente a desempeñar funciones públicas. Reinaba en las Españas Carlos IV y era su Capitán General y Gober-

nador en la Provincia de Venezuela Don Manuel de Guevara y Vasconcelos, quien mucho distinguía al joven criollo y gustaba de invitarlo a sus fiestas, donde éste recitaba versos de ocasión.

Cuando vino la expedición de la vacuna Bello fué nombrado Secretario de ella y compuso con mesurado entusiasmo un elogio de aquella humanitaria empresa regia, dedicándolo al Príncipe de la Paz, al fabuloso Godoy, que se movía en el claroscuro de una fama escandalosa.

Poco después fué hecho Oficial Segundo de la Secretaría de Vasconcelos, donde a poco sus luces, su laboriosidad, su discreción debieron transformarlo en el más calificado funcionario.

Desde que Napoleón invade a España en 1808, los sucesos se precipitan y a poco pasan de aquel medido tiempo de pavana al agitado alboroto del "joropo" popular.

La serena mirada contempla los acontecimientos y parece mirarlos desde arriba, desde una altura inaccesible a la pasión o a la descompostura.

Viene el 19 de abril de 1810, se constituye la Junta de Caracas y la plebe ebria de su primera hora de libertad arrastra por las calles empedradas los retratos del rey y grita enronquecida hasta el anochecer, poniendo temor en las gentes recogidas en las hondas casonas y en los ajardinados claustros de los conventos.

El golpe había estado a punto de fracasar. Pocos días antes había sido descubierta la conspiración. Muchos de aquellos jóvenes turbulentos fueron detenidos por breve tiempo, y otros confinados a sus casas o a sus haciendas.

Las mil lenguas de la calumnia comenzaron a bisbisear en la penumbra. Entre sonrisas de incredulidad o de complacencia muchos se hicieron eco de la repugnante infamia que señalaba a Bello como el delator de la conspiración.

La maldad de algunos y la mezquindad de muchos, incubadas al calor del estrecho recinto de aquella sociedad que vivía del juego mortal de su propio espectáculo, colmaron la medida de la amargura para Bello. Parecían querer complacerse en hacerle pagar en tortura moral los aplausos que habían tenido que tributarle a su talento.

Era como si de aquel valle risueño, de aquella compañía en que todos eran amigos y conocidos, de aquellas virtudes ensalzadas y ostentadas, se hubiera levantado una legión de furias invisibles para rebajar y destruir al que creía no haber hecho sino el bien.

Vivo como el primer día se conservó siempre en el alma de Bello el dolor de aquella herida sobre la que habían "escupido hiel". A ella aludió, con el pudor de su grandeza, en varias ocasiones y en su poesía se repite a distancia el desdeñoso perdón de quien no pudo olvidar.

Con esa medida de amargura salió Bello de su tierra por primera y última vez. Era irrisoria compensación el nombramiento que llevaba de Secretario de la misión diplomática que, integrada por Bolívar y López Méndez, envió en 1810 la Junta de Caracas ante el Gobierno británico.

Aquel hombre hermoso, robusto y tranquilo que llega a Londres en el umbral de la treintena, acaba de abandonar su paisaje, su familia, sus costumbres, su lengua. Ya no va por las calles soleadas y coloridas de la Caracas de su adolescencia, sino por las húmedas y neblinosas avenidas donde a la media tarde flotan los faroles como coágulos de luz amortecida. En lugar del corto radio que lo separaba de todos los rincones familiares y de todos los rostros amigos, ahora se perdía por la vasta urbe llena de miseria y de riqueza y se topaba en los vastos salones dorados con el tedio del "dandysmo" distante y de la nobleza altanera. En lugar de los bosques del Catuche y de Chacao, de los rojos bucares, de los inmensos cedros, de las mecidas palmeras, las fantasmales arboledas esfumadas en niebla y agua de Hyde Park; y en vez del materno castellano criollo con sus claras sílabas abiertas, lo rodeaba el ahogado rumor de aquella lengua gutural y apelmazada.

Aquella nueva etapa de su vida, que llegó a ser larga de diecinueve años, fué la de la pobreza, el abandono y la soledad. Después de unos breves meses esplendorosos en los que Bolívar derrochaba el dinero en los que se reunían con las más célebres personalidades en la casa de Miranda en Grafton Square, en la que eran el objeto de la curiosidad de aquella sociedad "snob", vinieron los largos años de pobreza y de estudio, de mucha niebla, muchos libros y pan escaso, en que el hombre de traje

raído se refugiaba en su mesa del British Museum para proseguir la silenciosa fiesta inagotable que le estaba reservada.

Los escasos sueldos de su Secretaría se le pagaban mal o nunca. Los sordos días iluminados por el estudio se interrumpían con las noticias que llegaban de la patria remota. La guerra se había desatado con violencia infinita. Miranda, había caído arrastrado en la vorágine. Sus amigos de la niñez eran héroes o fugitivos. Caracas y las principales ciudades habían sido despobladas por la guerra o arrasadas por el terremoto. Estaba derruida la vieja casa de la esquina de las Mercedes y tan sólo quedaban en pie algunos árboles y los granados bajo los que corrió su infancia. Bolívar se había convertido en el jefe de la revolución y aquellas contradictorias condiciones que le había conocido se habían trocado en los elementos de una extraordinaria vocación heroica.

Aquella visión sangrienta y convulsionada surgía en mitad de las horas grises y frías. ¿Debía volver a luchar y servir junto a los suyos? ¿Debía permanecer fuera para alcanzar en el sosiego la madurez de aquella obra que, con serena convicción, estaba seguro de que tan sólo él podía realizar en América? ¿Debía esperar a que pasara la racha de la violencia para volver después, reconocido por todos, a ser el organizador, el legislador, el padre civil de la república? ¿Y qué podía ofrecerle aquella tierra agitada y desgarrada por la guerra? Lo fundamental de su espíritu, la raíz de su cultura, la imagen inmortal de su alma colectiva la estaba recogiendo él y acendrando en los libros del British Museum.

En 1814 se casa con Mary Ann Boyland. Es una inglesa, una mujer del norte y de la niebla, que no habla su lengua ni puede entender sus versos. Es el mismo año en que Boves a la cabeza de sus feroces jinetes parece que va a anegar en sangre y fuego a Venezuela.

Empiezan a nacer los hijos y la pobreza y la estrechez se hacen mayores. Los niños juegan en las sombrías callejas del barrio pobre y cantan canciones inglesas. Su nombre se hace irreconocible en la pronunciación de sus compañeros de juegos. Bello se esfuerza en hablarles en español, en hablarles de su raza, de su pueblo, de la civilización a la que pertenecen. Le parece que aquel mundo neblinoso que está devorándolo, acabará de tragárselo por entero en sus hijos el día en que el inglés

llegue a ser la lengua materna de ellos. Su mujer sigue siendo extranjera, sus hijos no conocen la patria lejana, que cada día parece hacerse más remota e inaccesible, y la pobreza lo persigue y lo atenaza con su infinita cauda de humillaciones y amarguras de la que no es la menor la de no poderse dedicar de lleno a sus estudios y a su obra.

Más tarde enviuda y en 1824 vuelve a casarse con otra dama inglesa, Isabel Dunn, quien le da nuevos hijos. Es el año de la victoria de Ayacucho y el joven héroe que la gana es el hermano de María Josefa de Sucre, aquella fina mujer que fué el hondo amor juvenil de Bello en Caracas.

Su destino parece ser el de marchar agobiado y alejarse de todo lo que ama. No es sino el desterrado y por eso se aferra con tanta ansiedad a lo que ha podido llevarse consigo: la ciencia, la literatura, la lengua y la imagen de América.

Por eso resulta tan revelador que en sus investigaciones sobre la literatura española haya de detenerse por largo tiempo, por todo el tiempo de su vida, en el estudio y la meditación del poema del Cid. No sólo porque es el monumento auroral del alma castellana y el poderoso vagido de su lengua, que son esencia unificadora de su América, sino porque también es la gesta del desterrado, la hazaña del paladín que lucha para reconquistar lo que le han arrebatado, del que convierte la desgracia en grandeza y alegría: "Albrizias, Alvar Fañez, ca echados somos de tierra".

En el momento en que se sumerge en el poema del Cid va llegando a su término aquella larga etapa de Londres, que es la de la angustiosa espera, la del aprendizaje inagotable de la pobreza y la del rumbo borrado.

Entre la modesta casa, que es casi tugurio, el trabajo en las ambulantes oficinas de la Legación de la Gran Colombia o de Chile, las clases a los hijos del Ministro Hamilton, la ocasional charla con Blanco White, el laborioso descifrar de los manuscritos de Bentham, la vasta sala del Museo Británico, y sobre el sabor de humillación del hombre que sabe lo que vale y se siente injustamente preterido, vienen a asaltarlo las visiones esplendorosas de su tierra.

Entonces parece olvidar todo lo demás. No oye el áspero quehacer de Mrs. Bello y las riñas de los chicos, no mira el empañado cristal de niebla que cubre la ventana, ni los mal-

trechos muebles, sino que únicamente siente aquella poderosa voz interior, "flor de su cultura", que brota en la contenida cadencia de unos versos perfectos:

Salve, fecunda zona,
Que al sol enamorado circunscribe
El vago curso. . .

Desfilan las estremecidas palmeras, el maíz, "jefe altanero de la espigada tribu", el cacao con sus "urnas de coral", el banano, amigo de la mano esclava, los jazmines del cafetal, las flores, todo el coloreado hálito del gran drama de la vida vegetal y animal del trópico, y después la visión "del rico suelo al hombre avasallado" abierto a la paz y a la dulzura de la vida, sin que la emoción llegue a alterar un acento, ni a perturbar el sereno ritmo de la Silva inmortal.

Luego, con esa misma pluma, vuelve nuevamente a escribirle a Bolívar o a Revenga, para implorar:

"Carezco de los medios necesarios aun para dar una educación decente a mis hijos; mi constitución, por otra parte, se debilita, me lleno de arrugas y canas, y veo delante de mí, no digo la pobreza, que ni a mí, ni a mi familia, nos espantaría, pues ya estamos hechos a tolerarla, sino la mendicidad. . ."

Aquella larga etapa de espera no puede prolongarse más. Han sido años de intenso estudio y de definitiva formación de su carácter. No puede continuar allí y tampoco puede regresar a su tierra, donde concluida la lucha de la independencia, dispersados o muertos sus amigos, destruido o cambiado mucho de lo que aún vivía en su recuerdo, ya nadie parece acordarse de él, y empiezan a brotar como una lepra la anarquía y la desintegración.

¿Qué iría a hacer en medio de las lanzas de los bárbaros, ebrios de su negativa fuerza, aquella cabeza cargada de pensamiento y aquella serena mirada?

Es entonces cuando se abre la tercera y definitiva etapa de su vida con el viaje a Chile en 1829. El signo del desterrado vuelve a afirmarse ante el pesado paso de aquel hombre de 48 años, lleno de conciencia, de fe en los destinos superiores del espíritu y de reflexiva desesperanza en su destino.

La Europa que deja es la de la batalla de los románticos. Los versos de Byron y los de Hugo han resonado con sus ricos ecos en aquella alma clásica. Ha ensayado, con alegre curio-

sidad, su mano en la versión de algunos fragmentos del *Sardanápalo* y ninguna de aquellas novedades escapan a su amor de la belleza, ni alarman al asiduo lector de los griegos, de los cantares de gesta y del romancero; pero tampoco lo arrastran a sacrificar la perfección de la forma, ni la pureza del lenguaje. Ese difícil fruto del esfuerzo paciente, de la fina sensibilidad y del estudio es el que le da ese sabor de eternidad sin fecha a todo lo que escribe y que empieza a ganarle el título intemporal de "Príncipe de los poetas americanos".

Vuelve a alejarse en el destierro. Es su "largo penar". Va ahora a aquella provincia perdida en las playas australes del remoto Pacífico, a la que llega después de dar la vuelta a toda la América, de rebasar el Trópico y de pasar por las heladas soledades del estrecho de Magallanes.

Aquel Santiago aislado y pueblerino, al que entra Bello en pleno invierno, debió añadir más amargura a aquella "casi desesperada determinación" que lo llevó a irse de Londres. Era para entonces Chile un país más atrasado e inculto que la refinada Caracas que había abandonado en 1810. Pero él va revestido de aquella determinación forjada en los largos años de miseria y de abandono. Chile es parte de aquella América a la que ha consagrado su devoción entera y para cuyo servicio se ha estado preparando y armando sin tregua y sin desmayo, desde la primera hora de su iluminada adolescencia. Es acaso la más remota, la más pobre, la más extraña a su sensibilidad, pero también, y tal vez por ello mismo, aquella donde con más profunda huella pueda ensayar sus fuerzas y darse a las ansiadas tareas de crear en tierra y humanidad las formas de sus ideales de civilización.

Aquella convicción es la que lo sostiene en los fríos días de su llegada a la pensión de la señora Lafinur, y es la que después irá aumentando, al convertirse en ternura y en contento, cuando la flor de la juventud chilena venga a rodearlo como al maestro del destino.

Bello el desterrado, se ha ido refugiando paulatinamente en las formas más universales y permanentes de lo que fué el mundo de su natividad. El valle de Caracas se ha quedado atrás sin posible retorno, en lugar de la luminosa masa del Avila, contempla ahora la ruda mole del Huelen; el mundo español se desintegra y debate en una larga y trágica crisis;

pero ya desde Londres, desde las primeras horas de su presencia ante la soledad sin eco, se había aferrado a lo que no era percedero y tenía poder de salvación: la ciencia, la literatura, la lengua, las claves de la unidad cultural hispánica.

Tal vez por eso, parece a quienes se le acercan superficialmente hombre frío, sin calor de sentimiento, apegado a las formas inertes del pasado, cuando en realidad no era sino el que quería conservar el fuego y salvar las fórmulas de una vida fecunda.

Bello se refugia con fervorosa dedicación en el estudio de la lengua porque sabe que es la sangre de la unidad orgánica de Hispanoamérica, que su razón considera como el supremo fin de sus pueblos, y también porque su sentimiento halla en la unidad lingüística y cultural la patria posible.

En 1835, a los seis años de su llegada a Chile, publica sus *Principios de Ortografía y Métrica de la lengua castellana*. En 1841 aquel revolucionario y profundo *Análisis Ideológico de los tiempos de la Conjugación castellana*.

Entretanto escribe en alguna ocasión: "sé lo que cuesta el sacrificio de la patria", o aquellos melancólicos versos:

Naturaleza da una madre sola
Y da una sola patria. . .

Y envía a sus hermanos o a su vieja madre crepusculares cartas penetradas de emoción.

Lo que no le impide verse enfrascado en la áspera polémica con Sarmiento joven. Aquella polémica en la que Bello mira con horror asomar, al través de la encrespada prosa de aquel talento volcánico e improvisador, el rostro pavoroso de la desintegración cultural de América y la amenaza de un desvío sin rumbo en el camino hacia la civilización.

En 1847 sale su *Gramática de la lengua castellana*. Es un anciano de cerca de setenta años, movido por el poderoso anhelo de toda una vida, el que completa la extraordinaria hazaña, viva, fecunda y combatiente que está en esa grande obra.

En la vida de la lengua castellana hay dos dramáticos momentos cargados de destino: uno es aquel en que el habla del condado de Fernán González se transforma, bajo los Reyes Católicos, en el instrumento de la unidad y de la culminación de la raza española; y el otro, es aquel en que, roto y desmem-

brado el gran imperio, queda en la lengua la mayor esperanza de la reconstrucción de la unidad moral y cultural de las Españas. Dos de las mayores figuras de humanistas hispánicos realizan el sino de esas dos grandes horas. La hazaña de Nebrija que hizo la primera gramática de una lengua moderna porque "la lengua es la compañera del imperio", la repite Bello, el criollo, que liberta la gramática castellana de la imitación latina y la rehace para que no se repita en América "la tenebrosa época de la corrupción del latín".

Refugiado en lo que ya nadie podía arrebatárle, en la forma más alta y perdurable de su patrimonio, Bello llega a cumplir plenamente su misión de servidor del espíritu y de la civilización.

Chile crece y se densifica a su alrededor y se va pareciendo a su poderoso y sereno sueño de grandeza. Un generoso calor de gratitud lo rodea y lo halaga. Está sentado como en un trono en su vitalicio sillón de Rector de la nueva Universidad. Dirige *El Araucano*, va puntualmente a su curul de senador, se enfrasca en los trabajos de las comisiones legislativas, hace el monumento jurídico del Código Civil, y en los ratos tranquilos, se pasea por la sala de su biblioteca, fumando un oloroso habano y dialogando con sus discípulos con palabras llenas del don de la sabiduría.

Junto a su majestuosa serenidad de roca fundadora pasa la marejada de la pugna de "pipiolos" y "pelucones", y ruedan, como el trueno, las lejanas conmociones que sacuden los pueblos americanos.

Ya no se alejará más sobre la tierra. Bajo su sombra benéfica crece vigorosa la cultura chilena. Hijos del espíritu le nacen de su tarea sin tregua, y desde opuestos campos convergen hacia él: Lastarria, Vicuña Mackena, Amunátegui. Bajo la luz de su "enemiga estrella" ve ir muriendo uno a uno los hijos de su carne.

Cuando se acerca la hora de la muerte Venezuela se desangra en el caos de la guerra federal, la escuadra española ataca al Perú, un resplandor trágico parece cernirse sobre todas sus tierras, pero ya puede cerrar los ojos sosegados, después de tanto ver, de tanto hacer, de tanto esperar, adormecido en el rumor de la lengua que une a sus americanos en una abierta patria común.

LAS IDEAS ECONOMICAS EN MEXICO DE 1821 A 1855¹

Por Jesús SILVA HERZOG

EL primer autor en el México independiente, en cuyos escritos encontramos unas cuantas ideas económicas, es FRAY SERVANDO TERESA DE MIER.² Fray Servando, al referirse a la política económica de España en sus Colonias de América, dice, exagerando un tanto, que la única ley que tuvo efecto fué la que estableció la pena de muerte por comerciar con extranjeros, ley bárbara que arruinó la industria española, impidió que la de América progresara y no produjo otro resultado que un enorme, pernicioso e inmoral contrabando. Recuerda que el poco comercio permitido entre España y América, fué gravado desde 1543 con numerosos impuestos y derechos, tales como de registro, almojarifazgo, avería, conmisos, aduanas, etc., cargas excesivas que hicieron que se dijera que de cada tres flotas había una que tocaba al Rey. "Mejor se diría—escribe el autor— que siendo todo el comercio de géneros extranjeros, por sólo el importe de la guía que éstos iban a pagarle, privaba a sus vasallos de todas las ventajas del comercio con que enri-

¹ Capítulo del libro del autor, titulado *Ideas Económicas en México*, próximo a publicarse en la colección Tierra Firme que edita el Fondo de Cultura Económica.

² Escritor político, historiógrafo y orador sagrado y parlamentario. Nació en la ciudad de Monterrey en 1763, habiendo profesado de dominico a los dieciséis años. El 12 de diciembre de 1794 predicó un sermón sobre la Virgen de Guadalupe, sosteniendo que la aparición era una mera impostura. El Arzobispo lo excomulgó, lo redujo a prisión y lo despojó de su grado de doctor y de sus escritos y libros. Desde entonces comenzó para Fray Servando una vida azarosa entre prisiones, frecuentes fugas y destierros. Vivió en España, Italia, Francia e Inglaterra. En Londres se dedicó a propagar la idea de la independencia y publicó sus "Cartas de un Americano a un Español" y su "Historia de la Revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac". Acompañó al General Francisco Javier Mina en su expedición, y al ser

quecía a los extraños, sin resultarles otra que la de los comisionados que aquellos pagaban en Sevilla y Cádiz para co-operar a su monopolio: comisión tan bien desempeñada, que lograron inhabilitar los demás puertos de España, y frustrar órdenes más liberales de ministros ilustrados". Hace notar que la abolición de las flotas en 1778 y la libertad de comercio en barcos particulares que comenzó a gozarse en 1780, trajo tal adelanto en la Nueva España que provocó la admiración del Barón Alejandro de Humboldt.

Critica, y con razón sobrada, que el Rey haya establecido aduanas interiores en las Colonias, creando así el impuesto de alcabala, con grave perjuicio para el desenvolvimiento económico de sus dominios. De modo especial subraya la injusticia de que mientras las alcabalas se suprimieron en la Península, el Gobierno nunca quiso hacerlo en América.

También se ocupa de las disposiciones del Gobierno Español en contra de la fundación de industrias en sus Colonias, y recuerda que algunas fábricas de géneros que estableció la necesidad, fueron mandadas destruir o recargadas de impuestos para evitar su desarrollo. Para Fray Servando todo fué efecto de los malos gobiernos españoles, de su ignorancia de la Economía Política, de su ambición exclusiva, de su sistema de aduanas, de su monopolio mercantil y falta de libertad. Aña-

éste derrotado, fué el Padre Mier aprehendido para sufrir nueva prisión y destierro. De La Habana, adonde había sido conducido, logró fugarse y llegar a los Estados Unidos, permaneciendo allí hasta la proclamación de la Independencia. Fué designado Miembro del Congreso, y se presentó en el recinto de la Cámara en julio de 1822, después de una nueva aprehensión que sufrió al desembarcar en Veracruz. Los últimos años de la vida de este hombre sabio, inteligente y amante de la libertad, por la que luchó sin descanso, los pasó en medio del respeto y cariño de sus conciudadanos. Murió en 1827.

Además de las dos obras anteriormente mencionadas, cabe citar las siguientes: "Carta de Despedida a los Mexicanos", escrita desde el Castillo de San Juan de Ulúa; "Memoria Política Instructiva, enviada desde Filadelfia en agosto de 1821 a los Jefes Independientes de Anáhuac, llamada por los españoles Nueva España"; "Discurso que el día 13 de diciembre del presente año de 1823 presentó el Doctor don Servando Teresa de Mier, Diputado por Nuevo León sobre el artículo 50. del Acta Constitutiva"; "Cartas de un Americano sobre las ventajas de los Gobiernos Republicanos Federativos" y "Sermón sobre la Virgen de Guadalupe, pronunciado el 12 de diciembre de 1794".

de que las colonias felices bajo el gobierno de una metrópoli, nunca piensan en separarse; pero que las de América, con doble población que España e infinitamente más ricas en toda clase de productos, sí lo desearon, porque se les quería tener desnudas, necesitadas, y contentas con sólo unas cuantas mercancías que les llevaban los monopolistas por sumas exorbitantes pagándoles sus frutos en cambio, a precios verdaderamente bajos.³

La crítica acerba del escritor que nos ocupa, es sin duda un tanto apasionada; mas perfectamente explicable en aquellos años de lucha por la Independencia. Cuando él escribía no era, por supuesto, el momento de hacer el balance de la obra de España en América; no era el momento de presentar con serenidad sus aspectos afirmativos y negativos, sino únicamente los hechos y datos que justificaran ante el mundo la causa de la libertad de las Colonias Americanas.

Al tratar de las naciones europeas censura el mantenimiento en tiempos de paz, de numerosos ejércitos que en su opinión las desangran, aniquilan su población y destruyen las fuentes de su riqueza. Los ejércitos permanentes—afirma Fray Servando—explican la pobreza, el atraso en la producción, el enorme peso de la deuda pública, la desmoralización, el disgusto, la muerte del espíritu público y el crecimiento de los gastos y de los tributos. Hace estas consideraciones al comparar a Europa con los Estados Unidos de Norteamérica, país donde residió durante varios meses y del cual se muestra admirador entusiasta. Escribe, refiriéndose a la citada República, que el adelanto económico logrado ha sido tan rápido y tan grande, que no tiene paralelo en parte alguna; debido no sólo a las ventajas naturales de que goza, sino a sus leyes inspiradas en principios de libertad. Informa a sus lectores que las mercancías circulan por todo el territorio norteamericano sin pago de derechos, y que las de producción nacional gozan de ciertos privilegios y estímulos; que el tráfico comercial por mar y por tierra se hace con más economía que en otros países; y, por úl-

³ JOSÉ GUERRA (Doctor Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra) *Historia de la Revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac*. Imp. de la Cámara de Diputados. 2 vols. México, 1922. p. 208, 209, 211, 295 y 296.

timio, que los aranceles son moderados y no se resienten del espíritu de monopolio y avaricia que se sufre en otras naciones.⁴

Se ve que el Padre Mier es hombre de su tiempo, progresista y enterado de las entonces todavía novedosas corrientes del pensamiento liberal.

TADEO ORTIZ, en su libro publicado en Burdeos en 1832, opina que no es solamente el oro y la plata riqueza efectiva, como generalmente se supone, sino también el trabajo y la industria del hombre, base del progreso de las naciones. El obrero —dice— es semejante a una mina en bonanza y un verdadero capital para el país en que vive; es, además, respecto a la producción de la riqueza, lo mismo que una máquina que vale dinero y paga el principal y el interés.⁵ Ya Ortiz se hallaba muy lejos de las ideas mercantilistas y advertía en la estructura económica del capitalismo, la semejanza entre la máquina y el trabajador, varios años antes de que la Ley de Bronce fuera expuesta en Alemania por Fernando Lassalle.

Refiriéndose a México piensa que el gobierno debe acabar con los monopolios y abrir las puertas a los capitales para la explotación de las minas, entonces la riqueza más espectacular de la nación. En materia de comercio profesa la doctrina del liberalismo económico, todavía novedosa en su tiempo para la mayoría ilustrada de Europa y América. Apenas había transcurrido una década desde la consumación de la Independencia; el país luchaba por encontrar su rumbo, y el autor de "México considerado como nación independiente y libre", señalaba los caminos que a su juicio debían seguirse. Escribe que "... es de esperarse otras medidas francas y generosas, que consultando las máximas de la difícil ciencia de la economía política, y las exigencias y necesidades de los pueblos atraigan el comercio de cambio con los menos gravámenes posibles, combinando las conveniencias y comodidades de los comerciantes y las necesi-

⁴ FRAY SERVANDO TERESA DE MIER. *Cartas de un Americano sobre las ventajas de los Gobiernos Republicanos Federativos*. Imp. Española de M. Calero. Londres. 1826. p. 168, 169 y 180.

⁵ TADEO ORTIZ. *México considerado como nación independiente y libre, o sea algunas indicaciones sobre los deberes más esenciales de los mexicanos*. Imp. de Carlos Lawalle Sobrino. Burdeos. 1832. p. 346.

dades de la mayoría de la nación sin perjudicar la industria interior, persuadiéndose que la verdadera base del comercio libre activo consiste en admitir a todo trance la concurrencia y proporcionar con la rebaja de los derechos, mayores consumos, y que lo que se deja de percibir por lo pronto no es más que en apariencia, puesto que siendo mayores los consumos, serán proporcionados superabundantemente los derechos de entrada, recogiéndose además el fruto de la acumulación de capitales, la disminución del contrabando y la desmoralización". ¿No piensan hoy lo mismo, después de algo más de cien años, los dirigentes de las organizaciones patronales? Ellos quieren que la sociedad no marche hacia adelante, que no descubra nuevos horizontes; ellos sueñan en la utopía más utópica de todas las utopías, tal vez en la única verdadera utopía: detener la evolución del mundo y el empeño incansable del hombre por encontrar mejores fórmulas de convivencia humana.

La agricultura afirma —con sobrada razón Ortiz— es la base y fundamento de las sociedades, puesto que es el principio vital de la población, el origen de la industria y la fuente inagotable del comercio. Sostiene, además, que del adelanto en el cultivo de la tierra depende necesariamente el progreso económico, el de las ciencias y de las artes, elementos todos que hacen la dicha y el bienestar de los pueblos.⁶

Por último al tratar de las comunicaciones, considera que para el desenvolvimiento de un país es necesario fomentar la navegación de los ríos, la construcción de carreteras, el comercio interior y el tráfico de cabotaje; porque sólo cuando el transporte a los puertos es fácil y económico puede vivificarse el comercio internacional y competir con ventaja en los mercados extranjeros. Todo esto es inobjetable y cabe aplicarlo a todas las naciones y en cualquier momento histórico.

Se conoce que Tadeo Ortiz fué un hombre sensato e ilustrado, que conoció bien la ciencia económica del primer cuarto del siglo XIX.

⁶ TADEO ORTIZ. *México considerado como nación independiente y libre...* p. 280.

PARA ESTEBAN DE ANTUÑANO⁷ la Economía Política es la ciencia que enseña a conocer y perfeccionar las ocupaciones que son indispensables al hombre para alimentarse, vestirse y educarse, de acuerdo con las exigencias de la naturaleza y la civilización; y, producir, en su acepción económica, es dar utilidad y valor a los animales, a las plantas y a los minerales que no tienen valor ni utilidad, o aumentar ambas cualidades a los que tengan alguna. Por ejemplo: multiplicando los granos por medio del cultivo y cambiando la reforma del tronco de un árbol o de una piedra, por medio de operaciones mecánicas de cualquier clase. En consecuencia son productivas la agricultura, la minería y las industrias de transformación. Aclara Antuñano que aun cuando el comercio no crea nada, es un agente indispensable a la vida económica; es el alma de la industria, puesto que sin el comercio no serían lucrativos los objetos creados. Aquí se advierte la influencia teórica de Adam Smith y Juan Bautista Say, es decir, de uno de los padres de la Ciencia Económica y de su más capaz e inmediato divulgador.

Adviértase que para Antuñano la Economía Política no es una ciencia meramente descriptiva, como lo pensaban algu-

⁷ Nació en la Cd. de Veracruz el 26 de diciembre de 1792. A los diez años fué llevado a España con el objeto de que allá se educara y pasó después a Inglaterra a perfeccionar sus estudios. A la edad de veinte años regresó a Veracruz, dedicándose al comercio. Cuatro años más tarde, en 1816, se radicó en Puebla, donde contrajo matrimonio con la hija de un acaudalado terrateniente que poseía varias fincas rústicas en el Valle de Atlixco. Su permanencia en Inglaterra, en los momentos en que en aquel país se desarrollaba la gran industria moderna, lo llenó de admiración e influyó para que dedicara lo mejor de su vida a luchar con el pensamiento y la acción por la industrialización de México. Antuñano juzgaba que sólo así podría la República engrandecerse y colocarse a la altura de las naciones más adelantadas de Europa. Organizó fábricas de hilados y tejidos de algodón y difundió los principios de la Economía Política clásica por medio de numerosos folletos y artículos de periódico. Murió en Puebla el 7 de marzo de 1847. Entre sus obras pueden citarse las siguientes: "Idea de la Sociedad Patriótica", "Manifiesto sobre el algodón manufacturado y en greña", "Discurso analítico de algunos puntos de moral y economía política de México", "Observaciones contra la libertad de comercio exterior". "Pensamiento para la regeneración industrial de México". De 1840 a 1846 publicó año tras año folletos con el título general de "Economía Política de México" en los que trata diversos temas sobre historia y problemas económicos.

nos autores europeos de su tiempo y lo piensan todavía ciertos economistas académicos; sino una ciencia humanista, una ciencia que tiene por fin lograr que el hombre se alimente, se vista y se eduque de conformidad con la naturaleza y la civilización.

En consonancia con las ideas económicas entonces predominantes, el escritor mexicano considera que no pertenecen a las clases productoras de la sociedad los eclesiásticos, militares, letrados, empleados de todos los ramos, barberos, músicos, poetas y cantores. No sabía Antuñano que el concepto de producción se halla íntimamente ligado al de utilidad y que producir es ante todo crear utilidades futuras.

Es seguro que Antuñano conoció "La Riqueza de las Naciones", de Smith. Al igual que el gran economista escocés, concede singular importancia al interés personal, al interés económico como base del progreso social. El interés—dice el autor—es un eje colocado en el pecho del hombre. Desde el más piadoso hasta el más libertino, el sabio y el ignorante, el opulento y el indigente, todos están sujetos a esta regla invariable de la naturaleza.⁸

En 1837 en su folleto titulado "Pensamientos para la Regeneración industrial de México", nuestro escritor economista propone al Gobierno de la República una serie de medidas para fomentar la vida económica del país. Estas medidas condensan el pensamiento de Antuñano y pueden resumirse de la manera siguiente:

1^a—La creación de juntas directivas de la industria.

2^a—La colonización de las costas para aumentar la producción agrícola.

3^a—Recompensas a los que realicen inventos que estimulen el desarrollo industrial.

4^a—La propagación de plantas no cultivadas y de animales no procreados, a fin de enriquecer la agricultura y la ganadería y poder proporcionar materias primas baratas a la industria.

5^a—Construir caminos y canales para tener comunicaciones económicas, y aprovechar de este modo los esfuerzos de la agricultura, de la industria y del comercio.

⁸ ESTEBAN ANTUÑANO. *Pensamiento para un Plan para animar la Industria Mexicana*. Imprenta de Campos. Puebla. 1834. Pág. 19.

6°—La formación de una estadística demográfica, de producción y de consumo, y de un mapa geográfico para conocer los recursos y las necesidades del país.

7°—Luchar en contra del atesoramiento y de la usura, con objeto de poner en circulación los grandes capitales invertidos en moneda y alhajas que no producen nada a sus dueños ni a la riqueza pública.

8°—Combatir el contrabando.

9°—Reducir los días festivos con objeto de aprovechar más el tiempo en la industria para abaratar las manufacturas y lograr el aumento de las subsistencias.

10°—Mejorar el sistema de impuestos.

11°—Celebrar un tratado de comercio con España para poder comerciar con la isla de Cuba y las demás Antillas Españolas, de igual manera que con cada una de las nuevas Repúblicas Americanas, ya que así la agricultura de México encontrará más amplios mercados para sus productos.

12°—Organizar un estanco de aguardientes para combatir la embriaguez entre los trabajadores, vicio que perjudica la industria, la moral, la salud del individuo y la paz y bienestar de las familias.

13°—Establecer fábricas para construir instrumentos modernos y la explotación del hierro, la cual —afirma— debe considerarse como la base de todo progreso industrial.

14°—Ordenar que las fábricas de hilados y tejidos no puedan establecerse en una faja de cien kilómetros de la costa, a fin de evitar el contrabando de hilo y telas del exterior, que pueda ampararse por las fábricas cercanas a los mares, con perjuicio de la industria nacional y del Erario Público.

15°—La persecución de la ociosidad, medida indispensable para aprovechar las riquezas de un territorio que acaba de salir de la mala tutela de una metrópoli que basaba la seguridad de su dominio en la holgazanería, germen de ignorancia, pobreza y degradación.

16°—Prohibir en forma absoluta la importación de todas las manufacturas que se puedan producir en el país de un modo fácil y barato. Esta prohibición —agrega Antuñano— es en realidad el arreglo del comercio exterior, es el más eficaz estímulo, la única garantía que pueden tener los mexicanos para adelantar en las artes mecánicas, moviéndolos a empresas tan

costosas como arriesgadas y desconocidas; es, además, la mejor precaución que se puede oponer al ruinoso contrabando, del cual han venido el estado angustioso en que se halla el Erario nacional y las rebeliones, la ignorancia y la pobreza, que serán compañeras del pueblo de México hasta en tanto no haya abundante ocupación útil y honesta.

Puede decirse en términos generales que el plan anterior no sólo era correcto en la fecha en que fué presentado, sino que lo es en la actualidad, en sus puntos más importantes. Esto demuestra la clara y muy amplia visión económica del publicista mexicano.

En otro de sus trabajos escribe que la industria y la agricultura producen todos los objetos de comodidad y de vida, los cuales al conducirlos al comercio por buenos caminos, hacen a los pueblos numerosos, fuertes, ricos e ilustrados; y con ingenuo optimismo añade que desde que las industrias han progresado, las guerras son menos frecuentes, menos sangrientas y menos duraderas.

No nos atrevemos por ahora a formular ninguna afirmación categórica; pero hasta donde hemos conocido el asunto que nos ocupa, nos parece que Esteban de Antuñano es tal vez el primero que en México escribe sobre cuestiones económicas con pleno dominio de la materia, con la mejor información teórica al alcance de los estudiosos de su tiempo.⁹

No todos pensaban como Antuñano en materia de comercio exterior. En la misma época en que él publicaba sus interesantes folletos había en México quienes se oponían a toda prohibición, fogosos adversarios del sistema proteccionista y amigos del libre cambio. En un artículo publicado en el Diario del Gobierno, se decía que las leyes prohibitivas del comercio son inútiles; que cuando se prohíbe un género es porque tiene entrada y consumo en el país en que se prohíbe, y que si entra y se consume es porque los consumidores encuentran ventajas tanto en la mercancía misma como en el precio. En este caso

⁹ El señor Miguel A. Quintana ha escrito un estudio en dos volúmenes sobre tan interesante personalidad, volúmenes que hasta ahora no han sido publicados. A él debe el autor de este trabajo el conocimiento de la obra de Esteban de Antuñano.

—se continúa— la prohibición deja en pie la necesidad y la conveniencia abre las puertas a las infracciones de la ley. Estas infracciones se verifican inmediatamente porque el interés y el deseo de ganancia son más poderosos que todas las leyes del mundo. Para el anónimo autor que nos ocupa, sería fácil evitar el grosero error de prohibir la entrada de mercancías de otras naciones, si los hombres llegaran a convencerse de que la industria nace espontáneamente, cuando están maduros los elementos que la han de integrar; cuando la agricultura se ha perfeccionado, cuando sobran los capitales y los medios de subsistencia; en fin, cuando el interés personal, móvil de toda la máquina económica, señala el momento, apronta los recursos y facilita la ejecución. Todos los esfuerzos de los legisladores no pueden precipitar el momento de desenvolvimiento industrial de un país; podrán sí, sacar frutos prematuros, pero agrios y de corta duración. Prosiguiendo la requisitoria en contra del prohibicionismo se afirma que las leyes prohibitivas son odiosas y otras tantas manifestaciones de hostilidad del gobierno en contra del pueblo; otros tantos obstáculos al bienestar común; otras tantas restricciones de los goces y comodidades a que se han acostumbrado los habitantes de un país. A los ojos de la multitud —agrega el articulista anónimo— que no penetra los secretos fines de los gobernantes, las prohibiciones son actos despóticos y abusos de la autoridad, pues el consumidor no ve el bien que le espera en el futuro; lo que ve y siente es el mal actual, y nada basta a indemnizarlo de las privaciones que le afligen. Su primer movimiento es odiar al que se las impone, buscando los medios de burlar el rigor de la ley y su vigilancia.

El autor concluye diciendo que las leyes prohibitivas del comercio son perjudiciales al Gobierno Federal; porque, por una parte, para llevarlas a debido efecto es menester aumentar los empleados, la fuerza pública y los resortes de opresión; y, por la otra, porque dejan de entrar las recaudaciones que antes pagaba la mercancía prohibida con mengua del tesoro de la nación.

OTRO escrito anónimo de la misma época, también interesante, ha sido dado a conocer por el historiador Luis Chávez Orozco en "Historia Económica y Social de México". Dicho

escrito según nos informa, fué publicado en el "Semanario de la Industria Mexicana", en los años de 1844-46. El anónimo autor pinta con los colores más sombríos los efectos de la Revolución Industrial en el orden político, social y económico; y con visión para su tiempo realmente extraordinaria por lo clara, apunta, por supuesto de modo esquemático y en frases sueltas, la teoría ricardiana de los salarios, el fenómeno de las crisis capitalistas, el principio de la lucha de clases y la ley de la concentración industrial.

La parte inserta por Chávez Orozco en su citada obra, que no resistimos la tentación de reproducir, dice lo siguiente:

"La fabricación de las manufacturas por grandes establecimientos, ha puesto en desnivel a los pequeños fabricantes, las máquinas han acumulado la propiedad. . . Nos engañamos algunas veces sobre la condición real de la grande y costosa industria. La Revolución Industrial la ha hecho más brillante que sólida. Mientras que la concurrencia hace su existencia más y más penosa y laboriosa, los nuevos procedimientos no han cesado de amenazar la fortuna de los grandes fabricantes. ¡Cuántos no han sucumbido en los ensayos!

"Ellos han visto crecer la inestabilidad de su posición y disminuir sus ganancias. No hay que buscar en otra parte el origen de esas quiebras, que se han hecho cada día más frecuentes y que se repiten tanto más, cuanto que los focos de producción son más importantes. Los manufactureros están expuestos a luchas en las cuales juegan toda su fortuna. Si por accidente ganan en sus productos más de lo acostumbrado, los trabajadores que no los pierden de vista, les exigen imperiosamente aumento en los jornales. La reunión de éstos en las grandes fábricas les da tanta fuerza como atrevimiento para sus coaliciones. En cuanto comienza la baja del precio de los productos, se hace necesaria una lucha para la reducción del precio de los jornales. ¿Qué es lo que resulta de esta continua alternativa? Que para diez industriales que hayan hecho grandes fortunas, se pudieran citar ciento que han perdido la suya, y que para un inventor que como Watt halla por recompensa los honores y las riquezas, hay otros diez que mueren de miseria y de pesar. ¿Y es acaso mejor la condición de los trabajadores?

"El salario de todas las profesiones va generalmente en aumento; este aumento, sin embargo, no es tal que exceda por lo común a la cantidad que rigurosamente está calculada para subvenir a las necesidades de la familia. Los trabajadores han sacado una ventaja real de la revolución industrial, la de estar generalmente mejor vestidos; pero ellos no están ni mejor alojados ni mejor comidos que en otro tiempo. La reunión excesiva de muchos individuos en un punto, ha sido la causa de que se aumente el precio de los viveres y de las habitaciones, lo cual ha destruído una parte del provecho que debían sacar de los aumentos que han logrado, concurriendo también otra causa para esta desventaja. Los procedimientos mecánicos han introducido cierto desorden en la producción; se ha llegado a producir más de lo que se consume, de que ha resultado embarazo en los mercados, y la suspensión parcial o total del trabajo, de que han provenido épocas de espantosa miseria de millares de familias. . .

"Deseos desordenados de goces y de riquezas en todos, desunión entre muchas clases de trabajadores, relajación del régimen de familia, imprevisión, degradación social, resultante de la intemperancia que va en aumento; tales son a primera vista, las tristes consecuencias que se han seguido, de los nuevos métodos industriales".

MARIANO OTERO ¹⁰ escribe que las naciones, de igual manera que los individuos, son más o menos ricas, según que los recursos con que cuenten, después de satisfacer sus necesidades elementales, les permitan atender a las exigencias del lujo y aumentar constantemente sus capitales. Estas ideas parecen correctas, puesto que el autor hace consistir la riqueza de un país en una capitalización interna sin interrupción y en la capa-

¹⁰ Nació en la ciudad de Guadalajara en 1817. Orador parlamentario, político, abogado y periodista. Fué diputado al Congreso de la Unión, distinguiéndose por el vigor de sus discursos. En 1848 ocupó las Carteras de Relaciones y Gobernación. Falleció en 10 de junio de 1850. Su obra más importante es un pequeño libro que se titula "Ensayo sobre el Verdadero Estado de la Cuestión Social y Política que se agita en la República Mexicana", publicado en 1842, cuando tenía la edad de 25 años.

cidad de adquirir bienes de consumo que contribuyen a su creciente bienestar.

Para Otero la miseria de México estriba en que una gran parte de las mercancías que se consumen se reciben del extranjero, y en que no hay un equilibrio entre lo que se importa y lo que se exporta, siendo mucho más lo primero que lo segundo lo cual significa el constante empobrecimiento de sus habitantes. No considera que los capitales empleados en el comercio aumenten la riqueza nacional; y al referirse al comercio en Europa, nos dice que es "un poder que colocado entre el productor y el consumidor, en vez de servirlos a ambos, los sacrifica y tiraniza, constituyéndose en árbitro y dispensador de la realización de los valores". Piensa que el comercio no siempre es factor de progreso social, sino más bien elemento negativo que perjudica tanto a la clase productora como a los consumidores.

El creía, llevado por el optimismo de su tiempo sobre las fabulosas riquezas de México, que la agricultura podía fácilmente progresar, puesto que se contaba con terrenos vírgenes y feraces apropiados para producir todos los frutos de la tierra. Consideraba que "progresando la agricultura que ministra las materias primas que la industria modifica en la manera necesaria para satisfacer las necesidades del hombre, esta industria se naturalizaría indispensablemente entre nosotros; de esta manera nos iríamos libertando de la necesidad de ocurrir al extranjero; todos los capitales que ahora mandamos en cambio de tantos artículos que podríamos proporcionarnos, quedarían para fomentar más y más los diversos ramos de la prosperidad; y entonces los productos riquísimos de nuestras minas, vendrían a aumentar incesantemente esos capitales, y México sería sin disputa la nación más rica del universo". La hermosa leyenda acerca de las riquezas maravillosas de México fué generalmente aceptada por propios y extraños durante casi todo el siglo XIX, y el pensamiento del autor a este respecto es característico en los hombres ilustrados de su tiempo, que aceptaron como verdades indiscutibles los datos y opiniones del Barón Alejandro de Humboldt.

En opinión de Otero es asombrosa la influencia de la organización de la propiedad en la estructura de un país. En su concepto "son sin duda muchos y numerosos los ele-

mentos que constituyen las sociedades; pero si entre ellos se buscara un principio generador, un hecho que modifique y comprenda a todos los otros y del que salgan como de un origen común todos los fenómenos sociales que parecen aislados, este no puede ser otro que la organización de la propiedad". Agrega con notable visión histórica para su tiempo, que en el régimen de la propiedad se basó el despotismo en los pueblos del Asia, el feudalismo que durante tantos años prevaleció en Europa, las aristocracias de la antigüedad y la moderna democracia. Adelantándose a las ideas, dominantes de la época, vió con toda claridad que la organización de las naciones, lo mismo que su evolución histórica, han sido y son resultado de la organización de la propiedad. Hay algo más: concluye afirmando que la propiedad privada ha dividido a los seres humanos en las diversas clases que forman el Estado; que ha establecido las relaciones que existen entre ellas, así como también las consecuencias de tales relaciones, refiriéndose seguramente tanto al aspecto económico como al político y social.¹¹

En otra parte de su libro dice que el establecimiento de un orden social equitativo y justo, en el que la libertad substituya a la servidumbre, la igualdad a los privilegios y la voluntad nacional a la fuerza bruta, depende de que se logre mejorar las condiciones materiales de vida de la población; porque hay que convenir que la salvación de los capitales, el perfeccionamiento en los métodos de la producción minera e industrial, la construcción de nuevos y mejores caminos, la creación de un comercio nacional y la difusión de los conocimientos, son de las primeras y más importantes necesidades del país, las cuales hasta cierto punto corresponden al orden material. De acuerdo con su criterio, sin duda absolutamente correcto, mientras las varias fuentes de la producción nacional, que debieran satisfacer con abundancia las necesidades materiales de México, se hallen en tan miserable atraso, en una verdadera bancarrota, el pueblo mal vestido, mal alojado y mal nutrido, no puede, seguramente, ser feliz, ni le será tampoco posible adquirir las ventajas sociales que supone siempre la perfección del espíritu; y concluye sosteniendo que se necesita un cambio general,

¹¹ MARIANO OTERO. *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana*. México. Imp. por Ignacio Cumplido. 1842. Págs. 35 y 36.

comenzando por las relaciones materiales de la existencia colectiva, relaciones que hasta hoy han decidido de la situación de México y que, en todos los pueblos de la tierra, han producido los diversos fenómenos sociales que registra la historia.¹²

Muy pocos escritores de fines de la primera mitad del pasado siglo, tuvieron como Mariano Otero un juicio tan relativamente completo y tan acertado sobre la influencia de lo económico en la historia. El, que a sí mismo se catalogaba como liberal moderado, se adelantó sin saberlo a la concepción materialista de la historia de Marx y Engels, o del realismo histórico, como llama a esa teoría Henry See. Engels y Marx esbozaron por primera vez esa teoría en "La Sagrada Familia", obra publicada tres años después que la de Mariano Otero. El mérito del escritor mexicano parece indiscutible. Si hubiera escrito en Londres o en París en la lengua de Inglaterra o de Francia, tal vez su nombre hace tiempo que hubiera alcanzado fama universal.

PARA LUCAS ALAMÁN,¹³ autor conservador, todas las desgracias que habían caído de golpe sobre los países hispano-americanos, a raíz de la Independencia, tuvieron su origen en haberse implantado en ellos las teorías liberales más exageradas, que frustraron las ventajas que la misma Independencia debió haberles procurado. Opina, en este caso con razón plena, que para que México llegue a ser una nación en el más amplio sentido del término, basta con que se administren sus propios

¹² MARIANO OTERO. *Obra citada*. Págs. 77 y 82.

¹³ Nació en Guanajuato el 18 de octubre de 1792. Inició sus estudios sobre minería en el Colegio de la Purísima Concepción y pasó en 1810 a la ciudad de México, ingresando al Seminario de Minas. En 1814 sale para España y continúa sus estudios durante varios años en distintas instituciones educativas de Francia y de Alemania, relacionándose, gracias a la ayuda que le presta el Barón Alejandro de Humboldt, con las personas de mayor reputación en la literatura y en las ciencias. Regresa a México en donde desde luego comienza su carrera de hombre público. Fué varias veces Secretario de Estado y en diferentes ministerios. Hombre de gran actividad y numerosas facetas, escribió varias obras de importancia indiscutible, entre las cuales merecen cita especial su "Historia de México" y sus "Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana"; organizó compañías mineras y fundó dos fábricas de hilados y tejidos, una en Oriza-

recursos con pureza y economía. Desgraciadamente para el país han faltado muchas veces la economía y la pureza. El mismo Alamán cree que los asuntos públicos deben estar en manos de los propietarios, puesto que tocan más de cerca a sus intereses; y que, como es condición esencial para el goce perfecto de un bien la seguridad de gozarlo siempre, se ocuparían con mayor empeño en afianzarlos al depender de ellos mismos. Parece que el historiógrafo y político reaccionario que nos ocupa, de conformidad con los intereses de la clase a que pertenecía, consideraba que el gobierno de un pueblo consiste en garantizar a la minoría privilegiada el goce de sus riquezas y no en el bienestar de todos, ideal de la democracia nueva y del ya viejo socialismo.

Refiriéndose a la minería mexicana, de seguro con apoyo en la historia colonial de España, escribe que la riqueza no es de los pueblos a los que la naturaleza dotó de ricas vetas de metales preciosos, sino de los que por su industria saben utilizarlos y multiplicar sus valores por medio de una activa circulación, lo cual hace vivir con abundancia a todos aquellos por donde dichos metales pasan.

Alamán concede particular importancia al fomento de la industria minera. En el informe que presentó siendo Ministro de Relaciones al Congreso Constituyente, el 10. de noviembre de 1823, dice: "Es un principio asentado entre los economistas, que el fomento más directo que puede proporcionarse a la agricultura y a la industria es facilitar el consumo de sus frutos y la venta de sus artefactos, si se considera entre nosotros las minas bajo este punto de vista, se encontrará que nada contribuye tanto como ellas a la prosperidad de aquellos

ba, Ver., y la otra en Celaya, Gto. Alamán ha sido considerado como uno de los mexicanos más inteligentes de su tiempo. En materia política fué siempre conservador, en tanto que en el campo económico su actitud fué siempre la de un hombre progresista. Murió en la ciudad de México el 2 de junio de 1853, cuando desempeñaba la cartera de Relaciones Exteriores en la última administración del General Antonio López de Santa Anna. Entre las principales obras de Alamán, además de las *Disertaciones* y de la *Historia*, cabe mencionar las siguientes: "Defensa del Ex-Ministro de Relaciones", "Liquidación General de la Deuda Exterior de la República Mexicana hasta 1841", y "Memoria sobre el estado de la Agricultura e Industria en la República en el año de 1844".

ramos esenciales de la riqueza pública. El gran número de brazos que ocupan, las bestias que emplean para el movimiento de las máquinas y transporte de los minerales, el consumo que con este motivo se hace de semillas, así como de sebo, papel, etc., dan un impulso poderoso a la agricultura, a las artes y al comercio... debemos lisonjearnos de que pronto se consiga verla florecer; varios capitalistas extranjeros se disponen a invertir fondos cuantiosos en el desagüe y habilitación de las principales minas que por un funesto resultado de la guerra se hallan anegadas y sin un laborio formal. El anterior Soberrano Congreso, con el objeto de facilitar los contratos de avío con los extranjeros acaudalados, con quienes ya se han celebrado algunos, derogó las leyes y artículos de la Ordenanza que les prohibían adquirir en propiedad las minas". Quizás Alamán es el primer alto funcionario público mexicano y escritor importante que parece defender la idea de asimilar la propiedad subterránea a la del suelo, substituyendo así la doctrina colonial del régimen de concesiones y el principio de que el subsuelo pertenece al Estado. Estas ideas del autor triunfaron en México varias décadas más tarde, rompiendo con la tradición legislativa del país y ocasionando serias dificultades internacionales al Gobierno de México, cuando se planteó, con las empresas petroleras, el problema derivado de la Constitución de 1917, al reivindicar para la nación la propiedad subterránea.

Varios años después de su informe al Congreso Constituyente, en la "Memoria de la Dirección General de la Industria Nacional", se ocupa del mismo problema. Piensa que el influjo de la minería sobre la agricultura consiste de modo principal en que le proporciona el consumo de sus frutos, y que a esto se debe la prosperidad de los distritos rurales próximos a los centros mineros. Agrega que las fábricas fomentan la agricultura por el mismo medio, pero de una manera más uniforme y estable; porque mientras de la voluntad del hombre no depende hacer que nazcan minas en donde él quiere, las industrias de transformación por el contrario, pueden establecerse en las zonas geográficas que mejor convengan al interés público, siendo además de duración perpetua como las necesidades que satisface y los medios que emplea. Finalmente escribe que "mientras no haya una considerable población en la República, consumidora de las producciones de la tierra, o

caminos y canales que faciliten y hagan lucrativa su salida al extranjero, toda la esperanza de progreso para la agricultura son las artes que le piden primeras materias". Todas las ideas contenidas en el presente párrafo son correctas y no hay una sola que pueda ser objetada.

Al referirse a la producción de algodón opina que su desenvolvimiento en el país consiste en prohibir con conocimiento la importación de dicho artículo, restringirla con oportunidad, y permitirle con acierto; pero que una vez hecha la prohibición es menester que se cumpla y no relajar las restricciones con contratos especiales sobre los impuestos.¹⁴ Es decir, aconseja una política económica flexible, oportunista, conforme a las circunstancias particulares del momento.

No parece que haya sido partidario de la intervención del Estado en la economía. La influencia del liberalismo económico en su pensamiento es incuestionable. A su juicio había progresado en México todo lo que era obra de la naturaleza o del esfuerzo de los particulares; y en cambio había decaído todo lo que debió conocer la autoridad pública.¹⁵

Defiende constantemente la reducción o supresión, según los casos, de los gravámenes fiscales, como medio para incrementar la vida económica del país. Aboga por la abolición de las contribuciones que pagaban los indios, con el fin de dejar a los pueblos con fondos suficientes para atender a sus necesidades.

JOSÉ MARÍA LUIS MORA,¹⁶ de igual manera que Alamán, no puede ser en rigor catalogado como economista, sino más bien como escritor político. No obstante, en sus escritos se encuentran dispersas aquí y allá, ideas económicas, no siempre mera-

¹⁴ *Memoria sobre el estado de la Agricultura e Industria de la República Mexicana*. Impresa por José M. Lara. México. 1845. Pág. 27.

¹⁵ LUCAS ALAMÁN. *Semblanzas e Idearios*. Prólogo y Selección de Arturo Arnaiz y Freg. Selecciones de la Universidad Nacional Autónoma. México. 1939. Pág. xviii.

¹⁶ Nació en el pequeño poblado de Comonfort, Estado de Guanajuato, antes Chamacuero, en octubre de 1794. Su primera educación la recibió en Querétaro y después estudió filosofía y derecho en el Colegio de San Ildefonso de la ciudad de México, del que más

mente económicas; pero de todos modos, se recogen algunas de ellas en el presente estudio, particularmente porque se trata de un escritor que ha ejercido influencia en la historia del pensamiento mexicano.

Cualquiera que sea el origen de las sociedades—escribe Mora—se sabe que éstas no pudieron establecerse sino con el fin de promover la felicidad de los individuos que las componen, asegurar sus personas e intereses y su libertad, teniendo por supuesto en cuenta los intereses de la comunidad. Escribe también que el trabajo, la industria y la riqueza hacen a los hombres verdadera y sólidamente fuertes, colocándolos en absoluta independencia de los demás. El que está acostumbrado a vivir y sostenerse del fruto de su trabajo, de sus rentas y capitales sin necesidad de abatirse ante el poder ni mendigar de él su subsistencia, es seguro que jamás se prestará a secundar miras torcidas, proyectos de desorganización ni a cooperar en el sostenimiento de tiranías.

Seguramente ante el resultado desastroso de las guerras civiles en México, dice que las revoluciones destruyen la moral de los pueblos y causan otros muchos daños; pero que: "Cuando se ha emprendido y comenzado un cambio social, es nece-

tarde fué profesor. En 1820 se doctoró en teología y en 1827 se recibió de Abogado, profesión que nunca ejerció. A partir de la Independencia política de México, defendió con ardor y constancia los principios liberales y formó parte de diferentes comisiones en los Gobiernos progresistas de la nación. Además, fundó varios periódicos, destacándose como buen polemista y escritor político de vasta cultura, elocuente y macizo. Al caer el Gobierno de Gómez Farías, Mora resolvió expatriarse y se radicó en París donde publicó sus dos obras más importantes: "México y sus Revoluciones", y "Obras Sueltas". En el año de 1847, después de haber sufrido en Europa no sólo pobreza sino en determinados momentos miseria, fué designado por el mismo Gómez Farías, al volver éste a encargarse del Poder Ejecutivo, Ministro Plenipotenciario de la República ante el Gobierno de Inglaterra. Las privaciones habían minado su organismo y una tuberculosis pulmonar lo llevó a la tumba en París, el 14 de julio de 1850. Además de las obras citadas, Mora escribió: "Catecismo Político de la Federación Mexicana", "Discursos sobre la naturaleza y aplicación de las Rentas y Bienes Eclesiásticos" y numerosos artículos que se publicaron en periódicos de la época. Algunos de los artículos se hallan incluidos en "Obras Sueltas". Los periódicos en que escribió fueron: "El Sol", "El Aguila", "La Libertad", "El Observador" y "El Indicador de la Federación Mexicana".

sario no volver los ojos atrás hasta dejarlo completo, ni pararse en poner fuera de combate a las personas que a él se oponen, cualesquiera que sea su clase; de lo contrario, se carga con la responsabilidad de los innumerables males de la tentativa que se hace sufrir a un pueblo, y éstos no quedan compensados con los bienes que se esperan del éxito. "Y es que Mora, hombre progresista, veía cómo los conservadores que a menudo se adueñaban del poder, trataban por todos los medios a su alcance de neutralizar los efectos de la Revolución de Independencia.

Para nuestro autor el objeto de un Gobierno estriba en proporcionar a los gobernados la mayor suma de bienes, los que no pueden obtenerse sin educación. Por supuesto que nosotros estamos de acuerdo en la enorme importancia que la educación tiene para las masas populares; mas al mismo tiempo creemos que no puede haber educación sin pan, sin morada y sin vestido; estamos de acuerdo con las palabras que Engels pronunció frente a la tumba de Marx, al sostener que antes que hacer política, literatura y arte, el hombre necesita comer, vestirse y habitar.

Con auténtico patriotismo opina que "jamás los pueblos habrían padecido tanto, si las naciones hubieran sido vil juguete de sus vecinas, si los hombres y los gobiernos se hubiesen convencido de que el interés verdadero por la prosperidad de un país no puede existir fuera de él; de que sólo el nacimiento o arraigo por familias y propiedades puede producir en los hombres un empeño verdadero por los intereses del territorio; y de que los extranjeros no tienen por sus vecinos otras consideraciones que las que pueden ministrarles lo que se cree el bienestar de su país, que muchas veces se halla en oposición con el de la nación en que han sido acogidos. Buscar pues la dirección de los propios negocios en un gabinete extraño, o tolerar la influencia de éste en las autoridades y ciudadanos del país, no sólo es la mayor prueba de imbecilidad de un gobierno, que con este solo hecho demuestra que no puede dar un paso por sí mismo, pues necesita de andaderas, sino que es igualmente el mayor de todos los crímenes, y el cargo más fundado para derrocarlo y hacer que sufran el condigno castigo de tamaña maldad. Esta es una traición que los gobiernos hacen a los pueblos; ella destruye la independencia nacional,

que es el primero y más precioso de sus intereses, y los entrega atados de pies y manos a un señor extraño para que disponga de ellos a su arbitrio y voluntad. . .". Sabias palabras que no deben olvidar los gobernantes contemporáneos, sobre todo los de los países latinoamericanos.

Es enemigo del burocratismo, porque a su juicio el gusto por los empleos altera las facultades constructivas de un pueblo, destruye el espíritu de empresa, apaga la emulación, el valor y la paciencia; es perjudicial a la capitalización interna, porque no siendo los empleos bastantes para satisfacer tanta ambición, se crean otros inútiles y gravosos que entorpecen el progreso social; y, sostiene por último, que todo acto que implique el retiro de capitales de la circulación para destinarlos al consumo, es secar en su origen las fuentes de la riqueza y destruir las bases de la prosperidad.

El Dr. Mora, como es familiarmente conocido entre los estudiosos de la historia de México, propuso a fines de 1823 o a principios de 1824, que se estableciera en el Colegio de San Ildefonso un curso de Economía Política, por el cual debía comenzar —decía— el estudio de la Jurisprudencia; porque así lo exigían las circunstancias e ideas modernas y el decoro del pueblo mexicano, y aconsejaba que se usara como libro de texto el entonces muy popular tratado de Juan Bautista Say.¹⁷ Lo anterior muestra el espíritu progresista de Mora y su contacto con la cultura e inquietudes de su tiempo.

Fué un apasionado defensor de las ideas liberales tanto en cuestiones políticas como en el terreno económico. Se pronuncia por la libertad de comercio, por la libertad industrial y piensa que la concurrencia es el único medio para mantener lo que él llama el precio natural de las mercancías. Hace notar que es un error común a todas las naciones poco ilustradas, querer producirlo todo y no recibir nada del extranjero, lo cual ocasiona siempre grave daño al país que norma su política económica en tales principios.¹⁸

Con suma frecuencia, argumenta con pasión en contra del sistema proteccionista. Disertando sobre el mismo tema escribe

¹⁷ Esta información fué proporcionada por el historiador Arnaiz y Freg, quien la tomó de la minuta que se conserva entre los papeles de la Colección García, en la Universidad de Texas.

¹⁸ JOSÉ MARÍA LUIS MORA. *Méjico y sus Revoluciones*. París. Librería de Rosa. 1836. Págs. 40 y 41.

en "Obras Sueltas" lo siguiente: "No nos han perjudicado menos ni son menos contrarias a los principios de una constitución verdaderamente libre, las ideas mezquinas que hemos recibido de nuestros padres sobre economía pública: hablamos del sistema prohibitivo, o lo que es lo mismo, de las trabas puestas a la industria de los particulares, bajo el pretexto de fomentar la prosperidad nacional. Sin la libertad de la industria, la creación de capitales es muy lenta y tardía; las facultades activas del hombre carecen de estímulo, y esto lejos de fomentar atrasa considerablemente a una nación. Además, toda prohibición de comprar, vender o producir es un ataque formal al derecho de propiedad, es un privilegio exclusivo a favor de los productores, que siempre son los menos, y contra los consumidores, que son los más. Estos ataques no son menos injustos y destructores por ser más paliados, ni nación alguna ha progresado, sino a proporción que se han disminuido las trabas que encadenaban la producción en sus tres ramos de agricultura, manufacturas y comercio. Nosotros sin embargo —se refiere a México— nos hemos empeñado en que hemos de adelantar a fuerza de prohibiciones, y en este punto hemos retrogrado muchísimo: no hay año en que no se promueva sobre las ya existentes una nueva prohibición, y de esta manera, sin conseguir llevarla a efecto, porque la razón y la experiencia han acreditado ser imposible, se destruyen algunos medios de subsistir, se desmoraliza la nación por el tráfico fraudulento y clandestino, y se aumentan las bancarrotas de los ciudadanos honrados, que por haber satisfecho fielmente derechos subidísimos, los artículos de su comercio no se hallan en estado de competir con los de su misma clase introducidos por alto".

Nuestro escritor dice que la palabra bienes en su rigurosa aceptación, significa aquella reunión de valores que constituyen los medios permanentes y duraderos que satisfacen las necesidades humanas: las tierras que producen frutos, los capitales que reeditúan y las rentas que consisten en impuestos perpetuos sobre la población. La moneda la define como el signo representativo de todo género de bienes, valores o riquezas temporales.

Sabe muy bien que en un territorio dado no puede organizarse ninguna industria sin tomar en cuenta las condiciones

del medio circundante, porque las industrias que se establecen en un país siguen naturalmente las condiciones del clima y del suelo. Mora combatió siempre los planes gubernamentales de industrialización, muchas veces precipitados y demasiado ambiciosos, oponiéndose en ocasiones a las ideas patrocinadas por Alamán y Esteban de Antuñano.

Al hablar de la propiedad afirma que ésta consiste en la facultad que tiene el que la goza de disponer de los bienes adquiridos, de conformidad con las disposiciones de las leyes, usándolas, vendiéndolas o permutándolas; y en varias partes, tanto de "México y sus Revoluciones" como de "Obras Sueltas", se muestra defensor de la propiedad privada, considerando que ella forma la base del progreso de las naciones; pero el Doctor Mora tiene la convicción más profunda de que para lograr el adelanto de los habitantes de un país nuevo, es necesario que las tierras sean divididas en pequeñas porciones y que la propiedad pueda fácilmente ser transmitida. A su parecer el legislador no puede dictar leyes directas que afecten a la propiedad; empero, puede lograr el mismo objeto aliviando a los propietarios de muchos gravámenes, vendiendo en pequeñas porciones las tierras de que son dueños.

Bien sabido es que el Clero en México poseía enormes extensiones territoriales, que daba en arriendo a los particulares para que las cultivaran o fueran utilizadas en la cría de ganado. Estas propiedades sin circulación habían constituido y constituían un serio obstáculo al desarrollo económico del país. El Doctor Mora fué uno de los primeros que se enfrentó a tan grave problema, luchando con su pluma por la idea de la desamortización. Puede decirse con toda justicia que fué el más notable precursor de las leyes que dos décadas más tarde habían de modificar, tras larga y cruenta lucha, la organización agraria y el sistema político de la nación.

Es grande su respecto por la propiedad y los propietarios; mas no dentro del concepto romano sino del de utilidad social. El siguiente párrafo caracteriza muy bien su pensamiento: "Pero se dirá: ¿El derecho de propiedad no es sagrado e inviolable? ¿No descansa sobre él todo el orden social, y no es la base más firme y ancha de toda la sociedad? ¿Los gobiernos mismos no le deben su existencia, siendo muchas veces víctimas de una revolución provocada por haber atentado contra él?"

Todo esto es cierto, y nadie puede dudarlos; pero no lo es igualmente que los cuerpos políticos tengan un derecho de propiedad, distinto del de la sociedad misma, verdaderamente son más bien usufructuarios que propietarios, es decir, su derecho es más bien el de percibir los frutos de los bienes que se les han consignado que el de disponer de ellos mismos; este último derecho corresponde propiamente al cuerpo entero de la sociedad que puede transferirlo a las comunidades, y recobrarlo cuando lo tenga por conveniente. Si la sociedad o la autoridad pública que la representa, se atreve a violar el derecho de los particulares sobre sus bienes, comete una injusticia y se expone a grandes riesgos; la injusticia consiste en privarlos de lo que no les ha dado; el riesgo, en alarmarlos contra ella por este procedimiento. Pero si sus medidas se dirigen a que los bienes estancados en una comunidad sean enajenados por ella misma, o percibiendo el valor que le corresponde, o reservándose una renta sobre ellos, entonces nada tiene que temer, ni mucho menos puede decirse que procede de un modo injusto".

En cuanto a la propiedad del subsuelo escribe: "La máxima de la legislación española sobre minas era que los que las trabajaban no tenían sobre ellas una verdadera propiedad, sino que debían ser reputados como meros usufructuarios quedando la propiedad por derecho exclusivo de la Corona. De aquí es que los poseedores pagaban el quinto de los productos a favor de ella y eran despojados de la mina en el momento en que, culpable o inculpablemente, cesasen de trabajarla, pues se entendía que se les cedía con esta precisa condición. En México no se da al propietario, como en Inglaterra, posesión de un terreno desde el cielo hasta el infierno sino sólo de la superficie, pues las minas colocadas bajo la propiedad de un particular no se comprenden en ella, y este punto que pide una reforma ejecutiva subsiste bajo el mismo pie que lo dejaron los españoles". Se ve que Mora, miembro prominente del grupo liberal, tenía al respecto la misma opinión que Alalmán, personaje del partido conservador. Es indudable que en uno y otro habían ejercido influencia los principios del Código Civil Francés, redactado por ilustres juristas al comenzar el siglo XIX.

Es tal la importancia que el autor concede a la propiedad privada, que a su juicio el Congreso General debió haber

fijado las condiciones para ejercer el derecho de ciudadanía, excluyendo a los no propietarios, porque éstos no pueden inspirar confianza alguna; y al referirse a este punto concreto dice que la propiedad no es otra cosa que la posesión de los bienes capaces de constituir por sí mismos una subsistencia independiente y desahogada; pero añade que como los medios de subsistir pueden depender del usufructo de fincas o capitales, lo mismo que de la industria de cada uno, se ve claro que él no trata de fijar el derecho de ciudadanía únicamente en los dueños de tierras, sino que por el contrario considera que corresponde a todas las profesiones, puesto que en todas ellas los productos pueden ser tales que lleguen a formar una suerte independiente y una vida cómoda y económicamente decorosa.¹⁹ Llama la atención que el Doctor Mora, uno de los hombres más avanzados de su tiempo en México, negara el derecho de ciudadanía a los millones de trabajadores del campo, y de las poblaciones, precisamente a los auténticos productores de la riqueza nacional, dejando así tan señalado privilegio en las manos exclusivas de los terratenientes, de los modestos propietarios rurales y de la grande y pequeña burguesía.

Considera que los impuestos bajos son fuentes de riqueza para el Erario Público y para los particulares. La habilidad de un hacendista —asegura— consiste en hacer los mayores ahorros y en que los impuestos sean lo menos gravosos posibles. Se declara en contra de los diezmos y aboga por su abolición, porque cree, incontrovertiblemente que es una contribución ruinosa que se cobra sobre el total y no sobre el líquido de los productos, y hace observar que tal gravamen no se limita a los frutos de la tierra, sino que afecta también a los producidos por la industria. Piensa que deben desaguarse las minas, establecerse la libertad de comercio y fomentarse la agricultura a fin de que el Estado, por medio de la contribución directa, sin excesivo gravamen para los particulares y sin el espionaje y las trabas que trae consigo el sistema proteccionista, tenga lo necesario para todos sus gastos, cubra sus créditos y pueda establecer un Banco que liberte, si es posible, de contribuciones indirectas y logre la extinción de la deuda pública exterior, o a lo menos reducirla sustancialmente.

¹⁹ MORA. *Obras Sueltas*. Págs. 291, 294 y 295.

LA HISTORIA TOLTECA-CHICHIMECA*

LA *Historia Tolteca-Chichimeca*, que desde mucho tiempo tenía fama de ser una de las fuentes más importantes para la historia precolombina de México, por fin es accesible para aquellos lectores que no dominan el idioma náhuatl en que fué escrita, ni el alemán, idioma al cual fué traducida en 1937.

La *Historia Tolteca-Chichimeca*, que se publica como primer volumen de la nueva serie "Fuentes para la Historia de México", la integran dos partes: veinticinco preciosas láminas, restos de un códice pictográfico; y el comentario a este códice, escrito por un indígena del pueblo de Quauhtinchan en el Estado de Puebla, en idioma náhuatl, idioma que ese indio de nombre desconocido había aprendido a escribir en alfabeto europeo, como fruto de la primera campaña de alfabetización en México que emprendieron los misioneros del siglo xvi. Mientras que una parte de las láminas del códice original se ha perdido en el transcurso de los siglos, el comentario en idioma náhuatl parece estar completo.

Escrita hace cinco siglos, esta fuente cubre un período de 430 años, de manera que el primer hecho que relata, correspondiente a los principios del siglo xii, tomó lugar hace 830 años. Pero a pesar de remontar a una antigüedad tan venerable, la *Historia Tolteca-Chichimeca* no comienza con hechos legendarios, sino con acontecimientos históricos cuya autenticidad y precisión se puede comprobar en el hecho de que un investigador moderno los ha podido fijar geográficamente en el mapa que acompaña la presente edición. La *Historia Tolteca-Chichimeca* es una valiosa refutación a la absurda idea de que los indios precolombinos de México hayan sido tan ahistóricos como lo es la mayoría de sus descendientes actuales quienes, en cinco siglos de deculturación y transculturación, han perdido lo que era uno de los rasgos más característicos y más básicos de los antiguos pueblos de "Mesoamérica", o sea el profundo sentido histórico que daba un colorido muy especial a todas sus manifestaciones culturales, distinguiéndolas marcadamente de las otras culturas ame-

* *Historia Tolteca-Chichimeca. Anales de Quauhtinchan.* Antigua Librería Roldredo de José Porrúa e Hijos. 1947.

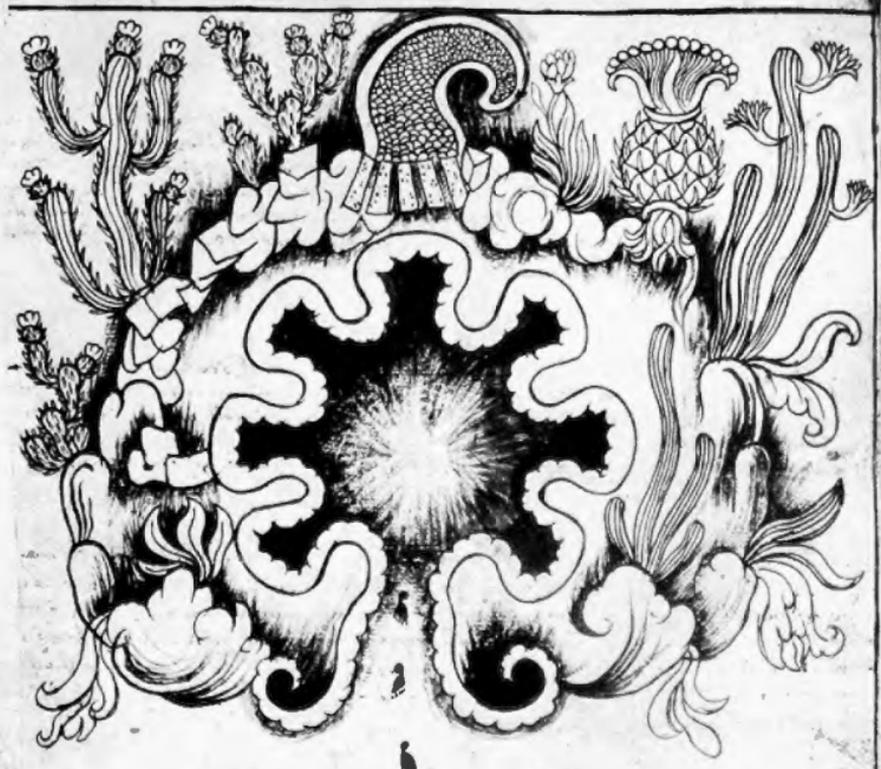
ricanas, incluyendo aún las peruanas. Como se afirma en el *Estudio Histórico-Sociológico*, que en esta edición precede al texto y a las láminas: "Para el indio mexicano, eran históricos sólo aquellos acontecimientos de los cuales podía citar fechas y lugares. Los otros eran mitológicos". En esta fuente, caracterizada por un alto grado de conciencia histórica, aun los acontecimientos mitológicos se hallan conectados con otros de naturaleza histórica que se fijan con precisión en el tiempo y en el espacio. Resulta difícil eludir la conclusión de que de hecho no se trata de acontecimientos mitológicos sino de sucesos históricos que tan sólo han sido reinterpretados mitológicamente.

En cada una de las láminas y páginas de la *Historia Tolteca-Chichimeca* se respira tan inconfundiblemente el aire del pensamiento indígena, que el lector se ve continuamente impelido a hacer comparaciones con otras culturas indígenas que conoce y sobre todo con nuestra propia cultura moderna. Todos los intereses encuentran aquí materia prima: el geógrafo, un rico acopio de datos para la geografía precolombina, todavía no escrita, de los Estados de México, Puebla y Tlaxcala; el historiador interesado en prolongar hacia atrás la historia del país, una cronología detallada y completa, algunas veces en acuerdo y otras en desacuerdo con aquella de otras fuentes; el etnólogo y sociólogo, preciosos datos acerca de las costumbres e instituciones de los Nonualca, los Olmeca, los Tolteca y los Chichimeca; el psicólogo, un rico material que le permite penetrar muy profundamente dentro de los aspectos más recónditos de la mentalidad indígena.

El tema central de la *Historia Tolteca-Chichimeca* es de un interés absorbente para todos los que quieren conocer los grandes lineamientos de la evolución histórica de la humanidad y los procesos fundamentales del progreso de la civilización, pues se trata nada menos del contacto entre dos culturas tan extremadamente distintas y opuestas como lo eran la cultura de los pueblos altamente desarrollados de la meseta central, entre ellos los Olmeca, los Nonualca y los Tolteca; y las tribus semisalvajes del norte de México que llamamos Chichimeca. Cuando la *Historia Tolteca Chichimeca* (el título mismo, combinando los nombres de ambos grupos, indica este tema central) nos narra cómo los Chichimeca comenzaron a civilizarse bajo la tutela de los Tolteca, hasta que por fin llegaron al punto en que supieron escribir historias pictográficas como sus propios maestros, se trata de problemas que rebasan los límites de la historia de México y forman parte de la historia universal de la cultura humana.

Paul KIRCHHOFF.

Uy catom y mo tlaxotla yfolta ca dñi dn meca y me valleray y collinacatapex y m
caquo yfollem. y m maccica y nandavallu. aua y me cauhq y mo xelog y to
lan y m maccica yfollica y me xraydi y nandavalla. y na haa mbllo y tepax
apa y quehualtapes. qm mo xuyhtonaq yfolta ca dñi dn meca.





Historia Tolteca Chichimeca.
Quauhtinchan conquistada por los Tlaltelolcas.

Al dorso:

Salida de los Tolteca Chichimeca de Colhuacatepec
Chicomoztoc (Siete cuevas).

ECONOMIA COLONIAL DE VENEZUELA

“**L**A primera nota que hace de este libro una novedad considerable y plausible, procede de la escasez de monografías de esta clase”, dice el Maestro de la Historia de las instituciones de América, D. Rafael Altamira, en el prólogo al mismo. Efectivamente el aspecto económico de la obra colonizadora de España en América es, sin duda de algún género, el menos estudiado y, por tanto, el menos conocido de la misma. Por eso, el especialista y aun el simple estudioso de las instituciones americanas ha de recibir con agrado y aun en este caso con alegría, obras que, como la del joven historiador venezolano, aumenten la limitada bibliografía de las instituciones económicas, junto a las de Haring—*Comercio y navegación entre España e Indias en la época de los Hapsburgos*—, de Klein—*The Mesta*—, de Hamilton—*American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1351-1500*—, de Hussey—*The Caracas Company, 1728-1784*—, de Girard—*Le commerce français à Seville et Cadix au temps des Hapsburg*—, de Carande—*La economía española en tiempos de Carlos V*—, y a la ya clásica de Colmeiro—*Historia de la economía española*—, obras todas ellas—así como hoy la de Arcila—imprescindibles para el estudio de las instituciones económicas de España a uno y otro lado del Atlántico, pues la historia de las peninsulares está tan unida a la de las que fueron provincias de Ultramar que no se pueden comprender éstas sin el conocimiento previo de aquéllas, y por el contrario muchos aspectos de las metropolitanas requieren tener en cuenta determinados fenómenos de orden económico cuya causa original hay que buscar en los territorios indios.

El autor inicia su obra con el estudio de la hacienda española en el momento del Descubrimiento, y con criterio histórico va señalando los defectos de ésta, distinguiéndolos de los que eran consecuencia de las ideas económicas de la época, en el momento en que son renovadas dando paso a una “economía activa, codiciosa de bienes materiales”, frente a la ética económica que predicaba la iglesia

* EDUARDO ARCILA FARIAS: *Economía Colonial de Venezuela*. Prólogo de RAFAEL ALTAMIRA. Colección “Tierra Firme”. Vol. 24. Fondo de Cultura Económica, México, 1946. X-509 (3) pp.

por boca de Santo Tomás, para quien el rico se hallaba tanto más cerca de la gloria divina cuanto mayor era su desprendimiento. Una de las manifestaciones de esta nueva posición económica es el mercantilismo caracterizado por el intervencionismo y proteccionismo del Estado, cuyas ideas centrales se desarrollan ya en el siglo xv y una de sus consecuencias, "La conquista del oro", según criterio reinante, era la base de la única riqueza, lo que trajo como resultado el enfoque de la política económica hacia el acaparamiento de los metales preciosos y a evitar por parte de la nación poseedora de ellos el que saliesen para territorios extranjeros. Esta política crea contra España la rivalidad de Francia e Inglaterra, mantenedoras de esta doctrina pero carentes de fuentes de donde adquirir el oro y la plata; el único medio fué el de fomentar su comercio e industrias a fin de obtenerlos de manera indirecta mediante una balanza comercial favorable. La industria española, por el contrario, decayó rápidamente, consecuencia, en parte, del exceso de metales preciosos—que entre otros fenómenos produjo la desvalorización de la moneda—; pero dice con gran acierto el autor que "hubiéramos visto seguir a Inglaterra y Francia la misma política, y a España fomentar su comercio y navegación, si dicha riqueza hubiera caído en manos de las primeras". Es decir, en otras palabras, que la criticada política económica de España—tan acremente atacada por todas las naciones rivales y aun por los historiadores de los primeros tiempos de constitución de las nacionalidades hispano-americanas—no es otra que la que siguieron los demás países de Europa en los siglos xv a xviii. Y como confirmación de lo anterior al referirse a la colonización española dice:

"Sin duda alguna la mayoría de los críticos de la política colonial española son notoriamente injustos y parciales al calificarla sólo por sus resultados menos afortunados sin fijarse en lo que tuvo de positivo y bondadoso. Muchos de los críticos contemporáneos parecen olvidarse de la época en que estos acontecimientos ocurrieron, y sus juicios resultan falsos y anacrónicos, pues aprecian los hechos como si correspondiesen al presente momento, y a la luz de las últimas concepciones políticas y sociales".

Termina este estudio previo con algunas consideraciones de la obra colonizadora de España en América, rechazando tanto los tópicos de la que se ha llamado "leyenda negra", como los de la que podríamos llamar "leyenda dorada", esta última representada por algunos escritores españoles y bastantes hispano-americanos, por la que se juzga la acción colonizadora de España perfecta y admirable

con superabundancia de adjetivos como reacción o contraposición a aquélla.

Los capítulos siguientes —II a XIV— son obra toda de primera mano y resultado de investigación minuciosa y paciente en los archivos venezolanos y mexicanos. A esta segunda parte puede aplicarse lo que dice el autor de la obra de Hussey (*The Caracas Company. 1728-84*), "cualquier trabajo posterior, si no aporta nuevos elementos, cosa improbable, no será sino divagación sobre un tema ya tratado exhaustivamente".

Estudia sucesivamente los orígenes del comercio colonial desde el viaje de Ojeda y el posterior de Niño y Guerra —con referencia al comercio anterior entre los pueblos indígenas—; el comercio en los siglos XVI y XVII dedicándose especialmente a los tejidos, moneda, ganadería, cueros, tabaco y cacao; sigue a esto un examen certero de la Real Audiencia, organización, administración, impuestos etc. Dedicó un capítulo al comercio extranjero, representado por los contrabandistas y piratas, ya que éstos, por regla general, agentes de Inglaterra y Francia en la guerra sorda de carácter económico que mantenían con España, eran salteadores, pero su finalidad "no era robar", pues atacaban a las poblaciones sólo cuando las autoridades españolas les negaban licencia para comerciar pacíficamente, cosa a la que a veces, no obstante las prohibiciones de la Corona, tenían que acceder ante la realidad de las necesidades de los pobladores. Que esto era así, por lo menos a fines del siglo XVI, nos lo prueba una carta del contador Ruiz Vallejo escrita al monarca en 1567, pues entre otras cosas nos describe lo que solían llevar los barcos de los bucaneros que tocaban en costas venezolanas, cuando nos habla de que llegaban "muy provehidos de todas mercaderías y aceites y vinos y de lo demás que en la tierra falta", y a esta afirmación se le puede dar carácter general en el área del Caribe, pues conocida es la destrucción de las poblaciones del norte de la Isla Española para evitar el comercio regular que en ellas se mantenía con los holandeses, ingleses y franceses.

El examen de la política del siglo XVIII, con todas las innovaciones introducidas por Carlos III y sus ministros ante las nuevas corrientes económicas imperantes, así como el estudio de la actuación de la Compañía Guipuzcoana, ocupa una tercera parte de la obra, pero aun ésta, tal vez la más conocida de la obra de los monarcas españoles —no por su cercanía a nosotros sino por el interés que la obra pre-revolucionaria del despotismo ilustrado despertó en los historiadores del pasado siglo y aun del actual, por sus ideas

mismas y como antecedente de la independencia de las naciones hispano-americanas—tiene una serie de facetas originales que acaban con el tópicus admitido generalmente de la aceptación incondicionada de su obra.

Capítulo aparte merecen en la obra de Arcila Fariás, la intendencia, el estanco de tabaco, el comercio de negros—lástima que no haya consultado la obra de Scelle para la preparación de este capítulo—y la navegación, con el cual cierra su estudio.

Estudio completo, minucioso, pleno de datos no sólo para el economista sino para el historiador, hecho con cariño a la vez que con seriedad. No ha perdido de vista un hecho sabido, pero de tan sabido olvidado a veces: la historia, en todas sus manifestaciones, la hace el hombre, y en el trabajo de Arcila está presente podríamos decir, desde la dedicatoria: "A la memoria de mi padre, modesto comerciante"... Rectifica errores de Baralt y otros autores tales como el considerar el cacao el primer cultivo explotado comercialmente; la ausencia de navegación entre Venezuela y España; la creencia de que Caracas recibía situado regular de México, etc. . .

Sólo una objeción: es lástima que el autor, dada la amplitud con que ha trabajado su "Economía colonial venezolana", no haya estudiado, aunque fuera brevemente, el factor *población*, de tan enorme interés para la comprensión de los problemas económicos de las que fueron provincias españolas de América.

El libro no es de interés local sino general para el estudio de las instituciones económicas del que fué Virreinato de Nueva España, pues los datos entresacados de la documentación por él utilizada en forma acertada, se refieren tanto a Venezuela, como a Santo Domingo, Cuba y el mismo México, y además, como señala Altamira en el prólogo, logra "despertar la composición de investigaciones de esta... especie y llamar la atención acerca de lo fundamental de ese orden de problemas que toda colonización lleva consigo".

El libro de Arcila Fariás, junto con el de Picón Salas, *De la Conquista a la Independencia*, publicado también en la colección "Tierra Firme", son una muestra de lo que es capaz de hacer el grupo de historiadores jóvenes venezolanos.

Javier MALAGÓN BARCELÓ.

MARTINEZ ESTRADA, UN RENOVADOR DE LA EXEGESIS SARMIENTINA

LA aparición de un estudio de Ezequiel Martínez Estrada sobre Sarmiento constituye, por varias razones, un acontecimiento de importancia en la vida literaria argentina, y acaso trasciende sus límites para alcanzar repercusión en otros ámbitos. Si el autor es, sin duda alguna, una de las figuras más importantes de nuestras letras, el tema es de los que interesan más profundamente a los argentinos, y acaso ahora más que nunca por las resonancias que suscita. Ya, a pocos meses de su aparición, el público y la crítica han dado testimonio de que reconocen la trascendencia de la obra, y hasta se descubre en alguna crítica airada contra él que verdaderamente toca el fondo del problema argentino.

Quizá fuera difícil —y fuera de lugar— precisar aquí los términos de lo que llamamos el problema argentino. Como toda colectividad nacional, y sobre todo, como toda colectividad nacional de origen aluvial, heterogénea y de caracteres indecisos, la argentina suscita en sus miembros más responsables dramáticos interrogantes acerca de sus peculiaridades, sus tendencias y, sobre todo, su destino común, que en tan larga medida compromete el destino individual de quienes la forman. En el transcurso de algunos decenios de reflexión sobre el problema, ha llegado a formarse sobre él un repertorio de ideas con el que es frecuente que se satisfaga el hombre medio argentino, seguro de que le bastan para guiar su acción y su reacción frente a la sociedad en que vive. Pero el problema revela a cada paso su complejidad, se yergue contra las explicaciones simplistas, y, poniendo de manifiesto que subsiste como tal problema, vuelve a atraer hacia sí la reflexión de quienes se resisten frente a un conformismo que parece suicida. Para un argentino de buena fe, el meditar sobre la realidad de su país, cualesquiera que sean su vocación y el género de sus estudios, parece ser un deber moral; y este deber adquiere, sin duda, más urgencia entre quienes se dedican a escribir, porque el escritor practica cierta militancia que lo induce a proclamar sin reticencias su verdad, sobre todo en cuanto atañe al destino de la colectividad. Este ha sido el caso de más de uno de nuestros mejores

escritores, poetas o novelistas de definida vocación, en quienes, sin embargo, se ha insinuado una acentuada tendencia hacia el análisis sociológico que los desvía hacia el ensayo. Y si el propio Sarmiento fué antaño prueba de esto, Martínez Estrada lo es también, y hoy adquiere su caso el valor de un ejemplo significativo.

Para muchos lectores, Martínez Estrada es solamente el autor de la *Radiografía de la Pampa*, aquel libro denso y profundo, aparecido en 1932, en el que el autor diseccionaba la vida argentina con excepcional maestría y ponía a la luz la naturaleza íntima de lo argentino en sus aspectos más característicos. Empero, Martínez Estrada era —y acaso sigue siendo por sobre todo— un poeta, un poeta de visiones profundas y de vibrante voz, en el que lo poético alcanza una altísima expresión lírica. Y constituye un hecho curioso de nuestra literatura que este poeta haya sentido un día la urgencia íntima de enfocar su claro entendimiento sobre la proteica realidad argentina, para darnos luego, como fruto de su meditación, un libro que es, al mismo tiempo, examen de conciencia, confesión y plegaria.

Tanto en *Radiografía de la Pampa* como en *La cabeza de Goliat* —una especie de radiografía de Buenos Aires—, estaban ya de manifiesto las notas peculiares de la actitud intelectual de Martínez Estrada. En cuanto observador de la realidad que lo circunda, podría definírsele como el hombre de la verdad, para quien no hay razones circunstanciales ni convencionalismos que justifiquen el ocultamiento de lo que descubre su fervor. A veces esta obsesión de la verdad lo hace aparecer como un espíritu abismado en un irremediable pesimismo; pero la apariencia es engañosa; solamente en muy pequeña medida su pesimismo es negativo, porque está convencido de que la verdad constituye el único puntal para el fortalecimiento de la esperanza. Ya lo decía en la página postrera de su *Radiografía*, cuando señalaba con amargura la irrupción de una realidad deliberadamente ocultada a la conciencia nacional: "Tenemos que aceptarla con valor, para que deje de perturbarnos; traerla a la conciencia, para que se esfume y podamos vivir unidos en la salud".

Esta obsesión de indagar y confesar verazmente cuanto nos concierne aparece otra vez ahora presidiendo este análisis de Sarmiento y de la Argentina que acaba de ver la luz.¹ Libro intenso y dramático, a veces su verdad se precipita como un torrente y el lector apresurado puede creer que, más que ideas, predominan en él sentimientos irre-

1 EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA: *Sarmiento*. Editorial Argos, Buenos Aires, 1946.

primibles. Pero quien lea atentamente —y sobre todo quien acepte el consejo de leer dos veces— descubrirá muy pronto la sólida estructura de pensamiento que se esconde tras el soliloquio apasionado y aun tras la digresión sólo aparentemente ocasional. Como para Sarmiento mismo, un hombre es, para Martínez Estrada, el más fiel reflejo de la colectividad argentina; y este hombre, frente a la Argentina de hoy, es Sarmiento mismo. Por eso el libro sobrepasa el alcance que promete su título y divaga por el problema de la Argentina y de su figura ejemplar, enriqueciendo sus aguas con las observaciones desgajadas de la realidad por donde cruza, sin que su curso se torne caprichoso ni se enturbie su linfa.

Una vez más, Martínez Estrada aspira a ofrecer una interpretación de la Argentina, en esta ocasión utilizando como espectro para su diagnóstico la figura multiforme —y contradictoria, como él demostrará— de Sarmiento. Si empresas de tal índole encierran siempre inmensas dificultades, las había aún mayores en este caso porque el objetivo del autor es, exactamente, interpretar la interpretación que Sarmiento hizo de la realidad argentina, con el agregado de un análisis de la acción que, como hombre de estado, realizó partiendo de las premisas que había sentado como sociólogo. Podría definirse aquel objetivo —a mi juicio— como un examen de las contradicciones de Sarmiento, destinado a poner de manifiesto la contradicción intrínseca de la realidad argentina. La empresa era ardua tanto por las dificultades conceptuales como por las puramente metodológicas; y aunque pueda disentirse en algún aspecto de su juicio, deberá reconocerse que Martínez Estrada ha estado a la altura de la compleja misión que se propuso. Del libro se desprende un Sarmiento más recio aún y más rico en humanidad que el que nos ofrece su imagen algo convencional ya, gigantesco en su palpitante verdad tanto como en su honrado error, y padre de la verdad y del error que se funden en el alma de nuestra Argentina de hoy, obra suya en gran parte y contradictoria como él. Ciertamente, nadie de buena fe podrá increpar a Martínez Estrada por haber señalado en el maestro los errores a que el amor lo indujo, porque nunca brilla más alto en él su amor y hasta su genio gigantesco que cuando quiere, aun errando, sacudir el edificio de la realidad que lo circunda, para elevar de nuevo sus muros con más adecuada arquitectura. Su error pareció a Sarmiento su profunda verdad, y la ulterior comprobación del error —de ser cierta la tesis de Martínez Estrada— en nada disminuye la grandeza de su pensamiento y de su acción. En cambio, queda en pie la fuerza constructiva de la

verdad, capaz de suscitar, tras nuevo examen, una nueva acción nutrida de promesas. Y habrá que reconocer, a su vez, a Martínez Estrada, esta afirmación de que sólo de la verdad puede esperar la Argentina la corrección de su destino contradictorio.

SARMIENTO es, para Martínez Estrada, la Argentina misma: "En verdad, la relación que hay entre la mentalidad y la sensibilidad de Sarmiento y los fenómenos de la vida nacional es tan íntima, que los problemas de educación, gobierno, justicia y libertad que él analiza, no difieren de sus mismos problemas de conciencia. Su personalidad entera resulta el mapa viviente y la encarnación mesiánica de su país en un hombre". Es este hombre, por sus valores intrínsecos y por su significación paradigmática, el que Martínez Estrada quiere traspasar con su análisis para desentrañar de él la revelación de nuestro sino. De él mismo le interesa su carácter, el curioso mecanismo de su adecuación —y su inadecuación— con respecto a la realidad circundante, su método interpretativo de esa misma realidad y su peculiar perfil de escritor. Y de él mismo en cuanto espectro para analizar y discernir la naturaleza de la vida argentina, le interesa su interpretación de la sociedad, la discriminación de sus aciertos y sus errores, el examen de lo que legó al país como hombre de estado y como publicista, y la reacción que en el propio Sarmiento, ya anciano, produjeron los primeros resultados de la política que postuló. Intentemos seguirlo en este largo y accidentado itinerario.

Ante todo, Sarmiento es un extravertido: "Rara vez —dice— ha examinado Sarmiento su interior, que hasta la hora de su muerte es muy posible que le haya resultado absolutamente una tierra incógnita. El estilo de sus escritos y los temas que forman las preocupaciones todas de su vida nos dan la certidumbre de que no tuvo tiempo de vivir para sí; y que no tuvo tiempo precisamente porque no estaba organizado para la meditación sino para la acción". Prevalecía en él, en efecto, la voluntad ciclópea, y en la acción se manifestaba de manera suprema porque "lo más grande en él no es lo que piensa sino lo que quiere". A veces se sentía un inspirado, y Martínez Estrada descubre en él la intensa resonancia de cierto *daimon* contra cuya voz "tampoco podía él nada". Esta voluntad lo movía a dirigir, y esta dimensión de su carácter explica, para Martínez Estrada, toda su política y, particularmente, sus preocupaciones educacionales. Pero quería dirigir para transformar la realidad, y, en consecuencia, sólo estimaba

lo que adquiriría importancia en el campo de la práctica, lo que resultaba eficaz. Partía, para dirigir a ciencia cierta, de una concepción de la realidad que le parecía indudable, y ese diagnóstico acerca de la sociedad argentina, de su naturaleza y de sus males, constituye su título mejor. Aquí advierte Martínez Estrada el secreto de su verdad y de su error, secreto de cuya revelación derivará el justísimo diagnóstico de su personalidad y el no menos preciso diagnóstico de la realidad nacional.

Martínez Estrada justifica y aprueba el método de Sarmiento para afrontar el problema de comprender la realidad argentina, que consistía en explicarla por medio de los individuos más característicamente representativos. "La identificación de historia y biografía fué un hallazgo proficuo y esa es la forma desde entonces más aproximada para enfocar los problemas de nuestra inefable realidad". Este método es el que Sarmiento utiliza en la mayor parte de su obra y especialmente en el *Facundo*, libro cuyas características analiza Martínez Estrada con inusitada hondura en un capítulo de su obra. Dejemos de lado las sugestivas observaciones que hace sobre el literato que había en Sarmiento y señalemos las que dedica al fondo del problema. Analizado desde el punto de vista de la captación de la realidad que entraña, el *Facundo* le merece el más alto elogio: "La verdad simple —dice— es que no tenemos sino el *Facundo*, como obra de sociología del país en todo el siglo XIX, y que si hoy se nos ofrece con una actualidad tan viviente como hace un siglo, es por dos circunstancias: porque no se ha hecho nada —excepto alguna obra reciente— que lo supere como calidad literaria ni como visión profunda de los órganos internos de la realidad, y porque esa realidad profunda, la de los órganos internos, no ha podido ser saneada, curada, por falta de su examen radioscópico y de un diagnóstico veraz. Son los que se benefician con la mentira y con la confabulación del silencio, quienes entienden que *Facundo* no es historia ni sociología, sino novela de costumbres ignorando además que justamente la novela de costumbres es la historia y la sociología verdaderas. Y no solamente es *Facundo* historia, sociología y novela, sino la primera obra en que se plantea el problema central y capital de la dicotomía y la ambivalencia de la historia argentina". Lo que separa Sarmiento en este proceso dicotómico —es bien sabido— son esos dos complejos que él oponía en las expresiones "civilización" y "barbarie". Martínez Estrada reconoce el profundo valor que, como punto de partida, posee esta observación de Sarmiento; pero a partir de allí recomienza el análisis

y alcanza algunos resultados que autorizan a hablar de una revaloración no sólo de la figura misma de Sarmiento, sino también de su política y de sus consecuencias, visibles en la Argentina de hoy.

En efecto, Martínez Estrada se afirma en la tesis de que existen dos tradiciones argentinas, que él identifica como la de la colonia y la de la revolución. En cierto modo, esas dos tradiciones coinciden con lo que Sarmiento llamaba "barbarie" y "civilización"; pero Martínez Estrada señalará múltiples matices en la significación de cada uno de esos conceptos que Sarmiento no discriminó, y de cuyo equívoco debían derivarse las más graves contradicciones de su pensamiento y de su acción. En primer lugar, plantea Martínez Estrada el problema de fondo de la legitimidad histórica de esas dos tradiciones. Si, en el plano de las preferencias personales, repudia categóricamente todo intento de restauración de lo colonial y exalta la tradición de la revolución de 1810, como sociólogo advierte que la tradición colonial estaba muy lejos del aniquilamiento después del movimiento revolucionario y comprueba su posterior y reiterado florecimiento. En rigor, su crítica más firme al sistema de ideas de Sarmiento proviene, precisamente, de que ha querido dar por aniquilada una tradición que poseía fuerza suficiente para sobrevivir y retoñar, y ha querido superponerle, sin destruirla verdaderamente, una capa de formas civilizadas que, no pudiendo tonificarse con contenidos adecuados, sirvieron, a la larga, sólo para fortalecer y legitimar los elementos de la tradición colonial y contrarrevolucionaria. "Dicotomía —dice— significa no rivalidad sino avenimiento de dos fracciones que perviven con la misma fuerza lógica y con la misma fuerza natural de hechos históricos auténticos: la historia colonial y la historia republicana. Dicotomía es la misma guerra civil en paz, con medios pacíficos. Es bien perceptible en la obra de Sarmiento la noción clara de este fenómeno, pero incurre en el error de creer que la historia auténtica argentina sigue la dirección impresa por sus prohombres y que la historia colonial, supuestamente concluida, sólo aflora a la superficie de los acontecimientos por la esporádica reencarnación de sus viejos ideales en los caudillos, militares o gobernantes, cuando estos son los signos precarios de aquel *status*".

En segundo lugar, señala Martínez Estrada el error que ese falso planteo introduce en la orientación de Sarmiento como hombre de Estado. Si la colonia era para él España, y si Sarmiento repudiaba en España a la colonia, no acertó —dice— cuando favoreció la introducción de las influencias de Inglaterra y de los Estados Unidos en el país, en las que ve fuerzas nefastas orientadas hacia el mantenimiento

del orden colonial en América, que se ejercerían luego a través de Italia y de la misma España. Esta observación, nada superficial, por cierto, aunque adolezca de utopismo, lleva a Martínez Estrada a un interesante análisis de la situación actual de Argentina y de las posibilidades—harto escasas, a su juicio—de abrir nuevas rutas en el país mientras perduren esas influencias.

Finalmente, procura ordenar con rigor lógico los signos que se advierten en el pensamiento de Sarmiento anciano acerca de su propia política y la de los hombres que compartían en alguna medida su ideario liberal. También en Sarmiento advierte un terrible pesimismo acerca del destino americano—que Martínez Estrada compara con el de Bolívar en sus últimos tiempos—, que termina de dibujar la compleja fisonomía con que Sarmiento pasa a la posteridad. Se habló de su "locura", y aquella locura aparece a través de las páginas de Martínez Estrada como la más alta expresión del genio veraz y contradictorio del maestro. Si algo lo caracteriza en sus relaciones con la sociedad que lo circundaba, fué el ser un incomprendido y un desterrado dentro de su país. "Sarmiento no encontró ni entre sus admiradores quien lo entendiera, y esta es la más triste manifestación de la más real extranjería. Además de un hombre en el destierro, fué un hombre en la soledad". Ni la incomprensión ni el destierro constituyen, en su caso, hechos episódicos. Si fué un incomprendido es porque la realidad que él condenaba y suponía en su juventud aniquilada estaba todavía vigorosa y daba la tónica espiritual del país. Y por eso fué un desterrado, él como todos los hombres que encarnaban los ideales de la revolución y luchaban por imponerlos. Un profundo dolor suscita en Martínez Estrada esta figura recia de atleta caído, víctima de fuerzas oscuras que no podía concebir su espíritu orientado hacia el bien.

Acaso hubiera sido más feliz si, en lugar de concebir la vida "como una milicia", hubiera seguido lo que Martínez Estrada considera que constituía su propio destino. Vivió para el cumplimiento de un deber que se había trazado desde niño: "Sentimiento universal, el suyo, que le hace considerarse responsable en cierto modo de la educación, la felicidad y el destino de su pueblo. Sentimiento tan irracional y hondo que nada puede identificarlo tanto con la abnegada y heroica misión de la madre, sino la que él padeció y sobrellevó por su país. Las virtudes que celebra en la madre son correlativas de las suyas propias en su condición de ciudadano. Todo aquello que le faltó a Sarmiento en su vida, él lo convirtió en un ideal, y en ese ideal acumuló la firmeza de su carácter, la integridad de su honra-

dez y la pujanza de su inteligencia". Movido por este sentimiento, vivió para su país y quiso hacer cuanto creyó necesario para transformar el ambiente en que se había formado. "No quiso resignarse a ser lo que debió haber sido: un escritor, un pensador, y sus yerros y sus desdichas se originan en que no sólo se obstinó en no obedecer a su propio destino, sino en menospreciar todo obstáculo, aun los que su propia naturaleza ponía en su sendero".

He aquí, a grandes rasgos, el Sarmiento y la Argentina que entrevé Martínez Estrada. Acaso podría objetársele que subestima los elementos positivos que hay en la acción de Sarmiento y de los hombres que compartían su ideario. Quizá pudiera señalarse también que tal vez atribuya demasiada vitalidad a lo que aún sobrevive de la tradición colonial y que no aparece en su cuadro el saldo favorable que deja la transformación operada en el país en los últimos cincuenta años. Pero, en todo caso, su imagen posee una lógica interna innegable y su interpretación es convincente, porque hay en ella un fuerte y saludable sabor de verdad. El lector encontrará en Martínez Estrada un discípulo digno del maestro, sincero como él en el acierto y en el error. Y quien crea que todo es pesimismo en él y que su amargura sólo conduce a la inacción, medite sobre estas hermosas palabras con que cierra el capítulo quinto de su libro: "El siglo XX, que algunos profetas pronosticaron que sería el de Suramérica, ha resultado el de la suramericanización de Europa. ¿Estaría conforme Sarmiento con el actual *status* social del mundo? De ninguna manera. Su congoja sería infinita. Habría sollozado sobre un mundo así prostituido precisamente por los directores técnicos del progreso, de la moral y de la justicia; pero habría esperado otra vez en la resurrección del hombre y en la redención de los pueblos. ¿Qué más remedio? Tal es la historia. Y tal era su confianza en el país, la que ahora hay que sostener para nosotros y para todos: la posibilidad de que pueda constituirse un *status* de cultura que arroje de su seno a los que, como las bacterias, crean el medio infeccioso indispensable para su propia vida, las condiciones sociales de ajuste de sus personales *status* con el *status* social. Para su propia vida; no la de sus hijos, sacrificados ya". Hay amargura, sí, en sus palabras, pero vela tras ella una esperanza indestructible que sólo se nutre de verdad y confía en su triunfo.

José Luis ROMERO.

Dimensión Imaginaria

VILANO AL VIENTO

Por *Enrique GONZALEZ MARTINEZ*

Mi deseo se alarga para verte
¡oh, tiempo ido y nunca recobrado!
y enciendo el viejo sol —hoy eclipsado—
con los pálidos cirios de la muerte. . .

Tiemblo en el bosque donde se perdía
mi inocencia de ayer y donde ahora
ni canta el viento ni la fuente llora
ni habla la noche ni despunta el día. . .
En un ambiente gris, voces de otrora
rezan bajo una cúpula vacía.

¿A dónde voy? ¿Qué engañadora estrella
trazó mi rumbo y ordenó mi viaje?
¿Quién pobló de preguntas el paisaje?
¿Qué racha funeral borró la huella
del absurdo camino que yo traje?

Este febril ardor inextinguido
por desgarrar la niebla del profundo
misterio de los astros suspendido,
¿quién me lo dió, de qué lejano mundo
se fugó mi inquietud y a qué ha venido? . . .

¡Oh, duda, compañera
de tantas aventuras insensatas,
de tantas prisas, cuando nadie espera
en el pavor final de la carrera! . . .
¿Por qué tan sólo hieres y no matas?

Me cobijo en el manto de mi sombra;
con ella voy porque la siento mía
y es mi destino caminar sin guía
sobre los cardos de la misma alfombra
que fué de rosas y de musgo un día.

A tientas voy. . . Pero mi propia mano
pugna y se crispa por rasgar la venda. . .
Y lanza mi canción —como el vilano
esparce en los zarzales de la senda
sus gérmenes de amor— un grito humano
para que alguien lo escuche y lo comprenda.

13 de marzo de 1946

VIDA EN DERROTA

CUANDO llegó la hora de aquel día,
quise mirarme y ver todas las cosas
de la eterna ilusión que llamo mía
—los luceros, las nieves y las rosas,
y las blancas y negras mariposas
del pensamiento y de la fantasía—.
Y presa de mi asombro
—la alforja de torturas en el hombro—,
vi que todo en el aire se perdía. . .

¡Oh, huerto de mis horas! . . . Triste infancia,
adolescencia gris, juventud loca
que sin medir ni tiempo ni distancia
como potro salvaje se desboca. . .
Vejez, árbol escueto y sin fragancia,
¿qué frutos rindes a la hambrienta boca?

¡Brevas de mal y pomas de ignorancia!
Yo, que en todo lo grande y lo pequeño
pensé encontrar un alma florecida
y ser del mundo de las almas dueño
para forjar un sueño de la vida
y convertir en realidad el sueño,
hallé que en el azul de la corola
y en la fácil corriente que murmura,
el sueño huía, y en la selva oscura
mi vida estaba sola. . .

Desnudo estoy como en lejano día
cuando del alma en la impoluta cera
ni emoción ni deseo se imprimía,
cuando mi corazón nada sabía
y la inconsciencia de los años era
la única cosa ciertamente mía.

Arroyo que cantabas a mi vera
y trenzabas tus hilos en mi canto,
¿qué fué de mi soñada primavera? . . .
¿Lo sabes tú, providencial viajera,
tú que me asistes con sonrisa y llanto
en el trance final de la carrera?

QUID PRODEST?...

¿QUÉ me vale el dolor si no hay enmienda?
 ¿Qué, si no me levanto, la caída?
 ¿Qué el abrojo en la frente, si la herida
 resuda sangre al arrancar la venda?

¿Qué vale cabalgar sobre la senda
 si hay que volver al punto de partida?
 ¿Qué dar alas al potro de la vida
 si hay un pavor que tira de la rienda?

Codicio el bien, y cuando ya lo toco,
 ni el don alcanzo ni el esfuerzo dura
 y desando el camino poco a poco.

¿Qué valen el vaivén y la tortura
 si escapo del suplicio de estar loco
 y retorno al cubil de mi locura?

13 de febrero de 1946

SIGNO ERRANTE

DE un Aries tormentoso bajo el signo,
 con influjo de Géminis y Acuario,
 peregriné por tierra, mar y viento,
 y estoy vagando aún por los espacios,
 con los brazos en cruz, como si fueran
 las alas de un avión atormentado.

Nunca pidió clemencia la fatiga
del éxodo sin fin y sin descanso.
Oí cantar, y entre maleza y fronda
seguí la voz —¿qué voz?— y ensayé el canto. . .
Ignoro si eran pájaros del cielo
o el viento entre los pinos y los álamos.
Seguí el grito nocturno que resuena
como una vocación desde lo alto,
y comulgué con panes y con peces
que para mí multiplicó el milagro,
y otro mágico pez, el de Tobías,
curó mis ojos de ceguera y llanto. . .

No me asusta viajar como el profeta
en el oscuro vientre del cetáceo
si he de llevar mi verbo a lo más hondo
del mismo mar que me escondió en sus antros,
si el coro de sirenas y delfines
tiembla de amor ante mi propio canto,
si peces mudos y frenados vuelos
aguardan mi regreso y mi presagio,
¡si al vomitarme el monstruo a la ribera,
me asalta la avidez de mis hermanos! . . .

29 de marzo de 1946

EL PENDULO

CON las angustias que no olvida
y los júbilos que recuerda,
de la madeja de la vida
el alma ha trenzado una cuerda
que la mantiene suspendida.

Péndulo de rara tortura
y de rítmico sobresalto,
en un vaivén que ha tiempo dura,
ni se abisma en súbito salto
ni se hace dueño de la altura.

¡Si pudiera romper yo mismo
esta burla de mi deseo,
este ominoso balanceo
de ser Tántalo del abismo
y encadenado Prometeo!

¡Sol o tiniebla, hielo o lumbre,
rayo celeste o letal onda,
elevación o pesadumbre
que me liberte o que me esconda
de esta implacable incertidumbre!

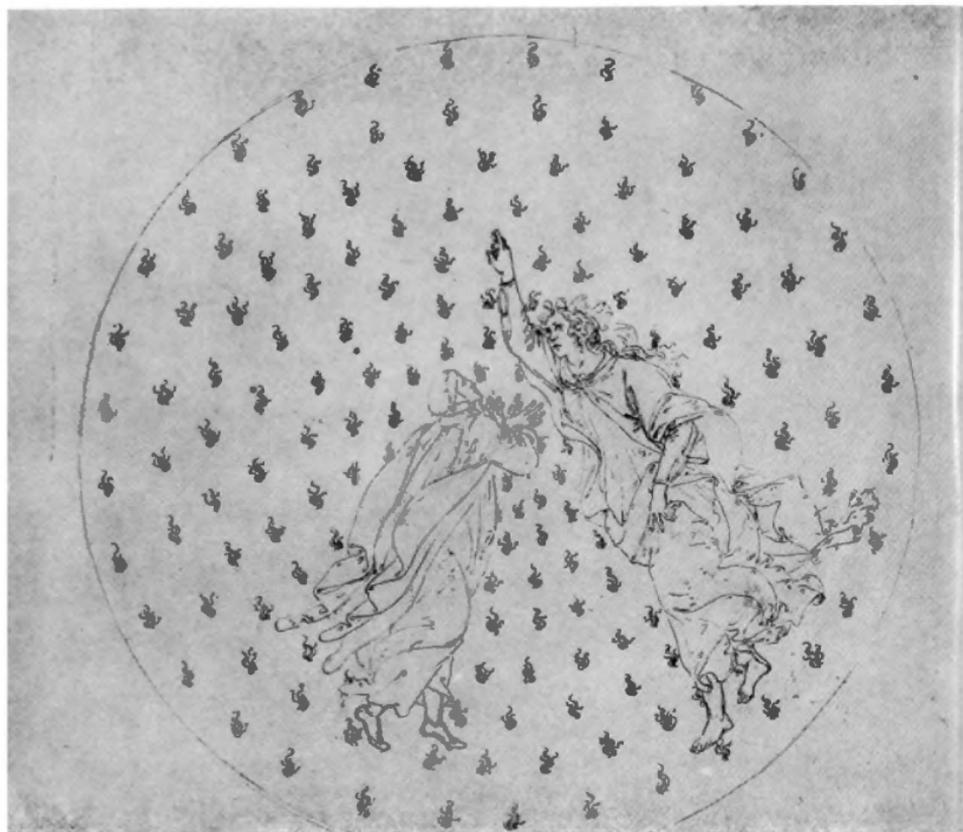
Con la cuchilla de mis dientes
o las tenazas impacientes
de mis manos ¿cortaré un día
estas amarras de serpientes
bajo la bóveda vacía? . . .

¡No me importa quemar el ala
que al fuego olímpico me lleva
o perder el pie que resbala!
¡En la inquietud que me subleva,
sólo persigo, buena o mala,
la emoción de una vida nueva!

8 de mayo de 1946



LEONARDO. Leda y el cisne. Cópia, de G. Bugiardini?



BOTTICELLI. Ilustración para El Paraíso de La Divina Comedia.

SUEÑOS DE FIEBRE

A mi alcoba de enfermo
la calle se asomó por la ventana
y me miró con la mirada anónima
de aquel informe cruce de fantasmas,
de seres que ni vimos ni veremos,
de gente que por siempre será extraña,
de la que por los siglos de los siglos
estará de nosotros apartada. . .

Yo estaba solo, solo,
en el suelo la máscara,
abierto el corazón ante mí mismo,
sin un afeitado el alma,
todos mis sueños revolando en torno
—negros vampiros y palomas blancas—,
los sueños que saqué de las cavernas
y los que hice bajar de la montaña. . .

Jugaban junto al lecho mis sentidos
con un impuro retozar de cabras.
Miré mi vida pecadora y triste
tendida en el colchón como una llaga,
y tuve miedo de mostrar lo único
que se oculta en el fondo de la entraña,
la palabra secreta, la que el hombre
para la hora de la muerte guarda. . .

Me sentí solo y me sentí desnudo
como un Adán tras la primera falta. . .
Cerré las puertas y me hundí en la sombra
como quien se arrebujaba entre las sábanas.

VOCACION

ECHADO estaba yo sobre la fuente
donde la sed del pájaro se posa,
sin más afán que deshojar la rosa
en el cristal azul de la corriente.

Iba mirando distraídamente
de pétalos la fuga silenciosa,
y el alma era una joven mariposa,
ala sin trino y júbilo inocente.

De pronto, oí la voz... Sentí la herida
del rayo sideral, la ustoria llaga
que para siempre conturbó mi vida.

Y me lancé a cantar... Y con la daga
en la mitad del corazón hundida,
ni el canto cesa ni el ardor se apaga.

24 de marzo de 1947

Del próximo libro:
VILANO AL VIENTO.

LA MUSICA COLGADA*

Por José MORENO VILLA

CALIDAD DE LA DADIVA

Mi pan no te lo doy para mirarlo.
No es esto que te doy joya ni encaje;
es pan de trigo nada más, sin mieles,
mantequilla ni queso; no es un bollo.

Es pan trigueño, que nació de espigas
ardientes y saqué del horno mío;
al amarlo me privé de hacerle
adornos en relieve, filigranas.

Lo amaso y lo conformo como rueda
que ha de rodar de mano en mano hermanas
hasta cumplir misión casi de hostia.
Miga y corteza tiene, y su cochura
es la que debe ser, que no hay pan bueno
si al morderlo no sabe un poco a hombre.

LOS CAMINOS REALES

No de los reyes, de la realidad.
Por ellos quiero ir, largos y firmes,
empinados a veces, fatigosos
hasta llegar a los altivos puertos.

* Posible título de un libro.

Anchos y rectos, como allá en Castilla,
donde la luz y el viento crean locos;
sinuosos y verdes y sombríos
en Galicia, en Asturias, en Vizcaya,

y, en general, donde la altiplanicie
busca de golpe el mar, ese nivel
del agua eternamente removida.

Por los caminos reales quiero ir,
proseguir, mejor dicho, al horizonte
perfecto de la mar, fin del camino.

¿QUE TAL AHORA?

TE he regañado, amor; las hojas verdes
temblaron sorprendidas por el aire.
Nada hay feliz en su quietud, la vida
pasa de ser animación a lucha.

Me duele más que a ti la reprimenda.
Sé que tu condición es quebradiza.
Sé que soy duro cuando no soy blando
y sé que el ventarrón aja las flores.

Pero, ¿qué tal ahora? Ve mis manos
acercarse a tus hombros; ve mis ojos
viniendo desde allá, desde mi alma,

con un velo de lágrimas rientes.
Ve cómo el huracán se torna brisa
y se desmaya ante tu plenitud.

EL VIENTO COMO PRETEXTO

ESTE viento de Agosto que es sol atomizado,
me quema el alma y quema los últimos rebuscos.
Recógete, cuitada; sí no vale pensar,
por encima del viento levanta tu albedrío.
Sí, no te ruborices, lo nuestro es sólo nuestro;
y ni las altas nubes ni el sembrado de estrellas
pueden contra el poder del instinto embriagado.
¡Levántate, cuitada! Más cuitado que yo
nunca se vió en terrenos del orbe ni la historia.
Sí. Somos y seremos los cuitados de siempre;
los que nunca ganaron, los que siempre perdieron;
pero también aquellos que bajo su pobreza
calentaron el cuerpo y el alma de la idea,
de esa que baja en vuelo de la comba celeste.

II

EL viento, el codicioso, no mira la distancia;
busca la meta larga, distante, que no ve.
Yo no sé quién me puso tal codicia en el alma;
sólo sé que comprendo la furia de la flecha.
Dentro de su furor deposito algo tierno
que sobrepasa muros. Va por tí, para tí.
¡Acógelolo! ¡Acarícialo! Envuélvelo en tu vaho,
en el olor caliente de tu seno de madre,
en el calor fragante de la carne que vive;
y, después, cuando el viento vencido se recuesta,
cuando ya las estrellas de la noche se asomen
a ver nuestra pequeña muerte de cada día,
tú, arrebuja en linos, ensaya una plegaria
que sucne, más o menos, a salmodia en oboe.

LAVANDERAS

BRAZOS fuertes, manos rubias
entre las blancas espumas
y el agua en fuga. . .

Lavanderas del río,
que convertís lo sucio en limpio
y lo hediondo en sol cautivo;

afanadoras de limpieza,
sacerdotisas de pureza,
arrodilladas ante el agua eterna;

decidme, ¿por qué no tenéis
hermanas gemelas en este
mundo interior, falto de higiene?

Unas hermanas lavanderas,
que nos dejen como patenas
las entrañas con que se piensa.

Unas hermanas que metiesen
en vivas espumas mordientes
los corazones inclementes

y, luego, corazones y espumas
sumergiesen en el agua pura
de la vida que corre a la tumba.

Porque, la vida sin miserias,
sería un río de complacencia,
un musical pasar de planeta.

Lavanderas, en esta mañana
de cristal e infinita esperanza,
lavadme este miedo del alma.

Llevad al río mi desdicha,
un jirón de melancolía
que nunca limpio de mi vida.

Enjabonad mi desaliento;
que lo arrastre el jabón en sus flecos
y lo queme el sol bueno.

Restregad en la piedra asperón
esta miserable ilusión
que me viste de sol a sol.

Lavanderas de las rubias manos,
lavanderas de los fuertes brazos,
restregad esta venda de espantos,

este cinturón de fantasmas
y esta camiseta de llamas
tejida por el dios de la fragua.

YO DETESTO

Yo detesto las rosas;
una rosa, me encanta.
Yo detesto los árboles;
pero un álamo, un chopo,
un níspero, un olivo
son como gente mía.

Yo detesto las piedras;
pero el agua marina,
la esmeralda, el topacio
y el profundo zafiro
son almas misteriosas
que agrada sondear.

Yo detesto la música;
pero este cante jondo,
esta copla que es mía
desde todos los tiempos
esta copla que llora
cantando, y se canta
gimiendo, es de mi sangre;
se llama Soledad.

TEATRO Y CINEMATOGRAFO

CONVERGENCIAS Y DIVERGENCIAS

Por *Xavier VILLAURRUTIA*

Los anglosajones usan una sola palabra para nombrar las diversas formas del arte teatral. Esta palabra no es otra que la que usaron los griegos para significar un hecho, un suceso. Drama (dráoo) quiere decir algo "hecho" o "ejecutado". Las dos sílabas de la palabra *drama* concentran las formas artísticas por medio de las cuales un autor—un poeta—presenta una historia, es decir, un suceso real, o imaginario, por medio de personajes que se expresan a través de la acción y del diálogo, pero de manera tal que pueda ser vuelta a presentar, representada, por medio de actores y ante un público.

El poeta lírico canta para sí o para un público invisible las más de las veces. El poeta que dispone su obra de manera que sólo a través de la representación por medio de actores y frente a un público real alcance su último propósito, se convierte en un poeta dramático.

No obstante que ambos se proponen contar, desenvolver una historia, la diferencia entre el novelista—el poeta épico moderno—y el poeta dramático, reside en que el novelista escribe para presentar hechos y personajes que usan o no el diálogo, en tanto que el poeta dramático presenta hechos y personajes y usa el diálogo en forma tal que su obra sólo alcanza la vida, la corporeidad y la realidad artísticas, en virtud de la representación por medio de actores.

Podemos decir que la tarea del novelista termina al mismo tiempo que concluye su obra. En cambio, el autor dramático, en el momento de terminar su obra escrita, no hace sino proponer idealmente y posponer la realización de su obra hasta el momento en que los actores habrán de prestarle, frente a un auditorio, la animación sin la cual la obra dramática no es

—en el texto— sino una obra latente, lo que equivale a decir que no se manifiesta exteriormente, o, dicho de otro modo, que permanece oculta, como una veta preciosa en el interior de una mina, esperando a quienes habrán de sacarla, de la oscuridad voluntaria en que se halla, a la luz que, nunca como en este caso, podemos llamar la luz pública.

El solo hecho de que el poeta concibiera y escribiera su obra con el designio de que fuera representada ante un público por medio de actores, dió lugar al nacimiento de una forma artística que si bien se instala dentro de las artes que se desarrollan en el tiempo, como la poesía y la música, también se instala en virtud de la indispensable representación, en el espacio, como la pintura, la arquitectura y la escultura.

En este misterioso enlace de las artes temporales y espaciales reside la individualidad, la esencia del Teatro. El poeta dramático no hace en su obra nada más —pero también nada menos— que proponer los medios para que la acción y la palabra adquieran toda su fuerza expresiva, la primera, toda su potencia mágica, la segunda, en virtud de la colaboración de quienes habrán de dar cuerpo —escultura—, color —pintura—, proporción —arquitectura— y voz —música—, a la vida limitada, sí, pero infinita, que el autor dramático ha concentrado en un texto poético.

Existen claras relaciones pero también secretas correspondencias entre las Artes. Estas correspondencias nos llevan a pensar —por ejemplo— que la música es una arquitectura de sonidos; o bien, que la arquitectura es una construcción de sonidos que, en vez de desarrollarse en el tiempo, se cristalizara, se petrificara en el espacio.

Del mismo modo que en el conocido mito de Orfeo se habla del influjo que ejerce la música sobre el instinto de los animales feroces, hasta hacerlos pasar de la crueldad a la moderación y aun a la sumisión, el mito de Anfión, menos conocido pero no menos elocuente, nos hace ver que la arquitectura nace del misterioso influjo ejercido por la música sobre la materia más dura y en apariencia más durable, sobre la materia pétreo, seducida, domeñada, hasta el punto de disponerse por sí misma y agruparse armoniosamente en formas tales que dan lugar a la creación de un orden estético.

Pero si las artes se relacionan y corresponden innegablemente entre sí, la poesía —creación, invención— es el denominador común y al mismo tiempo nada común, de todas ellas. Y el Drama —arte poético— toma de las demás artes —pintura, música, escultura, arquitectura, danza— lo que necesita para alcanzar su personal ambición y su propio destino. Mejor que una fusión de artes, es el resultado de una premeditada, lúcida, ponderada suma de substancias de otras artes. Porque las substancias que entran en su composición desaparecen para dar lugar a una substancia nueva.

El autor dramático

UNA vez que hemos hecho ver que es posible su individualidad, gracias a la subordinación de las substancias de las otras artes que el autor dramático tiene en cuenta al concebir su obra, desemboquemos a una definición de la forma de arte que es el *drama*. No es la que propongo una definición perfecta ni, mucho menos, única, pero es útil para el desarrollo que me he propuesto: Drama es el arte de expresar ideas y presentar acciones acerca de la vida, en forma tal que esta expresión sólo sea posible y completa por medio de la interpretación, por actores, frente a un público que se ha congregado para oír las palabras y ver las acciones.

Consideremos, así sea provisionalmente, el cinematógrafo como una forma del arte, como una forma artística. No nos remontemos a sus orígenes, a sus formas primarias, porque iríamos al encuentro, en el pasado remoto, de las sombras chinescas, verdadero antecedente del cinematógrafo mudo que, por un tiempo y en virtud de su mudez, parecía abocado a buscar una diferencia específica entre el Cinematógrafo y el Teatro. Pero, puesto que el Cine mudo renunció —no importa indagar en este momento si para bien o para mal— al silencio y buscó el apoyo del lenguaje oral en vista de una insatisfacción de sus limitaciones, y adquirió el uso de la palabra, considerémoslo en su estado actual.

Dentro del estado actual del cinematógrafo, el autor cinematográfico no es, en esencia, diferente del autor teatral. Ambos pretenden expresar ideas y presentar acciones con el objeto de interesar y emocionar, por medio de los actores, a un público

real. Hasta este momento, desde el punto de vista que ahora me interesa, desde el punto de vista del autor, es obvio que a ninguna otra forma artística se adhiere más el cinematógrafo que a la forma dramática.

Como toda forma artística, el drama vive en sus limitaciones y de sus limitaciones. El autor dramático no debe perderlas de vista; el verdadero autor dramático no las perdió, no las pierde de vista jamás. Sabe, por ejemplo, que la obra dramática es un proyecto, como el del arquitecto, o una partitura, como la del músico, pensados para una realización, para una interpretación futura. Todo aquello que escape a la posibilidad de esa realización mediata, escapa, al mismo tiempo, de la órbita del autor y resulta, a la postre, ocioso. El autor dramático, que debe conocer los límites de su arte, debe conocer las convenciones que hacen posible ese mismo arte. Ya los antiguos—Aristóteles, por ejemplo—pensaron por nosotros en estas convenciones, definiéndolas y llegando a demostrar que el arte está basado precisamente en ellas. Porque el arte—dice André Gide—“nace de la dificultad, vive con la lucha, muere en la libertad”. El autor dramático debe superar las dificultades que le presentan, luchar con ellas hasta vencerlas, pero nunca desdeñarlas. A las tres principales convenciones del arte dramático se les llama, significativamente, unidades. Las tres unidades—acción, tiempo y lugar—deben estar presentes en la mente del autor dramático, para seguir y respetar fielmente la primera, o sea la unidad de acción, y para hacer flexibles, elásticas o aun para superar las segunda y tercera o sean las unidades de tiempo y de lugar.

La unidad de acción es la unidad orgánica de la obra dramática. El autor podrá hacerla flexible pero no podrá ignorarla sin correr el peligro de que su construcción dramática no se mantenga en pie. Tampoco el autor cinematográfico puede ignorarla sin correr el mismo riesgo.

En las épocas clásicas, por una tendencia a la concreción, a la economía, a la concentración; por una lúcida pasión por todo aquello que no sea dispersión y desorden, la unidad de tiempo constituía una meta deseada. La acción dramática debería transcurrir “en sólo un giro de la luz febea”. Todos sabemos que esta convención del tiempo, como también la del espacio, son elásticas en la obra dramática. Y que si unas épo-

cas se caracterizan por haberlas guardado aproximadamente, otras no menos intensas se complacieron en desobedecerlas.

El autor cinematográfico hace alarde de no guardar las unidades de tiempo y lugar, y cree encontrar, en la violación de ellas, una diferencia específica entre la forma cinematográfica y la forma teatral. Y no sólo el autor sino también los tratadistas, los teóricos de la técnica de la composición cinematográfica —los hay, sobre todo en Norteamérica, y en mayor número de lo que pudiera pensarse!— al hablar del Cinematógrafo como de una nueva forma artística, hacen residir en el número de escenarios y cambios de lugar del Teatro y del Cinematógrafo, una de las diferencias entre ambas formas. Se olvidan de que el Teatro español del siglo xvii y el Teatro inglés del período *isabelino* se complacían precisamente y de acuerdo con la peculiar mecánica de las representaciones de entonces, en violar esta unidad, y en multiplicar los escenarios y en jugar con los cambios de lugar. Y aun antes de estas épocas, ¿no es *La Celestina* de Fernando de Rojas un ejemplo que anticipa la mecánica de los teatros español e isabelino, con sus veintiún actos y con sus frecuentes mutaciones dentro de cada acto? El público del tiempo de Shakespeare o el público del tiempo de Lope de Vega gustaba de esa variedad, de esa mutabilidad, de esa enorme flexibilidad que ahora llamamos cinematográfica. Ya he dicho, en otra ocasión y en otro lugar, que el teatro en la época cenital de su desarrollo en España cumplía, para el público de entonces, una función semejante a la que cumple el Cinematógrafo en nuestros días.

Por lo que toca al uso y abuso de la unidad de tiempo, tampoco son específicos del cinematógrafo. El Teatro la usa con libertad en los períodos románticos, sobre todo. ¡Y no olvidemos que, en este aspecto, el cinematógrafo se adhiere, más que al *drama*, al género de la novela! Tampoco olvidemos que en el Teatro, género que no requiere esencialmente, pero sí regularmente, la existencia de los entreactos, el tiempo "irreal" sigue transcurriendo en ellos, y que si entre cada escena teatral ininterrumpida el factor tiempo está condicionado al tiempo real, los personajes siguen creciendo irrealmente durante el tiempo de los entreactos, y que un entreacto puede señalar lo mismo un transcurso de tiempo menor, un transcurso de horas o de días, que un transcurso mayor, un transcurso de años.

Y que este transcurso de tiempo irreal puede ser en el teatro —como lo es en el cine— lo mismo hacia el futuro que hacia el pasado. (forward, flash back).

Es evidente que el autor cinematográfico también se propone presentar una historia que deberá ser representada por actores ante un público real.

El modo de presentarla, de proyectarla, exige una composición que no es, en esencia, diferente de la composición dramática. Una vez que ha decidido cuál va a ser su historia, su asunto, el autor debe tener presente que la verdadera novedad reside, más que en el asunto mismo, en la forma de presentarlo. Debe seleccionar y de hecho selecciona —lo mismo en el Teatro que en el Cinematógrafo— los elementos que han de entrar en la historia. En seguida, debe estudiar y resolver la proporción de éstos, y tener en cuenta la duración, condicionada al tiempo real de la representación teatral o de la exhibición cinematográfica, según el caso. Luego, enfatizar las situaciones principales, del mismo modo que habrá de destacar los personajes principales de su acción, es decir, de su movimiento dramático externo e interno.

Ya Diderot aconsejaba, de modo dibujado y concreto, estos deberes del autor dramático: "selección, proporción, énfasis, movimiento", pero no sin añadir, enfatizando, a su vez, el primer deber del autor: "todo ello por la claridad". ¿Por qué todo ello "a favor de la claridad"? Porque los autores teatrales y cinematográficos deben aceptar, esencialmente, la orgullosa servidumbre de su obra a un público. Y los públicos teatral y cinematográfico no son, tampoco, diversos. Si el segundo es, posiblemente, más numeroso, ambos son, y en eso reside su semejanza irreducible, conjuntos heterogéneos, compuestos por personas desigualmente preparadas pero igualmente ávidas de emociones, de sensaciones, de ideas. Exponer estas ideas, provocar estas sensaciones y despertar estas emociones con la mayor claridad posible es el deber primero —y último— del autor en las formas teatral y cinematográfica. Recordemos que ni en la representación ni en la exhibición, el público puede —al contrario del lector de novelas— volver atrás, volver a

ver y a oír lo que ha visto y oído sin comprender por completo.

A pesar de su apariencia, el cinematógrafo no es una forma ilimitada. La selección de material es, por ello, indispensable, como lo es en el Teatro: el número de personajes, de caracterizaciones de los mismos y de situaciones e ideas que el autor se propone presentar y desenvolver, es también limitado. Por ello, el autor deberá escoger, lo que equivale también a rechazar, lo que no sea en realidad indispensable o necesario. Me parece obvio tener que insistir en la proporción de la obra. Sin ella, el proyecto del edificio será, en el momento de la realización, un fracaso. Planear una obra sin un principio, un centro o conflicto y un desenlace, equivale a proyectar un edificio sin cimientos o sin escaleras o sin techo. El énfasis, por su parte, sirve para destacar la importancia de aquello —que deba tenerla— situaciones, personajes, ideas— y para acrecentar el interés que implica, no lo olvidemos, un movimiento interno.

Del mismo modo que el novelista en sus capítulos, y el autor teatral en sus escenas, el autor cinematográfico acostumbra dividir su obra en secuencias. Como el autor teatral más que como el novelista cuya composición, por estar menos condicionada a un tiempo determinado, no obedece a una retórica precisa, el autor cinematográfico debe proponerse y resolver, distinguiéndolas, lo que en la técnica de la composición dramática llamamos escenas de presentación, de transición, escenas paralelas o escenas de conflicto. Substituyamos la palabra escena por la palabra secuencia y llegaremos a la conclusión de que son tan equivalentes como necesarias en una y otra forma de expresión artística, para crear el orden en que está cimentada la proporción.

Del diálogo

COMO en los orígenes de toda creación dramática, podemos exclamar, como en el Evangelio: "en el principio era el logos". Traduzcamos esta última voz como: "el verbo", es decir, la palabra. O bien, traduzcamos como Goethe en alguna parte del *Fausto*, "en el principio era la acción".

En el Cinematógrafo y en el Teatro, aun etimológicamente, puesto que drama quiere decir, también, *acción*, y cinematógrafo quiere decir movimiento, la acción es dimensión esencial de ambas formas artísticas. ¿Lo es también el *logos*, es decir, el verbo? Indudablemente, porque el *verbo* es también acción. Preguntémosnos ahora. ¿Ya no sólo el verbo o sea la acción sino también la palabra misma, con sus poderes lógico y mágico, es indispensable para el cinematógrafo? La respuesta no se hace esperar. El cine mudo pretendió en su inteligente, curiosa tentativa de independizarse del Teatro, pasarse sin la palabra, vivir sin ella. La verdad es que, durante su trayectoria, el mismo cine mudo hubo de recurrir, aunque no por boca de los actores que hacían residir en el gesto todas las expresiones, todas las emociones, o lo pretendían al menos, hubo de recurrir, en formas indirectas —títulos, explicaciones— a la palabra. Pero esa tentativa aproximada y sólo aproximada a un arte inefable, no se conformó —no quiso o no pudo conformarse—, con el silencio, y en la primer ocasión que le brindó una nueva invención mecánica, adquirió, —no sabemos a qué precio, acaso al precio de su verdadera diferenciación con otras formas artísticas—, como un niño que de pronto ordena sus balbuceos, el uso de la palabra.

El Cinematógrafo en su forma actual —la única que he estado examinando, sin atreverme a invadir el terreno de la profecía— usa de la palabra, por medio del diálogo. El diálogo en el teatro sirve para ayudar a presentar y a desenvolver la acción. La acción se desarrolla a través de la palabra que es, a su vez, acción. A través del *logos*, del diálogo, y por boca de los actores, el autor presenta la historia, establece las situaciones, plantea los conflictos y los resuelve. Diálogo y acción se acompañan, se alternan o se sustituyen; en una palabra, se subordinan al designio del autor empeñado en interesar, en emocionar, en retener a un público por un tiempo real determinado. Esto, que es verdad para el teatro, no deja de serlo para el Cinematógrafo. También las virtudes que debe tener el diálogo dramático teatral —claridad, emoción, propiedad, interés y concreción— son las mismas que, en esencia, repito, debe tener el diálogo cinematográfico. Es evidente que la acción en el Cinematógrafo es menos limitada que en el Teatro, puesto que las imágenes visuales hablan por sí mis-

mas si el autor cinematográfico, primero, al acotarlas, como acota el autor teatral la acción indispensable de sus personajes, y el director, después son capaces de hacerlas hablar. Por ello, el diálogo cinematográfico no tiene por qué ser tan extenso como el teatral. Pero la concreción, o sea la economía, sí, pero una economía cargada de sentido y riqueza, y no la avaricia que es la economía antisocial, puesto que retiene y oculta la riqueza, es también una dimensión del diálogo teatral. Condicionado a no repetir aquello que corresponde al lenguaje visual, el diálogo cinematográfico debe ser más concreto, pero no por ello menos claro ni emotivo ni menos intenso, ni menos apropiado que el diálogo teatral. Del mismo modo que en el teatro algún autor —y no de los menos buenos, como lo es George Bernard Shaw— abusa de la extensión del diálogo a costa de la acción, el autor cinematográfico que abuse de los silencios, confiado en el poder expresivo de la imagen y cuando ésta no cumple su función de silenciosa elocuencia, se verá colocado en el peligro de no alcanzar la comunión, la comunicación con el público. La diferencia importante entre el diálogo cinematográfico y el diálogo teatral no es sino una diferencia de extensión. No es, pues, en las cualidades del diálogo donde es posible encontrar una diferencia ni radical ni esencial entre las formas que son objeto de mi reflexión.

MAS no sólo al lenguaje hablado, al lenguaje de la poesía, recurre el cinematógrafo sino que —como también lo hace el teatro, cierto tipo de teatro, que está presidido idealmente por Ricardo Wagner, cuyas ideas son una hipertrofia de una particular fusión de las artes— recurre a otras formas del lenguaje. Me refiero al material sonoro del lenguaje musical que le sirve, por ejemplo, para crear un ambiente psicológico, o para enfatizar, en un momento dado, la acción; o para fomentar determinadas emociones o para producir sensaciones determinadas por medio de la frecuencia, la repetición y la alternación de sonidos, acentos y pausas hasta alcanzar en el espectador los efectos psicológicos —tristeza, temor, alegría, desolación— que derivan del *ritmo*.

También, de manera decisiva, ha recurrido al lenguaje de las formas plásticas —línea, volumen y, gracias a otro nuevo

procedimiento mecánico, aun al color. Y por lo que toca a la importancia ya no sólo del claroscuro en escenarios reales o ficticios, sino de la luz misma, que es la categoría de la pintura y de la que el teatro no puede prescindir, ¿podría pasarse el cinematógrafo sin ella?

TAMPOCO los efectos o los recursos dramáticos que usa el autor cinematográfico son característicos y únicos suyos. No lo es la *sorpresa*, por ejemplo, que se basa en la ignorancia del espectador con relación a los acontecimientos que van a seguir. Ni la *suspensión*: ese interés particular dentro del indispensable interés de toda obra. El *suspense* no está basado, como la sorpresa, en la ignorancia del devenir de los acontecimientos, sino, por el contrario, en esa dosis de anticipación de los mismos que el autor le permite al espectador haciéndole sospechar cuáles serán las posibles consecuencias de una situación o de un hecho precisos, y que le provoca un estado de ánimo que lo mantiene tenso, pendiente, en una palabra, suspendido, gracias a la cesación voluntaria y provisional de ese mismo devenir de los acontecimientos.

Alfred Hitchcock, el maestro del *suspense* cinematográfico es el primero en reconocer que en otras formas literarias, en la narración, por ejemplo, están las fuentes de la suspensión. Gracias a la sabia interrupción de sus relatos, Scherezada creaba, en la mente del Califa, tal deseo de no quedar suspendido, pendiente, de lo que estaba a punto de sobrevenir, que el Califa aplazaba, suspendía, a su vez, una y mil veces, la ejecución de la sagaz narradora. Ese estado de ánimo, aplicado sagazmente, hizo posible nada menos que la maravillosa cadena de secuencias de "Las mil noches y una noche".

Y en el teatro, tanto en el melodrama, donde el *suspense* abunda en formas poco refinadas pero no por ellos menos eficaces, como en una obra singular, en el *Hamlet* por ejemplo —¡Shakespeare otra vez y siempre!— hallaremos que si bien el espectador sabe que Hamlet va a ejercer su venganza, el hecho de no saber en qué momento de los numerosos en que el protagonista la plantea, primero, la interrumpe después, para volver a plantearla, Shakespeare no sólo crea esa suspensión

sino que juega con su recurso abriantando, haciendo cada vez más agudo el *suspense* del espectador.

De los actores

LA definición de Drama no deja, pues, de ser válida a un solo tiempo para el Teatro y el Cinematógrafo que es también —lo diré de una vez— una forma del drama, una nueva manifestación del drama, por lo que toca al autor y a la peculiar necesidad de que su obra, proyectada idealmente, sea realizada después por otros, dirigida por alguien que no es necesariamente él mismo, y actuada ante un público heterogéneo, por mediación de actores.

Una invención mecánica vino a sustituir al actor por la imagen del actor, y a reducir las tres dimensiones reales del escenario teatral a las dos dimensiones del cuadro, habitado por imágenes, de la pantalla cinematográfica. Esta sustitución de la corporeidad viva del actor, por la imagen del mismo, no es todavía, a pesar de ser una diferencia grande, una diferencia sustancial entre las dos formas de drama. Se pasó, sí, de lo vivo, no a lo pintado sino a lo fotografiado. Al pasar de la presencia corporal del actor a la imagen de esa misma presencia, el espectáculo perdió ese poder de espontaneidad, de vida presente que —no obstante ser una ficción— conserva el Teatro al tiempo de la representación.

"En el teatro, dice Paul Valéry, los actores están obligados a vivir cada vez lo mismo que reproducen por centésima vez. Aportan en la escena su presencia viviente y completa, y, cualquiera que sea su obligación de repetir el mismo papel, producen, delante de nosotros, seres libres y por lo tanto más verdaderos que los fantasmas idénticos que una fuente luminosa proyecta sobre la pantalla". En verdad, esa temperatura, esa espontaneidad alcanzada gracias a la ficción del instante mismo no las tiene el Cinematógrafo. Tampoco esa posibilidad de error u omisión; ese constante peligro de los actores teatrales que trabajan, como los trapezistas por ejemplo, sin red que los salve, por un olvido, por una momentánea amnesia, por un imprevisible azar, de la catástrofe. Porque una representación teatral es algo vivo y presente. En cambio, una exhibición de un film del que se ha eliminado o procurado o creído

eliminar, en virtud de constantes repeticiones y correcciones, cualquier posibilidad humana de error, de imprevisto, de azar, produce una impresión de lo que pudiéramos llamar la presencia de algo pasado, de algo irremediable e irremisible, de algo irremediablemente, irremisiblemente instalado en el pasado del que resurge ante nosotros. Porque "una imagen fotografiada impone la idea del pasado y lo que muestra es lo que ya no es. Se tiene la vaga consciencia de que estas cosas que vemos no se hacen sino que han sido hechas antes de ser", dice Paul Valéry, y añade: "las voces mismas suenan a ultratumba".

Pienso que esta apariencia fantasmal de imágenes, de voces, de ruidos reproducidos, amplificadas, disminuídos, ha sido apenas explotada, trabajada, comprendida en el cinematógrafo que, de hacerlo con inteligencia, sentido e intensidad, adquiriría una dimensión fantástica sorprendente. Sería la dimensión fantasmal del pasado que, en virtud de una suerte de mágica evocación, se hace presente en apariencia, pero que, por su mismo carácter fantasmal, no puede devenir futuro, puesto que, al no estar instalada en una duración real, no puede menos, ni más, que desaparecer.

CONVENGAMOS en que la actuación es, en ambas formas del drama, semejante en la raíz pero diferente en cuanto está condicionada a los límites de espacio y tiempo reales de cada una. El actor de teatro tiene que contar con un volumen de voz y con una gama mímica suficientes para hacerse oír y ver del espectador más alejado del escenario, que también —diría George Bernard Shaw— tiene el mismo derecho que el espectador de primera fila de luneta, porque también él ha pagado la entrada al espectáculo. En cambio, el actor cinematográfico quedará tan lejos del espectador, o tan cerca, como lo anote el autor o como le convenga al director, o como lo exija la estrella que, generalmente, no pide sino esto último. La cámara hace posible ese juego de distancias. Al mismo tiempo, la grabación mecánica del sonido puede intensificarse o disminuirse también a voluntad. De ahí que las condiciones vocales y mímicas del actor de cine no tienen, necesariamente, por qué ser tan poderosas ni tan flexibles ni tan expresivas como las del actor



Close-up del film "L'Hippocampe" de J. Painlevé.



Escenario de "Les Criminels" de F. Bruckner, montado por G. Pitoëff.

teatral que no cuenta con el recurso de la amplificación total ni parcial.

En virtud de que la continuidad de la actuación cinematográfica no existe a la hora de la realización del film que se logra a base de fragmentos de actuación discontinua, el esfuerzo emocional, la memoria emocional y el trance en que el verdadero actor llega a estar, de hecho, habitado por el personaje, no existen, en el mismo grado, en el cinematógrafo. Esto último sería injusto pedirlo en toda su intensidad a una forma artística en que —pongamos un ejemplo irónico— un niño de brazos, un simio o un perro pueden aparecer —sin serlo, naturalmente— tan buenos actores como los actores humanos que alternan con ellos y que en verdad lo sean, en el cinematógrafo. Se dirá que, en esto último, exagero. No han exagerado menos los productores cinematográficos norteamericanos en hacer creer, por medio de apariencias y trucos, a su ingenuo público, que un animal lo es menos que un actor.

En esencia, las características y la función de los actores de Teatro y Cinematógrafo son —si exceptuamos a los niños recién nacidos y a los animales— las mismas, sólo que condicionadas en el Cinematógrafo por la distancia que la cámara reduce o agranda, y por la falta de continuidad de la actuación del actor en el cinematógrafo.

Tiempo y espacio

LA desesperante invención mecánica de la fotografía, (el calificativo es de Baudelaire), en el siglo XIX, no vino a acabar, como creyeron algunos espíritus ingenuos, con la pintura. Tampoco la invención mecánica de la fonografía acabó con los conciertos musicales a los que acude religiosamente un número incontable de fieles, dichosos de embriagarse con los efectos que les produce una impalpable emanación sonora. Tampoco la invención de la fotografía en movimiento acabó con el teatro, como otros espíritus ingenuos se empeñan, todavía, en creer.

"En el siglo XIX se han creado —dice André Malraux— por vez primera, artes inseparables de un medio mecánico de expresión; no susceptibles de reproducción sino expresamente destinadas a la reproducción". La afirmación del escritor francés es cierta si sustituimos, con más cautela, la palabra "artes"

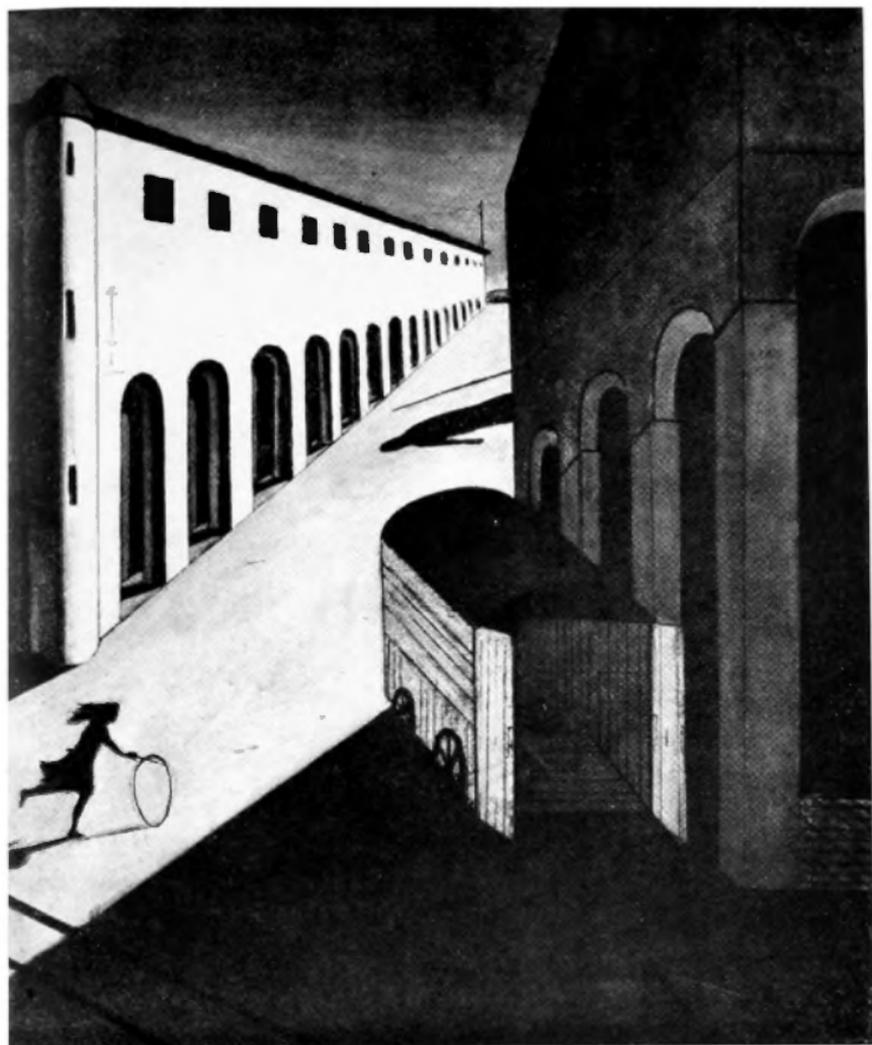
por "formas artísticas". Porque, hasta el momento, la fonografía, por ejemplo, no constituye, sobra decirlo, estrictamente, un arte. Los compositores pueden escribir pensando directamente en un medio mecánico de reproducción, pero esto no constituye el nacimiento de un arte sino de una forma de condicionar un arte existente a las novedades, ventajas o posibilidades que les ofrece un vehículo de reproducción.

De todos estos medios mecánicos de reproducción, el de la fotografía en movimiento es sin duda el que más importancia y más posibilidades tiene, precisamente porque no se limita a reproducir sino porque intenta y a menudo logra mucho más que una simple reproducción. Porque reproducir con fidelidad, por medio de la fotografía en movimiento, una representación teatral es una operación melancólica, decepcionante, que no hace sino realzar la importancia de la vitalidad, de la corporeidad del teatro. Limitarse, por otra parte, a fotografiar un acontecimiento, un suceso, un hecho real, equivale a no salir del terreno de lo documental. Pero el cinematógrafo no se ha limitado ni a una ni a otra cosa. Su diferencia con otras formas artísticas reside en la manera peculiar como, aprovechando sus propios y más importantes recursos, usó, primero de la imagen en movimiento, y, luego, le añadió, utilizando otros inventos mecánicos, el sonido, sobre todo, para no hablar del color que, en los momentos actuales, está en un período, más que primitivo, primario.

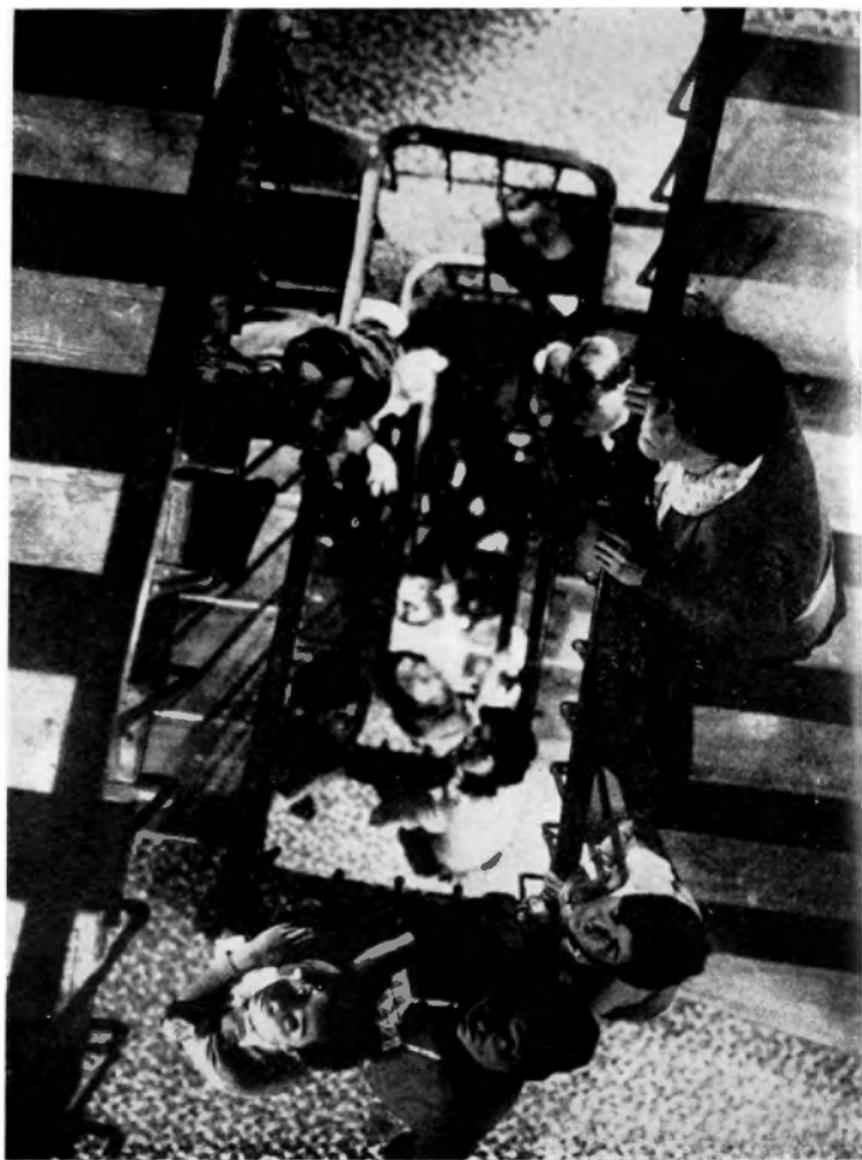
El cinematógrafo usa de los mismos medios de expresión que el teatro, sólo que en forma diversa. Para distinguirse del teatro—forma definitivamente creada y cristalizada— que se desarrolla, efectivamente, durante la representación, en un espacio y en un tiempo reales, tuvo que crear un espacio y un tiempo particulares suyos; en una palabra, cinematográficos.

Este espacio y este tiempo en que hallamos la verdadera diferencia entre Teatro y Cinematógrafo no los creó por medio de la sola reproducción del tiempo y espacio reales en que se desenvuelve la representación teatral, sino gracias a lo que pudiéramos llamar un cambio de perspectiva.

Este cambio de perspectiva nació casualmente—como tantos otros descubrimientos— el día en que la cámara reproductora dejó su fijeza y decidió, por voluntad del director, acer-



CHIRICO. Misterio y melancolía de una calle.



Del film "Le Jour se lève" de M. Carné.

carse al actor, al sujeto, al objeto. Nacieron entonces los acercamientos y, consecuentemente, los alejamientos, —los planos, como prefieren decir los franceses.

El espectador del teatro y del Cinematógrafo están fijos, durante la representación o la exhibición, en un espacio real. Pero el espectador cinematográfico, gracias a esta flexibilidad de la cámara y substituído en cierto modo y de modo cierto por ella, puede acercarse, inmóvil, desde su sitio, como no lo puede hacer el de teatro, de manera flexible, lenta o rápida, y, digámoslo de una vez, sorprendente, a los actores, a los objetos, a los detalles o fragmentos del paisaje o de la escenografía; o bien alejarse de ellos, de modo no menos sorprendente, hasta verlos reducidos, en virtud de ese cambio de perspectiva, a seres u objetos mínimos en un ámbito enorme.

Recordemos el gran acercamiento del ojo desgarrado, en "El perro andaluz", o bien los sorprendentes alejamientos de "El vagón cubierto", y tendremos dos ilustraciones extremas de este cambio de perspectiva.

Pero el sólo cambio de perspectiva no es suficiente ni característico aún. Porque en la pintura, y en los cuadros de Giorgione de Chirico, para no dar sino un ejemplo tomado de la pintura moderna, sí, pero que tiene, como en todo arte cristalizado ya, antecedentes en la tradición plástica, el cambio de perspectiva y su consecuente creación de ámbitos enormes con relación a las figuras, aparece también y de modo también sorprendente. Sólo que este espacio de la pintura es un espacio fijo, inmutable. Si ante él tenemos —si seguimos considerando un cuadro de Chirico— la sensación misteriosa de que algo, no sabemos qué, transcurrió en él, o de que algo, no sabemos qué, va a suceder, a transcurrir, el tiempo se ha detenido, el tiempo no transcurre y nunca sabremos lo que pudo haber sucedido ni lo que, si bien está a punto de suceder, nunca sucederá a nuestros ojos. Porque el espacio de la pintura no está ligado, como en el cinematógrafo, a un tiempo peculiar, característico de la forma cinematográfica.

Este tiempo cinematográfico nace, precisamente, de que, en los pies de película, el fotógrafo ha captado no la acción completa que transcurre en el tiempo y en el espacio reales y determinados del escenario, sino las partes escogidas, significativas, de la acción en el espacio, y los no menos escogidos

y significativos momentos de la acción, en el tiempo, desde diferentes puntos de vista y en virtud de diferentes emplazamientos. Pues bien, estos pies de película, al ser unidos, encajados, montados o editados, como acostumbremos decir, gracias a la previsión del autor o del director a la hora del rodaje, y después de una selección a la hora del corte y en el momento de la edición, al sucederse los unos a los otros en la pantalla, de una manera que ya no es la real, dan como resultado una concentración sorprendente del espacio y del tiempo. Son tiempos ideales que escapan al tiempo real; y que lo sustituyen.

Ocurre preguntarse —de paso— ¿por qué un filósofo como José Ortega y Gasset, que ha enfatizado la importancia de la perspectiva hasta hacer de ella la base de uno de los más importantes aspectos de la parte más seductora, si no más original, de su filosofía, no se ha detenido a ilustrarla con ejemplos del cinematógrafo y, más concretamente, del espacio y del tiempo cinematográficos?

El cinematógrafo anula, pues, a voluntad, todos los pasos y pasajes que le parecen inútiles de la acción. Tiempo y espacio cinematográficos se diferencian del tiempo y del espacio reales en que aquéllos están condicionados a "la mayor o menor longitud de los pies de película impresionados y unidos el uno al otro". "Uniendo a su arbitrio pies de película de longitud previamente determinada por él, el director cinematográfico crea tiempo y espacio ideales, propios del cinematógrafo". La inmediata anterior afirmación es Púdvkin, el teórico y técnico ruso que con mayor lucidez y conocimiento ha visto y ha hecho ver, después de un certero análisis, la existencia de lo que sí es característico del cinematógrafo en relación con otras formas artísticas: el espacio y el tiempo cinematográficos.

En matemáticas —dice Púdvkin— después de la subdivisión de los elementos —llamada *diferenciación*— llega el momento de la reunión de los elementos separados, encontrados en el todo: este proceso se llama "*integración*".

El proceso de integración de un film no es diverso. Sólo gracias a esa separación es posible la integración del film. De la unión, en sucesión creadora, de las partes de película de que se compone el film depende la verdadera unidad artística cinematográfica.

EL DR. ATL, PAISAJISTA PURO

Por Antonio LUNA ARROYO

Un perfil del Doctor Atl

TODO México conoce al Dr. Atl; tiene una atractiva y poliforme personalidad: es, fundamentalmente, un buen pintor impresionista;¹ debe considerársele, dentro de la clasificación de André Lhote, como un paisajista puro.² Sus cuadros, monumentales a veces, conjugan en admirables analogías plásticas los brutales elementos terrenos o cósmicos, excluyendo todos aquellos aspectos vivientes, v. gr.: la acción de hombres o animales, que no sólo distraen la atención limpia requerida por el paisaje, sino que constituyen por sí mismos otros cuadros dentro del marco inmenso de la naturaleza.

Y Atl no ha sido un pintor empírico, sino que, como debe ser, ha estudiado la química del color y ha logrado dentro de ella adelantos importantes al descubrir, primero, una especie de pastel duro, fijado por sí mismo —los llamados Atl-colors— y, después, diversos procedimientos al agua y a la cera que modifican en parte los tradicionalmente conocidos. (Véase su álbum: *El Paisaje. Un ensayo. 1933*).

Pero si esto no fuera suficiente para destacar a un hombre excepcional, debo agregar que el Dr. Atl es también un polígrafo incansable: sus obras, incluyendo libros y folletos, pasan de cuarenta, y algunas de ellas han alcanzado éxitos editoriales de consideración.

Y no termina aquí la múltiple actividad del Dr. Atl.

Este septuagenario, de gran vitalidad aún, de menuda figura, de inquietud juvenil, que se me antoja parecido, por su cabeza, a Moisés tal y como lo vio Miguel Angel; es, y ha

¹ El propio pintor así se califica, y realmente es a la escuela a la que más se acerca.

² Tratado del Paisaje.

sido siempre, un político temperamental —revolucionario la mayor parte de su vida—, un cocinero estupendo y un extraordinario vagabundo. Todo lo que dice y hace nos lleva a considerarlo como a un personaje anacrónico, de novela, hijo del Renacimiento.

Breves datos biográficos del pintor

NACIÓ nuestro personaje el 3 de octubre de 1875 en el Barrio de San Juan de Dios, perteneciente a la ciudad de Guadalajara, del Estado de Jalisco, siendo sus ancestros de origen catalán, castellano e indígena. Sus estudios formales llegan apenas a la Escuela Preparatoria; sin embargo, posee una cultura general estimable, en gracia al espíritu autodidáctico que le es propio. Cosa distinta sucede respecto a las ciencias físico-químico-geográfico-naturales, en las que su preparación es sólida, dadas sus marcadas inclinaciones hacia la vulcanología.

De sus primeros años nada o poco importante puede decirse, pues su notoriedad arranca del despertar de su vocación como artista.

Por esta razón le tomamos en el momento de abandonar las aulas del Liceo de Varones, en Guadalajara. Y es en este tiempo cuando comienzan sus excursiones por las barrancas y montes que se abren o se alzan al Este y al Norte de la capital tapatía, desde Juanacatlán hasta cerca de las costas del Pacífico.

Es importante hacer notar la influencia que, desde entonces, empezó a ejercer la naturaleza sobre el joven pintor, al grado de que jamás dejaría de observarla y de pintarla.

Varios meses pasó en explorar aquel paisaje llevando la vida más primitiva que pueda imaginarse, viendo, dibujando, y comiendo lo que podía. Al cabo de cuatro meses volvió al hogar, saturado de nuevas ideas, que estaban en completa oposición con el estudio de las humanidades que hasta ese tiempo había cursado. Tenía 19 años.

Le pareció —entonces— que la pintura era un excelente medio para dar forma y expresión a su naciente sensibilidad; pero no podía emprender ese camino sin un guía. Se dirigió al pintor Felipe Castro, artista perteneciente a la escuela académica, muy metódico, muy estricto en su labor y poco misántro-

po en su vida; y fué este señor quien le enseñó las primeras normas técnicas.

Algún tiempo después, por sugerencias de sus posteriores maestros y admiradores, el Dr. Atl comprendió que era necesario viajar, y ver el mundo y lo que en él se había pintado. Ese viaje era largo en kilómetros y en tiempo, pero, sobre todo, muy costoso ¿De dónde sacar el dinero? No había más remedio que recurrir, como todo el mundo hace en México, a la liberalidad del Presidente de la República. Así pues, provisto de algunas cartas de recomendación, emprendió el vuelo, en ferrocarril por supuesto, a la Capital de la República, donde tuvo la fortuna de encontrar un admirador y una ayuda en el Arqueólogo Leopoldo Batres, quien, salvadas algunas dificultades burocráticas, lo presentó al General Porfirio Díaz. La entrevista fué larga, porque el Presidente se interesó por el caso y conversó ampliamente con el artista en ciernes, quien salió del Palacio Nacional con una orden de mil pesos para emprender su aventura.

Y ya lo tenemos instalado en un barco norteamericano de segunda, fondeado en Veracruz, que se dirigía a Nueva York. De esta ciudad siguió a París, y de allí a Roma, donde vivió en casa de una vieja señora que dirigía un cuerpo de ninfas clandestinas, y en la cual se comía espléndidamente.

Pero, obedeciendo a su espíritu contradictorio, el Dr. Atl, en vez de ir a una escuela de pintura o dedicarse a pintar exclusivamente, después de visitar con detenimiento, museos, academias y bibliotecas, optó por estudiar filosofía y derecho penal, pasando a considerar la pintura sólo como un medio modesto para obtener liras.

Por aquellos tiempos el filósofo napolitano Antonio Labriola había adquirido fama mundial, merced a su cátedra de filosofía en la Universidad de Roma—fama justamente adquirida, no sólo por sus vastos conocimientos y su dramático espíritu dialéctico, sino también por la forma expositiva de sus principios: clara, lógica, elocuentísima—. En esta fuente bebió el Dr. Atl, por primera vez, la savia de la filosofía y obtuvo, al cabo de dos años, un título de oyente de los que prodigan con facilidad las universidades europeas.

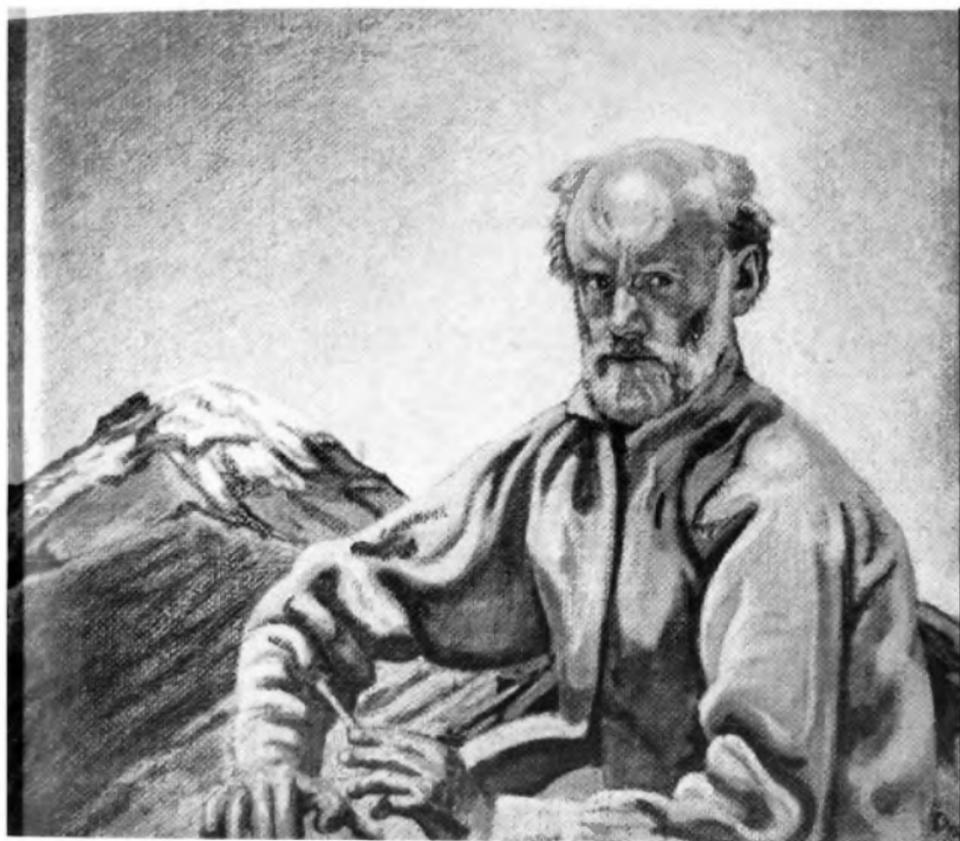
Los estudios de derecho penal, en la cátedra de Enrico Ferri no llevaron precisamente al futuro "doctor" por el camino

del Derecho, sino por el de la política, que, por lo demás, el maestro profesaba. Ferri era, sobre todo, un político, y, en vez de estudiar los textos, Atl prefirió lanzarse con pasión a las rebeliones obreras y estudiantiles, dos de las cuales revistieron una importancia trágica: la huelga universitaria de Roma a principios de 1900, en la que los estudiantes hicieron frente a la tropa y a la policía, a balazos, con saldo de muchos muertos; y la gran rebelión popular por el abaratamiento del pan en la misma ciudad, la cual sólo pudo ser aplacada por la movilización de todas las fuerzas militares de la zona. (Véase el cuento *Nemesio de Mogrobejo*, en su libro: *Cuentos de Todos Colores*).

Pasados estos acontecimientos, el Dr. Atl volvió a estudiar y a viajar. Primero estuvo en París, donde prosiguió sus estudios de filosofía en la Escuela de Altos Estudios, cursando a la vez materias históricas y geográficas. Después empezó a viajar, primero por Italia, Francia y España, jornadas hechas a pie, llenas de aventuras y de enseñanzas. Después, ya en forma burguesa, recorrió en tren Alemania, Inglaterra y Rusia. Tras una breve estada en París, hubo un regreso a Roma y viajes imaginarios rapidísimos por Egipto, la India y China, adonde llegó, según cuenta, en la época Boxer, durante la expedición punitiva de las Naciones Aliadas. (Véase el cuento *Pendantif de Jade*, en *Cuentos de Todos Colores*).

Saturado de conocimientos directos sobre los hombres y las cosas del mundo occidental, barnizado con estudios universitarios y con algún bagaje pictórico, volvió a México en 1903, con la intención de permanecer aquí algunos meses y tornar a sus andanzas; pero la aparición de una mujer desvió sus propósitos y lo hizo caer en un mar de romanticismo que lo envolvió en su oleaje durante tres años. Era esta mujer una criatura de quince años, delgada, rubia, de ojos redondos y verdes, de cabellera dorada, excelente pianista. Sobrina de un hombre excepcional: Joaquín Clausel, gran amigo del artista, honesto abogado y magnífico paisajista.

Estos amores fueron con el tiempo un poema dantesco, impregnado de una terrible pasión, a la vez que un gracioso sainete, pues nuestro artista se curó la pasión huyendo de la iglesia y, por ende, del matrimonio, para internarse por un año entre los píascales y la nieve del Popocatépetl.



DR. ATL. Autorretrato. (All-Color).



DR. ATL. La Sierra. (*Art-Color*).



DR. ATL. El Valle de México. (*Oleo*).



DR. ATL. Después del chubasco. (Oleo).



DR. ATL. Las nubes sobre los cráteres. (*Atl-Color*).



DR. ATL. El tronco y la montaña. (All-Color).



DR. ATL. Alta sierra. (*Dibujo al carbón*).



DR. ATL. Cortinas de lluvia. (Oleo).

"No hay mejor remedio", escribió el Dr. Atl, en un artículo periodístico, "para curar las enfermedades del alma, que veinte grados bajo cero entre los hielos de la punta de un volcán".

Después de este primer período romántico, el pintor se dedicó a viajar a pie por México, persiguiendo tres objetivos: Conocer a su patria, estudiar las ruinas de las civilizaciones prehispánicas y bañarse en todos los ríos de nuestro país. De todos estos viajes guarda una copiosísima colección de admirables dibujos, la más grande que he conocido sobre México, y en la cual se encuentran, sin duda alguna, los mejores suyos por la construcción, la calidad de las líneas y los matices del blanco del papel y del negro del lápiz. Los dibujos hechos entonces, y los que hace ahora, son comparables en perfección y belleza a los dibujos chinos que conocemos por los museos y exposiciones extranjeros, y por las colecciones privadas que hemos visto en Europa y en los Estados Unidos.

Fué ésta la época de mayor actividad artística, humana y social de Gerardo Murillo, su nombre de pila. En esos tiempos se inició el movimiento de renovación pictórica en México, movimiento revolucionario en el arte, que tanto debe al Dr. Atl.

En México vino primero la agitación artística y después la revolución social. No es muy equivocado decir "que el arte es un barómetro que anuncia, con infalible certeza, todas las tempestades políticas y sociales".

Y así fué. Nadie mejor que José Clemente Orozco, otro gran pintor mexicano, para tratar de nuestra renovación pictórica y de lo que ella debe al Dr. Atl. Es uno de su mismo oficio, y de moralidad artística intachable, quien le hace justicia al decir en su autobiografía:

"La primera noticia que recuerdo haber tenido del Doctor Atl fué con motivo de una controversia pública muy aguda entre él y los amigos de Julio Ruelas. Parece que fué uno de tantos choques entre los románticos y los modernistas. Ruelas era un pintor de cadáveres, sátiros ahogados, fantasmas de amantes suicidas, mientras que el Doctor Atl traía en las manos el arco iris de los impresionistas y todas las audacias de la Escuela de París.

"Poco después encontré a Atl en la Academia; tenía ahí un estudio y asistía con nosotros a los talleres de pintura y de

dibujo nocturno; mientras trabajábamos, él nos contaba con su palabra fácil, insinuante y entusiasta, sus correrías por Europa y su vida en Roma; nos hablaba con mucho fuego de la Capilla Sixtina y de Leonardo. ¡Las grandes pinturas murales! ¡Los inmensos frescos renacentistas, algo increíble y tan misterioso como las pirámides faraónicas, y cuya técnica se había perdido por cuatrocientos años!

"Los dibujos que hacía Atl eran de gigantes musculosos en actitudes violentas, como los de la Sixtina. Los modelos que copiábamos eran obligados a parecerse a los condenados del *Juicio Final*.

"Ya por entonces había inventado Atl sus colores secos a la resina, que se trabajaban como el pastel, pero sin tener la fragilidad de éste; la idea era, según nos decía, tener colores que lo mismo sirvieran para pintar sobre un papel o sobre tela, que sobre una roca del Popocatépetl. Lo mismo en pequeño que en grande y sobre cualquier material, así fuera metálico, al interior o a la intemperie. Unos colores así serían ciertamente cosa de maravilla, y los que ya usaba, si no eran todavía perfectos, representaban un paso considerable hacia el fin deseado. Con ellos pintó unos cuadros muy grandes sobre tela, que representaban los volcanes y que decoraban un café muy espacioso que hubo en la calle del 16 de Septiembre en la acera sur, cerca de San Juan de Letrán [dice el Doctor Atl que se llamaba "El Vaso de Leche"]. Con los mismos colores pintó también un gran friso de figuras femeninas, como ninfas o musas, conduciendo una guirnalda hacia un retrato de Olavarrieta, un filántropo de Puebla que donó una valiosa colección de cuadros antiguos a la Academia. Este friso estaba colocado sobre los mismos cuadros, que eran exhibidos por la primera vez".

"En aquellos talleres nocturnos donde oíamos la entusiasta voz del Doctor Atl, el agitador, empezamos a sospechar que toda aquella situación colonial "en la que estábamos hundidos los pintores", era solamente un truco de comerciantes internacionales; que teníamos una personalidad propia que valía tanto como cualquiera otra. Debíamos tomar lecciones de los maestros antiguos y de los extranjeros, pero podíamos hacer tanto o más que ellos. No soberbia, sino confianza en

nosotros mismos, conciencia de nuestro propio ser y de nuestro destino.

"Fué entonces cuando los pintores se dieron cuenta cabal del país en donde vivían. Saturnino Herrán pintaba ya criollas que él conocía, en lugar de manolas a la Zuloaga. El Doctor Atl se fué a vivir al Popocatepetl y yo me lancé a explorar los peores barrios de México. En todas las telas aparecía poco a poco, como una aurora, el paisaje mexicano y las formas y los colores que nos eran familiares. Primer paso, tímido todavía, hacia una liberación de la tiranía extranjera, pero partiendo de una preparación a fondo y de un entrenamiento riguroso.

"¿Por qué habíamos de estar eternamente de rodillas ante los Kant y los Hugo? ¡Gloria a los maestros! Pero nosotros podíamos también producir un Kant o un Hugo. También nosotros podíamos arrancar el hierro de las entrañas de la tierra y hacer máquinas y barcos con él. Sabíamos levantar ciudades prodigiosas y crear naciones y explorar el Universo. ¿No eran las dos razas de donde procedíamos, de la estirpe de los titanes?

"Tal era el espíritu de rebeldía que animaba a aquel pequeño grupo de aprendices, enriquecido poco después por los más jóvenes que iban llegando, y todos oíamos asombrados las palabras proféticas del Doctor Atl: "¡El fin de la civilización burguesa!" ¿El fin de la civilización? ¿La civilización era burguesa? Palabras absolutamente nuevas para nosotros, aunque ya viejas en los libros".

Después de desarrollar en México tan brillante labor como iniciador del movimiento pictórico contemporáneo a que se hace alusión antes, nuestro personaje vuelve a Europa, dedicándose empeñosamente a la pintura de caballete, con la que obtuvo grandes éxitos en los salones de París; éxitos que le valieron elogiosas críticas en *Comoedia*, *Gil Blas* y *Le Monde Illustré*, así como jugosas cantidades de dinero que derrochó con los bohemios en el Barrio Latino.

Atl, pintor paisajista

ATL dice que no nació pintor, que no es paisajista por vocación, por educación o dilettantismo, sino por consecuencia. Que, caminante antes que todo, recorrió campos y montes desde

joven, y un día, espontáneamente, se encontró a sí mismo copiándolos sobre un papel con la punta de un lápiz. Que desde ese día, sigue diciendo, se volvió paisajista, y que cuando asciende a una montaña o va por un valle y algunos de sus aspectos lo impresionan más que los otros, se detiene y lo dibuja.

Y es así realmente como dibuja y como pinta, a mi manera de entender, por la gran vocación que lleva dentro.

Cuando surgió, en el año de 1943, el volcán Parícutin, fué hacia él provisto de lápices, pinceles, cartulinas y telas, y produjo para nuestro deleite los más extraordinarios y trágicos paisajes.³

En el número anterior de *Cuadernos Americanos* el pintor nos hizo un relato fiel de su paciente y apasionada labor cerca del nuevo volcán, y del peligro que esto pudo representar para su vida. No conozco, en la historia de la pintura mexicana, a otro profesional que haya poseído tal espontaneidad y desinterés para construir sus obras de arte; desinterés y espontaneidad que lo han llevado a convivir, por largos lapsos de su existencia, con la naturaleza, hasta lograr identificarse plenamente con el medio físico geográfico.

Por esta razón la obra del Dr. Atl debe llamarse, como la de su escuela, pintura al *aire libre*, ya que descubre, a las claras el sentido de la aparición transitoria del paisaje. Tal parece que estoy oyendo la lectura de la carta que Gauguin escribió desde Tahití a Strindberg: "Si nuestra vida está enferma, nuestro arte también tiene que estarlo, y sólo podemos devolverle la salud empezando de nuevo, como niños o como salvajes. . . He huído de todo lo artificial, lo convencional, lo habitual. . . Vuestra civilización es vuestra enfermedad; mi barbarie es mi restablecimiento".

Características de la pintura del Dr. Atl

LA primera característica de la pintura del Dr. Atl es su manifiesta originalidad en la concepción del ambiente geográfico. Es un hecho muy generalizado que los buenos pintores,

³ Es importante hacer notar que el Dr. a sus años sigue renovándose y superándose. En sus últimos cuadros ha dejado de ser impresionista para tornarse "expresionista".

al percibir, intuir o aprehender el mundo exterior, voluntaria o involuntariamente introducen sus propios sentimientos, emociones o impulsos creadores, en los motivos que toman de ese mundo y que llevan sus obras. Y no pueden hacer otra cosa si quieren distinguirse, si desean llegar a ser originales, si piensan, en grado sumo, obtener una personalidad universal. Y el impulsivo Dr. Atl ha alcanzado su consagración como paisajista al expresar, de un modo genial, las montañas y los valles mexicanos. No existe en la época actual quien haya presentado de manera más extraordinaria la fuerza, el contraste, la dureza, la luminosidad, el espíritu viviente y expresivo de la tierra mexicana. El Dr. Atl hace pintura viva, de alto simbolismo, ayuna de timbres decorativos.

La segunda característica de la pintura del artista reside en su colorido. Al igual que su contemporáneo y casi discípulo Clausel,⁴ usa naturalmente colores claros, transparentes, libres de las sombras tradicionales. El aire libre —dice Oswald Spengler, a propósito del impresionismo— es la negación consciente, intelectual, brutal de eso que de pronto dió en llamarse "salsa parda" y que constituye, en los cuadros de los grandes maestros, el color propiamente metafísico.

Por otra parte, el colorido de los paisajes de Atl es tan propio, tan original, tan plástico, que nos ha dado una visión moderna del paisaje mexicano con la concepción impresionista. Y no podría realizarse la luminosidad del Valle de México en contraste con la fuerza y la aridez de las montañas mexicanas, si no se tuviera la posibilidad de ese colorido transparente de los *Atl-colors*, que permite ver, a través de las nubes, la lluvia y el aire, la luz del potente sol indígena.

Esa concepción sublime del paisaje es —siguiendo el pensamiento de Spengler— la evocación en el espacio, como por encanto, de un mundo compuesto de rayas y manchas de color. Eso mismo lo consigue Wagner en tres compases que condensan todo un mundo espiritual: "los colores de la medianoche estrellada, de las nubes galopantes, del otoño, de los amaneceres temblorosos y melancólicos, las sorprendentes visiones de lontananzas soleadas, la angustia cósmica, la inminente fatalidad, la desesperación, la apasionada lucha, la sùbita

⁴ Así lo expresa Diego Rivera, en su artículo sobre el Dr. Atl.

esperanza, todos estos momentos que ningún músico anterior hubiese creído nunca poder expresar, los pinta Wagner—el impresionista— con claridad perfecta en sus notas de un motivo. He ahí el moderno impresionismo”.

La tercera característica del pintor apasionado de los volcanes, es su concepción espacial y en movimiento de la geografía nacional. La pintura que sólo desea ser fiel reproducción de modelos atractivos, en su vano sentido, afinando ángulos fuertes y defectuosos de las duras realidades mexicanas; que desea, asimismo, presentar al gran público visiones agradables, calmantes o medicinales del universo y de la vida, nos parece, nos resulta, fácilmente vacía. La mera belleza de la forma y la armonía, y la llamada combinación de los colores, que carece de lo característico o de lo excepcional de nuestro existir, resulta sin vida, corriendo el peligro de que la poca vida que intenta presentar, sea substituída por posturas teatrales en las que lo artificioso suplanta lo realmente artístico.

Los trabajos del Dr. Atl, de los cuales esta revista presenta algunos de los más bellos, nada tienen de comercial ni de falsía estética. Atl no reproduce el paisaje a gusto del consumidor, no tiene en cuenta la perspectiva del agrimensor, no quiere competir con la cámara; tampoco hace finos o artificiosos los corpulentos y apacibles volcanes del Valle de México. El pinta como ve, como siente, como quiere, sin importarle si sus cuadros conquistan clientela, si o no gustan al gran público burgués que puede comprarlos; o si sus colores se adaptan a las decoraciones cursis de las casas de los nuevos ricos. En una palabra, él pinta con gusto, por vocación, por la emoción creadora que le da su limpia sensibilidad.

El Doctor Atl y el impresionismo

POR eso, independientemente de la escuela que sostiene, “el impresionismo”, tiene la fuerza necesaria para pervivir y el valor indispensable para ser original. Se puede ser impresionista o cubista en pintura, y tener buen éxito universal: ser famoso como pintor; lo que no se puede es alcanzar éxito ecuménico siendo un farsante.

Y Atl es, como pintor, un sincero artista. Lo demuestra con la prueba del ácido clorhídrico. Para la mayoría de quienes

contemplan sus cuadros, los colores parecen raros; a otros no les agradan las perspectivas; para unos más, algunas montañas ofrecen detalles exagerados, o bien carecen de otros; en fin, los "señores de la casa" opinan que sus cuadros no son manuales, que no caben en la sala o en el hall de la residencia. Sólo aquellas personas que piensan deleitarse con el espectáculo maravilloso de la geografía estética del Valle, no se preocupan del precio, del tamaño de las obras, de su sentido decorativo, sino de su valor intrínseco, de la emoción grandiosa y limpia, y real e ideal que producen las vivientes montañas que el Dr. Atl ha pintado en todos sus cuadros.

Atl y la observación de la naturaleza

QUIEN haya despertado, o no haya dormido, para sorprender el amanecer de un día de primavera, conoce los amarillos y verdes de los cuadros del Valle, del Dr. Atl; el hombre que se haya detenido a contemplar el paisaje después de la lluvia, bajo el sol, conoce los frescos verdes y los transparentes azules de los paisajes que brinda la orografía de nuestra República; en fin, quien haya observado el Valle de México en otoño e invierno, sabe de los rojos fuertes y violáceos de nuestro firmamento, de las blancas nieves de nuestros muertos volcanes, y de los pinos individualistas de algunos paisajes. Quien conozca sus cuadros: *El Valle de México, La Mañana Luminosa, El Esqueleto de un Pino y el Volcán, Las Nubes sobre el Valle, Los Cráteres y las Nubes, Las Sombras sobre el Valle, la Belleza del Iztaccíhuatl, El Sol tras el Monte, La Montaña de Arena y La Luz y Asperezas de un Volcán Luminoso*, no puede menos que exclamar que se trata de uno de los más grandes pintores de paisajes mexicanos, quizá el que mejor ha podido expresar, en todo su contraste, la luminosidad de nuestro cielo y la dureza de los montes de nuestro territorio.

Si los pintores impresionistas y post-impresionistas del siglo pasado y de comienzos del presente, se propusieron representar la luz y dar una idea temporal del paisaje, el Dr. Atl ha realizado con creces, las aspiraciones de esta escuela.

Estamos en presencia de un artista cósmico, que siente el paisaje de un modo dinámico. Y esto lo decimos porque

nuestro personaje de novela, llevado por su pasión creadora, confronta las figuras de la realidad con su manera de concebir el mundo y la vida, dándoles, en sus lienzos, un carácter informal insospechado. Maneja las montañas como a seres vivientes, dotándolas de lo que podría llamarse un movimiento interior y de una calidad cromática que las hace resplandecer, y produciendo, asimismo, emociones tales como si la plástica fuera animada.

En otras obras suyas, la primera impresión nos desconcierta, mas poco a poco, a fuerza de mirar e insistir, vamos comprendiendo su lenguaje pictórico especial, lenguaje fuertemente colorido, lenguaje, por otra parte, tan lícito y tan bello como puede serlo el de la forma clásica.

Muchos comentaristas han criticado al Dr. Atl por su colorido; otros más, por sus perspectivas curvilíneas; pero todos se encuentran alejados de la verdad estética que es, simple y llanamente, emoción pura. La pintura del Dr. Atl le gusta a quien le gusta. Esto nos recuerda la frase de Elie Faure, en su libro *El Arte Moderno*: "La pintura, arte sublime, el más alto, el más sutil, el más sensual y, a la vez, el más intelectual, oda, danza, música llevadas al mundo objetivo: arte tan alejado de un espíritu medio como el álgebra trascendental de la educación primaria: el aficionado a los folletines, el campeón de juego de dominó, el escribiente, el chambelán y el elector te juzgan".

El taumaturgo de los volcanes es un gran dibujante de paisajes⁵ y sus dibujos son todo para él; dibujo con el lápiz, dibujo con el pincel y con los colores. El dibujo y el color, en esta síntesis pictórica, no constituyen cosa distinta: "A medida que se pinta, se dibuja, cuanto más armonice el color, más se precisa el dibujo; cuando el color alcanza la riqueza, la forma alcanza plenitud". Y el andariego Dr. Atl llega en esto a las cumbres más inaccesibles. Es muy difícil que se vuelvan a pintar tablas como el cuadro *Luz y Aspreza*, que posee el señor Ing. Marte R. Gómez, el llamado *Mañana Luminosa*, del industrial don José Queratl Mir, y *La Sierra*, propiedad de don Roberto López.

El que esto escribe conoce la mayoría de los trabajos que

⁵ En esto se aleja del impresionismo.

ha ejecutado el artista, y por ello se atreve a escribir esta crítica.

El mayor deseo, la más grande aspiración del pintor que nos ocupa, ha sido hallar el modo de transmitir, con la más pura y sincera de las emociones, la energía, la seguridad impasible, las sensaciones lumínicas de los horizontes y estados atmosféricos de nuestros paisajes.

El Dr. Atl, en vulcanología, es un artista de relativa variedad de temas; su espíritu y su concepción estética lo llevan más bien al cambio, partiendo de un mismo modelo; su retina está hecha para la exageración. Su colorido es variable y en él predominan los azules y los grises, los verdes y los ocre, y, últimamente, los negros y los rojos.

El Dr. Atl, como Corot, Rousseau, Daubigny, Díaz y, después, Monet, Manet, Degas, Pissarro, Sisley, Van Gogh, Renoir y Cézanne, es un renovador del paisaje, revolucionario como aquellos que, al decir de Juan de la Encina, rompen con la artificiosa y vacua manera de entender el paisaje; se enfrentan resueltamente con la naturaleza; viven en magnífica y constante comunión con los campos, los cielos extensos, y los bosques tupidos, con sus misteriosos, cambiantes contrastes de luz.

Conclusión

LA pintura mexicana moderna ocupa en el mundo un lugar preeminente: Si Diego Rivera es el mejor muralista actual y José Clemente Orozco el expositor más extraordinario del dolor y de la tragedia mexicana, sin duda uno de los grandes pintores de la presente época, el Doctor Atl, es el paisajista sin par de nuestro ambiente.

LA MUSICA EN EL BRASIL

Por Luiz Heitor CORREA DE AZEVEDO

LA primera referencia a la música, en las tierras de Brasil, fué hecha por el escribano de la armada de Pedro Alvares Cabral, el Descubridor. Al descender a tierra con sus compañeros de aventura, y entrar en contacto con los aborígenes, que gentilmente recibieron a los navegantes, Pero Vaz Caminha cuenta, en su célebre Carta al Rey Don Manuel, cómo después de asistir curiosamente a la Misa que Fray Henrique de Coimbra celebraba, y estando los portugueses oyendo el sermón "*se levantaron muchos de ellos y tañeron cuernos o trompetas y comenzaron a saltar y danzar un poco*". Esto ocurrió en abril de 1500. Con el correr de los años el contacto entre cristianos y selvícolas se fué estrechando cada vez más; aquéllos interesados en conquistar almas para Dios y brazos para el trabajo del Rey; éstos siempre curiosos de observar y prestos a la imitación de lo que hacían los blancos. La música sirvió de mediadora, haciendo posible y excelente ese entendimiento. Los oscuros habitantes de la tierra eran muy sensibles a los efectos de los sonidos; los más desconfiados se desarmaban, fascinados por el canto o por la música de los instrumentos. Y los europeos, principalmente los padres, que tenían la misión de conducir las almas, esto es, el corazón y la voluntad de esos nuevos vasallos portugueses, se valían conscientemente de tal técnica de acercamiento. "Como el Padre Nobre determinó internarse muy adentro—dice un documento jesuítico— irían los padres *seguros con esto, porque los negros o sus enemigos (a los cuales quieren muy mal, tanto que se comen unos a los otros) los dejan entrar en sus tierras y casas si les llevan música y cantos*".¹ El historiador de la Compañía de Jesús en el Brasil, el Padre Serafim Leite, resume

¹ *Cartas Jesuíticas* (II) *Cartas Avulsas* (1550-1568). Publicación de la Academia Brasileña de Letras. Rio de Janeiro, 1931, p. 437

así, en su obra monumental, esa política musical de los catequistas: "*Sagaces psicólogos, aprovecharon, pues, los Padres esta predisposición innata de los indios, aceptándoles, al principio, el ritmo y los instrumentos, mas cambiando la letra y conduciéndolos, poco a poco, a la práctica de la religión y a las costumbres portuguesas, que se introducían así sin violencias innecesarias*".² Medio siglo después del Descubrimiento, leemos, efectivamente, en las crónicas de catequización, que esos dóciles discípulos de los jesuitas manejaban con destreza todos los instrumentos musicales venidos de Europa, desempeñando, inclusive, los acompañamientos al clavecín y al órgano; y no menos hábiles y entusiastas cantores, llenaban las modestas naves del tiempo con la noble polifonía de la escuela del mil quinientos. Con eso se perdía la música autóctona, que los recién-convertidos olvidaban, avergonzados; pero se fundaba una tradición de cultura musical que atravesó toda la era colonial y que, compuesta por modestos obreros, casi todos perdidos en el anonimato, proveyeron a las iglesias, teatros y salones del Brasil de excelente música, cantada o ejecutada de tal modo que entusiasmó a algunos europeos que sobre nuestro país escribieron, por esa época.

En 1585, en un libro impreso en Ginebra por el calvinista Jean de Léry, aparece reproducida la más antigua música del Brasil. Se trata de algunos cantos de los indios, que el francés oyó en las cercanías de la bahía de Guanabara, y reprodujo en el relato de la gran aventura en la que se embarcó, para la cual se trasladó a la América, en 1557, al mando de Calvino, para colaborar en la empresa de fundación de una Francia Antártica. Son cinco melodías, dos Tupinambás, célebres, en la música brasileña, por el número de veces que nuestros autores las han empleado en obras de todos los géneros.

Canindé Ioune, la primera de estas melodías, fué íntegramente aprovechada por Vila Lobos, como base a su poema para voz y orquesta del mismo nombre.

En el siglo XVIII se fundaron los primeros teatros brasileños, en Rio de Janeiro, en São Paulo, en Baía y en Recife. Y la ópera —vulgarmente la "ópera cómica", de sabor popular, llena de dichos groseros, animada por las melodías más en

² SERAFIM LEITE, S. J. *Historia da Companhia de Jesús no Brasil*, tomo II. Lisboa, Livraria Portucália, 1938, p. 101.

boga, a veces también, verdaderas óperas serias, de Caldara, Porpora o Cimarosa—constituía el repertorio de esas casas de espectáculos coloniales, en cuyos escenarios ya brillaban los primeros astros líricos nacionales, como la contralto Joaquina da Conceição Lapa o el incomparable bajo João dos Reis. Además el introductor de la "ópera cómica" en Lisboa autor de inmenso éxito, quemado por la inquisición el 1639, a los treinta y cuatro años de edad, era brasileño; Antonio José da Silva, apodado "El Judío". Silvio Romero presentó "*la naturaleza de su lirismo, que es brasileño*"³, para incorporarlo a la literatura nacional, y basándose en ese "lirismo brasileño" del poeta, llega a suponer que las melodías que adornaban sus piezas, y que no llegaron a nuestro conocimiento, serían como un prenuncio, tal vez el origen mismo de esas "*modinhas*" brasileñas que trastornaron la Lisboa setecentista, poniendo una nota muy viva de exotismo erótico, tierno y desenfadado, en aquellas reuniones severas y frailescas, en que imperaba el espíritu arcadio, del todo afecto a los temas clásicos y empolvados. Imagínese, por ejemplo, el efecto que no harían los versos de cierta "*modinha*" brasileña:

Uma mulata bonita
 Não carece de rezar;
 Basta o mimo que tem
 Para sua alma salvar

en una sociedad de aquel tipo. Y recuérdese que la música, que se distanciaba completamente de la que era atribuida a la tradicional "canción" portuguesa, tenía, también, como confiesa medio alarmado Lord Beckford, en sus *Sketches of Spain and Portugal*, igual dosis de erotismo. "*Con infantil descuido—dice el inglés—esa música se insinúa en el corazón, antes de que pueda éste reaccionar contra su influencia enervante; imagínase sorber leche, y es el veneno de la voluptuosidad lo que se insinúa en lo más íntimo de la existencia*".⁴ El poeta Domingos Caldas Barbosa (1740-1800), mulato brasileño que vivía en Lisboa, se volvió campeón de la "*modinha*" brasileña,

³ SILVIO ROMERO. *História da Literatura Brasileira*, vol. I Rio de Janeiro, Garnier, 1902, p. 163.

⁴ *Italy; with sketches of Spain and Portugal*. By the author of *Vathek*, vol. II. Philadelphia, Fey and Biddle, 1834, p. 58.

provocando dulces anhelos cuando, en los salones aristocráticos de la metrópoli portuguesa, cantaba el "amor brasileño":

Gentes, como isto
Cá é temperado,
Que sempre o favor
Me sabe a salgado:

Nós lá no Brasil
A nossa ternura
A açúcar nos sabe,
Tem muita doçura,

Oh! se tem! tem.

Los naturalistas alemanes Spix y Martius, que recorrieran el Brasil en los primeros años del siglo XIX, recogieron una coléctanea de "Modinhas" Brasileñas, sin mención del autor, que hasta hoy nos conserva la fisonomía de esas viejas canciones de amor, tal como eran cantadas en los últimos años de la colonia.⁵

Por ese tiempo, como era natural, la música seria se refugiaba en las iglesias. Los primeros compositores brasileños, cuyos nombres u obras conservamos, eran sacerdotes católicos o autores de música sacra. Procede recordar aquí a Eusebio de Matos (1629-1692), hermano del célebre poeta satírico Gregorio de Matos; y Manuel da Silva Rosa (+ 1793) autor de una *Pasión de Jesucristo*, muy comentada en su tiempo.

Se debe mencionar, además, como manifestación de la vitalidad del espíritu musical brasileño, en los tiempos coloniales, la institución de las Bandas de Música, organizadas con los esclavos de los grandes ingenios y haciendas. En 1610 el viajero francés Pyrrard de Laval oyó, en casa de Baltazar de Araújo en Baía, una de esas bandas, dirigida por un músico francés que servía a aquel gran señor, ensayando y conduciendo las ejecuciones musicales que amenizaban sus ocios. En una inmensa hacienda de los padres jesuítas, en Santa Cruz, cerca de Rio de Janeiro, la música era tan cultivada, entre los esclavos

⁵ *Brasilianische Volkslieder und Indianische Melodien*. Musikbeilage zu DR. v. SPIX und DR. v. MARTIUS.

vos, que algunos historiadores llegaron a creer en la existencia de una curiosa institución, que denominaron "Conservatorio de los Negros". Disponía esta hacienda, de orquesta y cantores, pudiendo ejecutar solemnes oficios religiosos o pequeñas óperas, que encantaban a la familia reinante de Portugal, cuando ésta llegó a Brasil, en 1808, huyendo de la saña de las tropas invasoras de Napoleón Bonaparte.

La llegada de la corte portuguesa a Rio de Janeiro marca un nuevo periodo en la vida nacional, dejando el país de ser una colonia para pasar a la categoría de Reino Unido con Portugal. Rio de Janeiro se transforma, en pocos años, en una gran metrópoli artística, a la cual se dirigen figuras eminentes de la vieja y congestionada Europa, unos huyendo de las persecuciones políticas, otros especialmente contratados por el gobierno para desarrollar las disposiciones nativas de los brasileños y fomentar la creación de nuevas expresiones de arte, dignas del nuevo país que surgía. En el campo de la música, además de una legión de profesores, instrumentistas y cantores, portugueses e italianos, vienen a residir al Brasil dos músicos de notoriedad europea: Marcos Portugal, el célebre compositor lusitano cuyas óperas se cantaban en todos los grandes teatros de entonces, y Segismundo Neukomm, pianista y compositor, uno de los últimos y más queridos discípulos de Joseph Haydn. El primer teatro regular de ópera fué inaugurado en Rio de Janeiro en 1813 (Real Teatro de San Juan). Un gran órgano montado en la Capilla Real, numerosos instrumentos de teclado, los nuevos *piano-fortes* de Broadwood y de otros fabricantes, comienzan a ser importados y la ciudad que sólo había conocido, hasta entonces, como instrumento doméstico, la guitarra, pasa a ser aquella "ciudad de los pianos", a que se refiere a mediados del siglo Araujo Porto Alegre, impresionado con el número de esos instrumentos existentes en el Rio de Don Pedro II.

Las condiciones favorables que esa ebullición artística vienen a crear, ponen de relieve el genio de José Mauricio Nunes García, un padre mestizo, de origen modestísimo, que es cronológicamente, el primero de los grandes compositores brasileños cuyos nombres tenemos que recoger. Nacido en Rio de Janeiro, en 1767, gozaba ya de gran renombre local cuando el gobierno portugués se instaló en la ciudad. Pero es posible

que su figura hubiera permanecido inadvertida, en la imprecisión del pasado, como la de tantos otros que lo precedieron si, a la luz potente del gran movimiento musical que entonces se gesta, su obra no hubiese atraído tantas atenciones y su personalidad no se hubiera convertido en una de las más representativas de aquel brillante período histórico. Sin haber salido nunca de Rio de Janeiro el Padre José Mauricio tuvo que construir, casi sin auxilio de fuera, el apreciable edificio de su cultura musical. Es bien dudoso que recibiera de sus profesores algo más que los meros rudimentos del arte. Compulsando las obras de los clásicos, que enriquecían su biblioteca, notable para su tiempo, pudo adquirir la maestría que emplea en sus grandes obras y que procede, indudablemente de Haydn, Paesello y, un poco, también, de Mozart. Su primera composición conocida es un motete, fechado en 1783. Sólo nueve años más tarde se ordena de sacerdote, conquistando, así, con la sotana, una posición que de otra forma jamás hubiera alcanzado a causa de su modesto nacimiento, de su pobreza y de su color. Ya era, entonces, el autor de muchas obras apreciadas, inclusive un *Te Deum*, cantado en la Sede para celebrar el regreso de Europa del Virrey Don Luiz de Vasconcelos. En 1789 fué nombrado Maestro de Capilla de esa misma Sede y Catedral, posición en que lo encuentra, diez años después, el Príncipe Regente Don Juan, cuyo amor por la música sólo era igualado por su apego a las ceremonias del culto católico. Se inauguraba, bajo los mejores auspicios para la música, y muy particularmente para el Padre Maestro José Mauricio, a quien el Príncipe se había aficionado admirando sobremanera su arte, el gran Perodo de la Corte en Rio de Janeiro. José Mauricio compone abundantemente, para la Capilla Real y para otras iglesias de Rio, que se disputaban el privilegio de hacer cantar, en primera audición, obras suyas, expresamente encargadas con ese fin. Su estilo es sobrio en el tratamiento de las voces, pero rebuscado, vivamente colorido y muy movido en el manejo de las partes instrumentales.

Aparte de algunos puntos menos significativos, su obra está constituida, exclusivamente, por música religiosa. Sus partituras más célebres son la *Misa en si bemol*, para coro mixto y orquesta, compuesta en 1801, que Alberto Nepomuceno publicó en 1898; la *Misa de Requiem*, escrita en 1816 para las

solemnes exequias de la Reina Doña María I, y publicada en 1897, a los cuidados de Alberto Nepomuceno; y la *Misa Festiva*, una de sus últimas composiciones, de 1826, cuyas partes corales también se hallan impresas, habiendo sido ejecutada bajo la dirección de Alberto Nepomuceno, en la ceremonia de la Consagración de la Iglesia de la Candelaria de Rio de Janeiro, el 10 de julio de 1898.

Al fallecer, en 1830, José Mauricio dejaba un gran número de discípulos, pues había dedicado más de treinta años de su vida, desinteresadamente, a la propagación de la enseñanza de la música, sosteniendo una Escuela de Música gratuita, de la cual fueron alumnos, entre otros, Francisco Manuel da Silva, figura de incomparable importancia en el período subsecuente a la muerte de José Mauricio, Cândido Inacio da Silva, el célebre autor de "modinhas" y lundús cuya presencia en la historia de la música brasileña es reclamada por Mario de Andrade, Francisco da Luz Pinto, profesor de música en el Colegio Don Pedro II, etc.

Menos compositor, que hombre de acción enérgica y segura visión, decidido a crear ambiente para su arte, en la capital del único Imperio en el Nuevo Mundo, Francisco Manuel da Silva fué el fundador del Conservatorio de Rio de Janeiro, que todavía existe, con la denominación de Escuela Nacional de Música, integrando la Universidad del Brasil. Fundó, también, una sociedad de Beneficencia Musical, que existió hasta 1890, habiendo distribuido centenas de contos de reis a los asociados y familias, a título de auxilios y peculios; y colaboró en cuantas iniciativas tendientes a la difusión del arte se ensayaron, en Rio de Janeiro, durante el período de su vida. Fué el autor del Himno Nacional Brasileño, que surgió en 1831, ocasionado por la revuelta popular que forzó al Emperador Don Pedro I a abdicar, dejando el trono a una criatura de cinco años, más tarde coronado con el nombre de Don Pedro II.

El Conservatorio empezó a funcionar en 1848. Nueve años después uno de sus alumnos distinguidos era enviado a Europa, para perfeccionar sus estudios: Henrique Alves de Mesquita. Y en 1859 vino de São Paulo para matricularse en el establecimiento aquel a quien debía corresponderle la más bella floración de gloria: Antonio Carlos Gomes.

Natural de Campinas, en São Paulo, donde había nacido en 1835, Carlos Gomes tuvo que huir de la casa paterna para establecerse en Rio de Janeiro con ayuda de sus amigos y dedicarse a los estudios regulares de su arte. Las óperas que hizo representar en esa ciudad, siendo aún estudiante, la *Noche del Castillo*, en 1861, y la *Juana de Flandes* en 1863, obtuvieron tal éxito que el Emperador resolvió mandarlo también a Europa, a fin de que completara su educación artística. A principios de 1864 Carlos Gomes residía en Milán, teniendo por maestro al compositor Lauro Rossi, que entonces dirigía el Conservatorio de la capital lombarda. Lauros no menos brillantes de los que cosechara en su tierra, habían de coronar sus esfuerzos, en el extranjero, después de algunos años de trabajos escolares. La ópera *Il Guarany*, cantada el 19 de marzo de 1870, en el Teatro de la Scala, por un conjunto de grandes artistas, entre los cuales sobresalen la soprano María Sass, el tenor Villani, el barítono Storti y el bajo Victor Maurel, señaló una de las noches de triunfo más felices en la historia de aquella venerable casa de espectáculos. Carlos Gomes era célebre; su ópera recorría todos los teatros de Europa, de Roma a Londres, de Lisboa a Moscú. Otras óperas sucedieron a *Il Guarany*, más sólidamente escritas, pero sin el estruendoso éxito de esa producción inicial. Fué en 1873, la *Fosca*, recibida sin entusiasmo por el público milanés; en 1874 *Salvator Rosa*, cantada en Génova, provocando delirantes aplausos con sus melodías fáciles y brillante tratamiento del *bel canto*; en 1879 la *Maria Tudor*, cuya primera representación en la Scala terminó en turbulenta rechifla; en 1889 *Lo Schiavo*, cantada en Rio de Janeiro; y, finalmente, en 1891, la última producción del maestro, *Condor*, una ópera de acción legendaria que vió la luz de las candelijas en el viejo escenario de la Scala, tan familiar al compositor, el 21 de febrero de ese año. Después de eso Carlos Gomes sólo escribió una especie de oratorio profano, por él intitulado "poema vocal-sinfónico", destinado a celebrar la gloria de Cristóbal Colón, en la ocasión del 4º centenario del Descubrimiento de América. Fué cantada por primera vez, sin éxito, en Rio de Janeiro, el 12 de octubre de 1892.

Carlos Gomes residió continuamente en Italia, desde que para allá partió en 1864. Vino muchas veces al Brasil, princi-

palmente en los últimos años de su vida, en que visitaba a menudo los Estados del Norte, encargado de organizar y dirigir espectáculos líricos en el Teatro de la Paz, de Belem. Pero en Italia se casó, en Italia nacieron sus hijos; y allá estaban de hecho, sus intereses artísticos, ya que el Brasil no podía constituir campo para la actividad de un compositor de óperas, en el tiempo en que vivió. A pesar de eso Carlos Gomes nunca renunció a la ciudadanía y al orgullo de ser brasileño. Su correspondencia, que es muy pintoresca, está llena de expresiones dialectales; en Maggiano, puerto del lago de Lecco, donde tenía una propiedad, se hallaba siempre desplegada la bandera de su país y poseía viveros de pájaros brasileños. Y cuando redactó su testamento, al firmar, recalcó, después del nombre: "brasileño y patriota". En dos de sus óperas utilizó asuntos brasileños: en *Il Guarany* extraído de la célebre novela del mismo nombre, de José de Alencar, y en el *Schiavo*, calcado de un proyecto imaginado por el Vizconde de Taunay y muy alterado por el poeta Rodolfo Paravicini, autor del libreto.

Murió en Belem do Pará, en 1896, víctima de cruel enfermedad.

En la época en que vivió Carlos Gomes el teatro lírico deslumbraba la imaginación de los compositores brasileños. Casi todos ellos avanzaban por ese camino tan lleno de decepciones. Algunos procuraron perfeccionar sus estudios en Europa, y allá mismo dieron a conocer sus óperas. Recientemente falleció, casi centenario, en São Paulo, el maestro Juan Gomes de Araujo (1846-1943), autor de las óperas *Carmosina* (1888) y *Maria Petrowna* (1929). Era un auténtico representante de ese período de la historia musical brasileña, un contemporáneo de Carlos Gomes, sólo diez años más joven que él.

La producción brasileña de óperas rebasa el centenar de obras, de las cuales cerca de cuarenta pertenecen al siglo XIX. En un país de cultura nueva, donde solamente dos ciudades—Rio de Janeiro y São Paulo—mantienen temporadas regulares de ópera, esa cantidad es significativa y prueba la atracción que la música dramática, y principalmente la música dramática italiana, como era natural, ejercía sobre el ánimo de nuestros compositores. De 1857 a 1864 llegó hasta a existir un curioso intento, al frente del cual se hallaba D. José Amat, refugiado español que ejerció benéfica actividad en el medio

artístico de Rio de Janeiro; era la Opera Nacional, destinada a cultivar el canto vernáculo y que funcionaba en estrecha conexión con el Conservatorio de Francisco Manuel. Su repertorio incluía no solamente óperas italianas y zarzuelas españolas traducidas al portugués, como partituras de compositores nacionales o extranjeros residentes en el Brasil, compuestas sobre libretos originales en el idioma del país. Las principales óperas brasileñas cantadas en este período fueron las siguientes: *La Noche de San Juan*, de Elias Alvares Lobo, en 1860; *La Corte de Mónaco*, de Domingos Ferreira, en 1862; *El Vagundo*, de Henrique Alves de Mesquita, en 1863; *Idalia*, de Henrique Eulalio Gurjão, en 1881; el *Bug Jargal*, de Gama Malcher, en 1890.

La música sinfónica y la música de cámara, por un lado, y por el otro la liberación del yugo impuesto a los compositores por los modelos de la ópera italiana, surgieron con los maestros Leopoldo Miguez y Henrique Oswald.

Miguez nació en Niteroi, en 1850, de padre español. Pero vivió hasta los veintiún años fuera del Brasil; en Oporto, en Portugal, donde su familia se radicó, recibió instrucción musical. Cuando regresó al Brasil, en 1871 ó 1872, todavía no pensaba dedicarse a la música. Sigue la misma vida de negocios de su padre. Sin embargo, su nombre empieza a imponerse poco a poco, apareciendo en los gremios musicales de aficionados o en los salones, como violinista, director de orquesta y compositor. La ejecución de su *Marcha Elegiaca*, en 1880, en la conmemoración del tercer centenario de la muerte de Luiz de Camoens, obtiene tanto éxito que Leopoldo Miguez comienza a pensar seriamente en abandonar los negocios para dedicarse exclusivamente a la música. Toma esa resolución en 1882 y parte para Europa, a fin de pulir sus conocimientos, que eran excelentes para un aficionado, pero insuficientes para quien estaba pensando hacer del arte profesión de vida, y a ella consagró todos los minutos de su existencia. Estudió en Bruselas y en 1884 regresó al Brasil, fuertemente influido por Wagner, por su grandeza y sus teorías. En Rio se convirtió, indiscutiblemente, en la figura de mayor prestigio en los círculos musicales, tanto que en 1890, cuando el gobierno de la República pensó en transformar el viejo Conservatorio de Francisco Manuel en un establecimiento de amplia proyección, que

sería el Instituto Nacional de Música, fué a Leopoldo Miguez a quien recurrió para planear esa reforma y asumir la dirección del nuevo instituto. Los últimos años de la vida del compositor fueron íntegramente consagrados a ese establecimiento, que amó con pasión, y a cuyo progreso dedicó sus admirables cualidades de hombre de acción y de administrador excelente.

Sin embargo, no por eso dejaba Miguez de componer. En su haber se inscribe una ópera, de moldes wagnerianos, *Los Saldunes*, cantada en 1901, en Rio de Janeiro; la música de escena para el poema dramático *¡Por el Amor!* de Coelho Neto; una *Sinfonía en si bemol*; 3 poemas sinfónicos, intitulados *Parisina*, *Ave Libertas!* y *Prometeo*; *Obertura Dramática*, *Suite à l'Antique*, *Scherzetto Fantastico*, y varias otras páginas para orquesta; una *Sonata* para violín y piano; y varias otras piezas para piano, entre las que sobresalen el *Nocturno op. 10* y *Allegro Appassionato*, publicado después de su muerte. Fué un compositor eminentemente sinfónico. Su obra no tiene gran originalidad; pero está tan bien escrita, y maneja ideas tan nobles y tan selectas, que su audición siempre constituye un verdadero placer para los entendidos y los verdaderos amigos de la música. Miguez falleció a los cincuenta y un años de edad. en 1902.

Henrique Oswald, al contrario de Miguez, encontró en la música de cámara y en las pequeñas piezas para piano la expresión más feliz de su individualidad artística. Nació en Rio de Janeiro en 1852, de padre suizo, y pasó su infancia en São Paulo, donde se inició en el estudio de la música y de donde partió para Europa en 1868. Radicóse en Florencia, donde tuvo por guía al gran pianista Giuseppe Buonamici, para el piano; a Reginaldo Graziani e Mazzoni, para la composición. Durante treinta y cinco años el compositor permanece en Italia, donde se casa, donde nacen sus hijos y donde adquiere creciente notoriedad por sus composiciones, en las cuales, sin embargo, no hay vislumbres de la melodramaticidad peninsular, hecha de suculentas melodías y de gesticulante poder expresivo. La principal cualidad de la música de Oswald es el ser *discreta*; no en el sentido peyorativo, de la música que aunque no llega a ser buena, no ofende por su mala cualidad. No; *discreta* se entiende, aquí, como un predicado. Música exenta de grandilocuencia, de despilfarro romántico, de colores chi-

llones, de todo lo que es exterior y significa una puerta de acceso menos legítima para el éxito. Su *Suite de Orquesta*, su *Sinfonietta*, sus *Concertos*, para piano y para violín, el *Quinteto* con piano, los *Quartetos*, *Tríos*, además de 3 óperas, que nunca han sido representadas, piezas para piano y un poemita vocal *Ophelia*, se anotan en la producción de esos años de mocedad y de madurez que precedieron a su regreso al Brasil. En 1902 la circunstancia de haber salido vencedor en un concurso de composición instituido por el diario *Le Figaro*, de París, aventajando, con su pieza para piano *Il neige!...*, a más de cien concursantes que en ese certamen participaban, condujo su nombre a una notoriedad más amplia. Y estando vacante la dirección del Instituto Nacional de Música, con la muerte de Leopoldo Miguez, el gobierno brasileño resolvió invitarlo para asumir ese puesto que se le encomendó en 1903. Así regresaba a la patria, que había dejado adolescente, y que sólo visitó en rápidas excursiones como concertista, este artista de cincuenta y tres años, dueño de un extenso y excelente bagaje de compositor. Su estancia en la dirección del Instituto Nacional de Música no duró más de tres años. Pero el compositor no debería ya nunca dejar el Brasil, volviéndose en Rio de Janeiro, uno de los más famosos maestros de piano. Y continúa produciendo: su *Sinfonía*, el *Andante* y *Variaciones* para piano y orquesta, las *Sonatas* para violín y para violoncelo; el último *Trío* y los dos últimos *Quartetos*, son obras de ese período, además de numerosas piezas pequeñas para piano. Al fin de su vida escribe principalmente música religiosa, entre la cual se destaca una gran *Missa* para 4 voces mixtas, con acompañamiento de orquesta y órgano, una *Missa de Requiem*, motetes diversos y piezas para órgano. Murió en 1931, cuando se le ofrecían grandes homenajes en conmemoración de su 79º aniversario.

Alexandre Levy podría haber sido uno de los compositores más representativos del movimiento en pro de la creación de un estilo musical brasileño, original y fundado en la inspiración popular, si la muerte no lo hubiese visitado tan precozmente. Nació en São Paulo, en 1864, y en esa ciudad murió, en 1892. Estuvo en Europa, en 1887, pero allá permaneció solamente algunos meses, angustiado con las *saudades* de la patria y del círculo familiar en que siempre había vivido; o tal

vez lo persiguiese ese misterioso presentimiento que a veces se refleja en el alma y en el proceder de los artistas condenados a morir jóvenes. Su primera obra dentro de aquella tendencia nacionalista son las *Variaciones sobre un tema brasileño*, en la cual la célebre cantiga *Ven cá Bitú*, que se remonta, a lo que parece, a los principios del siglo XIX sirve de tema a 13 variaciones de atmósfera francamente teuto-romántica, impregnada de reminiscencias schumanianas y mendelssohnianas. Además Schumann siempre fué el ídolo del compositor paulista, que llegó a escribir una colección de pequeñas piezas intitulada *Schumaniana*. El *Tango Brasileño*, para piano, y una *Suite Brasileña*, terminando con una *Samba*, son otras obras en que también se manifiesta el intento nacionalista del compositor. Si se suman a esas obras una bella *Sinfonía*, el poema sinfónico *Comala*, de argumento negro, algunas obras de circunstancias, y piezas para piano, tenemos todo lo que Levy pudo legar a su país, en sus cortos veintisiete años de existencia.

Más oportunidades se le ofrecieron a un contemporáneo suyo, nacido en la región del país más representativa de la nacionalidad, porque allí se estableció, hace siglos, un tipo de hombre que inmigraciones posteriores no alteraron, como ocurrió en el Sur brasileño. Alberto Nepomuceno, natural del Ceará, donde nació en 1864, se encaminó por la misma orientación artística de Levy. Pero a través de una bien vivida existencia, se convirtió en el verdadero patriarca de la música brasileña de sentido nacional, y la figura de mayor proyección en el escenario musical de su tiempo. Hizo serios estudios musicales en Europa, donde permaneció de 1888 a 1895, volviendo a visitarla varias veces. Era pianista, organista y director de orquesta. Fué el primer profesor de órgano del recién fundado Instituto Nacional de Música. Cuando regresó de Europa, ya traía, en su bagaje, la primera composición de hechura nacionalista, una *Serie Brasileña* que continúa siendo, hasta hoy, uno de los números favoritos en los conciertos sinfónicos brasileños y que termina con un *Batuque* de excelente efecto y gran popularidad. En la extensa colección de canciones que compuso encontramos las mejores joyas de canto en portugués. Y las primeras de fino trabajo, en el Brasil, ya que anteriormente, exceptuando la "*modinha*" tradicional, sin pretensiones bajo el punto de vista musical, cultivada por los compositores

de mediados de siglo, toda la producción vocal nacional tenía textos en idioma extranjero (italiano o francés). Nepomuceno rompió esa estúpida prevención, trayendo para la música las mejores páginas de nuestros poetas. Escribió un pequeño episodio lírico, con texto de Coelho Netto (*Artémis*, 1898); y una ópera en tres actos, con libreto suyo (*Abul*, 1913). No llegó a concluir una comedia lírica que tenía la intención de escribir sobre un asunto tomado a los *Alfarrabios* de José de Alencar, *La Garatuja*. De ella nos quedó, solamente, un delicioso *Preludio*, página de las más representativas del estilo nacionalista de Alberto Nepomuceno, y frecuentemente ejecutada en nuestros conciertos sinfónicos. Una *Sinfonía* y una *Suite à l'Antique*, de atmósfera puramente europea, los *Valses Humorísticos* para piano y orquesta, la cantata *Le Miracle de la Semence*, y la música de escena para la *Pastoral* de Coelho Netto, completan la lista de sus obras orquestales. En 1916 publicó un *Trio en fa menor*, que, con un *Cuarteto* de la época de sus estudios en Europa, constituyen todo lo que escribió en el dominio de la música de cámara. Para piano dejó muchas obras, encabezadas por el *Tema y Variaciones en la menor*, *Variaciones sobre un tema original*, *La Brasileña*, *Nocturno*, *Piezas líricas*, *Hojas de Album*, etc. Alberto Nepomuceno sucedió a Henrique Oswald como director del Instituto Nacional de Música (1906-1916). Falleció en 1920, en Río de Janeiro, cuando el nombre de Vila Lobos ya venía imponiéndose conquistadoramente a la admiración de los artistas y del público a pesar de las luchas que la factura innovadora de su música le planteaba.

Antes de acercarnos al autor de los *Choros*, tenemos que pasar en revista algunos otros compositores brasileños que le preceden cronológicamente. El primero es Francisco Braga (1868-1945) que en algunas de sus obras, acusadamente en su música de escena para el drama de Alfonso Arinos *El Contratador de Diamantes*, procura también revivir su inspiración en la linfa poderosa de la música popular. Es un maestro en la técnica del buen acabado. Pueden sus páginas no ser muy originales, pero son siempre distintas y agradables. Varios poemas sinfónicos, *Paisaje*, *Cauchemar*, *Marabá*, *Episodio Sinfónico*, y dos óperas, *Jupira* (1900) y *Anita Garibaldi* (esta última un trabajo amplio que el compositor buriló lentamente

en los días de su vejez, y que no fué presentado al público) constituyen el grueso de su producción, de la que forma parte alguna música religiosa. Director de orquesta, Francisco Braga fué, en cuanto tuvo fuerzas, el animador de la vida orquestal de Rio de Janeiro, a través de la Sociedad de Conciertos Sinfónicos, obra de su esfuerzo y de su dedicación. Profesor de composición en el Instituto Nacional de Música, formó a gran parte de los compositores y profesores de mayor responsabilidad en la vida musical brasileña en este último período. Fué el autor del himno a la Bandera Nacional.

El segundo compositor cuyo nombre debe ser recordado, antes del de Vila Lobos, hállase hoy día casi olvidado.

La muerte prematura de Glauco Velasques en 1914, inspiró un movimiento grande para la divulgación póstuma de su obra. Se fundó una Sociedad con su nombre, se celebraron conciertos dedicados a sus composiciones, siendo algunas de ellas editadas por iniciativa de dicha Sociedad. Hombres como Luciano Gallet, Darius Milhaud, que a la sazón residía en Rio de Janeiro, y, de un modo general, toda la élite musical brasileña, depositaban las mayores esperanzas en el genio de ese joven fallecido a los treinta y dos años, cuya música, henchida de oscura melancolía, empleaba en su construcción las más avanzadas conquistas del lenguaje musical de su tiempo. Su obra era, realmente promisoría de un compositor capaz de contribuir en amplia medida al esplendor de la música de su país. Probablemente la incompatibilidad de ese su arte, de substancia penumbriada, con el ambiente brasileño, del que se alejaba totalmente, determinó el olvido de que la posteridad rodeó a su autor, en quien los contemporáneos habían esperado ver una de las figuras más significativas de la música nacional.

La aparición de Heitor Vila Lobos constituye el hecho capital de la música brasileña del siglo xx. Nacido en 1887, en Rio de Janeiro, el compositor pasó la adolescencia y la juventud en los círculos bohemios de la ciudad, en una época en que la vida bohemia en Rio de Janeiro se hizo memorable, agrupando gran número de talentos privilegiados que gravitaban en torno del Café Papagayo, contando chistes que se volvieron famosos; o deambulaban por las noches cálidas de la capital, exasperando a los buenos padres de familia recogidos en sus lechos respetables, con la efusión lírica de las *serestas*, cantos noctur-



RIO DE JANEIRO. Avenida Beira-Mar.



RIO DE JANEIRO. Ministerio de Educación.

nos, acompañados por conjuntos instrumentales típicos, a cuya melodía acudían a los balcones, tímidamente, a hurtadillas, las muchachas románticas, morenas, de ojeras y de trenzas. Cuando Vila Lobos comienza a componer música seria, relativamente tarde, en 1909, ya había adquirido un vasto caudal de experiencia, en su trato cotidiano con los más afamados bardos populares de aquel tiempo. Pero no poseía ninguna especie de formación académica regular. Los meses que dedicó al estudio, en el Instituto Nacional de Música, habían sido un completo fracaso. Sus primeras obras revelan la profunda meditación de un joven compositor, excepcionalmente dotado, enormemente trabajador, ante el panorama de las ideas y del lenguaje musical de su tiempo. Toda su instrucción musical proviene en línea recta de los maestros; y su instinto lo lleva, siempre, a frecuentar el camino de los más avanzados. En algunas notas auto-biográficas, que se publicaron en la revista *Música Viva*, de Rio de Janeiro (enero-febrero, 1941), Vila Lobos confiesa que, al principio de su carrera de compositor sufrió "*cierta influencia de la orquestación de Wagner en sus obras de carácter sinfónico, y de Puccini en las óperas*". En 1914 su música principia a acusar mayor personalidad, orientándose hacia aquella especie de nihilismo estilístico e instrumental, caótico y superabundante, en el cual Florent Schmitt, —según escribió en la celebración de los grandes conciertos de obras de Vila Lobos efectuados en París, en 1927— veía "descadenarse, sin hipocresía, todos los peores instintos de ese superviviente de la edad de piedra"... añadiendo que el oyente tiene que adorar o que abominar, pero no puede quedar indiferente. *Las Danzas Africanas*, para orquesta, los poemas sinfónicos *Amazonas* y *Uirapurú*, la primera *Prole del Bebé*, para piano, son sus obras más famosas de ese período. Curiosamente, como ya había sucedido a Alexandre Levy y a Alberto Nepomuceno, cuyas primeras obras impregnadas de espíritu folklórico fueron escritas en Europa, durante la estancia de Vila Lobos en París, de 1923 a 1929, fué cuando su música adquiere un *pathos* nacional más profundo, más ampliamente representativo. La gigantesca serie de los *Choros* (16 piezas de dimensiones diversas, escritas para grupos instrumentales varios, que van desde la guitarra sola a la gran orquesta wagneriana, junto con la fanfarria, coros o pianos) canaliza el impetuoso to-

rrente de su inspiración. En ellos el compositor glorifica aquella especie de música ingenua y poco pretenciosa que había encantado sus desveladas de joven "seresteiro", en el viejo Rio. Al lado de los *Choros* están las *Canciones Típicas Brasileñas* y las *Serenatas*, para canto, el *Noneto*, el *Rudepoema*, para piano, el *Momo Precoz*, para piano y orquesta. Al regresar al Brasil Vila Lobos inicia una nueva fase de su vida, caracterizada por la madurez del hombre y del compositor; aquél empeñado en magnas tareas de educación musical popular; éste llegando al cenit de su obra con las *Bachianas Brasileñas*, nueva serie de composiciones, concebidas, como los *Choros*, para diversas combinaciones instrumentales y canto. El ideal del artista en esas obras, es establecer una ligación entre el divino arte de J. S. Bach y la música popular brasileña, valiéndose de ciertas peculiaridades que ésta tiene en común con la polifonía del gran clásico. Peculiaridades que residen, justamente, en el flujo continuo de las partes polifónicas y de su independencia.

Totalmente diferente de Vila Lobos, en su actitud ante el problema del arte nacional, fué Luciano Gallet, joven compositor que la muerte arrebató a los 38 años. Nacido en Rio de Janeiro, en 1893, de ascendientes franceses, escribió en 1918 la primera obra de sentido brasileño: un *Tango-Batuque*. Pero reconociendo el empirismo de la solución, que no se fundamentaba en la experiencia, como en el caso de Vila Lobos, ni tampoco en el esclarecido conocimiento de todos los datos del problema que permitiera la visión segura y la firmeza de convicciones, pasó de compositor a folklorista, e invirtió años en el estudio de la música y de las tradiciones musicales del pueblo brasileño. De esas especulaciones nacieron las *Canciones Populares Brasileñas*, armonizadas para canto y piano, algunas; para diversas combinaciones corales, otras; y publicadas en tres series, con un total de 22 piezas, por la casa editora Carlos Wehrs & Cía., de Rio de Janeiro. Al abordar obras de pura creación musical, aunque empleando material folklórico o concebido a la manera folklórica, Gallet escribió la *Suite sobre temas negro-brasileños*, para piano, flauta, oboe, clarinete y fagot; *Turuna*, para violín, viola, clarinete y batería; *Nbo-Chico*, para piano; y la admirable colección de *Ejercicios Brasileños*, para piano a cuatro manos, destinados a familiarizar a los

principiantes con las diversas modalidades de la rítmica nacional.

Lorenzo Fernández y Francisco Mignone, aquél de Rio de Janeiro, éste de São Paulo, empezaron a dar a conocer sus obras simultáneamente, pasado el 1920. Ambos nacieron en 1897 y la vida los ha llevado por muchos caminos en común. Sus nombres aparecen indefectiblemente unidos, como los más autorizados sucesores de Vila Lobos. En 1936 ambos estuvieron asociados en la fundación del Conservatorio Brasileño de Música de Rio de Janeiro. Artísticamente, las diferencias que los separan son grandes. Lorenzo Fernández representa un tipo de compositor, a la manera de Paul Dukas o De Falla, cuya obra es poca y castigada. No tiene la prodigalidad perdularia de Vila Lobos, autor de un número de composiciones tal vez igualado por ningún otro músico de nuestros tiempos. Ni la facilidad inagotable que caracteriza a Francisco Mignone, artista que produce incesantemente, con la generosidad de una germinación silvestre, y que, cuando no está componiendo, está improvisando. Además Lorenzo Fernández se divide; no es sólo un compositor; mantiene extensa actividad como profesor, en la Escuela Nacional de Música, en el Conservatorio Nacional de Canto Orfeónico y en el Conservatorio Brasileño de Música. Su habilidad como administrador, al frente de este último, ha destacado mucho. En 1925 su *Trío Brasileño* obtiene la más alta clasificación en un concurso internacional en el que participaron compositores europeos hoy famosos. Desde entonces en adelante Lorenzo Fernández no dejó de buscar inspiración en los temas de su tierra. La *Suite Sinfónica sobre tres temas populares* es su primera gran obra orquestal. *Imbapara*, poema sinfónico, más tarde transformado en ballet, emplea melodías indias, tomadas de la colectánea publicada por Roquette Pinto en su célebre libro *Rondônia* (ese grupo de melodías también ha sido utilizado en numerosas obras de compositores brasileños contemporáneos, inclusive de Vila Lobos). *Reisado do Pastoreio*⁶ es una suite construída con otra especie de material: la temática, aquí, es mestiza; tiene origen no en cantos autóctonos, pero sí aclimatados en el Brasil; y termina con el *Batuque*, página típicamente ritmada, de gran efecto orquestal, que triunfó por sí sola, desglosada de las que la

⁶ Danza dramática popular para festejar los Santos Reyes. (T.)

preceden. La primera ópera brasileña fuertemente impregnada de elementos folklóricos fué escrita por Lorenzo Fernández y presentada en el Teatro Municipal de Rio de Janeiro en 1941: *Malazarte*, sobre un libreto arreglado por Graça Aranha de su famosa pieza teatral del mismo nombre. En el ballet *Amaya* Lorenzo Fernández va a pedir inspiración a la música incaica, para ilustrar una acción desarrollada en la alta planicie andina, en la era precolombina. *Dos Concertos*, uno para piano y otro para violín, completan la lista de sus composiciones orquestales, a la que últimamente se sumó una *Sinfonía* (1945). Varias obras para piano y gran número de canciones se inscriben en su catálogo; y muchas de las canciones se cuentan entre las más felices del repertorio de canto en portugués, y como tales aparecen frecuentemente en los programas de conciertos.

Mignone es paulista; fruto de aquella comunidad italo-brasileña que da al gran Estado una fisonomía social tan típica. Descendiente de una familia de músicos, desde muy joven cultivó el arte en cuyo convivio fué educado. Obtenidos los primeros éxitos, en São Paulo, le fueron proporcionados recursos para trasladarse a Italia, donde completó sus estudios y vivió algunos años, componiendo los primeros trabajos de gran aliento, las óperas *El Buscador de Diamantes* y *L'Innocente*. Una temporada que pasó en España enriqueció la producción del joven compositor con una serie de canciones españolas, hábilmente guarnecidas de colores nacionales, y con la *Suite Asturiana* para orquesta. Dotada de una sensibilidad vivísima capaz de registrar todos los matices de las influencias artísticas que se mueven en torno a su personalidad, la música de Mignone había sido un juego inconsecuente que imitaba los éxitos populares en boga, en tiempos de su infancia, en São Paulo (es cuando escribió *maxixes* y *tanguinhos*, ocultándose bajo el pseudónimo de *Chico Bororó*); más tarde, mientras el compositor proseguía sus estudios, su música se hace puramente italiana, gozando de la plasticidad de melodía y de la claridad orquestal característica de la mejor producción peninsular; una visita a España, y he aquí que los ritmos de castañuelas y las vocalizaciones del *canto hondo* se introducen en sus obras. Al regresar al Brasil, en un período de intenso proselitismo nacionalista, era fatal que el ideal de escribir música característicamente brasileña entusiasmase al compositor. Surgen enton-

ces diversas obras—para orquesta, para piano, para canto—impregnadas de rítmica negro-brasileña; otras basadas en un melodismo cuyas raíces se encuentran en aquellos mismos *maxixes* y *tanguinhos* que *Chico Bororó* compuso, en São Paulo, en la época de su juventud. Los Ballets *Maracatú de Chico Rei*, *Leilão e Iára*, el poema sinfónico *Fiesta de las Iglesias*, el *Sexteto* para piano e instrumentos de viento, las *Leyendas Sertanejas* y los *Valses de Esquina*, para piano, la interminable serie de canciones, representan puntos culminantes en esa evolución. En los *Valses de Esquina* el compositor procura fijar los diversos tipos de vals empleados por nuestro pueblo, tal como lo hicieron Vila Lobos, en sus *Impresiones Seresteiras*, Lorenzo Fernández en su *Vals Suburbano* y Radamés Gnattalli en su colección de *Valses*, piezas escritas todas para piano.

Una visión panorámica de la música brasileña nunca sería completa si no enfoca las figuras de dos jóvenes compositores cuyas obras se han afirmado con pujante vitalidad y gran significación: Radamés Gnattalli y Camargo Guarnieri, aquél original de Porto Alegre, en Rio Grande do Sul, donde nació en 1906, y éste de Tieté, en São Paulo, en el año siguiente. Gnattalli es un *self-made man*; vino muy joven a Rio de Janeiro; se ganó duramente la vida tocando en *jazz bands* y pequeñas orquestas de radio; concluyó brillantemente el curso de piano en el Instituto Nacional de Música; y comenzó a destacarse con sus arreglos y adaptaciones para orquestas de radio, en un estilo impregnado de fórmulas de jazz, empleadas a la manera de Gerswhin. Pero al lado de esas actividades artísticas utilitarias, el compositor iba silenciosamente preparando las obras que le eran dictadas por sus más legítimos impulsos inspiradores. Como compositor no tuvo ninguna formación técnica regular. Estudió solo, observando las obras de los grandes clásicos. Y si alguien le preguntaba qué profesores había tenido en materia de composición, Gnattalli respondía con su flemma habitual: —Bach y Beethoven. . . La labor cotidiana, en los estudios, si por un lado presentaba el riesgo de deformar su arte, prestándole cierto brillo mistificador y no cuidadoso acabado, por otro aseguraba al compositor ejercicio saludable, y campo para toda suerte de ensayos. Substituyó, con las deficiencias y peligros que es fácil imaginar, largos años de trabajos de clase en un Conservatorio. En 1931 Gnattalli presentaba

sus primeras obras: la *Rapsodia Brasileña*, para piano, impresa por la Casa Ricordi, y una suite para cuarteto con piano, ejecutada en un concierto del Instituto Nacional de Música. La autoridad y el afinado sentido de los efectos con que este pianista trata los instrumentos de arco se hace notar luego; y a través de toda su obra Gnattalli muestra ser un virtuoso de la instrumentación, con predilección especial por el grupo de las cuerdas. Hoy en día se inscriben en su haber dos bellos *Concertos* para piano y orquesta, uno para violoncelo y orquesta, un *Concertino* para piano y orquesta de cuerdas con flauta, una *Poema* para violín y orquesta, una *Suite para pequeña orquesta*, música de cámara, piezas para piano, etc.

Camargo Guarnieri trajo a la música brasileña una fuerza interior, una energía exenta de pintoresquismo, que sitúa su obra en un plano aparte. En él nada es improvisado. Preparación técnica meticulosa, continuamente ejercitada por una producción incesante, conciencia clara de sus propósitos y de su posición en el cuadro de la música brasileña contemporánea, fantasía abundante, pero sumisa a las normas del pensamiento creador, cualidades que lo convierten en un compositor pujante, igual, cuya marcha serena y bien calculada es una ascensión que aun no ha terminado y que probablemente no terminará, mientras el compositor tenga alientos para producir. Camargo Guarnieri es cauteloso; ha abordado las grandes formas con prudencia, porque sabe lo que puede y cree que no debe vincular su nombre a obras que no lo ilustren con el brillo que debieran tener. A los treinta y seis años, concluyó su *Primera Sinfonía*, y su producción orquestal —a la que añadió una *Segunda Sinfonía*, aún inédita— es relativamente pequeña; comprende un poema sinfónico, *Curruçá*, una *Suite Infantil*, *Dos Danzas* (Salvaje y Brasileña), una *Obertura Concertante*, dos *Concertos* para piano y uno para violín, y una pequeña ópera cómica en un acto, libreto de Mario Andrade, intitulada *Malazarte*. En oposición a sus antecesores, cuya música sinfónica es generalmente más significativa que la de cámara (Oswald constituye una excepción), los más jóvenes compositores brasileños dedican sus mejores atenciones a los conjuntos instrumentales preciosos, o a las formaciones clásicas de Sonatas a dos, del Trío con piano o del Cuarteto de cuerdas; y muestran predilección por el Concierto. Radamés Gnattalli todavía no ha escrito para

gran orquesta, a no ser en sus conciertos pianísticos; Camargo Guarnieri apenas comienza a hacerlo. Pero ambos tienen inscritos en sus catálogos diversos Concertos y abundante música de cámara. La de Camargo Guarnieri está representada por *Sonatas* para violín y piano, y para violoncelo y piano; una colección de *Choros* para diversos conjuntos instrumentales, incluyendo instrumentos típicos brasileños, *Cuarteto* y *trío* para cuerdas, etc. Las canciones absorben una buena parte de su producción, y en eso demuestra su perfecta conterraneidad con Nepomuceno y Lorenzo Fernández. En ese género es donde la música brasileña encuentra sus momentos de más íntimo y efectivo lirismo; a veces los momentos de mayor fondo de afirmación nacional. Las canciones de Camargo Guarnieri son pequeñas obras maestras, muchas de ellas dignas de figurar entre los más consagrados primores del *lied* romántico alemán o de las *mélodies* francesas del siglo XX. En algunas de sus obras más recientes el compositor adopta el acompañamiento de orquesta o de pequeño conjunto instrumental, como es el caso de las *Tres Danzas para canto y orquesta*, y los *Tres Poemas para canto y orquesta* o del *Tostón de Lluvia*, en que el buen humor y la vivacidad de los instrumentos acompañantes componen uno de los cuadritos humorísticos más incisivos y bien delineados que cabe imaginar.

José Siqueira pertenece, por la edad, al mismo grupo de Radamés Gnattalli y Camargo Guarnieri. Nació en 1907, en una pequeña ciudad del Nordeste, estudió en la Escuela Nacional de Música de Rio de Janeiro, de la que es hoy profesor, y se ha hecho notar, en la vida musical brasileña, más por su incansable actividad como profesor y organizador de rara energía y capacidad que por la novedad o excepcional significación de la obra de compositor. Esta es abundante, y casi exclusivamente destinada a la orquesta sinfónica. En una serie de *12 Danzas Brasileñas* el compositor busca fijar los ritmos y la forma de los diversos tipos de danzas usados en el Brasil. Los Ballets *Garças* y *Uma festa na roça* fueron presentados en el Teatro Municipal de Rio de Janeiro, en 1942 y 1943, respectivamente. Y el poema sinfónico *Senzala*, cuya parte final con la participación de coros, obtuvo, en las últimas temporadas de conciertos sinfónicos, un éxito de público excepcional. José Siqueira fué el fundador y es el Presidente de la Orquesta Sin-

fónica Brasileña, organización en que reposa actualmente, el movimiento de audiciones sinfónicas en la capital del país.

ESTA relación de compositores brasileños está lejos de ser completa. He procurado mencionar tan sólo a los de mayor nombradía, cuya música se ejecuta más frecuentemente en el Brasil o en el extranjero; o a los que tienen más responsabilidad en el proceso de evolución histórica de nuestro arte musical. En un estudio más detallado tendríamos que considerar a un buen número de compositores que por lo restringido del espacio lamentamos haber tenido aquí que prescindir.

Actualmente el panorama de la vida musical brasileña nos ofrece un aspecto prometedor. Dos Conservatorios oficiales, modelo para la enseñanza musical, funcionan en Rio de Janeiro: la Escuela Nacional de Música, de la Universidad del Brasil, destinada a la formación artística profesional y el Conservatorio Nacional de Canto Orfeónico, destinado a la preparación de profesores de música para las escuelas primarias y secundarias; diversos establecimientos, en los Estados, están incorporados a éstos. Hay en el país dos teatros de ópera, perfectamente equipados, con cuerpos estables —coros, ballets, orquesta— y servicios auxiliares; uno en Rio de Janeiro y otro en São Paulo; ambos son oficiales y ambos se denominan Teatro Municipal. Diversas orquestas sinfónicas, en las principales ciudades, grandes sociedades de conciertos, como las llamadas *Cultura Artística*, independientes entre sí, pero naturalmente coordinadas por los intereses comunes, dan a la vida musical brasileña un movimiento cada día más intenso y brillante.

En 1945 Heitor Vila Lobos fundó, en Rio de Janeiro, una *Academia Brasileña de Música*, que reúne cincuenta nombres, escogidos entre los de mayor proyección en la música brasileña contemporánea, excluidos los intérpretes. Cursos de divulgación o alta cultura musical se realizan en Rio de Janeiro y en otras ciudades del país, respondiendo a una evidente necesidad del público aficionado. El movimiento es intenso y auspicioso. Está siendo impreso, en este momento, en Rio de Janeiro, el sexto tomo del "Boletín Latino Americano de Música", publicación que, como se sabe, está dirigida por el Dr. Francisco Curt Lange, de Montevideo, y dedica cada uno de sus números

a uno de los países de nuestro Continente. Este tomo sexto está dedicado al Brasil. La materia reunida para publicarse es tan abundante que habrá de distribuirse en cuatro volúmenes, uno de música, con 300 páginas, y tres de texto, con 600 páginas cada uno. Esto puede dar una idea del vigor de la vida musical brasileña, en todos sus sectores. Y es, al mismo tiempo la indicación de una excelente fuente que podrán recorrer, a partir de 1947, los interesados en conocer más a fondo el arte de los compositores brasileños o la organización de nuestra vida musical.⁷

Rio de Janeiro, 27 de noviembre de 1946.

⁷ En realidad sólo el volumen de música y el primero de texto estarán circulando en 1947. Los demás aún guardan la conclusión de los arreglos necesarios al financiamiento de tan enorme empresa.

LUCES Y SOMBRAS

EN puridad Rodolfo Usigli mandó las tres unidades a paseo. Rodolfo Usigli se enfrenta con la historia y se queda solo con ella. La torea en los terrenos que más le conviene. Su faena no toma en cuenta ni el tiempo ni el espacio. Volvió el primero cabeza abajo; sucede 1927 antes que 1864; el espacio no tiene límites y baraja a Roma con México. Implicado en estas dos premisas la acción saluda desde muy lejos tan noble ley aristotélica, y va dando vueltas rebotando en sus compañeras. Y sin embargo no ocurre nada: *Corona de Sombra* no sorprende, técnicamente, a nadie. Es un drama normal, pero ha pasado entre él y sus lectores o sus espectadores, la sombra del cine.*

El cine ha creado en el hombre cierta manera de ver y entender las cosas, ha añadido libertad llevando a la representación las posibilidades de la novela. No ha inventado nada, pero barajando las demás artes permite a algunas aprovechar el movimiento de las demás. Es deudor de la fotografía, de la pintura, de la poesía, de la arquitectura, de la música. *Corona de Sombra*, que según su autor es obra antihistórica—deseo incumplido—empieza en Bruselas, y en 1927, y acaba en Bruselas, en 1927, algunos minutos después de haber empezado, tras tres horas de representación: expresión de la recordada lucidez mortal de Carlota de Habsburgo.

Rodolfo Usigli parece haber desechado a propósito—él tan amigo en su teatro anterior de buscar cuadros únicos para las pinturas del carácter de su época—toda preocupación de efectos escénicos, toda busca de aplausos en levantados finales de acto; borra a conciencia todo latiguillo teatral, tanto en la acción como en el diálogo: parece querer dejar a la sola fuerza del suceso el mantenimiento del interés vivo del espectador. Lo logra quizá en perjuicio del futuro éxito popular.

Corona de Sombra es una pieza puente: sucede mitad en América y mitad en Europa. Empieza en Bélgica para seguir en Miramar, saltar luego a México, trasladando después al espectador a París, a Roma, llevándolo de nuevo a Miramar y a Bruselas para deslizarse, de vuelta,

* RODOLFO USIGLI: *Corona de Sombra. Pieza antihistórica en tres actos, seguida de un "Prólogo después de la obra" y de "Dos conversaciones con George Bernard Shaw"*. México. Cuadernos Americanos. 1947.

a México y acabar, como ya hemos dicho, en donde empezó. Devanadera del Atlántico en busca de la trama y urdimbre de México. Tejido y cuadro. Sucesión de cuadros—once—que, como es natural, algo vienen a tener de pictóricos, de revista histórica, que, por este mismo hecho, pierden algo de la unidad que ha adquirido—para bien o para mal—el teatro moderno bajo la influencia, todavía viva, del clasicismo francés. Son muchos los autores de hoy, y de los más famosos, los que han acudido a esta manera perfectamente defendible, sin que el teatro en general la acepte de plano, en primer lugar por razones de orden económico.

Carlota, moribunda, revive lo más saliente de su trágico deambular al conjuro de la palabra "México" que, al cabo de sesenta años, despierta su mente anquilosada antes de hundirla, definitivamente, en la muerte. Es el 19 de enero de 1927 cuando, por voluntad del autor, la visita un mexicano, historiador y zapoteca, en su castillo de Bruselas. La anciana lo confunde, en la penumbra de su locura, con el propio Juárez, una de las preocupaciones máximas de su vida lúcida.

El mismo hombre de ciencia mexicano cierra el drama con una frase clave que colma la emoción dramática e histórica del lector. Pregunta Carlota, ya sin recursos:

—Si fuera posible volver a vivir la vida, ¿sabéis lo que pasaría?

Erasmus Ramírez, el historiador, contesta sencillamente:

—Sí, señora, volveríamos a fusilar a Maximiliano.

Luces y Sombras. Luz de la historia y sombra del entendimiento de la protagonista. Historia entrevista entre fusilazos y descargas. Parto de una nacionalidad y partir de unas vidas. Remolino dramático de la historia y del presente porque, además, Rodolfo Usigli ha tenido la idea impresionante de hacer ver el drama a través de personajes históricos con los cuales no comulga. La grandeza del drama se acrece con ello: el autor no se deja llevar, en ningún momento, por la simpatía que podría venir a ser el escollo fundamental de una obra de este tipo: ya que de la simpatía histórica a la elocuencia no hay más que un paso. Con este voltear todo se salva: la posible verdad, la verosimilitud, hasta Miramón, hasta Mejía, hasta Maximiliano. Carlota se queda aparte, sola, vagando entre las sombras de la leyenda y las luces de la historia.

La historia de México está en carne viva. Cualquier tema que la roce produce clamores en su tierra. Cada mexicano se siente atado a la historia patria por ligazones más sensibles que cualquier ciudadano de otro país. Quizá haya que buscar la razón de tal virtud en el

hecho de que México no ha hecho sino recibir agravios desde que cobró noción de su personalidad: España la conquistó, Norteamérica la mutiló, Francia la humilló. Y no cuenta aquí el color del vejado: mexicano es cuanto crece en México.

Nada tiene que ver la razón con la fuerza; en sus guerras internacionales los mexicanos tuvieron siempre razón, y las perdieron. Casi todas sus fechas gloriosas conmemoran victoriosas derrotas. Quizá haya que llegar a la expropiación petrolera para dar con un triunfo sin sombra. En un país donde se tiene en tanto la hombría, este continuo machacar de la injusticia histórica hace nacer una susceptibilidad comprensible hacia cuanto sea su pasado. México no ha recibido del mundo más que desprecios e injurias. ¿Quién así no se resiente? ¿Quién así no tiene su pasado siempre a mano para aducirlo?

En México se encuentra Hernán Cortés a la vuelta de cada esquina, en el revuelo de todos los aires, a Hidalgo, a Maximiliano, a Huerta o al Gral. Díaz en las páginas diarias de los periódicos. El mexicano vive como ninguno en el tiempo, con su historia a cuestas, dispuesto en cada momento a discutir, con quien sea, las razones de su existencia.

Corona de Sombra es un nuevo alegato en pro de una indiscutible nacionalidad viva. Maximiliano, según Rodolfo Usigli—y más por su muerte que por su vida—es el fundador decisivo de la independencia mexicana: paso de una turbulenta pubertad a una hombría verdadera. El autor ve en el fusilamiento del Cerro de las Campanas la afirmación decisiva de la voluntad del país. Hace del emperador el primer creyente de su tesis. La aseveración no dejará de levantar contradicciones de todas clases, sin olvidar que cualquier otra teoría acerca de un asunto de este calibre alcanzaría sin dificultad los mismos resultados. Así es de vivo y joven México.

Menos en su último trance—que establece desde luego una diferencia fundamental—Maximiliano tiene un paralelo muy sugestivo en José I, rey de España por la gracia de Napoleón. Ambos son hermanos de soberanos europeos, tanto el uno como el otro llegan al trono impuestos por la familia Bonaparte, los dos están a la base de una transformación fundamental de sus estados. Parodiados por el pueblo, quizá sin toda la razón, ambos son derrotados por una guerra de Independencia, pareja de inspiraciones liberales y por ello doblemente, y con doblez, perseguidos por una iglesia que les seguía haciendo zalemas. Los sesenta años que más o menos los separan dan a sus patrias destinos no tan distintos como a primera vista pudiera parecer: tras

ellos se alzan dictaduras y espantosas guerras civiles. Aunque la avilantez de Fernando VII no tenga paralelo.

Mas la originalidad del drama mexicano, tan enredado de mitos como vamos a ver, no reside en la persona del emperador, sino en la de su cónyuge. Carlota es la base del éxito popular y literario de este acontecimiento nacional. Así lo han entendido, de buenas a primeras, la mayoría de los escritores que se han enfrentado, sin prejuicios históricos con la historia que suele decirse romántica de los príncipes austríacos. No es el suceso en sí el que le da este tono romántico, no es la locura de Carlota, no es la muerte ante un pelotón de su rubio esposo: es México, es la tierra, con más lejanías que cualquier otra, la que tinta de melancolía el destino de ambos efímeros monarcas.

"Carlota, o la ambición de lo imposible". "Carlota o el sueño de una modistilla", tanto monta: una mujer sueña con ser emperatriz; como cualquier ser humano: sueña con el poder. Sueña con ser lo que no pudo ser. Su fracaso fué público y universal y por eso adquirió categoría ejemplar. Carlota será para los dramaturgos mexicanos lo que Don Juan fué, es y será para tantos otros europeos. Ambos son fundamentalmente entes de teatro, ni noveleros, ni novelísticos, sino auténticamente dramáticos, directos, de tablas hacia afuera, en primera persona del singular y del presente.

La aventura de Carlota tiene estrecha relación con alguno de los mitos más famosos —de ahí su raigambre, su actualidad, su embrujo como personaje y como tema—.

Carlota embarca hacia un Nuevo Mundo tras el Vellochino de Oro, da, en México, con el inextricable Laberinto. Antes de emprender la aventura ha consultado, concienzuda y largamente los hados, que ella interpreta favorablemente. Volverá, más tarde, al borde del inminente e ineludible fracaso, a increpar la esfinge de Delfos —llámese Napoleón III o Pío IX— en busca, tal nuevo Alejandro, de un repetido oráculo de Amon en Siwah, que la confirme "Hija de Dios y del Sol". Pero éste, es decir la realidad, le quita la razón en castigo de su soberbia. Maximiliano no es sino contrapunto de esta tragedia nueva del poder, y su muerte, su fusilamiento, la consecuencia normal —en la historia y en el teatro— del fracaso humano de este falso Prometeo con miriñaque que confundió el sol con el fuego. Tragedia perfecta.

La presencia continua de la muerte añade al drama una resonancia profunda. Desde que se alza el telón, desde que el lector toma el libro entre sus manos, sabe que ambos protagonistas están condenados irre-

misiblemente. El dramaturgo, deseoso de ganar a todos los paños, ha tenido buen cuidado de rodearlos de otros dos futuros cadáveres, ya antes citados, Mejía y Miramón. Regalo de los Dioses para un hombre de teatro y muy particular para los mexicanos.

"Sólo la imaginación permite tratar teatralmente un tema histórico" —dice el propio Rodolfo Usigli— en el ensayo que se imprime a continuación de la obra. Y se queda corto. Cualquier tema humano es producto de la imaginación. El querer atar personajes —o desatarlos— con cadenas de documentos "auténticos" no sirve para maldita la cosa. Los revuelos de la imaginación llegan más certeramente a la supuesta verdad que cualquier montaña de papel meticulosamente anotada. "Recibir en sí las influencias de las figuras", que dijo San Juan de la Cruz. En este mundo todo es ver visiones: Bazaine, el personaje de *Corona de Sombra* menos apegado a la historia, a la sedicente historia, según nos prueba Marte Gómez en una carta impresa en el mismo volumen, Bazaine es quizá el que nos da mayor sensación de realidad. En general todos los personajes secundarios del drama son clarísimos y se dibujan muy seguros de su perfil. Quedaban en libertad, para el gran juego, Carlota y Maximiliano.

Cada autor fabrica sus muñecos a su verdad y semejanza. Allí radica la verdadera originalidad, y no en los temas. (Tantos don Juan como personas que le metan mano, tantos Anfitriónes o Electras como se quieran y que en nada se pueden parecer a condición de ser auténticos). Y ahí radica, quizá, el único pecado del dramaturgo mexicano: los emperadores se confunden demasiado con sus destinos históricos, no llegan a ser, del todo, seres humanos. Son una proyección de su fatalidad histórica, se representan siempre en majestad. Su autor lo reconoce así en otro lugar: "... el héroe de esta pieza no es Maximiliano, ni es Carlota misma su heroína. Según ha apuntado alguien, el héroe de *Corona de Sombra* es México..." No hay duda que el escritor lo ha conseguido desde muchos puntos de vista. Ahora bien, es posible que desde el ángulo dramático tan levantada meta perjudique un poco la cerrada humanidad de sus personajes centrales. Sólo cuando Carlota divaga, presa de la pérdida de sus facultades, adentrándose en sí misma, adquiere su vida escénica honda resonancia personal.

Rodolfo Usigli nos tenía acostumbrados a otro tipo de teatro, su ámbito era la sociedad de nuestro tiempo que retrataba implacable, áspero, picante, mordaz. Entra ahora en otra manera si más recia, quizá menos brillante: cala hacia las raíces de lo que describió sin contem-

placiones, intenta dar con las razones de lo existente hoy en México, a la luz de la historia. Bucea entre los fenómenos de la Independencia en espera, según lo que de cierto sabemos, de dar su explicación de ciertos fenómenos históricos y "divinos" de la conquista. Vista desde esta distancia la obra del todavía joven autor mexicano cobra una importancia difícilmente igualable. Muévele la pasión de su patria por el camino más perfecto y difícil—y por ahora el peor recompensado—el del teatro. Así lo viene implícitamente a reconocer Bernard Shaw en las dos conversaciones que mantuvo con él Usigli y que se imprimen al final del volumen que motiva estas líneas.

El teatro es y no está, en México. No ha existido hasta hoy, en las tablas, un teatro mexicano. Lo que un Gorostiza, lo que un Peón y Contreras pudieron representar en el siglo pasado o en los albores de éste no significa gran cosa desde el punto de vista de la tradición. Una obra estrenada hoy, otra el año que viene no han bastado ni bastarían. El teatro es un extraño Katoblepas que necesita comerse sus propias patas sin notarlo para poder subsistir en el ánimo de las gentes. El número enorme de bazofia que necesita consumir es ingente. Un teatro para llegar a merecer el título nacional necesita estrenar—devorar—gran número de obras de segunda categoría. El teatro siempre ha existido en función de su público: si no hay espectadores, no hay espectáculo. La culpa de la inexistencia del teatro mexicano es del público mexicano. Si intentamos ver a qué fenómeno se debe esta realidad nos podemos fácilmente dar cuenta de que se trata de un hecho general en las tierras de América, Norteamérica inclusive. Y aun estoy por asegurar que más allá que en parte alguna. Hablo de lo que en castellano se denomina "teatro de verso" es decir la comedia y el drama. Si extirpáramos Broadway ¿qué quedaría allí? En Nueva York viven y prevalecen modos y modas europeos, hasta cierto punto, costumbres todavía sin olvidar. Pero ¿qué teatros funcionan en las ciudades norteamericanas de más de trescientos mil habitantes, pongamos por marco que debiera encerrar por lo menos una compañía fija de comedia? ¿Cuántas son estas ciudades? Cientos, y quizá ninguna tiene un solo teatro "de verso" permanente. Compañías de paso, y music-halls. Pero vida teatral como la que existe, pongamos por caso, en España, de eso ni hablar. Quedan las universidades donde se va a estudiar el teatro, su anatomía, su historia, donde el teatro deja de serlo para convertirse en conejillo. Queda Buenos Aires. No voy, ahora, a buscar las razones de este hecho México vive, en general, de las heces del peor teatro español contemporáneo. Paremos, por falta de más, la

enumeración. El teatro ha dejado de ser, en América, un espectáculo popular. Quizá no lo fué nunca. Y, sin embargo el cine prueba, con toda evidencia, que la gente espera la hora del teatro.

Escribí las anteriores líneas a cuento de que *Corona de Sombra* apareció en CUADERNOS AMERICANOS en 1943 y ha tenido que esperar cuatro años para subir a las tablas, y eso debido al esfuerzo personal de su autor. Quizá haya que esperar el éxito de la obra en otras lenguas para que todos se den cuenta de su calidad prístina.

Max AUB.

Cuadernos Americanos

alternando con los números de la revista ha publicado los siguientes libros:

- 1.—*Ganarás la luz...*, por LEÓN-FELIPE.
- 2.—*Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, por ANTONIO CASTRO LEAL.
- 3 y 4.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA, 2 Vols.
- 5.—*Orígenes del hombre americano*, por PAUL RIVET.
- 6.—*Viaje por Suramérica*, por WALDO FRANK (7 pesos).
- 7.—*El hombre del buho*, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.
- 8.—*Ensayos Interamericanos*, por EDUARDO VILLASEÑOR.
- 9.—*Martí escritor*, por ANDRÉS IDUARTE. (7 pesos).
- 10.—*Jardín Cerrado*, por EMILIO PRADOS. (7 pesos).
- 11.—*Juventud de América*, por GREGORIO BERMANN. (7 pesos).
- 12.—*Corona de Sombra y Dos conversaciones con Bernard Shaw*, por RODOLFO USIGLI (8 pesos).

Precio por cada volumen (excepto los Nos. 6, 9, 10,

11 y 12).

MEXICO.	5.00 pesos
OTROS PAISES	1.20 dólares

OTRAS PUBLICACIONES

La revolución mexicana en crisis, por JESÚS SILVA HERZOG. 1.00 peso.

El Surrealismo entre Viejo y nuevo Mundo, por JUAN LARREA. 3.00 pesos.

Sugestiones para la Tercera República Española, por MANUEL MÁRQUEZ. 1.00 peso.

Un Ensayo sobre la Revolución Mexicana, por JESÚS SILVA HERZOG. 2 pesos.

REVISTA

SUSCRIPCIÓN ANUAL PARA 1947:

(6 números)

MEXICO	20.00 pesos
OTROS PAISES DE AMERICA.	5.00 dólares
EUROPA	6.50 „

Precio del ejemplar:

México	4.00 pesos
Otros países	0.90 dóls.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Domingo Alberto Rangel* Explicación histórica de la Revolución venezolana.
José E. Iturriaga México y su crisis histórica.
Jorge L. Tamayo México y su política rural.
Domingo Villamil Los peligros actuales del totalitarismo religioso.

Nota, por Mariano Ruiz-Funes.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Eduardo Nicol* La vocación humana.
Juan Cuatrecasas Significación del filipismo.
Juan Hernández Luna Antonio Caso y el porvenir de América Latina.

Nota, por José Gaos.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Arturo Usler Pietri* Andrés Bello, el desterrado.
Jesús Silva Herzog Las ideas económicas de México de 1821 a 1855.

Notas, por Paul Kirchhoff, Javier Malagón Barceló y José Luis Romero.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- E. González Martínez* Vilano al viento.
José Moreno Villa Música colgada.
Xavier Villaurrutia Teatro y cinematógrafo.
Antonio Luna Arroyo El Dr. Atl, paisajista puro.
Luiz Heitor Correa de Azevedo La Música en el Brasil.

Nota, por Max Aub.